



Mi
jefe

WHITNEY G.

Phoebe

WHITNEY
G.

Mi jefe

Traducción de María José Losada



Phoebé

Título original: *Resisting the Boss*

Primera edición: abril de 2019

Copyright © 2013 by Whitney G.

Published by arrangement with Brower Literary & Management

© de la traducción: María José Losada Rey, 2019

© de esta edición: 2019, ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-17683-30-6

BIC: FRD

Ilustración y diseño de cubierta: CalderónSTUDIO

Fotografía: Conrado/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

PRÓLOGO

1

1,5

2

2,5

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

25,5

26

27

28

29

30

31

32

33

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO EXTRA

Para aquellos que creen que la vida da una segunda oportunidad...

Querido diario:

Acabo de darme cuenta de que el mundo de la publicidad se puede resumir en una palabra: «Mierda».

En efecto, la palabra que se esconde detrás de todos los eslóganes publicitarios, incluso los más famosos, como «Just do it» de Nike, «I'm lovin' it» de McDonald's o «Porque tú lo vales» de L'Oreal, es «mierda».

Se trata de conseguir que el cliente piense que esas zapatillas deportivas de cien dólares son mucho mejores que las de veinte dólares, a pesar de que están fabricadas con los mismos materiales. Se trata de hacer creer a la gente que el Big Mac es la hamburguesa más rica del mundo, aunque lleve demasiados alimentos procesados, esté algo seca y rezume esa sustancia de color rosa. Y, por último, pero no menos importante, se trata de conseguir que todas las mujeres piensen que usar el último lápiz de labios de L'Oreal y su rímel waterproof conseguirá que se parezcan a una celebridad famosa por sus ganancias millonarias.

Como directora de marketing de Statham Industries, la compañía de software número uno del país, tengo el privilegio de oír mierdas como esa todos los días. La empresa en la que trabajo produce móviles, portátiles, tablets..., etcétera, y cada producto necesita un lema inteligente, así como una campaña de promoción a lo largo de muchos meses antes de que lo lancen de forma oficial.

Mi trabajo consiste en asegurarme de que solo las campañas con las mejores ideas llegan al comité de aprobación, así que, en realidad, no debería enviar nada. Nunca.

Mi equipo está formado por universitarios recién graduados y futuros editores — Dios bendiga sus pobres y desgraciadas almas—; algunos tienen potencial, pero la mayoría son solo cabezas huecas. Cada vez que rechazo sus propuestas —llenas de notas escritas con tinta roja— se empiezan a quejar: «¿Por qué no puedes aprobarla? ¿Por qué no la envías de todas formas?». ¡Tengo un cum laude en el máster de Marketing!, y, al parecer, eso no significa nada en el mundo real.

Esos genios de los que hablo me han presentado los siguientes eslóganes para el próximo modelo de móvil de Statham Industries (que será el mayor competidor del iPhone), sPhone (porque la S va después de la I):

«EL NUEVO SPHONE. PORQUE PODEMOS».

¿Lo ves? Tengo que escuchar —y sin reírme!— este tipo de mierda durante horas y horas.

Para empeorarlo todo, el director general de la compañía —que nunca aparece en ningún sitio— no hace más que enviar memorandos sobre políticas empresariales sin sentido. Hace poco, por ejemplo, se le ocurrió dividir el aparcamiento por horas para conseguir que sus empleados regresen a casa lo más rápidamente posible, aunque la verdadera razón es para que nadie haga horas extra, ya que los coches que permanecen aparcados son retirados por la grúa

cuando exceden en más de quince minutos el tiempo estipulado.

¿No es ridículo?

También se le ha ocurrido pagar dos millones de dólares a un idiota para que hable con todos los empleados de la compañía, un imbécil que ha prohibido las bolsas de cacahuetes y las galletas energéticas para impulsar la creatividad de los trabajadores.

Ahora tenemos que asistir semanalmente a sesiones zen, asistir a grupos de terapia mensualmente y pasar al menos treinta minutos al día escribiendo en el «Diario zen», es decir, en ti.

Sí, puedes creerlo o no, pero casi acabas en la basura hace unos segundos, con el resto de esa inútil mierda zen. Sin embargo, algo me ha impulsado a reconsiderar la idea una vez que he hojeado tus páginas vacías..., así que he decidido utilizarte como dispositivo terapéutico.

Te odio, y odio también mi patética carrera profesional.

Claire.

P. D.: Te juro que por lo general no maldigo tanto..., al menos a propósito...

1

CLAIRE

Mi reflejo me mentía.

Me mostraba a una mujer feliz con brillantes labios rojos y sombra de ojos color coral. Una mujer que parecía que acababa de ganar la lotería, no una con el corazón roto que llevaba los cuatro últimos años tratando de rehacer su vida.

«No aparentas tu edad... No aparentas tu edad...».

Casi podía indicar hasta dónde iban a llegarme las arrugas, por dónde se multiplicarían los pliegues de los párpados mientras se extendían sin parar; por dónde se me diluirían los labios y se me disolverían en la boca. Hasta ahora había tenido suerte, pero estaba segura de que solo era gracias a las múltiples cremas antienvjecimiento y antiarrugas que me aplicaba desde hacía tiempo.

En dos semanas cumpliría cuarenta años, y estaba empezando a mostrar todos los síntomas de una crisis de mediana edad. Comenzaba a cuestionarme todo lo que había hecho en mi existencia, comparándome con mis amigas, mientras me preguntaba si volvería a encontrar más satisfacciones a lo largo del camino. Incluso había escrito una lista con todo lo que tenía que hacer cuando fuera mi próximo cumpleaños:

- 1) *Esbozar un plan para dejar mi trabajo en cinco años y seguir mi carrera soñada: diseñadora de interiores.*
- 2) *Cancelar todas las tarjetas de crédito y ponerme a pagar unas cuotas más altas de la hipoteca.*
- 3) *No leer tantos libros románticos...*
- 4) *Ahorrar lo suficiente para llevar a mis hijas a un crucero de una semana en verano.*
- 5) *Dejar de buscar posibles arrugas y líneas de expresión y pasar de la idea de ponerme bótox.*
- 6) *Limpiar mi casa de arriba a abajo y mantenerla en ese estado.*
- 7) *Dejar de echarme la culpa del divorcio.*
- 8) *Dejar de odiar a mi ex mejor amiga por formar parte del asunto...*
- 9) *Descubrir un restaurante nuevo cada mes.*
- 10) *Aprender a ser feliz en soledad.*

—¡Claire, espabila! ¡Vamos a llegar tarde! —me gritó mi amiga Sandra desde la

cocina.

—¡Ya voy! —chillé, cogiendo la chaqueta antes de bajar las escaleras.

Me eché un último vistazo en el espejo del pasillo y maldije entre dientes. No podía creerme que me hubiera dejado convencer por Sandra para asistir a otra fiesta para solteros. Nunca conocía a nadie con el que mereciera la pena perder el tiempo en esas cosas, y el fétido olor de la desesperación siempre flotaba en el aire.

—¡Estás estupenda! —me dijo Sandra mirando mi vestido negro con escote palabra de honor—. ¿Te puedo pedir prestada tu ropa?

—Solo si yo te puedo pedir prestada tu vida...

Puso los ojos en blanco e ignoró mi pesimismo, como de costumbre.

—Esta noche es la noche, lo presiento. Hoy conocerás al hombre perfecto.

«Siempre dice lo mismo...».

—Sands, ¿de verdad es obligatorio que vayamos? Tengo que mirar algunas cosas del trabajo y...

—¿El día de fin de año?! ¿Es que te has vuelto loca? ¡Vamos a salir!

—¿Por qué? Hemos asistido a un montón de fiestas así y siempre es lo mismo... ¿No podemos quedarnos en casa, beber un poco de vino y charlar?

—Claire... —La miré mientras se dirigía a la puerta—. Vamos a salir —repitió, abriéndola—. Ahora. No tienes trabajo que hacer, y lo sabes. Y te toca conducir a ti, así que vamos.

Me acerqué al bufé libre y me puse algunos *chips* vegetarianos en el plato. Leí el letrero que se balanceaba sobre la barra con un suspiro:

«FIESTA DE FIN DE AÑO PARA SOLTEROS. PERMITE QUE LA MAGIA FLUYA».

Sin tener en cuenta aquel mensaje tan ñoño, el interior del Pacific Bay Lounge dejaba mucho que desear: las mesas eran tablas de surf, había viejos bancos de jardín por doquier y del techo colgaban sucias banderillas de colores azules y verdes para que parecieran olas.

El salón era inmenso, aunque no suponía una sorpresa, ya que la gente que se sentía sola acostumbraba a acudir a este tipo de eventos. Estaba tan hecha a ellos que me había convertido en una buena lectora de actitudes: el tipo que había junto a la ventana tenía por lo menos sesenta años, aunque el tinte que debía de llevar echándose más de veinte años comenzaba a pasarle factura; era evidente

que la mujer que bailaba al lado de los altavoces acababa de divorciarse, pues todavía usaba la alianza y se tomaba un trago cada vez que el DJ gritaba: «¡Un brindis por todas las solteras!».

Había estado en su lugar, de hecho.

Los asientos que había delante de las ventanas de la pared del fondo estaban ocupados por tímidas mujeres que no hacían más que atusarse la ropa y el pelo como si fueran nerviosas alumnas de secundaria. La mayoría se obligaba a estar allí, y seguramente no habían disfrutado de una relación plena y funcional en su vida.

Cogí dos cervezas que había en el extremo de la mesa y ocupé un sofá vacío, desde donde contemplé cómo un hombre intentaba invitar a bailar, con poca fortuna, a una de aquellas mujeres.

—¿Está ocupado este asiento? —Me olvidé de la pareja para estudiar al magnífico ejemplar masculino de ojos grises que me sonreía amablemente.

—No. No lo está.

—¡Genial! —Se sentó y puso su cerveza sobre la mesa—. Me llamo Lance. ¿Cómo te llamas tú?

—Claire. Claire Gracen.

—Bonito nombre. ¿Cómo te ganas la vida, Claire?

—Soy directora de marketing de una empresa de *software*. ¿Y tú?

Pasó el dedo por la etiqueta de la botella.

—Poseo una compañía de cerveza, Leyland Beers. Está en Nevada.

—Impresionante... —comenté—. ¿Y qué haces exactamente para...?

—Si no te importa que te lo pregunte —me interrumpió—, ¿cuál es tu edad?

«Agg..., allá vamos».

—Treinta y nueve años, ¿y la tuya?

—Guau... —Me miró de arriba abajo—. La mía, cuarenta y siete. ¿Tienes hijos?

No pude reprimir la sonrisa.

—Dos hijas. ¿Y tú?

—No, yo no. Sin ánimo de ofender, la vida es demasiado corta para perder el tiempo así. ¿Puedo llamarte alguna vez?

«¿En serio? ¿Así funciona todo hoy en día? ¿Edad? ¿Hijos? ¿Número de teléfono? ¿Es que el arte de conversar ha muerto?».

—Sí, claro... —Me obligué a sonreír—. Esto es...

—Espera, ¿qué edad tienen tus hijas? ¿Están con una canguro esta noche o son

adolescentes que te roban cervezas de la nevera mientras te diviertes? Prefiero ser sincero contigo: no busco nada serio, y las mujeres con hijos tienden a ser más...

—¿Sabes qué? —me levanté—. Necesito ir al cuarto de baño. Vuelvo enseguida.

Pasé entre la multitud para ir a la terraza exterior, donde muchos de los asistentes disfrutaban viendo las olas del Pacífico. Respiré hondo para inhalar el salado aire marino, lo único a lo que todavía no me había acostumbrado desde que me había mudado a la Costa Oeste.

Cuando miré por encima del hombro, vi que Sandra estaba hablando con un tipo al que le tocaba el hombro burlonamente mientras se mordía el labio. Me pilló observándola y me hizo señas para que me acercara. Me pareció leerle en los labios «¡Tiene un amigo!».

Volví la cabeza al tiempo que ponía los ojos en blanco.

—No me parece que te lo estés pasando muy bien —dijo una voz ronca a mi lado.

Ni siquiera me molesté en mirarlo. No quería entablar más conversaciones inútiles ni sufrir presentaciones estúpidas. Solo quería irme a casa.

Suspiré.

—Treinta y nueve años. Cuarenta dentro de dos semanas, hace cuatro años que me he divorciado y soy la madre de dos hijas adolescentes.

No dijo nada más, y cuando me volví hacia la izquierda, vi que se había alejado y que estaba en mitad de la terraza.

Tomé otro sorbo de cerveza antes de negar con la cabeza. Sabía que ahuyentar a mis posibles pretendientes no me beneficiaba en absoluto, pero no podía evitarlo. Todavía no había asimilado que estuviera soltera de nuevo.

Mi vida era perfecta hacía solo unos años; un matrimonio de catorce años con un hombre que yo pensaba que me amaba, un precioso hogar en un acogedor barrio en las afueras de Pittsburgh, una carrera meteórica... Y todo terminó de golpe y porrazo. Se había roto del todo. No había posibilidad de arreglo.

Se había destrozado, se había acabado para siempre, y yo era la que había salido más arruinada...

Le envié a Sandra un mensaje de texto mientras iba hacia el aparcamiento, al tiempo que rechazaba numerosas ofertas para bailar.

—¡Eh, eh, eh...! —Sandra entró en el vehículo y cerró la puerta—. ¡Solo llevamos aquí veinte minutos! ¿Ni siquiera quieres quedarte hasta que sea la cuenta atrás de Año Nuevo?

—No.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa? He visto al tipo con el que hablabas. ¡Era muy guapo!

—Mira, Sands, ya no tengo veinte años. No puedo seguir acudiendo a estas fiestas como si esperara conocer al amor de mi vida. Ya lo conocí, ¿recuerdas? — Se me quebró la voz—. Y no funcionó...

Me apoyé en el respaldo y me obligué a tragar el nudo que notaba en la garganta.

La idea de haber perdido a mi marido por mi mejor amiga todavía me dolía. Había pasado tiempo desde el divorcio, pero el dolor continuaba despertándome algunas noches, se colaba en mis sueños y me golpeaba el corazón como un martillo gigante.

—Estás pensando en Ryan y Amanda, ¿no? —Me tendió un pañuelo de papel—. Tienes que dejar de hacerlo. No fue culpa tuya.

—¿Cómo pude estar tan ciega? —Empecé a llorar—. ¡Le abrí la puerta de mi casa! ¡Le confié a mis hijas! ¡Me fie de los dos!

—Lo siento mucho, Claire...

Mi matrimonio con Ryan Hayes había sido un cuento de hadas, al menos para mí. No me malinterpretéis, no es que fuera perfecto, pero hubo más días increíbles que días buenos, y más días buenos que normales... Y apenas había días malos.

Ryan era todo lo que siempre había querido en un hombre. Era atento y servicial, prudente y compasivo, y siempre recordaba las pequeñeces que me hacían feliz: el café caliente los días de lluvia que pasaba escribiendo en el despacho, una manta caliente cuando me quedaba dormida frente a la chimenea, las galletas de virutas de chocolate y los caramelos que tanto me gustaban esos días del mes...

Cada vez que volvía del trabajo, me traía una rosa roja y me besaba como si le fuera en ello la vida. Me animaba a ir al *spa* del club de campo una vez al mes mientras se ofrecía para cuidar de las niñas. Incluso me había sorprendido algunas veces llegando pronto a casa y haciendo la cena para todos.

Era mi roca. Mi alma. Mi todo.

Sinceramente, pensaba que nuestro amor era eterno, que yo era una de esas afortunadas que podría defender ese mantra de «Hasta que la muerte nos separe».

Sin embargo, en algún momento, cuando llevábamos tres años de matrimonio, Ryan empezó a cambiar.

Comenzó a volver a casa cada vez más tarde. No dejaba el móvil ni a sol ni a sombra; se mostraba reservado y a menudo contestaba llamadas en otra habitación. Era más evasivo, y cada vez que había que ir al supermercado, se ofrecía como voluntario.

Al principio, pensé que aquellas noches tenían que ver con el nuevo ascenso a socio en el

bufete de abogados, y que el apego repentino al teléfono se debía a que quería estar alerta ante posibles llamadas urgentes de clientes. No podía entender por qué quería ir siempre al supermercado, ya que detestaba ir a la compra, pero aproveché la ocasión para no tener que hacerla yo.

Me dije que seguramente quería ser un marido ejemplar, y yo empleaba ese tiempo libre para pasar el rato con mi mejor amiga desde el instituto: Amanda.

Amanda, que con su vivaz personalidad podía conseguir que sonriera hasta la persona más hosca. Su espeso pelo castaño y su cuerpo tonificado podían competir con la mayoría de los adolescentes, y su amor por la literatura era tan inmenso como el mío.

A los treinta y cinco años todavía estaba tratando de tener su primer hijo con Barry, su marido. Habían intentado todo, menos utilizar a un donante de semen, pero no habían perdido la esperanza.

Cada tratamiento de fertilización *in vitro* había llegado acompañado de más viajes al centro comercial en busca de patucos, baberos, ositos de peluche que añadir a la colección que tenía en casa y muchas frases para asegurar a los médicos que estaban equivocados e iba a traer un niño al mundo.

Así que, cuando por fin me llamó una tarde para decirme que por fin estaba embarazada, suspendí la barbacoa familiar y puse la casa a su disposición para celebrar la magnífica noticia.

Seis meses después, Barry me llamó mientras salía del trabajo. Hablaba tan rápido que apenas podía distinguir las palabras.

—¿Barry? —Traté de sonar tranquila—. No puedo... No puedo entenderte... ¿Estás llorando? ¿Le ha pasado algo a Amanda? ¿Se encuentra bien? ¿Le ha pasado algo al bebé?

—El bebé... —empezó, pero luego se mantuvo callado un rato—. El bebé... El bebé no es mío. No es mío...

—¿Qué? Barry, no seas ridículo. Los dos lleváis mucho tiempo intentando tener un bebé. Estás poniéndote nervioso porque se acerca la recta final. Vas a ser un padre fantástico...

—En mayo estuve en Texas. Solo pudimos acostarnos una vez durante ese mes... Como mucho.

Me quedé inmóvil, recordando.

Amanda se había quejado de lo poco que Barry estaba en casa debido a su trabajo. Barry había sido degradado, y lo habían puesto a cargo del trabajo más incómodo negándole también que pudiera asistir a través de un chat de vídeo a las reuniones que se realizaban fuera del estado.

Me acordé de que ella había llorado por lo sola que se sentía, que pensaba que Barry no estaba tan comprometido como ella a tener un bebé propio, porque estaba empezando a hablar de adoptarlo.

Sin embargo, me negaba a creer que el bebé de Amanda no fuera suyo. ¿De quién iba a ser?

—Barry, creo que estás un poco paranoico... ¿Esa única vez no podría haber dado sus frutos? Creo que deberías llamarla y discutir esto con ella. No creo que haya razón para...

—No es mío —volvió a gemir—. Nos vemos en el Marriott que hay cerca de tu trabajo. Sé que piensas que sois grandes amigas, pero tengo que enseñarte algo.

—Vale... —Cuando colgué, llamé a Ryan.

—Hola, nena —susurró—. Estoy en una reunión. ¿Qué pasa?

—¿Puedes recoger tú a las niñas de la clase de baile?

—Sí, sin problema. ¿Ha ocurrido algo?

—No, es que... —Estaba a punto de decirle que Barry me había llamado llorando por Amanda, pero algo me dijo que no lo mencionara—. Tengo pendientes algunos recados y no podré recogerlas a tiempo. Eso es todo.

—Vale, cariño. Nos vemos en la cena.

Cuando llegué al vestíbulo del Marriot, Barry lanzaba monedas al pozo de los deseos, lanzando miradas asesinas a cualquiera que se atreviera a fijarse en él.

Tenía los ojos hinchados y rojos, yapestaba a humo y alcohol.

Le puse la mano en el hombro, y se dio la vuelta, lleno de rabia. Al verme, suavizó la mirada antes de abrazarme con fuerza.

—Gracias a Dios que estás aquí... Ven conmigo...

Me hizo un gesto para que lo siguiera al interior del exclusivo salón del hotel y pedimos una botella del vino más caro del menú. Negó con la cabeza varias veces, entre suspiros.

—Claire, nunca me ha gustado el vino. —Se llenó la copa hasta que casi rebosó—. Siempre ha sido cosa de Amanda. Yo siempre he pensado que sabía a mierda. Cuanto más caro, peor sabe.

«Está ido... Sabía que debía haber llamado a Amanda de camino aquí... Iré al cuarto de baño para llamarla...».

—Barry, voy a ir al...

—Fue ella la que insistió en servir esta marca en nuestra boda. ¿Lo sabías?

Negué con la cabeza.

—Pues sí. —Bebió un sorbo y lo paladeó—. Chateau Trotanoy, 1975, vino de Burdeos... Y sigue siendo igual de repugnante que el día que me casé con ella.

—Barry...

—Por eso me parece tan apropiado tomarlo ahora, sobre todo porque mañana por la mañana pediré el divorcio.

«¿Qué?».

—No me siento cómoda oyendo esto... —Me puse de pie—. Debes irte a casa y hablar con...

—¿Con mi esposa? ¿Mi egocéntrica y mentirosa esposa a la que le importo una mierda? No. —Sacó un sobre del bolsillo de la chaqueta y me lo tendió—. Hace semanas contraté a alguien para que la siguiera, para que averiguara dónde cojones pasaba el tiempo.

Me senté de nuevo y abrí el sobre para sacar un montón de fotografías. En algunas estaba comprando en diversas tiendas, conmigo o asistiendo a clases de preparación al parto.

Dejé el montón de fotos sobre la mesa, boca abajo.

—Vale. Tienes que escucharme. Lo cierto es que no creo que...

—Yo tampoco pensaba que fuera cierto. Es decir, el detective siempre traía las mismas fotos, semana tras semana. Estaba en casa, en tu casa, de compras. Cosas inocuas aparentemente, y casi le dije al hombre que lo dejara. Pensaba que estaba paranoico. Pero

un día, a la hora de la cena, hablamos de ti. Le pregunté si te gustaba ser directora de marketing *freelance*, si no sería mejor que trabajaras en una agencia de publicidad. Entonces me dijo que hacía años que estabas en Cole & Hillman, donde trabajabas más de sesenta horas semanales. Así que empecé a mosquearme... Si tú no estabas en casa durante el día, ¿a quién iba a ver allí Amanda? No podía ser a tus hijas, que estaban en el colegio. Así que...

Tardé varios minutos en comprender lo que trataba de insinuar. Y todavía algunos más en asimilar una afirmación tan ridícula.

—No. —Negué con la cabeza—. No..., es imposible. Seguramente hay una explicación perfecta para eso. —Volví a coger las fotos para echarles otro vistazo.

Todas eran situaciones circunstanciales. Por ejemplo, el coche de Amanda aparcado delante de mi casa; pero le encantaba pasear por el barrio y, a menudo, dejaba allí el coche para hacer una de sus caminatas. Había algunas fotos en las que caminaba cerca del Hot Metal Bridge bajo la lluvia, o en las que estaba sentada en un banco sola, seguramente llorando porque Barry no estaba en casa otra vez. Pero luego había fotos de Ryan, mi Ryan, sentado a su lado en ese banco. Besándola en ese banco.

Había fotos de sus coches aparcados delante del Hilton de Greentree, una ciudad cercana; imágenes en las que ambos paseaban por el parque de la mano, y otras en las que se los veía manteniendo relaciones sexuales a través de las ventanas abiertas de mi habitación.

«La fecha es de ayer mismo...».

Barry me cogió una foto de las manos.

—Yo mismo fui al Hilton... Los seguí en un taxi. Esperé más de treinta minutos antes de entrar, y me hice pasar por su hermano. Engatusé a la recepcionista diciendo que mi hermana siempre me decía que era un hotel muy bonito, y que lo solía utilizar para realizar algunas escapadas. ¿Quieres saber lo que me dijo la empleada?

—No. —Las lágrimas corrían por mis mejillas.

Tomó otro trago de vino.

—Te lo voy a decir de todas formas —dijo con irritación—. «Oh, sí..., su hermana lleva más de un año viniendo por aquí —imitó una voz femenina—, charlamos siempre que viene. Le encanta nuestro servicio de habitaciones». Más de un año, justo delante de nuestras narices...

Se puso rojo y negó con la cabeza.

—Quería subir y enfrentarme a ellos, pero sabía que si los veía en ese momento los mataría a los dos. No puedo fingir que no lo sé, Claire. No puedo pretender ser feliz con un bebé que no es mío. Así que cuando he conseguido hoy esas últimas fotos, me he decidido a actuar... He contratado a un abogado, y pienso decírselo todo a ella esta noche. Solo quería que supieras la verdadera razón antes de que te mienta como me ha mentado a mí. —Golpeó la mesa con un puño.

Miré las fotos una vez más, con la esperanza de que mis ojos me estuvieran jugando una mala pasada, de que no fuera realmente mi marido, mi mejor amigo, el que aparecía en esas imágenes, rezando para que no fuera más que una pesadilla.

Pero las fotografías no mentían. Era cierto.

—Por nuestros fieles cónyuges. —Barry sirvió otra copa de vino y, prácticamente, me obligó a bebérmela.

Tenía razón, el vino era asqueroso, pero no tan repugnante como lo serían las semanas siguientes...

—De acuerdo, Claire. —Sandra me hizo un gesto para que nos cambiáramos de asiento—. Vámonos a casa.

1,5

CLAIRE

En verano ya estaba divorciada, pero no sabía qué hacer de mi vida. Todo lo que conocía, todo lo que era, estaba entrelazado con Ryan. Era una gran parte de mí, un pedazo de mi identidad, y no sabía cómo demonios vivir sin él.

Quería comportarme igual que la protagonista de esa película, *Come, reza, ama*: viajar por el mundo tratando de encontrarme a mí misma mientras probaba nuevos alimentos, absorbiendo otras culturas y follando de forma imprudente con un joven y guapísimo brasileño. Sin embargo, sabía que era imposible: tenía deudas, me aterraba ir en avión y si estaba demasiado tiempo sin ver a mis hijas acabaría loca.

Así que opté por dar largos paseos por el parque, caminatas en las que solía terminar acurrucada contra una roca, sollozando hasta que me dolían los costados.

Por mucho que intentara fingir que estaba bien, siempre había algo que desencadenaba un recuerdo de mi matrimonio fallido: una pareja joven jugando con sus hijos en el parque, un vendedor de flores ofreciendo rosas rojas, un grupo de universitarios con sus camisetas de la universidad de Pittsburgh...

Me puse a leer libros sobre cómo superar un divorcio, esperando que eso me inspirara o iluminara, pero solo me hicieron sentirme más deprimida. Empecé a salir con amigos, pensando que eso me distraería de mi agonía, pero parecían más interesados en compadecerme.

Después de meses llorando sin parar, decidí enfrentarme al dolor por fases.

Pasé la «fase del helado de menta y chocolate viendo al doctor Phil», en la que me sentaba a ver cómo el famoso médico despedazaba a las parejas infieles. Grabé todos los programas y me los puse una y otra vez. Incluso llegué a imitar el tono de su voz cuando decía: «¿Por qué has hecho eso?», y me recompensaba con una cucharada cuando no gritaba «¡Mentiroso!» al ver al marido culpable tratando de justificarse.

Luego atravesé la «fase de los grupos de ayuda para divorciados», donde probé a conectar con otras mujeres en mi situación en la iglesia local. Era una especie de Alcohólicos Anónimos, pero, para mi sorpresa, mucho más deprimente. Ninguna de esas mujeres era capaz de hilar dos frases seguidas sin sollozar; y,

cuando me tocaba a mí, me sentía demasiado entumecida para hablar.

Tenía planeado terminar esa fase algunas semanas después, pero al finalizar una sesión en particular, el terapeuta me dijo que no regresara. Al parecer, había notado que cada vez que una de aquellas afligidas divorciadas me pedía una sugerencia sobre qué camino seguir con un exmarido, siempre le decía: «Deberías matarlo».

Supuse que mi tono seco y la expresión seria con que hablaba les impedía darse cuenta de que estaba de broma.

Incluso tuve una fase «Soy una mujer, escucha mi grito», donde tomé las siguientes decisiones drásticas:

- 1) *Cortarme el pelo, que llevaba por la cintura, a la altura de los hombros.*
- 2) *Fumar, un hábito que me duró solo un día.*
- 3) *Hacerme un tatuaje con la fecha de mi libertad (es decir, la de mi divorcio) en el pie y agujeros en las orejas, a los que, ya en la tienda, acompañé con un piercing.*
- 4) *Cantar himnos feministas cada vez que me subía al coche, estaba trabajando en el despacho o limpiando la casa. (Estoy segura de que fueron mis hijas las que destrozaron el CD de Shania Twain...).*
- 5) *Vender todas mis posesiones mundanas; salvo el televisor, el lector electrónico, el iPod y...*

Vale, solo me deshice de lo que pertenecía a Ryan.

Mientras atravesaba esas fases, mi carrera como directora de marketing para Cole & Hillman Asociados sufrió de una forma brutal. Un producto del último cliente se acabó llamando «Infidelidad», e insistí en que usaran la frase «Algunos votos están destinados a romperse».

Pero hasta que no me pasé un día entero llorando en un baño público, no me di cuenta de que tenía que cortar con todo.

Tenía que marcharme. Tenía que seguir adelante.

Así que dejé mi trabajo, saqué a mis hijas del colegio y metí todas mis pertenencias en el SUV. Utilicé parte del dinero que recibí por el divorcio para trasladarme desde Pittsburgh a la ciudad natal de mi madre. San Francisco, California.

Compré una pequeña casa en un barrio pintoresco, en lo alto de una cuesta. Vi varios programas de HGTV y terminé varios proyectos de mejora de mi hogar como terapia, como una forma de mantener mi mente ocupada: me deshice de la moqueta y la sustituí por suelo de madera y elegantes azulejos. Pinté cada

habitación de un color: marrón topo suave, marfil, café con leche, rojo inglés...

Durante los tres meses que duró la mudanza, tuve numerosas entrevistas de trabajo, pero me seleccionaron pocas veces. Cuando fui consciente de lo limitadas que eran mis opciones, acepté a regañadientes un trabajo como directora de marketing en Statham Industries, con un importante recorte de sueldo en relación con mi empleo anterior.

Me dije que ganar menos dinero no era, necesariamente, una mala cosa, sino algo diferente, y eso era lo que necesitaba para seguir adelante.

A pesar de que nunca me había dado por correr, empecé a levantarme temprano y me obligué a salir a hacer *footing*. Al principio solo hacía un kilómetro, hasta que, por fin, llegué a recorrer cinco.

Me corté el pelo todavía más, al estilo Bob. Además, reservé dos días al mes en un salón de belleza, algo que siempre había soñado hacer pero para lo que nunca encontraba tiempo. Incluso me compré ropa nueva, para sustituir mis conjuntos negros por blusas de seda, faldas tubo, vestidos y trajes de colores.

Un día, mientras estaba de compras, conocí a una mujer, Sandra Reed. Era una de esas personas con una personalidad agradable y optimista, alguien en quien sentí al instante que podía confiar, contarle cualquier cosa. Estaba segura de que su carrera como psiquiatra tenía algo que ver en ello.

Cuando meses más tarde le conté la verdadera razón por la que había huido a San Francisco, insistió en que empezara a ir a terapia. Para que no afectara a nuestra amistad, me recomendó a uno de sus compañeros de clínica, que me atendió de forma gratuita.

Sandra siempre me animaba a salir, a intentar conocer hombres en las fiestas para solteros; según ella, no podía encerrarme en casa. Sin embargo, después de cuatro años en San Francisco, todavía no había superado el divorcio.

No creía que muchos hombres estuvieran interesados en una divorciada de treinta y muchos, y dudaba que nadie pudiera curar las heridas que me habían infligido Ryan y Amanda.

2

JONATHAN

«Dios, qué sexy es...».

Estaba en una cena de negocios con algunos de mis socios cuando vi a una pelirroja preciosa en la terraza del Pacific Bay Lounge.

Era impresionante. El vestido corto de encaje negro se ceñía a su cuerpo curvilíneo en los lugares correctos, y me moría por ver qué había debajo de ese escote palabra de honor.

El brillante pelo estaba recogido a un lado, con algunos rizos sueltos que apenas le rozaban los hombros, y sus ojos verdes refulgían bajo las luces parpadeantes que colgaban sobre su cabeza.

—¿Señor Statham? —El abogado me arrancó de mis pensamientos—. ¿Cuándo quiere repasar esa propuesta?

—El martes por la mañana. Me da la impresión de que me va a llevar mucho tiempo ordenarlo todo. No puedo creer que no quieran fusionarse; van a perder mucho dinero con una compra.

Él se encogió de hombros.

—Yo tampoco puedo creérmelo, pero podría ser una jugada para comprobar su grado de compromiso. Nos vemos el martes.

—De acuerdo. Que tengas una buena entrada de año.

—Nos vemos en la oficina. —El resto de los asociados me estrecharon la mano antes de alejarse.

Me volví de nuevo para observar a la diosa pelirroja, pero no estaba a la vista.

¿Había soñado? ¿Cuánto había bebido esa noche?

Recorrí el muelle con la mirada y... allí estaba ella. Se había alejado algunos metros.

La observé mientras acercaba a los labios la cerveza que le habían servido en la barra y suspiraba, y me pregunté si habría ido a la fiesta sola.

—Creo que las cosas han resultado bastante bien. —Vanessa, una de mis consejeras de confianza, esbozó una sonrisa—. Sabes llevar muy bien las conversaciones, lo que es muy bueno para Statham Industries.

—No me lo agradezcas aún. Todavía tenemos que cerrar el trato. —Me puse en pie—. Gracias por venir, no podría haberlo hecho sin ti.

—¿Te marchas ya? ¿No te apetece quedarte a tomar unas copas conmigo? Estamos en fin de año y no tengo a nadie al que besar cuando sea la cuenta atrás...

—Vanessa, ya hemos pasado por esto. Sabes que no salgo con empleadas. La vi poner los ojos en blanco.

—No puedes considerarme una empleada sin más. Me siento en el consejo. «Peor me lo pones...».

—No mezclo negocios con placer. No es un cliché. Además, no quiero que las cosas se compliquen entre nosotros.

—No se complicarán... —Se acercó para ponerme la mano en la cara—. Seríamos perfectos juntos, y lo sabes...

Suspiré. Había química entre nosotros y habíamos llegado a besarnos en el despacho varias veces a lo largo del último año, pero siempre me apartaba. A pesar de que era muy guapa —larga melena rizada de color castaño, ojos azules y un cuerpo increíble—, faltaba algo, y no sabía qué era.

«Quizá no sea nada... Tal vez debería darnos una oportunidad, después de todo... Somos compatibles y...».

Por el rabillo del ojo, noté que la pelirroja se movía por el muelle de nuevo.

—Vanessa, nos vemos en la próxima reunión. —Rodeé las mesas de la cafetería mientras escudriñaba por encima del hombro cada pocos segundos para asegurarme de que la pelirroja seguía allí.

Corrí hacia las puertas del Pacific Bay Lounge y entré. Me detuve para mirar a mi alrededor. Había un letrero que anunciaba la fiesta, así como servilletas en las mesas que decían:

«FIESTA PARA SOLTEROS. PERMITE QUE LA MAGIA FLUYA».

Era evidente que la mayoría de las personas presentes tenían una edad comprendida entre los cuarenta y los cincuenta. Algunos de ellos incluso llevaban sombreros de fiesta con su edad escrita en purpurina brillante. También había alguna gente más joven aquí y allí, pero eran las personas que sostenían las bandejas o limpiaban las mesas.

«La mujer que he visto no era una cuarentona..., ni de coña».

Salí a la terraza que daba a los muelles para estudiar el lugar. Luego, apoyándome en la barandilla, miré a ambos lados.

Ella había desaparecido.

Me paseé por la terraza de un lado a otro, buscándola sin rumbo para intentar encontrarla. Cuando volví a entrar, vagué entre la multitud, pero la mujer no estaba por ninguna parte.

—Hola. —Una mujer me puso la mano en el hombro, lo que hizo que me girara—. ¿Qué te trae por aquí esta noche? —ronroneó.

Era una mujer atractiva, de unos cincuenta años, y, por la forma en la que me observaba, le gustaba llevar la voz cantante.

—Buenas noches. —Sonreí—. Estaba intentando encontrar a alguien.

—Pues ya lo has hecho. —Me acarició el pecho con la mano al tiempo que me miraba a los ojos.

«¡Oh, Dios mío...!».

—Mmm...

—Si no te interesaran las mujeres mayores, no estarías aquí. —Subió más la mano y me la pasó por el pelo—. Las jovencitas no saben cómo tratar a un hombre, ¿verdad? Pero yo sí lo sé. Deberíamos marcharnos antes de que alguien se fije en ti... ¿Vamos a mi casa?

Iba a rechazarla, pero contuve el aliento al sentir que bajaba la mano a mis pantalones. Se la cogí con suavidad para retirársela.

—No he venido aquí para... De verdad, estoy buscando a una mujer en concreto.

—¡Oh, Dios mío! Lo siento —jadeó—. Pensaba que... Lo siento muchísimo. —Parecía avergonzada.

—Si te sirve de consuelo —dije mientras me recolocaba los pantalones—, eres muy atractiva, y estoy seguro de que pronto encontrarás al tipo perfecto.

Antes de que pudiera responderme, me di la vuelta y salí de allí.

Entré en el despacho del director de seguridad.

—¿Ya estás aquí otra vez? —dijo Corey, mi mejor amigo, poniendo los ojos en blanco mientras yo cerraba la puerta—. ¿Qué se supone que debo hacer por ti ahora? ¿Acosar a alguna mujer que has visto?

—Yo no acoso a nadie.

—Llámalo como quieras, pero es ilegal. Sin embargo, como, según tú, ha sido amor a primera vista, supongo que puedo hacer una excepción.

—Para empezar, no es amor, y, para seguir, ni siquiera sé quién es.

—Entonces explícame por qué estoy *hackeando* las imágenes de seguridad del

Pacific Bay Lounge a las siete de la mañana.

Suspiré.

—Porque eres mi mejor amigo y porque trabajas para mí. No me seas mojigato, Corey: haces cosas mucho peores.

—¿Eso crees? —Se rio, pero luego se puso serio—. Venga, dime en qué intervalo tengo que mirar.

—El día de fin de año, entre las once y media y medianoche.

Corey empezó a pulsar el teclado y en las veinte inmensas pantallas que cubrían la pared de su despacho aparecieron números y estadísticas.

—Espera... ¿Ayer por la noche tuviste una cena de negocios tan tarde? ¿Desde cuándo te gusta hacer eso?

—Desde que el cliente vale quinientos millones de dólares. —Clavé los ojos en las pantallas, que ahora mostraban gente entrando y saliendo del salón—. Esa mujer tenía un vestido negro corto. ¿Sería posible que esa cosa busque imágenes por colores? Era pelirroja.

Me miró con una ceja arqueada.

—Me has dicho que la viste en la terraza, en el muelle, ¿verdad? Solo voy a fijarme en las filmaciones de las cámaras que graban esa zona... Dame un segundo. El *software* que llevan está anticuado... Y, ¡sorpresa!, no hay audio, solo vídeo.

En las pantallas comenzaron a aparecer imágenes del muelle a cámara lenta. La gente estaba en los sofás, bebiendo cerveza o bailando junto a los altavoces.

—Espera. —Me acerqué a las pantallas—. Es ella. Detén la grabación.

Las imágenes se congelaron de repente, y volví a clavar los ojos en la mujer.

Se paseaba por la terraza con una cerveza en la mano. Me fijé en que tenía apretados aquellos labios rosados. Desde el ángulo de las cámaras pude ver que el vestido se detenía en la parte superior de sus muslos, donde daba paso a unas piernas bien torneadas. Era incluso más sexy de lo que recordaba.

—Probablemente yo también pondría en peligro los recursos de la empresa para dar con ella. —Corey asintió de forma aprobadora—. ¿Cuántos años dices que tiene? ¿Cincuenta? Se conserva muy bien. Te lo digo yo...

—¿Qué? No sé qué edad tiene. No puede ser mucho mayor que yo.

Corey puso el vídeo en marcha y lo detuvo cuando ella se inclinó sobre la barandilla.

—Y lleva una copa D por lo menos... No está nada mal.

—¿Cuántos años crees que tiene?

—Yo diría que unos treinta o un poco menos. O todos son mayores que ella, o sabe dónde está escondida la fuente de la juventud eterna. En realidad, ahora que lo pienso, he leído un artículo sobre...

—Por favor, hoy no. —Negué con la cabeza—. Tienes que dejar de leer esos libros sobre conspiraciones. No existe la fuente de la juventud eterna.

—¿En serio? Lo cierto es que explicaría lo de Johnny Depp. —Cruzó los brazos.

Puse los ojos en blanco.

—¿Sabes qué? —continuó—. Si no estuviera ganando tanto dinero trabajando para ti, estaría ahí fuera, tratando de encontrarla yo mismo.

—Me alegra saberlo. ¿Existe alguna forma de acceder a las cámaras del aparcamiento? Necesito saber su número de matrícula para...

—¿Para qué? ¿Vas a acercarte a su casa y decirle «Hola. El otro día quería conocerte en la fiesta, pero cuando te busqué ya te habías ido. No te preocupes —dijo enseguida—, que le dije a un amigo que *hackeara* las cámaras de seguridad para poder conseguir tu dirección»? ¿En serio?

No pensaba decírselo precisamente así...

—Olvídalo. Todas las cámaras de la calle se gestionan y supervisan a través de tecnología Flynn, y es imposible *hackearlas*. Créeme, lo he comprobado.

—¿Y qué sugieres que haga?

—Mmm... Seguir adelante. —Apagó las pantallas—. Ni siquiera sabes su nombre. Sí, es preciosa, pero hay muchas mujeres guapas en el mundo. Estoy seguro de que todos podemos encontrar a otro en un abrir y cerrar de ojos. Hablando de eso: ¿por qué no le das a Vanessa una oportunidad? Está libre, es muy sexy y está loca por ti.

—Es una empleada. Va contra la política de la empresa. ¿No recuerdas que yo mismo ordené incluir una cláusula de no confraternización cuando fundé la compañía?

Puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas. Busca a otra pelirroja, las hay a cientos.

En eso tenía razón, pero nunca había pensado en una mujer después de verla por primera vez. Por lo general, eran necesarias un par de citas o unas largas llamadas telefónicas para que alguien ocupara mis pensamientos, y a esta ni siquiera la había conocido todavía.

Tampoco le había pedido nunca a Corey que buscara imágenes de alguien que me interesara. Nunca me había intrigado nadie tanto.

Me detuve en el aparcamiento del supermercado y suspiré. Por culpa de la limpieza en seco, me había tenido que poner una sudadera y vaqueros, así que debía ir a casa a por otro traje.

Se suponía que debía asistir a una reunión del consejo en una hora, pero, sinceramente, no me apetecía mucho. Quería volver a casa, apagar los móviles y fingir que no era el dueño de una importante compañía durante el resto del día.

Cada vez que me sentía así, me obligaba a recordar mi pasado más doloroso: eran recuerdos que servían para que me diera cuenta de que me debía sentir feliz con lo que poseía, que todavía podría estar viviendo en un parque de caravanas, junto a los basureros, rogando a mis vecinos que me regalaran sus sobras.

Sin embargo, a veces eso no era suficiente. Empezaba a odiar mi empresa y todas las obligaciones que conllevaba.

Durante los últimos meses, el consejo me había presionado para que despidiera a miles de empleados de los escalafones más bajos. Juraban que eso nos llevaría a ahorrar millones, pero yo no quería hacerlo. Si debía despedir a alguien para poseer más dinero, despediría a los ganaban más, los altos ejecutivos, que pasaban más tiempo en el campo de golf que en sus despachos.

De hecho, desde que había tomado la decisión de trasladar la sede de la compañía desde Nueva York a San Francisco, seis años antes, los miembros del consejo habían cuestionado todas mis decisiones, como si yo no hubiera puesto en marcha la empresa sin su apoyo.

Si no hubieran sido sus donaciones las que habían ayudado a que mi primera compañía de *software* —un trabajo que estaba desarrollando en la universidad— se transformara en un imperio de mil millones de dólares en solo una década, los habría mandado a la mierda hacía años.

¿Por qué había querido ser el director general? ¿Por qué no lo vendí todo cuando terminé la universidad?

Me empezó a sonar el móvil otra vez. Se trataba de un número de Ohio, donde estaba el centro de rehabilitación de Allen.

Vacilé sin saber si debía responder o no mientras dejaba que continuara el estribillo de *Clocks*, de Coldplay, antes de contestar.

—Papá —dije.

—Jonathan, ¿cómo estás, hijo?

—Bien.

—¿Y qué tal la compañía?

—Genial.

—No tienes por qué ser tan seco. Solo te he llamado porque... porque llevo mucho tiempo sin saber nada de ti. Quería darte las gracias por ingresarme todo ese dinero en mi cuenta la semana pasada. —Hizo una pausa—. He comprado miel y champú azul... ¿Vas a asistir a la graduación de tu madre?

—Siempre voy a sus graduaciones. Parece que cada año tiene una...

Suspiró.

—Dice que va a seguir limpia esta vez. Me lo ha prometido.

—Vale. Te creo —repuse, como siempre.

—El mes pasado lo decía en serio. Quiero formar parte de tu vida otra vez, Jonathan. Sé que no he sido el mejor padre del mundo, pero... siempre me he sentido muy orgulloso de ti, y quiero arreglar nuestra relación en cuanto sea posible.

—Esta llamada está siendo grabada y registrada por el Departamento de Rehabilitación de Ohio. Quedan treinta minutos. —La voz automatizada, tan familiar, resonó en la línea.

—Vale —suspiré—. Bueno, intentaré recordarlo. Te escribiré esta semana, y... no olvides que hace seis años te prometí llevarte una cerveza. Espero que no te hayas olvidado.

—Lo recuerdo. Y sigo esperándolo, hijo.

—Adiós. —Y colgué.

Sabía que debía haber mostrado más entusiasmo ante su llamada, o ante la confirmación de que mi madre había salido de las drogas, pero la emoción tiende a disminuir cuando alguien recae doce veces, cuando alguien te decepciona tanto que ya no crees en él.

Traté de borrar de aquellos pensamientos sobre mis padres mientras metía la marcha atrás. Estaba a punto de pisar el acelerador cuando, de repente, oí el chirrido de un carrito de la compra por detrás.

Miré por el retrovisor resignado, dispuesto a apretar la bocina, pero vi que quien estaba allí era la preciosa mujer a la que había visto días antes.

Vestía una falda tubo de color gris oscuro y una blusa de seda rosa. Llevaba el pelo peinado de otra forma, suelto, y parecía que el viento disfrutaba jugando con él mientras ella avanzaba.

Empujó el carrito por delante del coche sin fijarse en mí, aunque eso no impidió que vislumbrara sus ojos verdes.

La estudié mientras entraba y apagué el motor.

Antes de que pudiera salir del vehículo, me sonó de nuevo el teléfono. Era el Centro Oasis de Medicina y Rehabilitación.

Mi madre.

«Esto, por no querer pensar hoy en el pasado...».

2,5

JONATHAN

VERANO, DIEZ AÑOS ANTES...

Estaba lloviendo con fuerza.

Los relámpagos bailaban en el cielo y las gotas de lluvia golpeaban el cristal de la ventana.

Cuando miré hacia fuera, vi los reflejos de mi triste vida en el aguacero: a mis padres les habían denegado la provisional, y a mi hermana pequeña la habían enviado a vivir con otra familia de acogida. En mi caso, mi propia familia adoptiva estaba tratando de convencerme de que no saliera del estado para ir a la universidad; sabía que, si me matriculaba, recibirían un cheque extra de servicios sociales por haber criado con éxito a un chico que se asistiría a la universidad local.

Sin embargo, yo era consciente de que mi vida sería terrible si me quedaba más tiempo en aquel agujero del infierno que era Ohio, así que tenía planes que incluían huir esa misma noche.

Les había contado a mis padres adoptivos que me había decidido por la universidad de Dayton, y que, justo después de la ceremonia de graduación, quería ir a un buen restaurante para celebrarlo. La mirada codiciosa que apareció en sus ojos casi me llevó a darme la vuelta, pero seguí actuando como tenía previsto.

Sonreí y les dije que agradecía muchísimo todo lo que habían hecho por mí a lo largo de esos años, dejando a un lado la parte en la que habían retenido las cartas que mis padres me enviaron desde prisión, que me compraran la ropa en una tienda de segunda mano como Goodwill mientras a sus hijos biológicos los vestían en tiendas «de verdad», o que me hubieran recordado día tras día que algún día terminaría como mis padres, dependiendo del *crack*, y que entonces merecería pudrirme tras las rejas.

Cuando llegó el día de mi graduación, puse en marcha mi plan; metí mis mejores pantalones y camisas en una mochila junto con quinientos dólares que había ganado en un proyecto de programación desarrollado en clase de ciencias, en colaboración con la universidad y otras cosas esenciales para poder sobrevivir.

—¿Para qué es esa mochila? —preguntó Luanne, mi madre adoptiva, cuando entró en mi dormitorio.

—Llevo la ropa que voy a ponerme después de la graduación. Quiero ir más informal a la cena.

—¡Oh, claro que sí! A nadie le gusta ir con un traje tan viejo a la cena de graduación. —Me ajustó la corbata—. Es una pena que no hayas nacido en el seno de la familia. Podría haberte comprado un traje mejor, pero ya sabes lo que ocurre: el estado solo nos da dinero para tu alimentación, no para tu ropa.

Intenté no estremecerme mientras me pasaba un cepillo por los hombros.

—Esta graduación en el instituto va a ser el hecho más destacado de tu vida —dijo con cierta nostalgia—. Posiblemente no acabes los estudios en la universidad, pero no te preocupes: ni Bob ni yo esperamos que lo hagas.

—Muchas gracias...

—No quiero imaginar lo que puede suponer que tus padres fueran traficantes de *crack*. ¡Tiene que haber sido horrible! Cada vez que lo pienso, me siento mal por ti. —Retrocedió y me miró—. Luego me digo a mí misma: Luanne, gracias a Dios que has salvado a este chico, aunque solo sea temporalmente, de convertirse en un drogadicto como sus lamentables padres. ¡Por lo menos podrá recordar algo bueno cuando esté en prisión! —Sonrió—. Me voy a por la cámara.

Cuando desapareció, me dieron ganas de saltar por la ventana para escapar de allí. Aunque era inútil: vivíamos en medio de la nada, y necesitaba que me llevaran a la ciudad en el coche.

En ese momento entró Corey en mi dormitorio y cerró la puerta; era mi hermano adoptivo. Me miró durante un buen rato después de cruzarse de brazos.

Me sentí tentado de decirle que ese iba a ser el último día que nos veríamos, pero no fui capaz. Nos habíamos convertido en grandes amigos, a pesar del trato que recibía de sus padres, y si no hubiera estado tan destrozado por dentro, me habría quedado allí algún tiempo más, aunque solo hubiera sido por él y por su hermana.

—Lamento lo de mis padres —dijo—, pero necesito que sepas que me ha gustado mucho tener un hermano..., mucho. ¿Vas a olvidarte de Jessica y de mí cuando te largues y empieces en otro lugar? No puedo culparte si la respuesta es sí.

—¿De qué hablas? No tengo previsto...

—No te preocupes. —Me cogió la mochila y metió dentro una bolsa de papel marrón—. No se lo diré a mis padres. Me comportaré como si no conociera tus

planes. Solo deseo que me prometas una cosa: que cuando demuestres que se equivocan contigo y hagas algo grande, me buscarás, y también a Jessica, y que vendrás a por nosotros.

—Prometido. ¿Sigues pensando en ir a Notre Dame en otoño?

—Sí. Pero tú no vas a ir a la universidad de Dayton, ¿verdad?

Me quedé helado. No supe qué contestar.

—Es que...

—Sé que no soy tan bueno como tú con los ordenadores..., sin embargo, soy un *hacker* estupendo, ¿verdad? —Se rio—. Entré en la lista de estudiantes matriculados en Dayton para el año que viene, y tu nombre no estaba entre ellos. De hecho, no estabas en la lista de ninguna de las universidades que te aceptaron. Así que empecé a pensar qué habría planeado yo si estuviera en tu pellejo, y...

—No quiero que creas que no confío en ti, Corey. Es que no he podido...

—Podemos mantenernos en contacto por correo electrónico. Y, hagas lo que hagas, no mires atrás cuando te vayas. Tienes que subirte a autobuses, taxis, elegir otras rutas, incluso aunque eso te obligue a salir del camino. Y... otra cosa: no abras la bolsa marrón antes de que estés fuera del estado. —Se levantó para darme un abrazo—. Ah, y Jessica también está al tanto, aunque se siente demasiado dolida. Dice que te entiende, y te quiere igual.

—¡Oh, Dios mío! ¡Míralos! —Luanne atravesó la puerta con la cámara—. ¡Haz una foto de mis hijos! Bueno, de mi hijo adoptivo y mi hijo de verdad. Más cerca... Uno, dos...

—¡Eh, chico! —El taxista me arrancó de mis pensamientos—. ¡Despierta! Esto es lo más lejos que puedo llevarte por cuarenta y cinco dólares.

Miré por la ventanilla y vi altos edificios de piedra, aunque no fui capaz de distinguir qué eran. Llevaba días de autobús en autobús, de taxi en taxi, y había perdido la orientación, porque en todos los sitios llovía.

—Gracias. —Le entregué el dinero y salí del coche.

En cuestión de segundos, la fina cazadora y los vaqueros gastados quedaron completamente empapados. Llevaba un paraguas en la mochila, pero era inútil sacarlo ya.

Recorrí lo que parecía un campus universitario donde la vegetación y las edificaciones se alternaban cada pocos metros. Sin embargo, todos los edificios en los que intenté entrar estaban cerrados.

Al parecer, se necesitaba una tarjeta de acceso; concretamente, una tarjeta de acceso de la universidad de Harvard.

La ironía era que me habían aceptado allí hacía algunos meses, pero nunca había confirmado la matrícula. En cuanto leí que el año anterior había obtenido la nota más alta en informática un alumno que había desarrollado un ordenador portátil, algo que yo había hecho con catorce años, decidí que no podían enseñarme nada.

Me fijé en un grupo de universitarios que se metían en uno de los edificios, así que me apresuré a acompañarlos. Recorrí el pasillo con acceso a las aulas, asomando la cabeza en cada una, aunque estaban todas llenas.

Cuando llegué al final del pasillo, había una sala a oscuras, así que solté un suspiro de alivio.

—Qué agradable por su parte que se haya unido a nosotros a la hora prevista. Ocupe un asiento en el fondo, por favor. —Se encendieron las luces, y un hombre rubio con un traje de *tweed* se levantó desde detrás de una mesa—. Esperaremos a que esté preparado, muchacho...

Los alumnos se rieron mientras subía los escalones para sentarme en la última fila.

Ignoré la sensación del *denim* húmedo contra la piel y levanté la vista para mirar la pizarra:

«CURSO DE VERANO DE *SOFTWARE* AVANZADO 4100».

Todos los estudiantes tenían portátiles de última tecnología en los pupitres. Y todos parecían mayores que yo.

«Supongo que es un curso de nivel superior...».

—Sigamos... —El profesor movió la pantalla del proyector desde el centro de la habitación—. Hemos montado una compañía ficticia Beta Link, y hasta ahora tenemos tres personas luchando por construir el mejor ordenador: George Hamilton II, Lindsay Franco y William Dane. ¿Podrías acercaros los tres y enseñar a la clase lo que habéis llevado a cabo, por favor?

Ocuparon un lugar en el estrado y explicaron sus proyectos con el tono más simple que había escuchado nunca. Ya era malo ver aquellos ordenadores de mierda, pero la arrogancia y prepotencia de su actitud eran todavía más difíciles de soportar.

«Tienen acceso a la mejor tecnología del mundo y ¿solo son capaces de hacer

esto?».

—¡Impresionante! —aplaudió el profesor—. Y a los demás: es una lucha encarnizada por obtener la mejor nota, pero cualquiera puede participar. ¿Alguna pregunta para George, Lindsay o William?

Nadie levantó la mano.

—¿Ninguno de vosotros quiere preguntarles algo sobre cómo han desarrollado los procesadores? ¿Vais a dejar que se queden con las mejores notas sin más? Ya sabéis que hay un número de matrículas estipulado en este curso, y esta clase tiene mucho nivel.

Levanté la mano.

—Tú —me señaló—, ¿qué quieres preguntar?

—Esos no son los mejores trabajos en realidad, ¿verdad? Solo los usa de ejemplo para motivar al resto de la... clase, ¿no?

Hubo un montón de murmullos en el aula. Todos me miraron a mí antes de clavar la vista en el profesor.

—No. No uso esos métodos —aseguró—. Esos son, de hecho, los mejores ordenadores de la clase, y dado que no has traído uno tú con el que competir, sin duda son mejores que el tuyo. Pero, por supuesto, parece pensar que...

—El ordenador de George no funcionará ni seis semanas. —Me crucé de brazos—. La RAM petará, porque está utilizando más cable del necesario. Un día se apagará y no volverá a encenderse. El proyecto de Lindsey, por llamarlo de alguna manera, está construido con materiales malos. A menos que volvamos a la Edad de Piedra, un ordenador compuesto de bobinas recicladas y cableado reutilizado no puede considerarse bueno. La tecnología actual todavía no puede producir ordenadores ecológicos. Y con respecto al proyecto de William, aunque me parece impresionante cómo ha copiado el primer modelo de Dell reelaborando algunos mecanismos, es algo que está en la mano de cualquier alumno de secundaria.

La habitación se quedó en silencio.

El profesor se quitó las gafas y se frotó la frente.

—La clase ha terminado. —Realizó un gesto con la cabeza y los alumnos salieron atropelladamente de la sala, como si les asustara lo que estaba a punto de explotar.

Me levanté y bajé los escalones, ignorando las miradas intensas que me lanzaban los tres cerebritos, que estaban guardando sus juguetes.

—¡Eh, tú! Espera... —Me dijo el profesor—. Quiero hablar contigo un

segundo cuando se vaya todo el mundo. —Esperamos a que eso ocurriera—.
¿Cómo te llamas?

—Bill Gates.

—Tu nombre de verdad.

—Jonathan Statham —murmuré.

—No eres alumno de esta clase, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—¿Por lo menos estás matriculado en esta universidad?

—No.

—¿Qué te ha llevado a venir hoy aquí? —Me hizo señas para que me sentara en la primera fila—. Pareces un alumno de secundaria. ¿Todavía estás en el instituto? —Esperó a que le respondiera, pero me limité a parpadear—. De acuerdo... —Se sentó a mi lado—. Explícame cómo es posible que alguien se presente en Harvard sin pensar, sabiendo más sobre ordenadores que mis mejores alumnos.

Pensé en inventarme una mentira, decirle que solo era alguien que quería entrar en una clase de nivel alto, pero estaba cansado de mentir, cansado de huir.

—Mis padres solían... —«¿Aceptar cacharros electrónicos viejos a cambio de la droga que vendían a veces?»—, usaban..., traían componentes electrónicos y los dejaban por toda la casa, y me gustaba destriparlos. Y cogía..., es decir, pedía libros en la biblioteca sobre *hardware* y *software*.

—¿Nunca has asistido a un curso de tecnología?

—No.

—Mmm... —Se frotó la barbilla—. Entonces, ¿tu objetivo es colarte en Harvard?

Puse los ojos en blanco.

—Si quisiera estudiar aquí, habría aceptado la beca. —Me di cuenta de que seguramente llamaría a la policía por invadir aquel espacio, así queforcé una expresión de disculpa—. Lamento lo de hoy. No volveré a intervenir en una clase de guardería. Me iré...

—No pienso llamar a seguridad —se rio, aunque de repente estaba serio de nuevo—. ¿De dónde eres?

No respondí.

—Vale... ¿Tus padres saben que has venido aquí? Seguramente están preocupados por ti.

—Mi padres se hallan en la cárcel.

Me miró con simpatía.

—Bueno, tus tutores legales deben de estar buscándote.

—Ya he cumplido dieciocho años. —Ya no era tutelado del Estado. No *perteneía* a nadie, y si en aquella aula no hubiera hecho tanto calor, me habría largado en cuanto me preguntó mi nombre.

—Debes de haber obtenido muy buenas notas en el instituto para que te hayan dado una beca aquí, Jonathan. ¿Qué media sacaste?

«¿Por qué tengo la sensación de que puedo confiar en este tipo?».

—La más alta de la clase. Di el discurso de graduación y todo. —Metí la mano en la mochila y saqué el arrugado discurso para arrojárselo. Esperaba que lo leyera, no como mis padres adoptivos, que parecían completamente ajenos a que era el alumno con las mejores notas de mi curso.

Mientras él leía el discurso, fui consciente de que no había abierto la bolsa de papel que me había metido Corey. Eché un vistazo al interior y vi una imagen enmarcada de Jessica, él y yo, una unidad USB con el mensaje «LÉELO» escrito en un Post-It y un montón de cartas sin abrir que mis padres me habían enviado desde prisión. Además, había un cheque de mil dólares a mi nombre con una nota pegada por detrás:

«Puedes hacerlo efectivo en cualquier sitio, como en una tienda de licores o un banco, para que yo pueda seguir tu pista y saber dónde lo has cobrado.

Tu amigo.

Corey.

P. D.: Por favor, si encuentras la fuente de la eterna juventud en tus viajes, dímelo.

Yo estoy convencido de que está en Nueva York...».

—Jonathan, ¿y si te dijera que llevo mucho tiempo buscando a alguien con tu potencial para ayudarme en el desarrollo de un nuevo ordenador? —dijo el profesor—. ¿Un ordenador que lo cambiaría todo?

—Diría que no le creo. Luego añadiría que espero que no sea uno de los que he visto hoy.

—Normal... —Se rio entre dientes—. Vale, ¿y si dijera que quiero participar?

«¡Ja!».

—No, gracias. He tenido apoyo suficiente para toda la vida. —Cogí mi discurso de sus manos, me levanté y fui hacia la puerta, pero el profesor se interpuso antes de que pudiera abrirla.

—Me han otorgado una beca para un proyecto universitario de un año que puedo asignar al estudiante que quiera. Se supone que es para los de posgrado, aunque, si no posees fondos, te servirá para pagar un año de matrícula, así como

una habitación pequeña y la comida. Es probable que debas buscar un empleo para cubrir el resto de los gastos. Sinceramente, creo que sería una elección magnífica, y que te convertirás en un buen programador algún día. Si trabajas lo suficiente durante el primer año, sería fácil convencer al comité académico para que te tenga en cuenta para otras becas.

«¿Qué?».

—Esta noche revisaré tus antecedentes. —Se subió las gafas—. Si eres quien dices y aceptas colaborar conmigo, estudiarás en Harvard de forma gratuita, y es una oportunidad única para participar en un proyecto de ámbito nacional. ¿Me das tu número de teléfono para que...?»

—¿Tengo pinta de poseer un móvil?»

—Lo siento... —Me miró, notando seguramente que estaba empapado y que mi mochila presentaba un estado lamentable—. Entonces..., ¿dónde pensabas dormir esta noche?»

No le respondí. Solo miré el aula. Supuse que, como no tenía planes para subirme a otro autobús hasta mañana, hoy me escondería en el edificio y dormiría bajo una escalera cuando terminaran de hacer la limpieza.

—Soy el señor Lowell, Jonathan. —Se acercó al escritorio y cogió el maletín—. Si no tienes ningún compromiso previo, la señora Lowell hará pasta de cena, y hay una habitación de invitados que puedes usar durante los próximos días, mientras lo arreglamos todo.

Miré hacia otro lado y negué con la cabeza. Me sentía avergonzado. Había roto las reglas por las que había regido toda mi vida en solo unos minutos: no debía hablar con nadie, no debía confiar en nadie. Se suponía que debía seguir solo hasta llegar a Nueva York..., hasta que atravesara la puerta de las oficinas centrales de IBM y los obligara a escuchar mis ideas. Sin embargo, el profesor parecía un hombre honesto, y un proyecto de ámbito nacional con acceso a la mejor tecnología del mundo resultaba demasiado tentador para dejarlo pasar.

Durante un año, utilicé cada minuto libre en el proyecto del señor Lowell. Además, asistí a todas las clases y busqué empleo en tres sitios distintos para cubrir los gastos que no pagaba la beca. Lo ayudé a conseguir una concesión de setecientos mil dólares para construir el ordenador portátil más impresionante del mundo.

Justo después de recibir el dinero de forma oficial, me entregó un sobre con un

cheque de veinte mil dólares, diciendo que con eso podría pagar la matrícula del segundo curso.

Estaba a punto de correr al banco para hacerlo efectivo cuando me lo volvió a quitar.

—¿Sabes qué, Jonathan? Aspiras a algo mejor. —Negó con la cabeza—. Así que, en vez de este cheque, te voy a dar algo mejor.

—¿Un cheque más grande?

—Muy gracioso... —resopló—. Seré el primer inversor en tu empresa. Incluso organizaré una cena en casa este fin de semana, con mi esposa, para conseguirte más inversores. No creo que tengas que perder el tiempo recibiendo clases de personas que no son tan inteligentes como tú. Tienes que abandonar los estudios y empezar a trabajar en tu propia empresa. Te ayudaré todo lo que pueda durante el primer año.

—¿De qué habla? No tengo ninguna empresa, señor Lowell...

«¡Quiero que me devuelva el cheque!».

—¿Statham Inc.? ¿Compañía Statham? ¡Statham Industries! Suena bien, ¿no crees? —Puso mi cheque en su maletín y lo cerró—. Confía en mí: dentro de cinco años tendrás una cantidad equivalente a cien cheques como este. A partir de ahora, solo trabajarás en esto... —Me dio una palmada en el hombro y salió de la habitación.

3

CLAIRE

Sinceramente, estaba siendo uno de esos días en los que sentía que había desperdiciado los mejores años de mi vida. Me había pasado la mañana viendo el canal Lifetime, mirando álbumes de fotos antiguas y hablando con otra de mis amigas en San Francisco, Helen, a quien habían nominado a «Abogado del año». Me había explicado cómo iba a ser la ceremonia en Las Vegas, que los premios los entregaría una celebridad y que se moría de ganas de utilizar la piscina que había en la terraza del hotel. Todos los nominados podían disfrutar del trato de un hotel de cinco estrellas, que incluía disponer de una *suite* en el ático.

Aunque estaba feliz por ella, también estaba celosa. Helen tenía treinta y nueve años, pero, a diferencia de mí, parecía totalmente satisfecha con su manera de vivir: poseía su propio bufete de abogados, viajaba todos los meses a un lugar nuevo y excitante y las historias que me contaba sobre sus encuentros sexuales hacían que deseara haber experimentado más con el sexo antes de atarme a Ryan.

De hecho, siempre que programaba una noche de chicas con Helen y Sandra, ella nos abrumaba con comentarios picantes sobre el nuevo amante del momento. Al principio, pensaba que solo era para presumir; después de un tiempo me di cuenta de que me estaba haciendo un favor: me obligaba a ver lo patética que era mi inexistente vida sexual, tratando de ayudarme a entrar en sintonía con algo llamado «mi diosa interior». Pero, dado que yo me negaba a salir, ese trabajo se lo confiaba a un amiguito secreto: era eficaz y fácil de usar, y no tenía que preocuparme de que me engañara.

Cuando puse fin a la conversación con Helen, decidí ponerme a trabajar; revisé algunas de las últimas presentaciones de mis subordinados y las ideas publicitarias que se les habían ocurrido. Cerré la carpeta en cuanto leí tres, y me tomé un descanso.

«Para superar esto voy a necesitar una copa de vino...», pensé.

Me acerqué al supermercado y fui a la sección de prensa, con la idea de comprar algunas revistas y mostrarle a esa gente la diferencia que hay entre los buenos y los malos anuncios. Elegí *InStyle*, *Vogue* y *Us Weekly*, aunque me detuve cuando leí una que ponía «Edición para divorciados» en la portada. La cogí y eché un vistazo a las páginas, negando con la cabeza ante los estúpidos consejos

que daba ante lo que llamaba «experimentos para divorciados»: «Perdonar y pasar página: esa es la parte fácil» o «Reservar un tiempo para llorar en privado» o «Viajar en solitario y ver mundo en cuanto se seque la tinta en los papeles». «Cualquier mujer engañada dice que su autoestima no se ha sentido afectada por todas las mentiras...».

Dejé de leer el artículo «Cómo mantuve intacta mi autoestima después del divorcio» y fui hacia el pasillo de las especias.

«Pimienta, laurel, perejil, páprika...». ¿Páprika? Era la favorita de Ryan.

Cogí la pimienta y me quedé paralizada. Se suponía que debía dejar de pensar en él en cuanto apareciera en mi mente. Se suponía que debía repetir el mantra: «No soy la culpable del fracaso de mi matrimonio», respirar hondo y pasar a otra cosa...

Pero no estaba funcionando.

Noté un nudo en la garganta y ahogué un sollozo. Cerré los ojos, buscando un recuerdo feliz, pero a mi mente solo acudió el peor de todos.

Temblaba, me estremecía de una forma tan violenta que no estaba segura de cómo me mantenía en pie. Me encontraba en la cocina, mirando a Ryan fijamente, observándolo mientras recogía del suelo aquellas fotos incriminatorias.

—Claire... —Cogió la última con un suspiro—. ¿No podemos hablar de esto?

—¿De qué? —siseé.

—De que yo tenga... un romance.

—¡Oh, sí! Mi marido se está tirando a mi mejor amiga! ¡Desde hace más de un año! ¡Vamos a hablar sobre eso, ¿verdad?!

—No es necesario que grites así, Claire. Estoy tratando de...

—¡Gritaré todo lo que me dé la gana! ¡Estás liado con Amanda! ¡Fue mi dama de honor, por el amor de Dios! ¡Ni siquiera sé por dónde empezar, Ryan! ¿Cómo has podido?

—Las niñas están arriba. Debemos...

—¿Las niñas? ¡Nuestras niñas! ¡No te pongas a actuar como si de repente te importara la familia! No estabas pensando en ninguna de nosotras cuando hundías la polla en su...

—¡Basta! —Se puso a llorar y se acercó a mí—. Lo siento. Lo siento mucho... Me he equivocado...

—¿Te has equivocado? —El corazón se me encogió en el pecho.

—Sí..., me he equivocado y...

—Ryan... —me puse la mano en el pecho para evitar que el corazón se me escapara—, equivocarse es recoger a las niñas tarde en el colegio. Es dejar el pollo demasiado tiempo en el horno. Equivocarse es olvidarte de nuestro aniversario, que, por cierto, es dentro de dos semanas... Tú me has engañado. Te has acostado con mi mejor amiga, y eso es joderlo todo. Y es imperdonable. ¿Cuándo surgió todo esto?

Hipó, y yo retrocedí lentamente hasta la mesa.

—¿Ryan? Dime, ¿cuándo empezó lo de Amanda?

—Claire, escúchame...

—¡Dímelo! ¡Dímelo ahora mismo! —Miré a otro lado y no a sus ojos, porque, en el fondo, no quería saberlo.

—Siempre he sentido algo por Amanda...

El corazón se me rompió dentro del pecho. Me fallaron las rodillas y me caí al suelo.

—Tenía sentimientos hacia ella —continuó él—, pero jamás hice nada al respecto porque... —se sentó a mi lado en el suelo— porque estaba enamorado de ti. De hecho, jamás se me pasó por la cabeza liarme con ella. Sin embargo, el pasado mes de enero habíamos estado bebiendo y una cosa llevó a otra hasta...

—¿Hasta que follasteis?

—Sí...

—¿Dónde?

—¿Dónde qué?

Respiré hondo.

—¿Dónde te acostaste con ella esa vez? ¿Dónde ocurrió?

Evité mi mirada.

—Aquí... Estabas fuera de la ciudad, en una conferencia de Parker Brother... Sé que debería haberle puesto fin ese día. Que debería habértelo dicho, pero no pude. Sinceramente, no sabía cómo sacar el tema, porque entre nosotros hay algo más que sexo. Soy...

—¿Eres el padre de su hijo? —Tenía que oírlo.

No respondió.

—¡¿Eres el padre de su hijo?! —repetí a gritos.

—Sí. —Se le quebró la voz—. Siento que te hayas enterado de esta manera y lamento haberte puesto en esta situación... Haré lo que sea necesario para volver a ganar tu confianza. Tendré que pagar la manutención, pero la dejaré. Voy a buscar un terapeuta, y podremos...

—¿Estás enamorado de ella?

—Claire, no hagas...

—¡Respóndeme! ¿Estás enamorado de ella?

—Sí.

—¿Todavía me amas?

—Por supuesto que te amo, Claire. ¿No ves que...?

—¿Sigues enamorado de mí?

Su silencio fue la respuesta más elocuente de la noche. Su falta de palabras me afectó de tal manera que me desmoroné delante de él.

Comenzó a decirme algo por encima de mis gritos, a soltar algunas frases, pero yo solo podía oír el rugido de la sangre en mis oídos mientras se me rompía el corazón, literalmente.

Me encogí en posición fetal, sin poder reprimir las lágrimas.

—Aléjate de mí —le dije—, se acabó. —Pero me rodeó con sus brazos, negándose a soltarme.

Quería creer que podríamos superar aquello juntos, que él volvería a enamorarse de mí de nuevo, que podríamos dejar todo eso atrás. Pero cuando me acarició los hombros con los dedos, supe que ya no confiaba en él. Y no quería sufrir más por obligarme a aprender a confiar en él de nuevo.

Por la mañana, con la poca dignidad que me quedaba, le pedí tranquilamente el divorcio.

—No he tenido la culpa de que mi matrimonio fracasara. —Solté el aire y abrí los ojos. Noté que me vibraba el móvil y me lo llevé a la oreja—. ¿Hola?

—Mamá, necesito Pop-Tarts.

—Caroline, tienes coche y un trabajo por horas. Ve a la tienda a comprártelas tú misma.

—¡Me he gastado el sueldo en un iPod! Además, Ashley me ha dicho que estabas en el supermercado; ya sabes que no puedo ponerme a estudiar sin Pop-Tarts. ¿No puedes comprármelas y dejármelas en la biblioteca? ¿Porfa?

En ocasiones podía jurar que mis hijas no eran mías en realidad. No era posible. Habían cumplido dieciséis años, y eran unas *cracks* en los estudios, pero el porcentaje de su sentido común era negativo, sin duda.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté.

—Dieciséis —repuso con un suspiro—. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Viene el camión de los helados por la calle... ¡Voy a por un Elmo-sicle! Hablamos más tarde.

Justo cuando estaba metiendo el móvil en el bolso, me llamó mi otra hija.

—¿Qué quieres, Ashley?

—¿Cuánto tiempo se suponía que debía estar ese pan en el horno?

—Lo que se suponía era que no debías tocarlo, Ashley. Te he dicho que era para la cena. Íbamos a tomarlo con los espaguetis...

—¡Estaba hambrienta! ¿Qué querías que comiera?

—Lo que sobró de la ensalada de pollo, *sushi*...

—¡Mamá! Soy vegana desde ayer por la noche, ¿no te acuerdas? —soltó, lanzando uno de aquellos gemidos suyos de «¿es-que-no-me-entiendes?»—. ¡No puedo tomar carne! ¿Puedes comprarme algo a base de soja, ya que estás en la calle? Y lo siento mucho, pero he quemado el pan... ¿El horno no debería pitar o algo? ¿Por qué se queman todos los recipientes que pongo en el horno? ¿Por qué?

«¡Oh, Dios mío!».

—Ashley, ya hablaremos cuando llegue a casa. —Colgué.

Mis hijas no se parecían a mí en lo más mínimo. «Si yo tuviera dieciséis años y

un trabajo y dispusiera de un coche aunque fuera compartido, no andaría llamando a mi madre». Una vez más, encendí el móvil y busqué el número de mi madre.

—Mamá, ¿sigues pensando en venir a cenar esta noche?

—Claro. ¿A qué hora voy?

—A las siete. Y trae pan. Había preparado un poco, pero Ashley lo ha quemado en el horno.

—No haces nada bueno de esas chicas, Claire. Te he dicho siempre que no tienen cabeza.

—¡Qué me vas a decir...! Nos vemos por la noche...

—¡Espera! Robert Millington me ha dicho que todavía no lo has llamado. Quiere salir contigo, y creo que sería bueno para ti.

Traté de no soltar un gemido. Robert era el hijo de la mejor amiga de mi madre. Me llevaba dos años, pero no lo encontraba atractivo, sino sumamente aburrido. Todavía peor: lo consideraba antipático y brusco. Su idea de una conversación divertida era discutir las diferencias que existían entre la política americana y la británica.

—No, gracias, mamá. No me interesa.

—¿Por qué? Es muy buen chico..., y tiene su propio bufete de abogados. Además, está en forma...

—Y es aburrido. Paso. Nos vemos esta noche, mamá. —Colgué.

Recorrí el pasillo de bebidas para coger un paquete de leche. Luego fui a la carnicería, donde añadí a la compra algunos kilos de carne de soja.

Mientras andaba, levanté la vista hacia el espejo que había sobre las neveras del pollo. Todavía me costaba reconocermé, todavía estaba acostumbrándome a la nueva y mejorada mujer que disfrutaba maquillándose y que dedicaba más de veinte minutos a peinarse.

«Lo conseguiré..., lo conseguiré..., lo conseguiré...».

En ese momento, choqué contra un montón de cajas de cereales con las que habían hecho una escultura en mitad del pasillo.

«Lo que faltaba...».

Me agaché y empecé a colocarlas de la mejor manera posible. Quería arreglarlo todo antes de que llegara el gerente y soltara aquel infame: «Accidentes como este son los que suben los precios».

—¿Necesita ayuda? —me preguntó la voz profunda de alguien a mi espalda.

—Claro. —No levanté la vista, y me dediqué a seguir apilando las cajas,

asegurándome de que cada una estuviera perfectamente colocada.

Mientras ponía la última arriba del todo, me volví para mirar al tipo que me había ayudado.

«Oh-Dios-mío».

Tenía cara de modelo de Ralph Lauren, con brillantes ojos azules que refulgían bajo la luz, mandíbula perfectamente cincelada, cubierta por la leve sombra de la barba incipiente, y unos labios llenos y bien definidos que parecían hechos para besar.

Iba vestido con vaqueros azules y una camiseta negra con un «San Francisco» bordado en la parte delantera. Y, por alguna extraña razón, me estaba sonriendo.

«Posiblemente sea un universitario... Ojalá pudiera retroceder en el tiempo...».

—Mmm..., gracias por tu ayuda. —Me di la vuelta, hacia mi carrito.

—Espera un minuto —me detuvo—. No me has dicho tu nombre.

«Qué mono...».

—Claire.

—Encantado de conocerte, Claire. Yo soy Jonathan. —Me tendió la mano—. Estoy seguro de que te voy a parecer un poco lanzado, pero no puedo irme de aquí sin preguntarte si podemos quedar esta noche...

«¿Qué? ¿Acaba de invitarme a salir esta noche?».

—Mmm...

—Puedes elegir el lugar. —Su sonrisa era blanca y perfecta cuando se pasó una mano por el pelo negro—. Podemos quedar allí si no quieres que te recoja yo.

«Deja de mirar su sonrisa y desvía la mirada más abajo... ¡No tan abajo!».

—Lo haría, pero... —No podía, literalmente, apartar la mirada de él. Era el hombre más sexy que hubiera visto nunca; su rostro debía de haber sido esculpido por dioses, y yo empezaba a sentir esa extraña corriente de calor corriendo por mis venas—. Pero no puedo...

—¿Es porque estás saliendo con alguien? —Clavó los ojos en mi mano desnuda—. ¿Estás casada?

«Debe de estar tomándome el pelo...».

—No. No estoy casada ni salgo con nadie. Soy...

—Entonces, ¿te va bien a las ocho? ¿A dónde quieres ir? —Me miró a los ojos directamente, y casi me caí redonda. La forma en la que estaba estudiándome debería estar reservada para una escena seductora en una película de romance, y su sonrisa era letal.

—Mira, me halagas mucho, pero me pareces un poco joven para mí.

Frunció el ceño.

—Muy amable al señalarlo, pero eso no responde a mi pregunta. ¿A dónde quieres...?

—¿Cuántos años tienes, Jonathan?

—Veintiocho —repuso con los ojos brillantes.

«¿Veintiocho?! ¿Por qué sigo hablando con él? ¡Le llevo once años! No, gracias...».

—Bueno, pues eres demasiado joven para mí. Tengo una prima que es más de tu edad. Está estudiando Derecho, pero, si quieres, la llamo y le pregunto...

—¿No quieres salir conmigo?

—No. Soy demasiado mayor para ti; no soy una asaltacunas ni una *cougar*. Tengo dos hijas, y no me sentiría cómoda si salieran con alguien que se llevara con ellas los mismos años que nos llevamos nosotros.

—¿Que se llevara los mismos años que nosotros?

—Sí. Yo tengo treinta y nueve años, lo que significa que cuando tú tenías ocho años y estabas aprendiendo a encender fuego con los *boyscouts*, yo tenía diecinueve y empezaba a estudiar en la universidad. Que cuando tú tenías diecinueve y elegías lo que querías estudiar, yo había cumplido treinta y me labraba una carrera en el mundo del marketing. Y, por si todavía no te has dado cuenta, nos llevamos once años. ¿No le ves ningún problema a eso?

—En realidad no. —Sonrió—. Pero no puedo obligar a nadie a salir conmigo, ¿verdad? ¿Puedo, al menos, darte mi teléfono por si cambias de opinión?

—Claro. —Saqué el móvil, jurándome que borraría su número más tarde.

—Es... —Y me dictó las cifras—. Espero que lo pienses mejor, Claire. —Me lanzó otra de esas miradas seductoras antes de alejarse.

—¿A qué estás esperando? ¡Llámallo, Claire! ¡Esta misma noche!

—¡Shhh! ¡No quiero que se entere todo el mundo de mi vida, Sands!

—Vale —susurró—. ¿Por qué no puedes salir con él?

—¡Tiene veintiocho años!

—Lo que significa que está a punto de llegar a los treinta. ¿Cuál es el problema? No te ha pedido que te cases con él, solo que quedéis para cenar. E incluso te ha dicho que sugieras tú a dónde.

—¿Y no crees que eso me convertiría en una *cougar*? ¡Es once años más joven que yo! Espera; *doce* años más joven a partir del viernes... ¿Qué pensaría mi

madre? ¿Qué pensaría la suya?

—Claire, es solo una cita. Por lo menos, podrías quedar con él un par de veces; así, tendrías un poco de sexo. ¿Cuánto hace que no follas?

Todos mis compañeros clavaron los ojos en mí.

—¡Volved al trabajo! —Esperé a que miraran hacia otro lado antes de volver la vista a Sandra—. Solo llevo aquí unos años. ¿Podrías intentar que la gente que está a mis órdenes no ande hablando luego sobre mí?

—Lo siento. —Me siguió a mi despacho, que estaba en una esquina—. De todas formas, odias trabajar aquí... Lo único que quiero es que entiendas que hace tiempo que no sales con nadie, y...

—Tuve una cita el mes pasado, ¿recuerdas? Con Tucker Williams. Es cirujano infantil y...

—¡Por favor! No te preguntó nada sobre ti en toda la noche, y te echó en cara que no pagaras tú la cuenta. Ahora que lo pienso..., ¡es la única cita que has aprobado desde que te mudaste aquí! ¡En cuatro años! En serio, necesitas salir con alguien...

Suspiré.

—Lo haré, lo haré, solo que con hombres de mi edad o un poco mayores.

—Vale, pero tampoco debe haber una buena razón para no aceptar la oferta de ese tal Jonathan. ¿Qué más da que sea un poco más joven? Me has dicho que era atractivo, ¿verdad?

«Es más que atractivo...».

—Sí. —Me apoyé en el escritorio—. Lo es...

—¡Pues llámalo! Mientras tanto, puedes buscar a un tipo más maduro. Ni que no pudieras divertirte mientras lo encuentras...

—Vale, vale. Lo llamaré esta noche.

—¿Señorita Gracen? —dijo mi secretaria por el interfono.

—¿Qué ocurre, Rita?

—El señor Barnes quiere que todos los directores de departamento vayan a la sala de reuniones para el consejo semanal.

—Voy para allá. —Pulsé el botón del intercomunicador y abracé a Sandra.

—Supongo que debería volver al trabajo, ¿no? —Se encogió de hombros—. No te olvides de llamarme después de que hables con él. —Se dirigió hacia los ascensores del ala este, y yo fui hacia el ala norte.

Lo último que quería era asistir a otra reunión con el señor Barnes y el resto de los directores. Eran actos en los que a nadie se le ocurrían cuestiones interesantes

que discutir. Por lo general, Barnes se limitaba a vomitar una idea tras otra hasta que Bob, de estudios de mercado, se quedaba dormido y se daba un golpe con la cabeza contra la mesa, lo que indicaba que por fin había terminado otra reunión espantosa.

Ocupé mi lugar ante la mesa de juntas.

—¡Buenas tardes a todos! —El señor Barnes parecía muy agitado—. Como de costumbre, tenemos algunas importantes iniciativas y planes promocionales que revisar. Pero, antes de entrar en materia, quiero presentaros a alguien que no nos había visitado hasta este momento... Desde la quinta planta, el fundador y director de Statham Industries, ¡Jonathan Statham!

Todos se levantaron y aplaudieron cuando él entró en la sala. Yo también, y estaba a punto de comenzar mi habitual rutina de colocar todo el material cuando me di cuenta de que todas las mujeres presentes estaban babeando —sí, babeando— al ver al hombre que había atravesado las puertas.

Cuando volví la cabeza hacia la izquierda, vi que el Jonathan que había conocido en el supermercado la semana anterior... era Jonathan Statham.

Lo miré boquiabierto. Era incluso más sexy con traje azul marino que con vaqueros. Se había afeitado la barba incipiente, y se había retirado el pelo, oscuro y liso, de la frente con algún tipo de fijador: no había un cabello fuera de su sitio. Los ojos le brillaban con una seductora tonalidad azul, y yo no podía retirar los ojos de sus labios..., de su sonrisa...

Movió la cabeza de arriba abajo en un gesto de saludo para cada uno, y arqueó una ceja cuando sus ojos se encontraron con los míos. Curvó los labios en una sonrisa irónica antes de ponerse a hablar:

—Es un honor asistir hoy a esta reunión. Teniendo más de cuatro mil empleados, es difícil conocerlos a todos, pero este año quiero resultar más accesible, estar más disponible. —Volvió a buscar mi mirada—. Lamento no transmitir más a menudo cuánto os valoro, pero lo hago —continuó—. Como sabéis, estamos pasando una fase de reestructuración. Vamos a llevar a cabo algunos cambios durante las próximas semanas, y a contratar nuevos talentos. Sin embargo, no debéis preocuparos: nadie va a perder su empleo. Estamos a punto de firmar cuatro contratos importantes, y queremos asegurarnos de que el equipo de marketing realiza el mejor de los trabajos.

«Como no sea pegándoles un tiro a todos y comenzando de cero...».

—Ahora devuelvo la palabra al señor Barnes, —Jonathan rodeó la mesa y se sentó justo enfrente de mí. La cara de la directora artística, que estaba sentada a

su lado, adquirió un rubor brillante.

Todos los presentes estaban a favor de un cambio. La gente participó en la reunión con una lluvia de ideas, y aportaron cosas nuevas en vez de mirar las pantallas de los móviles. Yo también contribuía cada vez que me nombraban, y no pude dejar de percibir que Jonathan Statham estaba pendiente de cada uno de mis movimientos. De vez en cuando, enfocaba la vista en la pantalla del proyector o en quien había tomado la palabra, pero sus penetrantes ojos azules siempre acababan regresando a mí.

«¿Por qué me mira tanto? ¿Por qué lo hace con ese descaró?».

Respondí a otra pregunta sobre la última campaña publicitaria y me sorprendí cuando me guiñó un ojo al tiempo que se servía otro vaso de agua. Traté de mantener la mirada apartada de él, aunque no lo conseguí. Era demasiado sexy.

Me alegré de haber perfeccionado hacía años mi cara de póquer; era toda una experta en no mostrar mis sentimientos.

«Quizá Sandra tiene razón. Quizá debería salir con él y al menos conseguir un buen polvo. Hace mucho que no disfruto del sexo. Mucho, muchísimo... Espera... ¿De verdad llevo cuatro años sin acostarme con nadie?».

—¿Señorita Gracen? —El señor Barnes me arrancó de mis pensamientos.

—¿Sí?

—¿Todavía sigue dispuesta a trabajar como coordinadora de equipo en lugar de ir al baile de la empresa este verano? ¿Está segura de que sigue queriendo regalarle su pase a un interno?

Jonathan inclinó la cabeza hacia un lado y entrecerró los ojos.

—Sí, señor Barnes. —Giré la silla—. No quiero ir. Creo que deberíamos regalarle mi pase al interno que más duro trabaje durante los próximos meses.

—¡Es una idea excelente! —Cambió de tema para explicar otras cuestiones, y tuve que obligarme a mantener los ojos clavados en la presentación.

Miraba el reloj cada cinco segundos, esperando que la reunión llegara a su fin para poder largarme. Tenía que pasarme algo. No era normal que estuviera teniendo fantasías con un hombre al que le llevaba once años.

—Señorita Gracen, ¿ha traído usted los datos? —El señor Barnes volvió a sacarme de mi ensimismamiento—. ¿Ha incluido la última propuesta?

«Por favor, ¿por qué no termina esta maldita reunión?»

—Sí... —Le mostré una carpetilla azul.

—¡Genial! ¿Podría dársela al señor Statham, por favor? ¿Y usted, señora Turner? ¿Sabe ya si...?»

Desconecté de nuevo. Quería saltar por encima de la mesa y golpearlo por alargar la reunión más de lo necesario, fingiendo que hacíamos algo productivo solo porque estaba delante el director general.

Me levanté de la silla y vi que Jonathan me sonreía con la mano tendida. No me molesté en dejarle la carpeta en la mano: no quería que hubiera ningún contacto físico entre nosotros, sobre todo si me mostraba esa sonrisa mojabragas.

La deslicé por encima de la mesa antes de volver a sentarme.

La reunión duró una hora más. Entonces, todos los presentes se agolparon en la puerta. Pegué un brinco de la silla y me colé entre el señor Barnes y un director regional. Estaba a punto de salir de la sala cuando Jonathan me cogió de la mano, lo que hizo que me atravesara una ráfaga eléctrica.

Él debió de sentirla también, porque me soltó de inmediato.

—Señorita Gracen, ¿puedo hablar con usted?

—Claro, señor Statham... —Me desplazé hasta el otro lado de la sala. Esperó a que saliera todo el mundo, y cerró la puerta antes de acercarse a mí.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí, señorita Gracen? —Marcó de forma sutil la palabra «señorita» y sonrió...

—Unos cuatro años.

—Mmm... No me puedo creer que no te haya visto antes. —Se frotó la barbilla—. ¿Te gusta?

«Tiene que haber una palabra mejor que 'sexy' para describirlo».

—¿Si me gusta qué?

—El trabajo en la compañía.

—¿Quieres que sea completamente sincera?

—No estaría mal.

—Odio trabajar aquí, aunque las oficinas tienen una decoración fabulosa. Los diseñadores de interiores han hecho un gran trabajo.

—Bueno es saberlo —se rio—. Veo que no me has llamado; ¿no quieres salir conmigo?

Asentí con la cabeza.

—Es evidente.

—¿Puedo preguntarte por qué?

«Dios, que deje de hablarme así...».

—En realidad tengo varias razones.

—Nómbreme las mejores. —Se detuvo delante de mí y me miró a los ojos—. Pero tu edad y el hecho de que tengas hijos no son suficientes para mí.

«Pon cara de póquer... Pon cara de póquer...».

—Bueno, estoy segura de que ya lo sabes; va en contra de la política de la empresa.

—Eso es algo que puede estar cambiado para el fin de semana.

—Me parece que es algo inmoral y muy inapropiado.

—Eso es... discutible. —Alargó la mano para apartarme un mechón de la cara—. ¿Alguna razón más?

No dije nada. No pude articular palabra.

Estaba demasiado ocupada perdiéndome en sus increíbles ojos. Me di cuenta de que no eran totalmente azules: sus iris estaban rodeados por una tenue línea de color gris oscuro, y había algunas motas color esmeralda brillando en el centro.

—¿Alguna otra razón? —Se acercó más a mí y frotó su nariz contra la mía.

«¿Por qué me siento excitada ahora? No debería sentirme así... Es demasiado joven para mí, es demasiado joven...»

—No me siento atraída por ti.

Arqueó una ceja.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Es cierto.

—Mmm..., vale. Supongo que esa es una razón más que suficiente. —Miró el reloj—. Tengo otra reunión en... —Se alejó de mí—. Ha sido muy agradable volver a encontrarte. Ya nos veremos por ahí.

—Supongo que sí. —Asentí con la cabeza y lo vi salir de la sala.

Escribí algunas notas en mi «Diario zen» y suspiré:

Me encanta mi trabajo..., me encanta mi trabajo...

«No, sigue sin funcionar...».

Por muchas veces que me lo repitiera, seguía odiando mi trabajo. Con eterna pasión.

Cogí otro montón de propuestas para campañas publicitarias y las puse encima del montón de las de «Ni de coña». Mis subordinados comenzaban a irritarme mucho. Sus últimas ideas eran mucho más terribles que de costumbre, como si ni siquiera se esforzaran en poner algo de imaginación.

Decidí escribir otro mensaje para inspirarles, a ver si se les ocurría algo que no

fuera tan malo, pero en ese momento apareció un correo electrónico urgente en mi bandeja de entrada.

De: Jonathan Statham

Para: Claire Gracen

Asunto: Relaciones entre los empleados

Fecha: 8 de enero, 14:30

Señorita Gracen:

Soy consciente de que ha rechazado mi anterior propuesta; no obstante, me gustaría discutir algunas cosas con usted. ¿Podría ser este viernes por la noche?

Jonathan Statham

Director General de Statham Industries

De: Claire Gracen

Para: Jonathan Statham

Asunto: RE: Relaciones entre los empleados

Fecha: 8 de enero, 14:35

Señor Statham:

En cuanto lleguen las 17:00 del viernes, no voy a tener ningún deseo de discutir un asunto relacionado con Statham Industries, sobre todo porque me pagan por horas, y las horas extra están estrictamente prohibidas.

La próxima fecha en la que estaré disponible para hablar sobre las relaciones entre los empleados será el lunes por la mañana.

A las 8:00.

Por favor, concierte una cita con mi secretaria.

Claire Gracen

Directora ejecutiva de marketing

Le di a «Enviar» y apagué el ordenador. Me acerqué al calendario que colgaba en la pared para ver la fecha rodeada con un círculo, y taché el día anterior con un rotulador rojo.

«Todavía faltan cuatro días para los cuarenta».

—¡Señorita Gracen! —El señor Barnes entró apresuradamente en mi despacho—. ¿Existe alguna posibilidad de que pueda dirigir usted la última reunión del departamento de arte? Los demás directores y yo acabamos de ser convocados para una reunión de estrategia urgente por el señor Statham.

«¿Qué? ¿Por qué no me ha llamado a mí? ¿Se va a cargar mi carrera porque lo he rechazado? Qué inmaduro...».

Como si hubiera leído mi mente, me lanzó una mirada de simpatía.

—Estoy seguro de que no piensa despedirla... Yo me opondría, se lo aseguro.

—Gracias. —Me levanté y cogí el panel de sus manos—. ¡Ufff! ¡No podemos usar esto!

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Me está tomando el pelo? ¡Esto es racista!

—¿En serio?

Suspiré; esta era otra razón de que odiara trabajar allí.

Se suponía que estábamos buscando la forma de comercializar el nuevo sPhone Azul, pero en el departamento habían perdido el norte, una vez más. En el panel aparecía la foto de un campo de algodón, pero, en lugar de flores de algodón naciendo de las plantas, había sPhones... y también había esclavos con cestas a las caderas que esbozaban anchas sonrisas mientras recogían la cosecha. En la parte de abajo de la imagen, unas palabras:

«VUELVEN LOS VIEJOS TIEMPOS PARA EL NUEVO sPHONE AZUL».

—Con todo mi respeto, señor Barnes, no entra en mis planes explicárselo. Hay que pensar otra cosa.

—Vale... —Me arrebató de nuevo el panel—. Bien, al menos revise los paneles de ayer. Vendré a por ellos cuando termine la reunión. —E hizo hincapié en la palabra «reunión» para recordarme que yo no había sido invitada.

En cuanto Barnes salió de mi despacho, fui hacia los ascensores. Me dije a mí misma que, ya que los demás directores eran más importantes que yo, después de recoger los paneles haría una segunda pausa para almorzar.

«Cinco años más y podré retirarme... Solo cinco años más...».

Entré en un ascensor vacío y marqué el botón del piso treinta. Sin embargo, la cabina bajó al sótano. Luego se detuvo en el piso dos, y en el cuatro. Estaba a punto de salir y probar en otro ascensor cuando Jonathan Statham dio un paso en el interior del cubículo.

Me puse nerviosa al notar las salvajes corrientes que recorrieron mi cuerpo. El corazón se me desbocó —literalmente— en el pecho: de hecho, era lo único que yo podía oír, y se me empezó a erizar el vello.

Se dio la vuelta y me sonrió, y como si fuera una adolescente encandilada por un chico en el instituto, me alejé de él. No quería que supiera el efecto que producía en mí.

Mantuve los ojos fijos en los botones dorados que se iluminaban cuando pasábamos por cada piso: diez..., once..., doce...

El ascensor se detuvo de repente.

Levanté la vista y me di cuenta de que había apretado el botón de parada.

—La razón que has esgrimido para no salir conmigo no tiene sentido alguno.
—Se giró para mirarme—. Dime la verdad.

—Mira, hazte un favor y sigue con tu vida. Estoy segura de que tienes cosas mucho más importantes que acosar a una empleada. Ya te he dicho que no me siento atraída por ti.

—Y yo creo que mientes. —Se acercó—. Sí que te sientes atraída por mí.

«Soy muy consciente de ello...».

—¿Sueles ser tan creído siempre? Estoy segura de que puedes asimilar el hecho de que no me siento atraída por críos.

—¿Críos? —Su mirada era más dura.

—Sí... —Contuve el aliento—. Eso me convertiría en una asaltacunas.

—¿Salir conmigo te convertiría en una asaltacunas?

—Salir contigo solo serviría para que mi vida fuera un poco más complicada de lo necesario. Es evidente que no eres capaz de aceptar un rechazo, posiblemente porque careces de la madurez emocional precisa, algo que me parece muy compatible con un crío de veinte años que todavía no conoce la diferencia entre las emociones y...

Me empujó contra la pared y me besó, forzándome a separar los labios y tratando de controlar mi lengua con la suya.

Intenté alejarlo, traté de cerrar la boca y actuar como si aquello no estuviera ocurriéndome, pero cuando sentí sus brazos alrededor de la cintura, cedí lentamente y le devolví el beso.

Me apreté contra él, sofocando un gemido mientras me mordía el labio inferior, y me clavó contra la pared con sus caderas.

—Espera... Detente... —Me aparté de él—. Tengo que volver al trabajo.

—Dime la verdad. —Retrocedió—. Dime que quieres salir conmigo.

—Quizá lo haga, pero...

—Elige el sitio.

—No sé si es muy apropiado...

Me cogió de nuevo entre sus brazos y me besó con más intensidad, lo que me dejó sin aliento.

—Elige-el-sitio.

—Es que... —Me interrumpí—. El viernes no puedo. ¿El sábado?

—¿Por qué no puedes el viernes? —Me apretó los brazos.

—Porque es mi cumpleaños... Mis amigas tienen una mesa reservada en La Habana.

—Interesante... ¿Puedo ir?

«¿Qué? ¿Por qué?».

—Claro..., si quieres...

—Vale. —Me soltó y presionó el botón del ascensor—. Nos vemos el viernes. Entonces podremos concertar la cita del sábado. —No apartó los ojos de mí mientras me iba al otro lado de la cabina.

Me apoyé contra la pared y respiré hondo varias veces para recuperar el aliento.

—Ya sé que no trabajas en recursos humanos ni nada por estilo, pero soy la única de las directivas que no ha sido convocada a la reunión de esta tarde. Te he oído decir que nadie iba a perder del trabajo, pero... ¿me vas a despedir? ¿Estás tratando de suavizar el golpe siendo amable conmigo durante mi última semana?

—¿Qué? ¿Cómo puedes pensar eso? Claro que no. —Se rio—. ¿Cómo puedes pensar que te vas a quedar sin empleo?

Las puertas se abrieron en el piso veinticuatro y salió.

—Y... señorita Gracen... —Se dio la vuelta—. Antes de que me olvide... Cuando tenías treinta años, es posible que tú estuvieras labrándote una carrera, pero yo no estaba eligiendo universidad: estaba fundando esta empresa, la compañía en la que tanto odias trabajar. —Se alejó con una sonrisa seductora.

Volví a mi despacho, y me cambié de bragas en el cuarto de baño por segunda vez esa semana. Sabía que llevar un par de emergencia me sería de utilidad en algún momento, pero había pensado que sería mas bien porque se me derramara café en los pantalones, no porque me excitaría mirando a Jonathan Statham.

«Esto no es bueno... Esto no es bueno...».

4

JONATHAN

Entré en el departamento de recursos humanos y cogí el expediente de Claire. Su currículum era impecable. Había obtenido el grado de ADE en la universidad de Pittsburgh, un máster en marketing en Carnegie Mellon y a continuación había llevado varias campañas publicitarias importantes —Ralph Lauren, Versace, Microsoft, Google—. Antes de trabajar en Statham Industries, había dirigido proyectos en Cole & Hillman Associates, en Pittsburgh, que era la empresa de publicidad más conocida de la Costa Este.

«¿Por qué lo ha dejado para venir aquí? El puesto que ocupa ahora es sensiblemente inferior... Seguramente solo gana la mitad de lo que acostumbraba...».

Subí hasta el piso donde estaba mi despacho. Suspiré... A pesar de que su fecha de nacimiento aparecía en su expediente, no podía creerme que estuviera a punto de cumplir cuarenta años. No los aparentaba. En absoluto.

No era que me importara; en realidad, me parecía gracioso que ella pensara que la edad era un problema.

—¿Señor Statham? —La secretaria levantó la cabeza cuando pasé junto a su escritorio—. Han traído esta nota para usted...

«Jonathan:

Estoy segura de que te has dado cuenta de que hoy no he asistido a la reunión del consejo, y lamento no habértelo dicho antes. Me marché a París durante un tiempo para planear la boda de mi mejor amiga, Joana. ¿La recuerdas? Es la que te dijo que nosotros dos haríamos una pareja fabulosa el año pasado, en aquel baile benéfico. :-)

De todas formas, si debo dejar mi puesto en el consejo para que tengamos una oportunidad, no me importa nada considerarlo.

Pensaré en ti mientras estoy fuera.

Espero que tú también pienses en mí.

Vanessa».

No era consciente de que Vanessa no había estado presente en la reunión, y estaba convencido de que no existía ninguna posibilidad de que llegáramos a ser pareja. Había perdido ya la cuenta de todas las veces que le había dicho que solo

la veía como a una amiga y nada más.

Cuando abrí la puerta del despacho, encendí la luz. Lancé la americana sobre el respaldo del sofá y me tendí en él, dispuesto a echar una siesta, pero vi a mi exnovia sentada en el escritorio.

—¿Audrey? —me senté—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

«Pensaba que te había prohibido el acceso...?»

—Quería hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—De nosotros y...

—No existe un «nosotros». Hace más de un año que no estamos juntos.

—Por favor, escúchame... —Me indicó que me sentara frente al escritorio.

Suspiré. Presioné un panel de la pared y saqué una botella de whisky. Me serví un vaso bajo y le ofrecí una botella de agua antes de sentarme.

—Adelante. —Intenté no parecer irritado—. Escucho.

—Bueno, estaba pensando en el otro día... ¿Recuerdas que hablamos sobre matrimonio un par de veces?

—Rompimos hace un año. No guardo una lista con las conversaciones que mantuvimos.

Ella se echó hacia delante mientras se mordía el labio.

—Estábamos de acuerdo en que funcionaríamos muy bien. En que los dos somos conscientes del rumbo de nuestras carreras, que ninguno de los dos queremos tener hijos y que podríamos viajar por el mundo cuando lo legalicemos todo...

—Comenzó a desabrocharse el abrigo—. ¿No te acuerdas de nada de eso?

—No.

—Bueno, pues yo sí. Era un momento en el que estábamos muy bien, y luego nos agobiamos un poco...

—¿Fue antes o después de que llamaras a todas mis antiguas novias? ¿Antes o después de fingir que estabas embarazada y de que me llevaras a un médico falso?

Se quitó el abrigo, revelando que no llevaba nada debajo salvo un sujetador rosa de encaje. Antes de que pudiera levantarme, ella había rodeado el escritorio, lo que me obligó a ver que llevaba bragas a juego.

—Audrey... —No me sentía atraído por ella—. Por favor, vístete. No dispongo de tiempo para nada de esto.

—Jonathan, sabes que no quieres que me ponga la ropa... Hazme el amor. Aquí. Ahora mismo. Jamás dispusimos de la oportunidad de follar en tu despacho.

Un año antes hubiera cedido y me la hubiera tirado en el suelo, delante del ventanal de suelo a techo, pero ya no la deseaba, y no me gustaban sus jueguecitos. Solo había aportado desequilibrio a mi vida, y no quería más.

—Ponte la ropa o llamaré a seguridad y les diré que te lleven fuera de aquí tal y como estás.

Se quitó las bragas.

—¡Me has dicho que viniera así! ¡Que querías hablar para que volviéramos a estar juntos!

—¿Qué? ¿De qué hablas? —«¿Y qué es ese punto rojo que parpadea en la librería? ¿Está grabando todo esto?».

—Jonathan, sé que quieres volver, pero debes cambiar. —De repente, su voz parecía herida—. Admite tus errores, pídemme perdón y volveré contigo... Ya sabes que te perdoné que me golpearas en Navidad, por ponerme un ojo morado... y romperme las costillas. Te conozco, sé que no querías que fuera a contarle todo eso a la prensa, así que si quieres en realidad...

—De acuerdo. —Me acerqué a aquel punto rojo que parpadeaba. Era un bolígrafo, que arrojé por la ventana—. No sé qué cojones tratas de hacer, pero sabes de sobra que jamás te he golpeado. Nunca. Lo que disfrutamos fue divertido mientras duró, pero eso fue antes de que te convirtieras en una especie de psicópata. Por favor, vete de mi despacho.

Se puso a llorar.

—¡Te dije que lo sentía! ¡Pensaba que estabas engañándome cuando prendí fuego al Aston Martin!

«No me puedo creer que casi me haya olvidado de eso...».

Rodeé el escritorio y recogí la ropa arrugada que había dejado allí.

—¡Y te pedí perdón por haber llamado a tus antiguas novias! Necesitaba saber si seguías hablando con ellas. ¡Quería saber si eras realmente mío!

Le entregué la ropa y me senté.

—Audrey, tienes un minuto. Vístete antes de que llame a seguridad.

—Todavía creo que lo nuestro podría funcionar. ¡Sé que todavía me quieres!

Cogí el móvil.

—Greg, necesito que venga alguien de seguridad para acompañar a alguien fuera de mi despacho.

—¡El sexo era increíble! ¿No lo recuerdas? Lo hacíamos durante horas y horas. —Se puso los vaqueros y el abrigo—. ¿No lo echas de menos? ¿Por qué no quieres volver conmigo?

En ese momento llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

Entraron dos guardias de seguridad, que me miraron a mí y luego a Audrey.

Ella dejó de gimotear, como siempre que tenía una audiencia inesperada.

—¡No necesito que nadie me ayude a bajar las escaleras! —Se rio—. Sin embargo, gracias por llamar a los guardias. Jonathan, mis piernas funcionan perfectamente.

—Deberías dedicarte a actuar, Audrey. —Negué con la cabeza—. Se te daría genial. Chicos, ¿podrías acompañar a la señorita Greene al aparcamiento? Luego quiero que os aseguréis de que su nombre no se encuentra en la lista de visitantes bien recibidos.

—Sí, señor.

Le hicieron una señal para que ella saliera primero.

Audrey me miró y frunció el ceño.

—De todas formas, no quería volver contigo. ¡Follas de pena! No eras capaz de mantener una erección más de un minuto.

«¡Dios...!».

Cuando se cerró la puerta, me apoyé en el respaldo.

«Quizá lo que necesito es salir con alguien mayor... y más maduro...».

El jueves me quedé trabajando hasta tarde en el plan de revisión del departamento de marketing. No sabía por qué Claire odiaba su trabajo, pero si era por las ideas que me presentaron para promocionar el sPhone Azul, seguramente yo también odiaría trabajar allí.

Las propuestas eran horribles. ¡Horribles!

«EL NUEVO SPHONE AZUL. SOLO AZUL».

«EL NUEVO SPHONE ES AZUL. SÍ, ¡ES AZUL!».

«EL NUEVO SPHONE AZUL. ¡CÓMPRALO YA Y PREGUNTA MÁS TARDE!».

No era posible que eso se les hubiera ocurrido a unos adultos hechos y derechos. Cerré la carpeta y decidí que llamaría a Claire un día para hablar al respecto. Sin duda íbamos a tener que contratar nuevos talentos. Lo antes posible.

Bajé en el ascensor al aparcamiento de directivos para coger el Bugatti. Una vez

que lo puse en marcha, metí primera y aceleré, dispuesto a irme a casa... De pronto, vi a Claire discutiendo con el conductor de una grúa al otro lado del aparcamiento.

Justo cuando me detuve a su lado, la grúa desaparecía con lo que suponía que era su SUV.

—¿Claire? —Salí del coche fijándome en la forma en la que su falda de tubo se ceñía a sus caderas y en cómo su blusa verde dejaba a la vista un escote impresionante.

Ella me miró y negó con la cabeza.

—Un ejemplo perfecto de por qué odio trabajar aquí. ¿Es realmente necesario que la grúa se lleve los coches de tus empleados si se quedan a trabajar un poco más? ¿Crees que es la mejor manera de desalentarnos para que no nos quedemos? ¿Qué tal si pones una alarma?

Pasó a mi lado y se sentó en un banco, donde sacó el móvil.

—Sí... —gimió—, un taxi para Statham Industries. Al 130 de Jennifer Drive... Voy a ir al Joe's Car Tow, en Jefferson Street. Sí... No... Vale, esperaré.

—Oye... —Me senté a su lado—. Lo siento por tu coche. ¿Por qué no me dejas llevarte a buscarlo?

—No, gracias. Puedo arreglármelas solas. Estoy segura de que esta es la señal definitiva de que debería ponerme a buscar otro trabajo.

—No, yo estoy seguro de que solo es una señal para que no aparques el coche en la zona que está marcada como «Solo de 9:00 a 17:00».

Me miró boquiabierta y con los ojos entrecerrados.

—Era una broma... —Sonreí—. Relájate. Yo te llevaré a recogerlo. Te ahorrarás dinero y una larga espera.

—Gracias de nuevo, pero ya me ocupo yo. Que tenga un buen jueves, señor Statham. —Se apartó de mí para volver a hablar por el teléfono—. Sí..., con tarjeta de crédito. Vale. Estoy preparada. —Sacó una tarjeta de la cartera—. Se trata de una Visa. El número es tres, cero, uno, siete, ocho, uno...

Le arranqué la tarjeta de la mano y me fui hacia el Bugatti. Cuando estaba poniéndome el cinturón de seguridad, golpeó la ventanilla. La bajé con una ceja arqueada.

—Sé que puede ser difícil para ti —dijo, cruzando los brazos—, pero ¿podrías actuar como un adulto maduro y devolverme mi tarjeta de crédito? El taxi no vendrá a recogerme a menos que le facilite el número completo.

—Cuanto antes te metas en mi coche, más rápido recogeremos el tuyo.

Respiró hondo mientras me fulminaba con la mirada.

—Te voy a pedir una vez más que me devuelvas la Visa... Por favor, dame mi tarjeta... Ahora.

—Abre la puerta y siéntate dentro, Claire.

—Te he dicho que no. —Ella extendió una mano—. Por favor, compórtate como un caballero.

—Tienes razón, ¿cómo he podido olvidarme de mis modales?

Salí del coche y lo rodeé hacia el lado del copiloto, donde le abrí la puerta. Al ver que no se movía, la cogí entre mis brazos y la puse en el asiento, ignorando sus exagerados suspiros.

Dejé los dedos sobre su cuerpo unos segundos más de lo necesario, disfrutando de la sensación de su piel suave. Cerré la puerta y regresé para sentarme detrás del volante. Aceleré antes de que ella pudiera reaccionar.

—Ponte el cinturón de seguridad —ordené, abrochándome el mío—. ¿Claire?

Me incliné sobre ella y agarré la hebilla mientras me resistía al impulso de quitarle la blusa. Ignoré la intensa mirada que me lanzó mientras aceleraba hacia la carretera.

—Gracias por el paseo, Statham —dijo, aclarándose la garganta, a los veinte minutos de trayecto.

—Gracias a ti por aceptar mi ayuda. ¿Ya no estoy invitado a tu cumpleaños?

—No. —Miró por la ventanilla—. Pero puedes venir si quieres.

«Iba a ir de todas formas...».

—Bueno, ¿y qué tal el día en el trabajo?

—Maravilloso, como siempre, Statham.

Cogí la siguiente salida.

—Por favor, llámame Jonathan.

—Si no te importa, prefiero Statham o señor Statham. Me ayuda a recordar que jamás saldré contigo.

Me reí.

—Adoro que una mujer tenga sentido del humor.

Me detuve en el solar a donde llevaba la grúa los vehículos y aparqué delante de las oficinas. Claire se desabrochó apresuradamente el cinturón de seguridad, pero me giré hacia ella y puse una mano sobre la suya.

—Espera aquí. Yo me encargaré de todo. Es lo mínimo que puedo hacer.

Entré en la pequeña edificación.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor? —preguntó la recepcionista, ruborizándose.

—He venido a recuperar un coche que han remolcado desde Jennifer Drive hace aproximadamente media hora. Es de color gris claro.

—¿Un Audi Q7? —Sacó una carpeta de la estantería que había sobre su escritorio—. En el registro dice que estaba aparcado sin un pase adecuado para la zona. Statham Industries. Debe de ser horrible trabajar en Statham Industries, ¿verdad? Al menos llegan diez coches cada día.

—Sí, sí, claro... Horrible. ¿Cuánto cuesta retirar el vehículo?

—Trescientos cincuenta dólares.

«Qué ridículo... ¿Mis empleados tienen que pagar eso cada vez que les retiran el coche?».

Le entregué mi tarjeta de crédito y ella me dio a cambio unas hojas que debía rellenar.

—Diré que se lo lleven enseguida —dijo antes de desaparecer.

Cuando regresé fuera, Claire estaba apoyada en el capó de mi coche con los ojos cerrados. Un millón de imágenes de ella tumbada en mi cama, en la bañera o en el yate con esa expresión desfilaron por mi mente con rapidez.

«Todo lo que le haría...».

—¿Cuánto te debo? —Se incorporó y frunció el ceño.

—Nada, salvo una cita sobre la que discutiremos en tu cumpleaños.

—Ni hablar. No me importa que vengas a celebrar mi cumpleaños, pero después de lo que ha pasado hoy, no pienso salir contigo. —Reprimió una sonrisa—. Y lo digo en serio.

—Ya lo discutiremos el viernes.

Por el rabillo del ojo, vi que su coche aparecía por el aparcamiento. Según se acercaba, escuché un sonido extraño, y luego percibí el problema. Los dos neumáticos traseros estaban destrozados.

—¿Estás de coña? —Claire se adelantó cuando un tipo desaliñado salió del coche—. ¿Qué les habéis hecho a las ruedas? ¡Si estaban perfectas cuando se lo llevaron!

Él se encogió de hombros y le lanzó las llaves.

—Yo solo devuelvo los coches, señora. No me dedico a preguntar.

—¿Cómo se supone que voy a ir a casa así? —Estaba furiosa, y supe que estaba controlándose como podía para no darle un bofetón a aquel tipejo—. ¿Por qué habéis tenido que pincharme los neumáticos? ¿Es que no os sentís satisfechos con haberos llevado el coche?

—Bueno, señora, si está interesada, aquí también vendemos neumáticos. En

este momento tenemos una promoción, y se los instalamos de forma gratuita si compra...

—Cierra el pico. —Negó con la cabeza—. Fuera de mi vista. ¡Ahora mismo!

Él retrocedió tan lejos de ella como pudo con las manos en alto en señal de rendición. Sacó un papel con aquellas ofertas y me lo dio a mí antes de desaparecer.

—Lo siento mucho... otra vez. —Esperé a que me mirara—. No sabía que aquí se dedicaban a...

—No te preocupes por eso. A partir de ahora recordaré que no debo aparcar el coche en la zona que pone «Solo de 9:00 a 17:00». ¿Ahora también me vas a impedir llamar a un taxi?

—¿Por qué no te vas en mi coche a casa? Yo me ocuparé de que el tuyo llegue a un taller, y mañana lo tendrás en el aparcamiento de la oficina.

—¿Qué? —Parecía confundida—. ¿Estás ofreciéndome tu...? —Miró el deportivo y se encogió de hombros—. ¿Qué clase de coche es ese?

Sonreí.

—Es un Bugatti.

—A ver... ¿Me dejas eso y te ocupas de mi coche? ¿Dónde está el truco? ¿Crees que así conseguirás que salga contigo?

—No hay truco. Simplemente creo que ya llevas encima suficientes decepciones un solo día. Nada más.

Me estudió durante un minuto, mirándome a los ojos como si estuviera sopesando mi oferta.

—No quiero tener que deberte un favor. Llamaré a una de mis amigas para venga. Estoy segura de que...

—No pasa nada, Claire. Solo quiero ser amable. ¿Tampoco puedes permitirme que sea amable contigo?

Aunque todavía no parecía segura, asintió con la cabeza.

—Vale. Mañana estaciona mi coche en el aparcamiento de la empresa cuando entres para trabajar y entrega las llaves en recepción. Yo haré lo mismo con el tuyo.

Cogió unas cuantas cosas del coche y me dio las llaves.

—¿Estás seguro de que quieres que me lo lleve? ¿No sería más fácil que me llevaras tú a casa?

—Por mucho que me gustara llevarte yo mismo, Claire... —Sonreí—. Creo que lo considerarías inapropiado.

Se ruborizó.

—Tienes razón.

Se metió en el Bugatti y todavía me miró a los ojos una última vez antes de marcharse.

Saqué el móvil.

—¿Greg? Sí. Estoy en el 3465 de Jefferson Street. Necesito una grúa y un coche de alquiler... Otra cosa: ¿podrías pedirle al señor Lane de Parking Security que me llame dentro de cinco minutos? Tengo que hacer un cambio de política en el aparcamiento para empleados.

Miré cómo mi Bugatti se alejaba por la interestatal y suspiré.

Jamás había dejado que nadie condujera ese coche...

5

CLAIRE

Cuando me desperté el día que cumplía cuarenta años, no me sentí diferente. No hubo un momento esclarecedor, ni una sensación de temor, ni de inquietud ni de nada.

Me acerqué al espejo para asegurarme de que la madre naturaleza no había decidido regalarme arrugas nuevas, para asegurarme de que no me iba a gastar una broma cruel.

No lo había hecho, claro.

Me preparé como siempre para ir a trabajar, tratando de no pensar en lo sexy que era Jonathan Statham ni en su elegante Bugatti negro, que estaba aparcado delante de mi casa.

Me puse mi vestido favorito, blanco y con chaqueta a juego: siempre me había maravillado la forma en la que aquellos volantes resaltaban mis curvas y hacían que la cintura pareciera dos tallas más pequeña.

Leí las felicitaciones de cumpleaños que me habían dejado las niñas encima de la mesa de la cocina, regocijándome de que hubieran comprado una tarta en lugar de intentar hacerla.

Estaba segura de que nunca más tendría la oportunidad de conducir un Bugatti nuevito, así que fui a trabajar por el camino más largo. Recorrí los barrios residenciales, crucé unos cuantos parques y rodeé cinco veces la manzana donde estaban las oficinas antes de entrar en el aparcamiento.

—¿Señorita Gracen? —me dijo Rita en cuanto entré por la puerta.

—¿Qué?

—Antes de nada, ¡feliz cumpleaños! En segundo lugar, los hermanos Klein han pedido, específicamente, que dirija la campaña publicitaria de las nuevas *tablets* ecológicas. ¿Puedo confirmar que estará disponible para ello?

—Sí, de acuerdo.

—Genial. —Escribió algunas cosas en su cuaderno mientras intentaba seguir mi ritmo—. El señor Barnes está enfermo, su esposa ha llamado desde el hospital. Así que le toca a usted trabajar con el equipo de guiones esta tarde.

«Perfecto...».

—¿Algo más? —Empujé la puerta de mi despacho.

Ambas contuvimos la respiración. El lugar estaba lleno de ramos de calas, violetas y rosas. Además, había un montón de globos blancos y rojos que tapaban por completo las ventanas.

«¡Guau...!».

—No sé cuándo ha llegado todo esto... —Rita se rascó la cabeza—. De todas formas, necesito que me pase las notas sobre el presupuesto anual lo antes posible, y el señor Statham ha reservado una cita con usted de treinta minutos a las once.

—¿Qué? ¿Qué acabas de decir?

—Que el señor Statham quiere reunirse con usted a las once en su despacho.

«¿Para qué?».

—¿Eso es todo?

—No —dijo ella, tendiéndome una tarjeta de color rosa—. ¡Feliz cumpleaños de nuevo, señorita Gracen! Es mucho mejor trabajar con usted que con mi último jefe. Y lo digo en serio.

—Gracias, Rita.

Retiré un jarrón lleno de flores de la silla y abrí la tarjeta plateada que había encima.

«Claire:

Espero que estés disfrutando de tu cumpleaños. Estoy deseando celebrarlo contigo esta noche.

Tu jefe completamente inmoral e insistente.

P. D.: Llevas toda la semana impresionante».

Me halagaba, pero no tenía tiempo para preguntarme por qué me había enviado tantas flores, y sabía que no iba a disponer de un rato para reunirme con él: tenía demasiado trabajo pendiente.

Desde las ocho hasta las nueve me aseguré de que todos los miembros del departamento estuvieran centrados en el trabajo y supervisé una lluvia de ideas con mis subordinados. Incluso me las arreglé para encontrar unos minutos para adelantar algunas de las tareas que correspondían al señor Barnes.

De las nueve a las diez hablé con los directores artísticos sobre algunas imágenes del sPhone Azul, participé en una conferencia con el comité nacional de publicidad y empecé a leer los informes de gastos propuestos para la campaña de la *tablet* ecológica.

A las diez y cinco me sonó el teléfono.

—Claire Gracen, ¿con quién hablo?

—Señorita Gracen, soy Angela, la secretaria del señor Statham. Estaba viendo su horario y he visto que ha solicitado una reunión con usted. ¿Está disponible?

«Tengo más de doscientas páginas para leer».

—No, Angela. —Le di la vuelta a una hoja—. No estoy disponible. ¿Podrías informar tú al señor Statham de que, si bien acepto citas en el último momento con los clientes, todo el personal interno, incluso mis superiores, tienen que programar sus citas por lo menos con veinticuatro horas de antelación? Es la política de la empresa desde hace sesenta días. Él mismo envió el memorando, por lo que debería estar al tanto.

La línea quedó muda. Estaba segura de que no mucha gente rechazaba reunirse con el director general.

—Mmm... —Tosió—. Se lo haré saber, señorita Gracen. Que pase un buen día.

—Igualmente. —Colgué.

Seguí leyendo los informes de gastos mientras tomaba notas de los detalles. Llevaba la mitad cuando oí un golpe en la puerta.

—¡Rita, no quiero almorzar! ¡Gracias de todas formas!

La puerta se abrió y entró Jonathan.

—Buenos días, señorita Gracen —dijo con una sonrisa irónica mientras cerraba.

—Hola, señor Statham... —Se me secó la boca y me puse tensa al verlo. Realmente era un ejemplo del hombre completo. Vestía un impecable traje negro con una camisa blanca. Llevaba brillantes gemelos de plata que refulgían bajo la luz. Me miraba con intensidad, y supe que estaba pasándose la lengua por los labios a propósito. Se sentó en un asiento frente a mi escritorio, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué tal estás hoy?

—Bastante bien, ¿y tú?

—Bastante bien también. ¿Sabes?, por lo general no recibo broncas de los empleados, pero es refrescante saber que hay más políticas de empresa que debo cambiar.

No dije nada. El corazón me latía demasiado rápido, y no quería que él supiera que me sentía completamente cautivada por él.

«Piensa en su edad... Piensa en su edad...».

Apoyó los codos en el escritorio y se echó hacia delante.

—¿No tenías ni siquiera treinta minutos para mí?

«Respira hondo, evita su mirada clavando los ojos en la pared que tiene detrás y aclárate la garganta...».

—Señor Statham...

—En serio, no me llames así cuando estamos solos.

Contuve el aliento ante la forma en la que había dicho «solos», y respiré hondo otra vez.

—Me siento más cómoda llamándote así, ya que la nuestra es, y siempre será, una relación estrictamente profesional. Y no, no tenía treinta minutos. Mi jefe está enfermo, y debo que ocuparme de su trabajo además del mío, así que no dispongo de tiempo libre.

—Me parece lógico —replicó mientras me miraba a los ojos—. Solo quería devolvarte las llaves del coche. —Las dejó encima de mi escritorio— y desearte feliz cumpleaños en persona.

—Vale, muchas gracias, y también por las flores. Bueno, como solo te ha llevado tres segundos, está claro que no era necesaria media hora. Si no te importa, tengo que terminar de leer esto. Buen día, señor Statham. —Bajé la vista a los folios, con la esperanza de que me dijera «igualmente» y se fuera, pero noté que se levantaba y que rodeaba la mesa hacia mí.

Fingí lo mejor que pude que él no estaba en el despacho, concentrándome en el documento que estaba leyendo, pero sentí su presencia justo detrás de mi hombro.

—Claire...

Volví la cabeza poco a poco y lo estudié.

—¿Sí?

Se mantuvo en silencio un rato antes de inclinarse y pasarme los dedos por el pelo, un gesto lento y tierno que hizo que mi corazón latiera diez veces más rápido. Se acercó como si fuera a besarme, alzándome la barbilla para que mis labios pudieran tocar los suyos, y usó la otra mano para acariciarme el cuello. De repente, se detuvo.

Dio un paso atrás con un suspiro.

—¿A qué hora empieza esta noche la celebración de tu cumpleaños?

—A las nueve... —Apenas oí mi propia voz.

—Bien, tengo una reunión esta noche a última hora, espero no acabar demasiado tarde. Llevo aguardando a que llegue tu fiesta toda la semana.

Silencio.

Clavé los ojos en los de él. Había una tensión tangible en el aire, y yo quería que él la cortara. Quería que diera un paso adelante y me besara hasta dejarme sin aliento, que me quitara la ropa y...

Empezó a sonar su móvil, rompiendo el hechizo.

—¿Diga? —respondió, sin apartar los ojos de mí—. Sí..., el lunes al mediodía. Vale... Estaré allí. —Se dirigió hacia la puerta—. ¿Nos vemos esta noche?

—Sí... —Aguardé hasta que se cerró la puerta para levantarme de la silla.

Me miré en el espejo del cuarto del Havana y me tiré del borde del vestido. Era un modelo rojo con cuello *halter* que me llegaba por la mitad de los muslos y que se ceñía a mis pechos; el tipo de ropa que no pensaba permitir que se pusieran mis hijas hasta que hubieran cumplido veintiún años.

—Sands, ¿no crees que esto hace que parezca una buscona? —Me di la vuelta y fruncí el ceño al ver el profundo escote que mostraba la prenda por detrás—. Es demasiado revelador.

—¿Demasiado revelador para qué? ¡Estás genial, Claire! Si poseyera esas piernas, también las estaría enseñando. ¿Va a venir tu jefe?

Negué con la cabeza.

—No lo sé. Me ha explicado que tenía una reunión a última hora.

—Bueno, espero que venga. Debo conocer al hombre que consigue que te sonrojes.

—¡No consigue que me sonroje!

Sandra hizo un mohín con los labios como queriendo darme a entender «Lo que tú digas...». Todavía me sorprendía que no hubiera conocido a nadie con quien establecerse. Era guapa, tenía un negocio propio y todo hombre que la conocía parecía encantado. A diferencia de mí, estaba feliz por haber cumplido cuarenta y un años, y juraba que prefería tener cuarenta que veinte.

—¿Vamos a estar aquí todo el día, Claire? Ya sabes que a Helen no le gusta quedarse sola demasiado tiempo.

Me miré una última vez antes de seguirla hasta el salón.

Nos acercamos a la mesa que habíamos reservado, pero Helen no estaba allí. En ese momento se aproximó un hombre con un esmoquin blanco.

—¿Están ustedes invitadas a la fiesta de Claire Gracen?

—Sí. Yo soy Claire Gracen —repuse.

—Es un placer conocerla, señorita Gracen. Acompañeme, por favor. —Sonrió

—. Sentimos mucho no haberles ofrecido la mesa correcta cuando llegaron. Por favor, perdone.

Me encogí de hombros ante el gesto interrogativo de Sandra y seguimos al hombre hasta un ascensor de cristal que llevaba a un balcón que daba a la pista de baile de mármol.

Nos condujo a una lujosa mesa vip en un rincón, donde Helen ya estaba bebiendo un Cosmo con una sonrisa.

—Os he pedido que no os gastarais demasiado dinero en mi cumpleaños. — Me senté y las miré a ambas—. ¿Por qué habéis...?

—¿Crees de verdad que alguna de nosotras se gastaría miles de dólares en una mesa vip para una noche? —se burló Helen—. Creo que han confundido tu nombre con el de otra persona, pero pienso beber todo lo que pueda hasta que lo descubran.

—¡Y yo! —Sandra cogió una copa—. Claire, bienvenida por fin al club de los cuarenta. ¡Es el mejor club que hay!

Brindamos mientras nos reíamos.

Los camareros continuaron rellenando nuestras copas mientras hablábamos, y nos trajeron también bandejas con deliciosos aperitivos. Insistieron en que probáramos las especialidades más exóticas, que solo estaban disponibles mediante reserva.

Me pregunté cuánto costarían esas bebidas y los entrantes, mientras esperaba que no incrementaran demasiado la cuenta al final de la noche.

—No se preocupen por eso —nos respondían cada vez que preguntábamos—. Está más que incluido.

—Bueno, pues la semana pasada eché un polvo en el zoológico. —Helen dejó la bebida sobre la mesa—. Os aseguro que podría morir sin probarlo. No sé si follar justo delante de la jaula de la jirafa puede ser catalogado como emocionante.

Me salió disparado a la copa el sorbo que acababa de dar.

—¿Sería posible que, por un día, no habláramos de tu vida sexual? ¿Solo un día?

—Oh, Claire, cielo, ¿qué te pasa? ¿Estás sufriendo el síndrome de abstinencia de polla? No te preocupes, se soluciona fácilmente. A pesar de que deberías trabajar tu vida sexual... Solo de pensar que llevas sin hacerlo desde... ¡Dios, ni siquiera puedo imaginarlo!

—De acuerdo, Helen. Ya entendemos... —Suspiré—. Venga, cuéntenos la

maldita historia.

—Será un placer.

Me quedé allí, escuchando cómo Helen entraba en detalles sobre cómo había ido al zoológico con un compañero después del trabajo para ponerse a follar en un banco, justo delante del habitáculo de los animales del desierto. No estaba segura de qué parte me horrorizó más: que hubiera mantenido relaciones sexuales nocturnas en un zoo o que los animales se acercaran a mirar.

—¡Oh, Dios mío! —Sandra se había quedado boquiabierta—. No miréis, pero acaba de salir del ascensor el hombre más sexy que he visto en mi vida. Parece alguien importante... Me pregunto si será una celebridad...

Me di cuenta de que las mujeres que estaban en la mesa de al lado susurraban entre jadeos, así que me volví despacio para ver de quién hablaban: Jonathan.

Lo vi hacer un gesto con la cabeza mientras el gerente le entregaba una tarjeta. Luego estrechó la mano del hombre mirando hacia nuestra mesa. Cuando nuestros ojos se encontraron, se me aceleró el corazón; no podía contener los nervios, y era como si mi cuerpo estuviera en llamas.

Me volví hacia Sandra.

—Es él —susurré.

—¿Quién?

—Buenas noches, Claire —dijo Jonathan deteniéndose a mi lado.

—Buenas noches, Jonathan... —Tragué saliva mientras notaba que me sonrojaba—. Mmm... Te presento a Sandra y a Helen.

—Buenas noches, señoras —saludó sonriente.

—Buenas noches —respondieron ambas casi sin aliento.

—¿Soy el único hombre? —Me miró.

—Sí...

—Vale. Vuelvo ahora.

Se acercó a la barra y, cuando estuvo fuera de nuestra vista, Sandra me dio una palmada en el hombro.

—¡Ese es tu jefe! La descripción no le ha hecho justicia... Olvídate de la edad, Claire, es supersexy.

—¿Está soltero? —preguntó Helen, mirándolo.

—Está pillado —repuso Sandra—. Claire va a salir con él —aseguró señalándome con el dedo.

«No voy a salir con él...».

—¡Bueno, pues ya era hora! ¡Bienvenida al club de las *cougar*! —Helen se rio y

tomó un buen sorbo de su bebida.

Cualquier otra noche, habría respondido adecuadamente a su observación, pero era mi cumpleaños y no tenía ganas de permitir que mi amiga me hiciera daño. Además, yo no era una *congar* de verdad como ella, que casi nunca salía con alguien de su edad. Su novio más *viejo* tenía doce años menos que ella, que tenía treinta y cinco.

—Que te den, Helen —dijo Sandra poniendo los ojos en blanco—. Será mejor que no digas nada ridículo cuando regrese.

Helen hizo el gesto del honor de los *boyscouts* con los dedos antes de que Jonathan volviera a la mesa con una bandeja llena de bebidas exóticas.

—¿Un brindis por la cumpleañera? —preguntó, sonriente.

Todas asentimos y bebimos un trago.

Cuando se sentó a mi lado, me puso la mano en el muslo. Al instante, noté que me encendía, así que le rocé la mano y crucé las piernas.

«¿Por qué he permitido que Sandra me convenciera para salir esta noche?».

—Y dínos, Jonathan... —ronroneó Helen—, ¿cómo te ganas la vida exactamente?

«Ya sabe la respuesta, ¿por qué le pregunta eso?».

—Soy el director general de Statham Industries —repuso él moviendo la mano que tenía en mi pierna—. ¿Y tú?

—¡Qué interesante! Soy abogada, y tengo mi propio bufete, Donovan & Fitz. Está muy cerca de la sede de tu compañía. ¿Cómo te has convertido en director general siendo tan joven?

—Fundé la empresa cuando todavía estaba en la universidad. Al principio, era algo secundario, para sacar veinte dólares aquí o allí por instalar todo tipo de *software* en teléfonos y portátiles de la gente, pero luego me di cuenta de que podía construir yo mismo los móviles y los ordenadores desde cero; que podría hacer mejor trabajo que las compañías más grandes. Así que un profesor de la universidad me ayudó a esbozar un plan de negocios y me enseñó cómo desarrollar bien los productos. Luego conseguí algunos inversores, con la condición de que yo sería el director y propietario de la compañía. El resto es historia.

«Guau...».

—Impresionante —comentó Helen—. Has debido de tener una vida muy agitada. ¿A qué dedicas tu tiempo libre? ¿Cómo es que no estás casado aún? Estoy segura de que alguien como tú tiene muchas mujeres hermosas entre las

que elegir.

«¿Qué demonios hace?!».

La miré en silencio, rogándole con los ojos que no lo hiciera sentir incómodo, pero era evidente que a él no le molestaba lo más mínimo aquel alocado interrogatorio. Parecía tranquilo y completamente controlado.

Comenzó a pasarme las yemas de los dedos por el muslo como si fuera una guitarra.

—Trabajo, viaje y colecciono yates en mi tiempo libre.

«¿Acaba de decir “yates”? ¿En plural?».

—¿Y cuál es la razón por la que no estás casado? ¿Eres demasiado rico para atarte a nadie? ¿Te divierte acostarte con una mujer diferente cada noche?

«Por favor, Dios, que se calle de una vez...».

Sandra le estaba dirigiendo a Helen la mirada más intensa de la historia. Parecía estar a punto de arrancarle los ojos.

—No... —Sonrió—. Definitivamente no es por eso. Supongo que todavía no he encontrado a la mujer adecuada.

—Vale..., me voy al bar a tomar algo más fuerte —intervino Sandra.

Jonathan me soltó el muslo y se puso de pie.

—¿Una versión más cargada de lo que tenías antes?

Sandra asintió.

—Helen, ¿y tú?

—Vale —accedió ella, moviendo las pestañas.

—¿Claire? —Me dirigió esa sonrisa de ensueño suya y me olvidé de que sabía hablar.

Negué con la cabeza antes de que se alejara.

—¡Helen! ¿Qué coño haces? —le soltó Sandra—. Te he dicho que no...

—Tranquilízate, ¿vale? —resopló Helen—. Solo me estaba divirtiendo un poco. Está claro que anda detrás de Claire. Ha estado tirándosela con los ojos toda la noche.

—¡Helen! —Moví la cabeza.

—¿Qué? ¡Es la verdad! Se la está follando con la mirada ahora mismo, desde la barra. Y tú has estado haciendo lo mismo. Deberíais dejaros llevar. Los baños privados son muy sugerentes..., ya sabes.

Me eché a reír. Debería haber sabido que Helen solo estaba jugando con él. A menudo le gustaba poner a prueba a la gente.

Jonathan se acercó con más bebidas.

—Un Paraíso Dorado para ti, Sandra. —Lo deslizó sobre la mesa—. Una triple Nube de Chocolate para ti, Helen. Y para ti... —añadió mientras me cogía de la mano—, ¿bailas conmigo?

—Claro. —Me levanté y le cogí la mano.

Me condujo por dos juegos de escaleras de piedra hasta el frente del escenario, donde una orquesta había empezado a tocar.

Me puso las manos en su cuello antes de rodearme la cintura con los brazos, y comenzamos a movernos al ritmo de una canción que no había oído antes. Estábamos tan cerca el uno del otro que su olor inundaba mis fosas nasales, un aroma penetrante y embriagador que hacía que quisiera no soltarlo nunca.

—¿Qué tal te ha ido hoy el día, Claire?

—Bien. ¿Y el tuyo?

—Ha sido horrible... —me acercó más hacia sí—, hasta ahora.

«En serio, tendría que haberme puesto bragas...».

—¿Sabes? Hubiera jurado que mi coche no tenía asientos de cuero ni ventanas tintadas cuando te hiciste cargo de él el otro día.

—¿No? —sonrió.

—No..., muchas gracias. Y también aprecio el cambio de mesa.

—De nada.

De repente, las luces de la pista de baile se apagaron, y comenzaron a brillar desde arriba pequeños puntos.

—Señoras y señores, ¡es oficialmente medianoche! —dijo el DJ—. Para aquellos que vienen por primera vez al Havana, durante los próximos diez minutos van a bailar bajo las estrellas.

Las luces cambiaron de negro a púrpura oscuro, luego a azul místico y por fin de nuevo a negro cuando comenzó a sonar una versión lenta de *The nearness of you*, de Nora Jones.

—Esta noche estás increíble. —Jonathan me acarició la parte baja de la espalda. Solo pude asentir con la cabeza para agradecer sus palabras, pues el roce de sus dedos casi me había hecho derretirme.

Continuamos bailando en silencio, y noté que las luces se oscurecían cada vez más; las estrellas centelleantes que antes eran brillantes parpadeaban cada vez más débilmente.

Mientras me abrazaba, no pude evitar sentirme un poco insegura. Sabía que Helen solo había estado bromeando antes, pero poseía su parte de razón: alguien como Jonathan podía tener a la mujer que eligiera: desde una *top model* rubia a

una conejita con buenas tetas, pasando por una actriz conocida, la que quisiera. Alguien más importante que yo y... mucho más joven.

—¿Sueles usar ropa como esta cuando sales? —Me tiró de la tela del vestido.

—¿Por qué?

—Solo me lo pregunto.

—¿Quieres saber por qué alguien de mi edad usaría algo tan revelador? ¿Eso es lo que has pensado cuando me has visto esta noche? No tienes por qué andarte por las ramas. —Puse los ojos en blanco.

—¿De verdad estás preocupada por tu edad?

«Por desgracia, sí...».

—No. —Lo miré—. Lo extraño es que no lo estés tú. No sé cómo actuar al respecto, y el hecho de que me interrogues sobre el vestido me ha llevado a pensar...

—¿Deseas saber lo que he pensado yo cuando te he visto esta noche, Claire?

—Sí.

—¿Quieres una respuesta sincera o prefieres que sea políticamente correcto?

—Una respuesta sincera.

—Vale. —Me soltó los brazos y se alejó.

Antes de que pudiera enterarme de qué pasaba, sentí que me apretaba la espalda contra su pecho y que me ponía las manos en las caderas.

—Cuando te he visto esta noche... —me susurró al oído bajando la voz— solo he querido sacarte de aquí, llevarte a casa y follarte en cada una de las habitaciones de mi casa durante todo el fin de semana.

Jadeé.

—La única razón por la que te hablo del vestido es porque te queda como un guante. Porque estás muy sexy. Y si tuviéramos una cita, me sentiría impaciente por ver qué oculta. —Me abrazó con más fuerza—. Por favor, ¿puedes dejar ya todo ese tema de la edad? Sinceramente, me daría igual que tuvieras sesenta años.

Asentí con la cabeza e intenté girarme para mirarlo, pero no me lo permitió.

—Prométeme que ya no volverás a sacar a colación lo de la edad —me pidió al tiempo que empezaba a acariciarme los muslos.

—Sí...

—Vale. Porque no me importa. —Comenzó a bailar al ritmo de la música mientras me besaba los hombros desnudos. Sus labios me provocaban estremecimientos, un aleteo de mariposas en el estómago.

—¿Sigues libre mañana? —susurró.

No le respondí. Había pasado tanto tiempo desde que un hombre me había hecho sentir así que no quería que se detuviera su aluvión de besos.

—¿Claire? —Me acarició la nuca con la lengua y me metió una mano por debajo del vestido.

Debió de darse cuenta de que no llevaba bragas, porque dejó la mano donde debía haber estado la banda de encaje de las bragas. Me besó de nuevo el cuello mientras continuaba deslizando los dedos lentamente. Cuando percibió la humedad entre mis muslos, le oí sofocar un gemido.

«No pienso salir sin bragas de nuevo...».

—Respóndeme, Claire... —Introdujo un dedo en mi interior y lo empezó a mover dentro y fuera de tal forma que resultaba una tortura.

—Esta es la última canción de medianoche, damas y caballeros —anunció el *DJ* mientras comenzaba los acordes de una nueva melodía—. Después, regresaremos a los temas habituales y encenderemos las luces.

Sacó los dedos fuera de mí muy despacio.

Pensé que íbamos a bailar esa última canción, pero se puso a girar el pulgar sobre mi clítoris. Luego, añadió el movimiento de otros dos dedos dentro de mi sexo.

«¡Oh, Dios mío...!».

La presión era perfecta; el ritmo, implacable. Estaba segura de que iba a explotar en cualquier segundo... si no se paraba.

—Señor Stath...

—Jonathan. —Me besó el hombro.

—Es que... Es que... —Me quedé sin aliento—. Detente...

—No lo haré hasta que respondas a mi pregunta. —Deslizó la otra mano por debajo del vestido y la dejó quieta al darse cuenta de que no llevaba sujetador. Me acarició un pecho y luego el otro, me pellizcó los pezones, llevándome más cerca del éxtasis.

«Di que sí...».

—Claire, la canción se acabará en cualquier momento, pero yo seguiré sosteniéndose así, con las luces encendidas, hasta que me respondas. —Me frotaba el clítoris todavía con más intensidad, tan rápido que sentía intensos temblores en mi interior.

—Sí. —Me mordí el labio para no gritar. No quería que ninguna de las personas que nos rodeaba supiera lo que estaba pasando.

—¡Treinta segundos! —sonó la voz del *DJ*.

—Sí ¿qué? —Jonathan no bajó el ritmo; continuó acariciándome los pechos, hasta que no pude resistirlo más.

Exploté en oleadas contra sus dedos, estremeciéndome entre convulsiones mientras me mordía el labio con tanta fuerza que, posiblemente, estaba sangrando. Se me aflojaron las rodillas, y necesité de todas mis fuerzas para no colapsar en sus brazos.

—Sí..., estoy libre para salir mañana.

—Vale. —Retiró los dedos y me dio la vuelta. Me bajó el vestido antes de cogerme de la mano para llevarme más allá de la pista de baile.

Me condujo hasta un cuarto de baño privado, donde cerró la puerta con llave.

Helen tenía razón: eran muy sugerentes, demasiado sugerentes. Un espejo antiguo cubría la pared izquierda; vi además un candelabro adornado con esmeraldas resplandecientes y un sofá cubierto de terciopelo rojo.

Si Jonathan hubiera sido cualquier otro, le habría echado la bronca por lo que me había hecho en la pista de baile. Le habría dicho que había sido grosero y ofensivo, y que no pensaba volver a dirigirle la palabra. Pero era él, y no podía negar que adoraba cada segundo que pasaba a su lado. Seguía encantada.

Cogió una toalla blanca de encima del lavabo y la empapó en agua caliente. Luego me empujó hacia un rincón y me subió el vestido hasta las caderas.

—Separa las piernas —susurró.

Moví las rodillas, mirándolo a los ojos mientras me limpiaba con suavidad el interior de los muslos. Movié la toalla hacia arriba en un movimiento tan lento y sensual que casi me lanzó otra vez hacia el éxtasis.

Traté de ignorar el intenso placer que estaba sintiendo, pero la forma en que me miraba impedía que eso ocurriera. Cogió otra toalla seca y me frotó con ella hasta que estuve seca.

Seguimos mirándonos a los ojos, y pensé que iba a decir algo. A besarme. Pero él se limitó a sonreír y me tendió la mano.

—¿Preparada para volver con tus amigas?

Asentí con la cabeza.

Me apretó la mano un poco mientras me acompañaba a la mesa. En cuanto llegamos, se ofreció para pedir otras copas para Helen y Sandra.

—Entonces... —dijo Sandra con diversión—, ¿tu jefe baila bien?

—Muy bien... —Cogí el mojito y lo probé.

Ella alzó una ceja, pero no dijo nada más. Mis amigas me pusieron al tanto de los dos hombres que habían conocido durante el baile de medianoche, pero solo

las escuchaba a medias.

Todavía seguía hipnotizada por las caricias de Jonathan y, sinceramente, deseaba que no hubieran terminado tan pronto.

Cuando por fin regresó a la mesa, nos habló como si nos conociéramos de toda la vida. Y, para mi sorpresa —y decepción—, no volvió a tocarme.

Jonathan me puso su chaqueta encima de los hombros.

—¿Dónde has aparcado? Te acompañaré hasta el coche.

—A la derecha.

—Vale. —Me cogió de la mano mientras avanzábamos en silencio. Me ayudó a entrar en el coche y, antes de que pudiera irme, dio un golpe en la ventanilla.

—Todavía no me has dicho dónde nos veremos mañana. —Sonrió—. ¿O te has olvidado ya?

—Oh, no... Es que... Mmm, ¿qué te parece ir a dar una vuelta temprano por la ciudad? ¿A eso de las ocho?

—Estupendo. ¿Dónde?

—¿En Corona Heights Park?

—Nos vemos allí. —Sacó una cajita del bolsillo y me la entregó—. Feliz cumpleaños, Claire.

—Gracias. —Intenté no sonrojarme mientras subía la ventanilla.

No abrí la caja hasta que me detuve delante de mi casa. Rompí el fino papel de seda y me encontré con una nota.

«A la mujer más hermosa que he conocido.

Dame la oportunidad de demostrarte lo bien que podríamos estar juntos.

Jonathan».

Puse los ojos en blanco antes de mirar lo que había en la caja: una pulsera que parecía valer más que mi casa. Me la coloqué en la muñeca, admirando cómo brillaba en la oscuridad, y me pregunté cuándo iba a disponer de la oportunidad de usar algo así en público. No sabía si debía conservarla o no, aunque tenía claro que se la devolvería si al final decidía no salir con él.

Volví a mirar la caja y me percaté de que había un trozo de papel doblado en cuatro trozos en el fondo. Utilicé las uñas para sacarlo.

Cuando lo desplegué, vi que era una página del manual para empleados de Statham Industries. Habían subrayado en amarillo fluorescente unas palabras:

«La cláusula de no confraternización entre empleados queda suspendida. Las relaciones personales entre trabajadores de la empresa ya no son una violación de la política de la compañía».

Me desperté a las seis de la mañana, y casi tuve que sacar a rastras a Ashley y a Caroline de las camas. Daban igual las veces que les sugiriera que se fueran temprano a acostarse cuando tenían que trabajar por la mañana: nunca me hacían caso.

—¿Lleváis la placa de identificación? Ya sabéis que no voy a poder hacer nada si os la olvidáis.

—Sí, sí... —gimieron las dos mientras bajaban las escaleras en estado catatónico.

Las miré mientras se tomaban su tiempo para prepararse para ir al trabajo, mientras planchaban el uniforme —unos polos de color caqui y blanco— y abrillantaban los zapatos, discutiendo sobre a quién le tocaba conducir.

—Ashley, estoy segura de que es tu turno. —Suspiré al ver que lanzaban una moneda al aire—. Por favor, id despacio y...

—«... permaneced juntas». —Caroline gimió—. Mamá, tenemos dieciséis años, no seis. Nos vemos después.

—Que disfrutéis de un buen día. —Las empujé fuera de la casa, y esperé hasta que su coche bajó la colina.

Entonces, subí corriendo a mi habitación y me puse la ropa deportiva más favorecedora que tenía: unas mallas de color negro y rosa que se ceñían a mis curvas y unas zapatillas negras.

«Claire Gracen, esto no es una cita. Solo es un paseo. Una salida sin importancia». Me miré al espejo. «No le demuestres que te sientes atraída. No aceptes salir más veces con él. Este es el resultado de haber bailado anoche con él y haber perdido el control... Esa es la única razón de que hayas accedido. Una vez que pase este día, nuestra relación se convertirá en estrictamente profesional».

Fui al exterior y arranqué el coche. Atravesé las calles de la ciudad para llegar a la entrada del parque. Una vez que accedí al aparcamiento, vi un Jaguar plateado

que supuse que era de Jonathan.

«Pero ¿cuántos coches ridículamente caros tiene este hombre?».

—Buenos días. —Salió del coche y me sonrió—. ¿Cómo te sientes hoy?

—Muy bien. ¿Y tú?

—Genial. ¿Prefieres pasear o correr por el sendero?

—Quiero correr.

—¿Los ocho kilómetros? —Dejó la chaqueta en el coche—. ¿Estás segura?

—¿Es que no estás en forma? Quizá seas tú el que prefiera pasear.

Se rio.

—Estoy en una forma excelente, Claire. Solo me aseguraba de que tenías la resistencia para seguirme. —Me lanzó una sonrisa tan perversa y cargada de intenciones que me di la vuelta y empecé a correr.

Se puso a mi lado en cuestión de segundos, corriendo a la par por el camino de tierra, que serpenteaba entre los árboles. Seguimos avanzando al mismo ritmo, sin detenernos para respirar.

De vez en cuando notaba que me miraba, que incluso sonreía, pero estaba demasiado concentrada en llegar a la meta para devolverle las miradas.

Correr era algo que me calmaba los nervios, que me hacía sentir en paz; no podía concentrarme en nada más cuando golpeaba el suelo con los pies.

Cuando crucé la marca de los ocho kilómetros, me detuve y apoyé las manos en las rodillas. Oí que Jonathan se detenía a mi lado, jadeando.

—La mayoría de las mujeres que conozco no son capaces de correr dos kilómetros sin ahogarse... —Parecía impresionado—. ¿Es algo que has hecho siempre?

—No, no. —Me senté en el suelo y estiré las piernas—. Odiaba correr. Es algo que hago desde hace cuatro años. ¿Cuánto tiempo llevas corriendo tú?

—Toda la vida. —Se quitó la camiseta y dejó a la vista una tableta de abdominales marcados, y se sentó a mi lado—. Es una de las pocas cosas que se me dan muy bien.

Parecía haber un doble significado oculto en sus palabras, y una parte de mí quería pedirle que me lo explicara, pero recordé el discurso que me había dado antes a mí misma. No era necesario que hurgara en su vida personal, porque no quería darle una impresión equivocada.

Me aclaré la garganta.

—Oh... Bueno, eso suena muy...

—¿Qué edad tienen tus hijas, Claire? Si no te importa que te lo pregunte.

—Dieciséis años.

—¿Son gemelas? —Arqueó una ceja—. ¿Idénticas?

Asentí.

—Lo cierto es que no pude distinguirlas hasta que cumplieron tres años. Entonces empezaron a desarrollar su propia personalidad y...

«Guau... Basta. Demasiada información».

—¿Has pensado acabar esa frase? —sonrió.

No respondí. Entre las gotas de sudor que resbalaban por su esculpido torso, sus hermosos ojos y esa sonrisa de «sé-que-me-deseas», me sentía atrapada.

Me levanté lentamente y me sacudí la parte de atrás de las mallas.

—Mmm... Deberíamos regresar ya. Y creo que deberíamos hacerlo corriendo.

—¿Así no tendrías que hablar conmigo?

«Sí».

—No, no es por eso. Seguramente en este momento deberías estar haciendo millones de cosas.

—De eso nada. He dejado la libre la mañana para ti.

«¡Maldito sea...!».

—Ha sido... —Miré a otro lado—. Ha sido muy amable por tu parte, pero solo dispongo tiempo para correr, así que...

—Claire, anoche me dijiste que estabas libre, y te aseguro que no ha cambiado nada esa situación entre las dos de la madrugada y ahora. Hemos concertado una cita, lo que significa que ya que no vamos a comer o a cenar juntos, vamos a pasear. Entonces esta maldita cita a la que, al parecer, te he obligado a venir, podrá terminar. Y podrás fingir que te falta algo que hacer.

Intenté no sonreír, pero no pude evitarlo.

—Mientras estemos libres al mediodía... Me quedan algunas cosas que hacer entonces...

—¿Como qué?

—Revisar algunas ideas para la próxima campaña del sPhone Azul. El señor Barnes quiere que elija mi favorita para el lunes, y eso va a necesitar de un milagro...

—Ya que hablamos de eso, ¿por qué odias tu trabajo?

—¿Crees que le voy a decir a mi jefe por qué odio mi trabajo? Ni hablar.

—No me lo tomaré como algo personal. —Hizo un gesto para que me pusiera a caminar a su lado—. Aunque me quedan muchas ganas de saberlo.

—No, no es cierto —me reí.

—Cuéntamelo.

Suspiré.

—En pocas palabras: los empleados no disponemos de beneficios, la grúa se lleva nuestros coches, deberían estar permitidas al menos quince horas extra al mes y es necesario llevar trabajando dos años para poder elegir una semana de vacaciones. Ridículo. Ah, ¿y para qué se ofrece café gratis si casi nunca lo hay y sabe a mierda? No te molestes, y así te ahorras el dinero. Y no me hagas hablar de esa idiotez del zen y de que nos ha hecho empezar un diario personal y leer revistas *mindfulness*. Yo te habría sugerido maneras mucho mejores de gastar dos millones de dólares.

Jonathan se detuvo y me miró a los ojos. Permaneció en silencio durante un buen rato, y luego se echó a reír.

—¿Siempre eres tan brutalmente sincera?

—Me has dicho que te diga la verdad.

—Creo que he aprendido la lección. —Sonrió y empezó a andar de nuevo.

Pensé que no me haría más preguntas, o que me sentiría obligada a decir algo para que el paseo fuera más cómodo, pero en realidad disfrutaba del silencio, y tenía la sensación de que él también.

Antes de que me diera cuenta, vi el aparcamiento como a un kilómetro.

Jonathan me siguió hasta el coche, donde me cogió por los hombros y me dio la vuelta antes de que pudiera abrir la puerta. Me miró otra vez a los ojos.

—Ya sé que no hemos hablado mucho, pero me lo he pasado muy bien, Claire.

—Yo también...

Silencio.

Sentí sus dedos en mi pelo húmedo, su pecho duro contra el mío. El corazón me latía a un ritmo completamente nuevo, y daba igual lo que intentara controlarlo: solo se aceleraba más y más.

—La semana que viene estaré en Nueva York para un congreso... —Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Vamos a cenar cuando vuelva el sábado?

«No. No, no quieres que él piense que quieres ir más lejos... No es necesario que sea algo fijo cada fin de semana. No va a ocurrir... Aléjate de él».

Arqueó una ceja.

—¿Claire?

Asentí.

—Quiero que me lo digas en voz alta. —Me apretó contra el coche.

Silencio.

—¿Qué? —Sonrió—. ¿No tienes ningún comentario agudo sobre la cena del sábado?

—Creo que deberíamos ir a escote... No quiero que te hagas una impresión equivocada.

—¿Qué impresión sería esa?

—Que me siento atraída por ti... Porque eso no ha cambiado.

—De acuerdo. —Me deslizó los brazos por la cintura—. No me atrevería pensar tal cosa. ¿Eso significa que nos vemos el sábado?

—Eso significa que quizá nos veamos el sábado.

Lo oí reírse y luego me rozó los labios con los suyos. Despacio, muy despacio..., como si no quisiera besarme por completo. Me soltó lentamente antes de dar un paso atrás.

—Te llamaré desde Nueva York. Quiero asegurarme de que se convierte en un sí.

6

JONATHAN

«¿Por qué coño quería venir a este congreso?».

Permanecí sentado en la primera fila del salón de baile del Cuatro Estaciones y suspiré mientras los demás técnicos de *software* hablaban sobre su ascenso a la fama y cómo habían construido sus imperios desde cero. Normalmente, este tipo de cosas me excitaba e inspiraba, pero los asistentes de este año eran gente con la que había trabajado antes; conocía la historia de sus éxitos como la palma de mi mano.

Lo único distinto era el hecho de que yo era el interlocutor principal y que habían invitado a un montón de estudiantes de secundaria.

Cuando terminó el discurso el director general de Apple, aplaudí, pero luego me aseguré de que todavía llevaba el discurso en el bolsillo.

—Y ahora —dijo el presentador de las conferencias avanzando por el escenario—, para el discurso final de la noche, señoras y señores, me siento muy honrado al presentar a nuestro invitado principal. Durante los nueve últimos años, se ha convertido en una fuerza que tener en cuenta en la industria del *software*, pulverizando los récords de ventas en lo que se refiere a últimas tecnologías. Su último producto, el sPhone Azul, que saldrá al mercado esta primavera, ya ha ganado cincuenta millones de dólares en ventas... ¡Por adelantado!

El público comenzó a aplaudir y mi rostro apareció en las enormes pantallas que flanqueaban el escenario.

—Señoras y caballeros —continuó el presentador—, este hombre ya no necesita más presentación: el director general de Statham Industries, el señor Jonathan Statham.

Me levanté para dirigirme al escenario, agradeciendo la ovación de pie mientras esperaba que la multitud volviera a sentarse.

—Muchas gracias por hacerme llegar la invitación a la Conferencia Anual de Innovaciones Tecnológicas. —Me saqué el discurso del bolsillo—. Es un honor estar aquí, y haré todo lo posible para no aburrirlos durante los próximos veinte minutos.

El público se rio.

Leí el discurso con facilidad, buscando el contacto visual con las personas que reconocía entre la multitud, preparándome para la peor parte de ser el ponente principal: una extensa sesión de preguntas y respuestas.

Durante tres horas respondí a innumerables cuestiones que no tenían nada, absolutamente nada que ver con Statham Industries: «¿Estás soltero? ¿Qué buscas en una mujer? ¿Con qué frecuencia sales? ¿Cuándo tienes pensado casarte...?».

Lo peor de todo era que mis colegas estaban siguiéndoles el juego a los estudiantes y actuaban como si esas preguntas fueran completamente normales; incluso llegaron a indagar sobre citas y mujeres.

Cuando terminó la sesión, asistí a una reunión más íntima con los mejores estudiantes del país. Gracias a Dios, esas conversaciones versaron exclusivamente sobre el desarrollo de mis productos.

Terminé a las diez de la noche, y mi idea era desaparecer durante el resto de la noche.

Entré en el ascensor que llevaba a la *suite* del ático y fui directo a la cama, pasando de camino por la *suite* personalizada y la cocina. Me deshice de la chaqueta y encendí la luz.

—¡Llegas muy tarde! —Mi amiga Stacy salió de la cama con un sedoso modelo de lencería negra—. ¡Comenzaba a pensar que no ibas a venir!

«Me he olvidado por completo de ella...».

Stacy era una *top model* internacional que había conocido antes de que se transformara en una estrella. Entonces, solo aparecía en catálogos comerciales, pero yo había asumido un gran riesgo y la había convencido para ser la imagen del primer ordenador portátil de la compañía.

La campaña se había convertido en un éxito de la noche a la mañana, lo que la había lanzado hacia la fama. Después, habíamos intentado mantener una relación, pero nos habíamos dado cuenta muy pronto de que funcionábamos mejor como amigos con derecho a roce.

—Lo he comprado de fresa, piña colada, frutos del bosque y canela. Personalmente, prefiero el lubricante con sabor a frutos del bosque, porque es mucho más suave y no deja un regusto amargo. Sin embargo, he pensado que esta vez era mejor que eligieras tú. ¡Ah...! Y adivina qué más he traído... —Sacó un sobrecito plateado del sujetador—. Preservativos superestriados, para el placer de él y el de ella. ¿No te parece sexy?

Me hundí en una silla con una carcajada.

—Suena bien, pero esta noche no me apetece.

—¿Perdón? ¿Esta noche no te apetece? Es la tercera vez que estás en Nueva York y que me dejas colgada.

—Si la memoria no me falla, las otras dos veces me rechazaste tú.

—Eso no cuenta. Estábamos borrachos, y paso de follar estando bebida. —Se acercó a mí y fingió tomarme la temperatura en la frente por si tenía fiebre—. Espera un minuto... No habrás vuelto con Audrey, ¿verdad?

—No.

—De acuerdo... ¿Has salido del armario o algo así? ¿Eres gay?

—¿Perdón?

—¡Oh, Dios mío! Ahora lo veo claro... ¡Todos estos años...! Esa es la verdadera razón de que lo dejaras con Audrey, ¿no? Y el hecho de que esté aquí, medio desnuda, y no te excites lo más mínimo, lo demuestra. Dime, ¿quién es el afortunado? —Empezó a vestirse de nuevo.

—Stacy, estoy lejos de ser gay, créeme. Solo es que no me apetece.

—Mmm... —Se cruzó de brazos y apretó los labios en un mohín—. Dime, ¿cómo se llama?

—¿Quién?

Puso los ojos en blanco y me cogió de las manos para tirar de mí, obligándome a levantarme.

—Si no vamos a hacer nada, al menos invítame a una ronda, una ronda de verdad, y decirme quién me ha arruinado la posibilidad de mantener buenas relaciones sexuales esta noche.

La seguí hasta el ascensor para subir al bar de la azotea, donde pedimos unas cuantas copas de licor puro.

Cualquier otra noche, regresaríamos a la *suite* y nos meteríamos mano un poco mientras nos contábamos cosas aleatorias de nuestras vidas. Nos reiríamos de cosas que no comprendíamos sobre nuestras respectivas carreras: jamás había entendido por qué la industria de la moda se tomaba tan en serio, y ella jamás llegaría a comprender la emoción que había detrás de una tecnología innovadora.

Pero esa noche, cuando la vi medio desnuda en mi dormitorio, lo único en lo que podía pensar era en Claire y en su elegante conjunto.

—¿Alguna vez has salido con un chico más joven que tú, Stacy? —Me tomé la rodaja de limón del vodka.

—Sí, dos veces.

—¿Y qué pasó?

—La primera vez, él tenía veintiún años cuando yo tenía veintiséis. Y la segunda, yo ya había cumplido veintiocho y él veintitrés. Eso es lo que pasó. ¿Qué edad tiene?

—Acaba de cumplir cuarenta. El viernes pasado.

—¡Guau...!

—Guau, ¿qué?

—Nada. Solo... guau... En realidad creo que ese tema de las relaciones entre mujeres mayores y chicos más jóvenes es muy excitante. Ya que es mayor que tú, quizá te ayude a afinar algunas de tus técnicas.

—Jamás he tenido quejas.

—Ha sido una broma, Jonathan. —La vi poner los ojos en blanco—. De todas formas, ¿por qué te importa su edad?

—A mí no me importa, es a ella.

Stacy asintió.

—Comprendo. Bueno, pues demuéstrole que no te importa. Es decir, solo se trata de sexo, ¿no? Estoy segura de que cuando lo hacéis, tu edad es lo último en lo que piensa, así que...

—No hemos mantenido relaciones sexuales.

—¿Qué? —Se llevó las manos al pecho—. Jonathan Statham se ha encargado del coche de una mujer, se ha gastado miles de dólares en flores y joyas, ha estado con ella dos veces y ¿todavía no ha tenido sexo con ella? ¿Quién eres y qué has hecho con él?

—Para empezar, no soy tan insaciable. En segundo lugar, quiero acostarme con ella, pero... ¿Por qué estoy contándote esto?

—Te gusta, ¿no?

Suspiré. No quería seguir con ese tema.

—¿Qué tal te sientes al estar en la portada de *Sports Illustrated* por segundo año consecutivo? Me encantó el bikini rojo, era diferente.

—Deberías llamarla esta noche. No tienes que hacer el paripé de esperar una semana con una mujer mayor. Solo te considerará un...

—Pienso llamarla hoy.

—Maldición... Es todavía peor de lo que pensaba. —Se rio—. Sin embargo, es bueno para ti. De todas formas, es hora de otra ronda. Y necesito por lo menos siete más.

—Lo que tú digas.

Le llevó mucho más que siete bebidas sentirse satisfecha, y dado que se

desmayó cuando tomaba la última, tuve que llevarla a su habitación.

Cuando la metí en la cama y me aseguré de que podía dormir sin vomitar, regresé a la *suite* y llamé a Claire.

—¿Sí? —Cogió al tercer timbrazo.

—Hola, Claire.

—Mmm... Hola. —Parecía sorprendida—. ¿Qué tal va el congreso?

—No sabría decirte. No le he prestado mucha atención. ¿Qué tal va todo por la empresa?

—Muy bien. Hoy han enviado un informe desde dirección sobre los aparcamientos: al parecer, el asunto ese de las horas se ha terminado por fin. Todos están muy emocionados de que hayas abierto los ojos.

Me reí.

—¿Practicas insultando a la gente o se te da bien de forma natural?

—Practico cinco horas al día.

—Pues es un tiempo bien invertido. Sobre la cena del sábado por la noche...

—Sí, qué.

—¿Qué tengo que hacer para que aceptes cenar conmigo?

Suspiró.

—Tienes que dejarme pagar mi cena.

—¿Por qué?

—Porque pondrá ciertos límites entre nosotros y no me parecerá una cita.

—Es que es una cita.

—Bueno, pues no debería. Sé que has cambiado la política de la compañía con respecto a las relaciones entre empleados, pero que nos veamos fuera de la oficina está mal, da igual lo que tú pienses.

—Entonces, ¿qué quieres? ¿Que te despida?

—¡¿Qué?! No, no es eso lo que quiero.

—Porque si es necesario, lo haré.

La oí suspirar.

—Vas a dejarme pagar mi cena.

«No».

—Claro, Claire. Puedes pagar tu cena. Tengo una reserva en Michael Mina a las ocho. ¿Puedo pasar a recogerte o eso también está fuera de lugar?

—Nos vemos allí. Sé dónde está.

«Por supuesto...».

—Bueno, estoy deseando que llegue el viernes. Dime, ¿has encontrado alguna

buena idea para la campaña?

—Sí. —Oí un crujido de papeles de fondo—. «Las rosas son rojas, y el sPhone azul. Yo me voy a comprar uno, y también tú».

—Por favor, dime que estás de coña.

—No, esa era una de las ideas, y está a punto de encontrar su hogar en el cubo de la basura.

—Una gran decisión.

Ella se aclaró la garganta.

—Bueno, creo que tu conferencia es sobre...

—No quiero hablar de trabajo, Claire. Y estoy seguro de que tú tampoco. Prefiero hablar de ti.

Ella se mantuvo callada durante unos segundos.

—Vale. ¿Qué quieres saber?

—Dime qué te gusta hacer en tu tiempo libre.

La escuché hablar durante horas sobre sus pasatiempos favoritos: diseccionar revistas de diseño de interiores, estudiar arquitectura de puentes, correr y leer. Resultó muy refrescante hablar con alguien cuyo punto de referencia no giraba alrededor de las celebridades o del último *reality show* de la tele.

Mientras estaba explicándome que tenía el sueño de correr un maratón, la oí bostezar y miré mi reloj. Eran las cinco.

—Supongo que deberíamos colgar ya... No me había dado cuenta de que se estaba haciendo tan tarde. —Me recosté en la cama—. ¿Sabes?, tú también puedes llamarme si te apetece.

—Bueno, si ocurre, lo haré. Adiós, Jonathan.

—Adiós, Claire.

Sabía que no iba a llamarme, así que durante el resto de la semana marqué su número cuando salí de las conferencias. Mantuve conversaciones triviales y evité hacer preguntas personales; tenía la sensación de que no se mostraría receptiva.

Cuando el avión aterrizó en San Francisco, el sábado por la tarde, le envié un mensaje de texto:

«Michael Mina.

A las 20:00.

252 California St.

Solo por si te olvidas de dónde está.

Nos vemos allí».

—Espera un momento —dijo Corey, riéndose—. ¿A qué te refieres con que te ha plantado?

—No creo que haya otra manera más clara de decirlo. Me-ha-plantado. —Puse los ojos en blanco.

—Creía que me habías dicho que parecía madura.

—Lo es... Es solo... —«Esto no tiene sentido».

—Ya entiendo... ¿Quieres revisar hoy la cuenta de Sorrento? Vale la pena invertir en su *software* para cámaras, y podríamos usar la actualización.

—Más tarde. —Suspiré—. Quiero al llegar al fondo de este asunto...

—¿De qué? ¿Te das cuenta de que estás hablando de una mujer que A: te ha dicho que eres demasiado joven para ella; B: ha admitido que tiene dos hijas de dieciséis años, hijas, en plural, y C: te dejó plantado anoche? ¿Eres consciente de todo eso?

Negué con la cabeza.

—No es lógico. Hemos hablado durante toda la semana. Y no me ha llamado ni me ha mandado un mensaje para decirme que no iba a venir.

—Creo que está tratando de demostrarte que no está interesada en ti. Estoy seguro de que ha pensado que pegarte un plantón te ayudaría a ser consciente de ello, ya que sigues ignorando todo lo que te dice.

No lo creía. Había sentido cómo reaccionaba a mí en la pista de baile el día de su cumpleaños, la forma en la que me miraba cuando fuimos a correr, y había escuchado cómo contenía la respiración cuando la llamaba por teléfono.

Podía admitir que se le daba bien fingir indiferencia y que tenía respuesta para todo, que sin duda dominaba el arte de poner cara de póquer, pero no estaba actuando cuando parecía afectada por mí.

—Siempre que después quieras concentrarte en lo que es realmente importante, es decir, en la cuenta de Sorrento, puedes llamarme. —Corey colgó.

—¿Señor? —El chófer se detuvo y volvió la cabeza hacia mí—. No permiten que los coches vayan más allá.

—Gracias, Greg. —Salí del coche y miré la actividad que había alrededor del centro de rehabilitación Oasis para alcohólicos y toxicómanos.

Había los usuales globos amarillos y azules, los médicos con batas blancas que saludaban a los invitados en la puerta, y la «cascada de la pureza» desde la que caía agua de color rojo; mi madre me había dicho que el rojo significaba algo, pero había olvidado el qué.

Me había gastado otros cincuenta mil dólares para que ella recibiera un

tratamiento para desintoxicarse de las drogas, y presentía que no sería la última vez.

Entré y me senté cerca de la parte trasera del auditorio, observando la misma ceremonia que once meses antes.

Vi que mi madre sonreía mientras recogía el certificado que probaba su éxito de manos del jefe de servicio. Luego recitó un poema, *Hoy comienza mi nueva vida*, y noté que sus ojos se iluminaban al hacer las mismas promesas que varias veces antes.

En un momento dado, el médico pidió a los asistentes que se pusieran de pie y recitaran *La promesa de los benefactores*, pero cuando pronuncié aquellas familiares palabras, en mi mente apareció una imagen de Claire.

Quería saber por qué demonios se resistía a mí, por qué demonios no se le había ocurrido llamarme para cancelar la cita. Se me había ocurrido llamarla para preguntarle por qué, pero había decidido no hacerlo. No era el tipo de hombre que llamaba y rogaba.

De repente, escuché que los pacientes cantaban la canción final, *Ahora comienza mi vida*, y supe que la ceremonia había terminado.

—¡Muchas gracias por venir, cariño! —Mi madre corrió hacia mí y me abrazó —. ¡Creo que por fin lo he conseguido!

Le devolví el abrazo.

—Eso espero.

—¿Y Audrey? ¿Dónde está tu novia?

—Terminamos hace unos meses.

—Oh... Lo siento mucho... ¿No sales con otra?

—No. —E incluso aunque así hubiera sido, no se lo habría contado. No quería abrirme a ella y fingir que formaba parte de verdad de mi vida.

—Bueno —continuó con una expresión de tristeza—, cuando llegue ese día, ¿podré conocerla?

«Jamás».

—Claro.

—Jonathan, estaba vez hablo en serio cuando te digo que he cambiado. Quiero que nos veamos al menos una vez a la semana. Necesito que me ayudes a mantenerme en pie durante un tiempo.

—Es una buena idea. —Traté de parecer convencido—. Venga, vamos a almorzar antes de que te enseñe el piso nuevo. Es un dúplex, como me pediste.

19 DE ENERO DE 2013

Querido diario:

Hoy he aprendido que hay una clara diferencia entre «perdón» y «estupidez».

Perdonar es cuando puedes olvidar algo sinceramente y dejarlo pasar. Estupidez, sin embargo, es lo que sucede cuando le dices a alguien «te perdono» —porque es lo correcto—, pero en secreto esperas que se caiga muerto delante de ti y descienda al séptimo círculo del infierno.

Dicho esto, no perdono a Ryan Hayes por haberme engañado con mi mejor amiga. Seguramente no lo consiga perdonar nunca, y lo he asumido.

No quiero escuchar tonterías como que el perdón ayuda a dormir mejor por la noche, porque no es verdad. (El colchón que tengo es increíble).

De todas formas, he recibido las evaluaciones de la gente que han puesto a mi cargo esta semana y he esperado hasta el viernes para abrirlas. De un máximo de cinco estrellas, me han otorgado una puntuación de tres con ocho. Por lo general, no me molestaría —a fin de cuentas, las estrellas solo son estrellas, y no significan nada—, pero este año además, se permitía escribir comentarios anónimos con las calificaciones, por lo que he estado a punto de salir y pegarle un tiro a cada uno de ellos. «La señorita Gracen es una buena directora, pero lo sería aún mejor si no fuera tan seria», «La señorita Gracen debería dejar de echar por tierra nuestras propuestas y enviarlas al consejo», «La señorita Gracen viste bien, pero no sabe de publicidad», «A ver si se da cuenta de que hemos ido a universidades de la Ivy League y somos más que capaces de proponer buenos lemas. (¿Ella no se graduó en la universidad de Pittsburgh? ¿No fue a un colegio público?)» eran algunos de esos comentarios.

¿Sabes qué? Ni siquiera voy a hablar de esos estúpidos comentarios. Llega con que te diga esto:

«EL NUEVO SPHONE AZUL PONE CELOSAS A LAS CERAS DE COLORES».

No puedo con mi vida.

Claire.

7

CLAIRE

El lunes llamé para decir que estaba enferma. No quería tener que lidiar con Jonathan abrasándome a preguntas por no haber acudido a nuestra cita, y tampoco me apetecía soportar otra sesión de ideas inútiles.

Atenué las luces del cuarto de baño y encendí velas con mis olores favoritos: vainilla, madreselva y ámbar. Vertí sales de eucalipto en la bañera, abrí el grifo y añadí generosas cucharadas de baño de burbujas debajo del chorro.

Siempre había pensado que los baños de burbujas eran la mejor terapia del mundo. El agua caliente llena de espuma poseía la fórmula para ayudarme a escapar a otra vida, una donde podía navegar adonde quisiera, en la que trabajaba porque quería y no porque tuviera que hacerlo.

Entré en la bañera y me deslicé debajo de la espuma, dejando que el agradable calor líquido me transportara a mi lugar especial.

«No pienses en el trabajo... No pienses en el trabajo...».

Saqué mi vibrador púrpura favorito del panel lateral y solté un suspiro. Apreté el botón de encendido, dispuesta a ponerlo a funcionar, pero comenzó a sonar el timbre de forma insistente.

«¡Aggg! ¿Por qué ahora?».

Se me ocurrió que quizá mi vecino de al lado había recibido de nuevo mi correo por accidente y quería devolverlo personalmente en lugar de metérmelo en el buzón. A veces eran tan atentos que me ponían enferma.

Esperé a ver si se marchaba, si no se daba cuenta de que tenía el coche aparcado justo delante, pero volvió a sonar el timbre.

«Mierda...».

Salí de la bañera y me envolví en una toalla. Soplé las velas y me recogí el pelo de cualquier forma.

—¡Ya voy, señor Hamilton! ¡Deme un segundo! —Bajé corriendo.

Cuando abrí la puerta, quien estaba allí era Jonathan, y me pareció completamente irresistible. Llevaba otro traje a medida, gris oscuro, con una camisa blanca de cuello abierto, y sus deslumbrantes ojos azules iban de mi rostro a mi toalla; era como si quisiera desvestirme lentamente.

—¿Mmm...? Hola. —Cerré un poco la puerta y miré a su alrededor—. ¿Qué

haces aquí?

—Hola. —Sonrió—. Has llamado diciendo que estabas enferma.

—Bueno, ¿y? ¿Vas de visita a domicilio cada vez que un empleado está malo?

—No. Solo quería asegurarme de que estabas bien.

—Oh... Vale, pues lo estoy. Gracias por pasarte. Que disfrutes de un buen...

—En serio, necesito que firmes los diseños de tu equipo para que podamos presentarlos esta tarde. —Levantó el maletín—. Cada director debe elegir la mejor opción.

«¡Oh, Dios mío! Me he olvidado... ¿Por qué no me he acordado de que la reunión con los asesores era hoy?».

—¿Me vas a dejar entrar para que puedas verlos? —añadió con una sonrisita.

—Dame un minuto. —Le cerré la puerta en las narices.

Subí corriendo a mi dormitorio para ponerme un pantalón de chándal y una camiseta floja. Después de coger la bata, me eché un vistazo en el espejo.

«Ahora mismo mi aspecto es terrible...».

Me tomé mi tiempo para bajar las escaleras y abrí la puerta.

—¿Estás seguro de que esto no tiene nada que ver con que te haya dejado plantado el sábado?

Sonrió mientras pasaba a mi lado.

—Claro que no. Este es un tema de negocios, no personal. ¿Dónde hay una mesa en la que pueda poner esto?

Lo guie por el pasillo inacabado hasta la cocina de decoración rústica, que me alegré de haber limpiado esa mañana.

Dejó el maletín sobre la mesa y miró a su alrededor. Nuestros ojos se encontraron, pero fui yo la que apartó la mirada.

—Es un lugar muy agradable. —Pasó los dedos por la lámpara de bronce que colgaba sobre la mesa—. ¿Quién te ha diseñado esta habitación?

Me senté y abrí el maletín.

—Yo la pinté, la decoré y todo lo demás. Me llevó dos meses encontrar el suelo adecuado. He tenido que pagarlo a plazos.

—Me impresionas.

Saqué las primeras pruebas y suspiré. Ya no me quedaban dudas: tenía que encontrar la manera de dejar esa compañía en dos años, no en cinco. Los chicos que trabajaban a mis órdenes no tenían ni idea de marketing. En realidad, no sabían nada de nada.

No habían vuelto a tener una idea tan terrible como la del campo de algodón,

pero todavía seguían siendo mediocres. En algunas propuestas incluso había palabras mal escritas.

«¿Tanto cuesta pasar un corrector ortográfico?».

—No pareces demasiado satisfecha —comentó Jonathan sentándose en la silla a mi lado.

—No lo estoy. Incluso mis hijas podrían haber encontrado frases más brillantes en diez minutos, haciendo un trabajo mucho mejor.

—Diles que las contratamos.

Puse los ojos en blanco.

—Me oyen quejarme de mi trabajo todos los días. Dudo que les interese... Bien, supongo que este vale. Es sencillo, moderno, y tiene su gracia. Podemos conseguir que el departamento artístico haga un buen diseño, si el consejo lo aprueba. —Dejé el mejor eslogan en la parte de arriba y volví a meterlo todo en el maletín.

Me levanté y entrelacé los dedos.

—Muchas gracias por haberlo traído. Ya puedes marcharte.

—¿No me invitas a un café? —Señaló la cafetera—. ¿No puedo tomar ni una taza antes de irme?

—¿No tienes que regresar al trabajo?

Miró el reloj.

—Son las once... La reunión no es hasta las tres.

«¡Aggg...! El baño se está enfriando».

Me acerqué a la alacena y saqué tazas para los dos. No me molesté en preguntarle cómo le gustaba el suyo; lo hice como el mío y se lo entregué sin llegar a sentarme.

—Gracias. —Tomó un sorbo lentamente—. ¿Qué tal el fin de semana?

—Has dicho que era una visita de negocios. No creo que esa pregunta sea...

—Hasta este momento ha sido por negocios; ahora se ha transformado en algo más personal. —Me miró furioso—. ¿Qué-tal-el-fin-de-semana?

«Así que le cabrea que le haya dado plantón».

—Genial. ¿Y el tuyo?

—¿Genial? Suena interesante. ¿Qué hiciste? —Me miró con los ojos entrecerrados y se recostó en la silla.

«Trata de apartar la vista de él... Trata de apartar la vista de él...».

—Fui a correr con dos amigas y luego trabajé un poco.

—Mmm... ¿Sabes?, esperaba pasar también un buen fin de semana. Estuve

hablando todas las noches con una mujer muy hermosa. Al final, habíamos quedado... Pero el sábado me dio plantón. Así que la semana terminó mal.

—¿En serio? —Me aclaré la garganta—. Bueno, esas cosas pasan. Todo forma parte de la vida, jovencito. Quizá cuando hayas vivido un poco más...

—No sé qué me molesta más, que sigas utilizando mi edad para insultarme o haber estado sentado dos horas en el restaurante esperándote.

«¿Me esperó dos horas...?»

—Mira, lamento no haberte avisado. Pero es que...

—La última vez que me dieron plantón... —Se levantó y se acercó a mí—. En realidad creo que jamás me habían dado plantón. Es algo muy inmaduro, ¿no crees?

—Sí, mucho. No entiendo que alguien haya podido hacer eso.

—Mmm... —Se inclinó para quitarme la goma del pelo, dejando que el cabello me cayera sobre los hombros—. ¿No entiendes que una mujer guapa me haya dejado plantado?

—¿Quizá no hay química entre vosotros? —Lo dije casi tartamudeando.

—No, tenemos mucha química...

—¿No podría ser porque no tenéis nada en común?

Me pasó los dedos por el pelo.

—La semana pasada estuvimos hablando mucho tiempo: creo que tenemos muchas cosas en común.

Me encogí de hombros.

—Quizá ella no piense lo mismo que tú.

—Oh, sin duda piensa lo mismo. —Sonrió—. Lo único que pasa es que no quiere admitirlo, y no sé la razón.

—Bueno, si estuviera en tu lugar, me rendiría y buscaría a otra mujer. Parece que esta está resistiéndose a ti.

Me subió la barbilla con las yemas de los dedos para que lo mirara a los ojos.

—Yo no me voy a rendir. Lo hará ella. Y no quiero buscar a otra.

Nos quedamos mirándonos a los ojos un buen rato, hasta que me di cuenta de que tenía que sacarlo de mi casa y regresar a mi baño de espuma.

«Quizá debería utilizarlo como inspiración...».

—Mira, me has interrumpido en medio de algo muy importante, así que si puedes marcharte ya para que pueda retomar el tema, sería genial. Quizá podamos hablar de lo que pasó el fin de semana en el trabajo, ¿vale? Para que conste, lamento haberte dado plantón. Tenía intención de ir, pero...

Me silenció con un beso, y se lo devolví con una pasión que no había sentido antes. Se inclinó para desatarme la bata, que deslizó por mis hombros hasta el suelo.

Sonriendo, se apoderó de nuevo de mi boca con la lengua mientras tiraba con las manos del cordón de los pantalones de chándal.

De repente, sentí una vibración en el bolsillo. Antes de que pudiera meter la mano para apagarla, fue él quien encontró el bolsillo y sacó a mi amigo de color púrpura.

Lo examinó durante unos segundos, parpadeando. Luego lo sostuvo ante mi cara, sonriendo.

—¿Ha sido esto lo que he interrumpido?

«Han pasado cuatro años... Cuatro-largos-años...».

—¿Claire? —Me cogió por la barbilla y me sujetó la cara para que no pudiera mirar hacia otro lado—. ¿Es esto lo que estabas haciendo?

—Yo... —Tragué saliva, y luego pasé al ataque—. Y si así fuera, ¿qué?

Una lenta sonrisa muy sexy se extendió por sus labios.

—Entonces, creo que debo terminar lo que has empezado. —Volvió a sellarme la boca y me apretó contra la mesa, haciendo que me resultara difícil respirar.

Nunca me habían besado así, como si estuvieran follándome con la boca. Controlaba mi lengua con la de él, amoldando sus labios perfectamente llenos a los míos, mordisqueándome la lengua cada vez que trataba de recuperar el aliento.

Noté que me tiraba de los pantalones, sin ningún tipo de cuidado. En cuanto cayeron al suelo, apartó la boca de la mía, me quitó la camiseta por la cabeza y la arrojó al otro lado de la habitación.

—Ven aquí —me dijo mientras me sentaba en la encimera. Hizo que me tumbara boca arriba; los libros de la cocina y las carpetas cayeron al suelo.

Se apoyó en mí y hundió las manos en mi pelo mientras me besaba una y otra vez. Mantuvo los ojos clavados en los míos cuando retrocedió con rapidez para desabrocharse los pantalones y sacar un condón.

Jadeé y me senté mientras se lo ponía.

—¿Siempre vas preparado para acostarte con tus empleadas cuando están enfermas? —Cuando miré por debajo de su cintura, se me abrieron los ojos como platos. Su polla era del doble de tamaño que la de mi ex.

«Oh, Dios...».

—¿Siempre usas los días de asuntos propios para quedarte en casa y

masturbarte? —contraatacó con una sonrisa en los labios.

Las mejillas me ardieron al rojo vivo, y estuve a punto de responder, pero me agarró por las caderas y me acercó a él.

—Rodéame las caderas con las piernas para que pueda follarte —me dijo, mirándome directamente a los ojos.

Me puse rígida. La conciencia comenzó a advertirme al respecto, a susurrarme algo sobre que no era buena idea acostarme con el jefe, con un jefe mucho más joven, pero la ignoré.

Le rodeé la cintura con las piernas e intenté no gritar mientras él entraba en mí muy despacio, dilatándome más allá de mis límites y llenándome de una forma que no creía posible.

Noté que crecía más en mi interior, tratando de encajar, y no pude reprimirme más.

—¡Oh..., Dios mío!

—¿Es así como tratas a los hombres que te invitan a salir? —Ahora estaba completamente dentro, pero no se movía—. ¿Crees que está bien?

Negué con la cabeza, soltando el aire mientras mi cuerpo se acostumbraba a su grosor. Le rodeé el cuello con los brazos para estabilizarme, y él gimió mientras me besaba el cuello.

Me recorrió la espalda con las manos.

—Claire, ¿estás segura de que esto no está bien? —insistió.

No me dio oportunidad de responder; empezó a deslizarse dentro y fuera de mí, y me arrancó un gemido con cada envite, lo que hizo que deseara que no se detuviera nunca.

—No..., no... —Intenté recuperar el aliento.

—¿Estás segura de que no te gusta tenerlos en vilo y que anden detrás de ti? —Marcó el ritmo, embistiendo más y más rápido, agarrándome las caderas para que no pudiera resistirme—. ¿Obligarlos a esperar dos horas?

—Ahhh... —Se me quedó la mente en blanco. Oí que me preguntaba algo..., algo sobre que se encontraba decepcionado, pero yo solo podía concentrarme en lo bien que me sentía. Cerré los ojos y me entregué a su control, dejándole que me diera un placer que no había disfrutado antes.

Con las manos alrededor de mi cintura, me llevó contra la pared, profundamente enterrado en mi interior.

—No te muevas. —Apretó mi culo contra la pared mientras embestía de forma repetida, haciendo que gritara por el insoportable placer.

Apreté las piernas a su alrededor mientras él seguía con su ritmo temerario, y le clavé las uñas en la espalda cada vez que se sumergía en mí.

Me cubrió los labios con los suyos para ahogar mis gritos, pero su beso solo me empujó más cerca del éxtasis. Se hundió en mí lo más profundamente que pudo, y mis entrañas estallaron en millones de pedazos. Ya no pude contener los gritos.

Encontró su propia liberación unos segundos después, y los dos nos deslizamos hacia el suelo, jadeando.

Me senté y dejé que la pared me enfriara la espalda. Puse una mueca de dolor cuando se retiró de mi interior, pues estaba tratando de concentrarme en otra cosa, algo diferente a lo que acababa de ocurrir. Intentaba salir a flote.

«No me lo puedo creer... Me acabo de tirar al director general».

Me aparté de él en busca de mi bata, y la apreté alrededor de mi cuerpo. Ignoré las miradas que me dirigía mientras se ponía de pie y se cerraba los pantalones.

Respiré hondo, y luego me levanté también.

—Mmm... —Traté de buscar las palabras—. Necesito darme una ducha, y tú tienes una reunión, así que...

—¿Estás echándome?

—Sí. —Me acerqué a la mesa y me aseguré de que el maletín estuviera cerrado antes de recogerlo—. Ten. La propuesta que he elegido es la número dieciocho. Que tengas un buen día.

Se inclinó para besarme, pero retrocedí un paso.

—Nos vemos mañana, señor Statham.

Se rio.

—Hasta mañana, Claire.

Me senté ante el escritorio y miré fijamente la pantalla del ordenador. Lo único en lo que podía pensar era en lo que había hecho con Jonathan el día anterior y en que debí haberle permitido quedarse un par de horas más.

No estaba segura de si me sentía tan eufórica porque llevaba mucho tiempo sin disfrutar de relaciones sexuales o si era gracias a haberlas tenido con él.

Llamé a Sandra.

—Hola. ¿Estás ocupada?

—¡Por supuesto que no, señora sexo-antes-de-la-tercera-cita. —Se echó a reír—. No volviste a enviarme ningún mensaje ayer. ¿Qué tal estuvo?

—Fue increíble. El mejor sexo de mi vida. El mejor.

—¿De verdad? ¿Mejor que con tu ex?

«¡Oh, sí!».

—Sí... —Me excitaba solo de pensar en ello—. ¿Crees que si mañana llamo para decir que estoy enferma aparecerá otra vez?

—¡Qué cambio desde la semana pasada! —Se rio—. Seguramente. Creo que le gustas.

«Eso es justo lo que me da miedo...».

—¡Oh! Claire, debo dejarte. Un paciente urgente. Te llamaré más tarde. — Colgó y me recliné en la silla.

Gracias a esa fantasía recurrente, no había hecho demasiado en todo el día, y estaba pensando en irme temprano a casa.

—¿Claire? —El señor Barnes asomó la cabeza por la puerta—. ¡Creo que por fin hemos dado con una idea que le va a gustar!

«Lo dudo tanto...».

—Aguarde fuera y deme un segundo. —Esperé hasta estar segura de que había desaparecido y metí otro par de bragas en un cajón del escritorio.

«Ya van dos, y ni siquiera es mediodía...».

Salí del despacho, vi la idea que se suponía que me iba a encantar y me obligué a no dar media vuelta.

—Señor Barnes, la semana pasada le dije que ese anuncio es racista. Sigue siéndolo...

—¡No, no, no! ¡Fíjese bien! —Me acercó el cartel a la cara—. Ahora no son esclavos afroamericanos. Los hay caucásicos, hispanos, asiáticos... ¡Y con palillos y todo! ¡No me puede negar que atendemos a la diversidad!

—Vale. Me voy a casa.

—¡Quieta! Era una broma. Tina, enséñale el verdadero cartel.

Su ayudante soltó aquella atrocidad y levantó un panel con un anuncio muy sencillo. La imagen era un sPhone Azul flotando entre las nubes. Debajo se podía leer:

«LIGERO COMO EL AIRE. SÁZUL».

—¡Guau! ¡Me gusta! —Sonreí—. Puede que tengamos que jugar un poco con las palabras, pero la imagen es espectacular.

—¡Por fin! ¡Parece que sí puede llegar a gustarle algo! —Se rio—. ¿Podría llevárselo al señor Statham? Está en el departamento artístico. Lleva todo el día

pidiéndome actualizaciones.

—¿Por qué no se lo lleva usted?

—Tengo que escribirle a Tina una carta de recomendación —miró el reloj—, y solo tengo dos horas.

«Siempre esperando al último momento...».

Cogí el cartel y fui hacia los ascensores. Aunque había pensado en Jonathan todo el día, no quería verlo en el trabajo a menos que no me quedara otro remedio.

Bajé al departamento artístico y miré a mi alrededor. No había nadie en las mesas, y parecía que los ordenadores llevaban horas apagados.

Me dirigí a la sala de fotografía y vi a Jonathan hablando con una mujer vestida de color púrpura. Él me sonrió cuando entré, y luego volvió a concentrarse en ella.

—Señorita Blanc, ¿cree que debemos contratar más fotógrafos? ¿No será causa de fricciones?

—No, en absoluto. —Negó con la cabeza—. También necesitamos nuevos talentos. Jillian se jubila este verano y Bailey cogerá una baja por maternidad en marzo. Por lo menos deberíamos contratar a dos personas más este año.

—Mañana le comunicaré mi decisión, señorita Blanc. Gracias por decírmelo. Hasta mañana.

—Hasta mañana, señor Statham. Gracias por dejarnos el resto del día libre. — Se sonrojó antes de salir de la habitación.

Jonathan esperó hasta oír la campana de los ascensores para decirme algo.

—¿A qué debo esta sorpresa, señorita Gracen?

—He venido a mostrarte la última idea del departamento. —Le entregué el cartel—. Las palabras todavía no son definitivas, pero la imagen nos gusta.

—Está bien. Me gustan esas. ¿Contenta? Ahora, responde a mi pregunta: ¿por qué estás aquí?

—¿Esperabas al señor Barnes?

—Sí. Llevo todo el día llamándolo, y quería que me pusiera al tanto de varias cosas.

—Oh... Ohhhh... —Retrocedí un paso—. Entonces, estás interesado en mantener relaciones tanto con empleados masculinos como femeninos... Interesante...

—Solo me interesa una de mis empleadas —dijo con una carcajada—. Pero no sé cuánto tiempo voy a ser capaz de lidiar con tus insultos...

—¿Siempre eres tan ingenioso? Me gusta esta faceta.

—Ya sabes —dijo mientras se frotaba la barbilla—. Quiero invitarte a salir de nuevo, pero no quiero que me plantes por segunda vez.

—Bueno, no me lo pidas y ya tendrás una preocupación menos.

—No lo haré. —Clavó los ojos en los míos, lo que me dejó completamente paralizada.

«Mierda... Voy a tener que cambiarme de nuevo de bragas...».

Se levantó para acercarse a mí, sonriendo como si supiera que era incapaz de moverme. Dio una vuelta a mi alrededor antes de detenerse y meterse la mano en el bolsillo.

—Ayer me echaste tan rápido que me fui sin devolverte a tu pequeño amiguito.

—Sacó el vibrador y lo sostuvo ante mí—. ¿No lo quieres?

A pesar de la vergüenza, estiré el brazo para cogerlo, pero él lo puso fuera de mi alcance.

—Sinceramente, Claire, creo que ya no lo necesitas. —Lo hizo rodar por la palma de su mano.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque yo estoy más que dispuesto a ocupar su lugar. Y te garantizo que lo haré mucho mejor.

«Vale, las bragas están empapadas oficialmente».

—Mmm... Es mejor que...

—¿Te vayas?

—Sí. Debería irme. Tengo que terminar una cosa abajo y luego volveré a...

—No tienes nada que hacer. —Me rodeó con sus brazos y me besó hasta dejarme sin sentido.

Antes de que pudiera reaccionar, deslizó los dedos por debajo de mi blusa y me desabrochó el sujetador. Me acarició la nuca con la mano al tiempo que hundía la lengua más profundamente en mi boca, y usó la otra mano para frotarme la espalda.

—Cierra la puerta —susurró entre jadeos.

—¿Qué? —Abrí los ojos de golpe.

—Bueno, pues déjala abierta. —Continuó besándome mientras deslizaba la blusa por mis hombros y me empujaba hacia la mesa que había pegada a la pared. Después deslizó los dedos por debajo de mi falda con un gemido antes de empezar a mordisquearme el labio inferior.

—Inclínate sobre la mesa —me ordenó al apartar la boca de la mía.

Me quedé paralizada, sin saber si hablaba en serio o no. ¿Quería follar ahora? ¿En las oficinas? ¿En las oficinas de su compañía?

Me quedé quieta, parpadeando, pensando que había interpretado mal sus palabras.

—Claire... —Me dio la vuelta y pegó el pecho a mi espalda, de forma que yo quedaba frente a la pared—. Inclínate sobre la mesa.

Vacilé. Debí haber cerrado la puerta cuando me lo había dicho. Traté de darme la vuelta, pero introdujo una rodilla entre mis muslos y me separó las piernas.

—Odio tener que repetir las cosas —me susurró al oído, haciendo que notara un escalofrío por la espalda—. Inclínate ya.

Jadeé mientras me bajaba lentamente sobre el escritorio, apretándome el estómago contra la superficie.

—Ahora, agárrate del borde —ordenó, con tanta firmeza que ni siquiera me planteé negarme.

Sentí que me subía la falda y que movía las bragas a un lado. Soltó una carcajada al notar lo mojadas que estaban. Luego oí el ruido cuando abrió el envoltorio de un condón, y me preparé para recibirlo.

No tuve oportunidad de respirar ni una vez más antes de que se introdujera por completo en mí mientras me sujetaba por la cintura.

—Vamos a ver si puedo conseguir que te corras...

Empezó a moverse lentamente, alternando empujes profundos con besos en mi cuello. Me sujeté con fuerza a la mesa mientras me acostumbraba a su grosor, y él me separó las piernas todavía más al tiempo que llevaba las manos a mis pechos para acariciármelos con cierta rudeza. Me pellizcó los pezones, retorciéndomelos y tirando de ellos con fuerza, lo que me hizo sentir placer y dolor a la vez.

Gemí cuando sus envites se hicieron todavía más profundos, mientras él me mantenía inmóvil, impidiendo que me retorciera.

—¿Crees que necesitas a tu amiguito púrpura? —me susurró al oído—. ¿Te folla mejor que yo?

—Ahhh...

—Respóndeme.

Pero no podía. Sus embestidas eran demasiado placenteras. Estaba empezando a acelerar su ritmo, y yo me estremecía por aquellas sensaciones desconocidas.

—¿Lo necesitas? —preguntó de nuevo, y noté el familiar zumbido del vibrador contra la pierna.

Traté de responderle y decirle que no, pero lo siguiente que hizo fue sostener el

juguete contra mi clítoris, lo que me llevó todavía más arriba.

—¡Por favor...! —grité.

—¿Por favor? —Siguió sosteniéndolo allí, al tiempo que se hundía en mí sin piedad—. No es eso lo que te he preguntado.

—¡Ohhhh!! —Estaba a punto de correrme, lo sentía. Traté de alejarme del vibrador para aliviar un poco de la presión, pero sus manos eran demasiado fuertes.

—Respóndeme, Claire. —Me besó en el cuello—. ¿Sigues necesitando a tu amiguito o no?

—¡No! ¡No! —grité mientras mi cuerpo se estremecía y convulsionaba contra él—. No... —Me sujeté al borde de la mesa mientras me atravesaban los temblores finales, mientras esperaba que mi corazón recuperara el ritmo normal.

Pensé que eso era todo, ese era mi orgasmo del día —o más bien del año—, y que él me soltaría para que pudiera recuperarme, pero no fue así. Dejó caer el vibrador al suelo y empezó a moverse con otro ritmo diferente, más lento, y me empezaron a recorrer el cuerpo otros temblores distintos.

Gemí mientras me acariciaba las caderas, mientras me besaba los hombros, mientras me mostraba una faceta diferente de él.

Tensé mis músculos internos, tratando de saborear la sensación que provocaban aquellos envites más apasionados, pero no me sirvió de nada. Mi cuerpo cedió otra vez, y me derrumbé sobre la mesa, gimiendo mientras él se sumergía unas cuantas veces más para alcanzar su propia liberación.

Notaba las piernas entumecidas y vacilantes; no iban a sostenerme mucho más tiempo. El corazón me latió a cien por hora, y notaba un ardor incontrolable en el pecho.

—Suelta la mesa, Claire —me susurró al oído.

Abrí los dedos uno a uno, y me llevó al suelo con él. Ni siquiera traté de parecer controlada; me quedé quieta, sin la blusa, con la falda alrededor de la cintura.

Los dos respiramos con fuerza, tratando de recuperar el resuello, durante lo que pareció una eternidad.

Cuando lo miré, él estaba observándome, estudiando mi respiración. No sabía qué decir, pero él se acercó para cogerme la mano, y me la acarició con suavidad sin dejar de mirarme a los ojos.

Notó que intentaba colocarme el sujetador y subirme los tirantes. Los puso en su lugar con una sonrisa.

—Date la vuelta.

Me giré lentamente y noté que me lo abrochaba. Luego trazó un camino de besos por mi espalda.

Al dejar de sentir sus labios contra mi piel, me di la vuelta para encontrármelo mirándome otra vez de la misma manera intensa que antes de que comenzara esa lujuriosa sesión de sexo.

Cogió el móvil sin apartar la vista y tocó la pantalla.

—¿Hola? ¿Angela? Sí. ¿Podrías decir a la junta que lamento llegar tarde a la reunión? Correcto. ¿Podrías decirles que estoy de camino? Muchas gracias.

Se acercó para pasar la punta de los dedos por el collar de plata que llevaba, luego tiró con suavidad de la bandera roja que colgaba de la cadena.

—Te queda muy bien la plata. —Se levantó y fue hacia la puerta.

—Mmm... Gracias. Supongo que nos vemos en la... —Me detuve a media frase cuando me di cuenta de que no estaba abriendo la puerta; la estaba cerrando—. ¿No te vas?

—No —sonrió—. Pero he pensado que es mejor que la puerta esté cerrada para la segunda ronda.

8

CLAIRE

—Bueno, alguien parece más relajada esta noche —se rio Helen—. Me pregunto por qué...

—Cállate, Helen. —Puse los ojos en blanco—. ¿Cuánto durará esto?

—No mucho. Le dije que nos reuniéramos aquí a las ocho y media, así que solo faltan cinco minutos para que llegue.

Bebí un sorbo de vino tratando de concentrarme en ello. Había quedado con Helen y con un agente de viajes para concretar los detalles finales del viaje con el que íbamos a sorprender a Sandra por su cumpleaños.

Me había dado cuenta desde el principio de nuestra amistad de que se tomaban sus cumpleaños muy en serio. Para ellas no era suficiente una cena sencilla o una pequeña escapada de fin de semana. Tenían que celebrarlos durante al menos una semana, y permanecer en el país no era una opción.

—Buenas noches, señoras. —Un tipo calvo de traje negro se acercó a nuestra mesa—. Soy Henry Thompson, de Signatura Travel. Creo que desean revisar el itinerario una última vez antes de cerrar las vacaciones de verano.

—Sí —respondimos al unísono.

—De acuerdo, empecemos, pues. —Nos tendió a ambas una carpeta—. Si nos fijamos en la página tres, es donde aparecen los conceptos básicos. Puesto que esto es una sorpresa para su amiga, haremos que el sábado la recoja una limusina y la lleve al aeropuerto. Una vez allí, se encontrará con ustedes dos...

Helen me miró al tiempo que arqueaba una ceja, y luego le hizo una seña al señor Thompson.

—Creía que le habíamos dejado claro que no pensábamos ir en avión. Queremos un crucero. Nuestro viaje es un crucero.

—Ah... No era consciente de que se suponía que todo el viaje debía ser por mar, pero sin duda podemos organizarlo. Les advierto de que serán unos dos mil dólares más cada una. —Se aclaró la garganta—. Si prescinden del traslado en avión, van a tener que contratar un crucero privado en el puerto de Florida.

Casi me ahogo. ¿Acababa de decir dos mil dólares más...?

—No es problema —intervino Helen—. Corre de mi cuenta. ¿Existe la posibilidad de que cambie todo lo necesario para que contratemos el viaje esta

noche?

—Claro. Enfrente hay un cibercafé. Lo arreglo en diez minutos.

Helen asintió, y el hombre se alejó.

—Helen, ¿te das cuenta de que son dos mil dólares además de los tres mil originales? ¿Cada una? Es mucho dinero, ¿no crees? Yo no puedo pagar...

—Tranquila, Claire. Ya he dicho que pensaba pagarlo yo todo; todas nos merecemos este viaje, especialmente tú. Oh, ¿y adivinas qué es lo mejor?

—¿Tiene que ver con los hombres?

—Qué bien me conoces... La semana que vamos es la misma en la que los bailarines de Chippendale tienen su viaje anual. ¡Menuda coincidencia! Deberías hacerme una reverencia.

—Estás en todo, Helen.

Noté que me vibraba el móvil. Al mirarlo, vi que era un mensaje de texto de Jonathan.

«Mañana, a las cinco, en la sala de fotografía. Y ponte algo parecido a lo que llevas ahora».

Me puse pálida.

«¿Está aquí?».

—¿Claire? —Helen me abanicó—. ¿Te pasa algo?

—Creo que Jonathan está aquí... No quiero darme la vuelta. ¿Puedes mirar tú por los alrededores a ver si lo ves?

Escudriñó las cercanías.

—Mmm... No, no lo veo. ¿Te ha puesto algo al respecto?

Asentí con la cabeza.

—Cómo me gusta... —Sonrió—. Te diré que Sandra y yo tenemos una apuesta sobre cuánto durará el asunto.

—¿Debo atreverme a preguntar cuál es ese límite de tiempo?

—Yo me he decantado por un año.

—¿Un año? Por favor. Es una broma, ¿no?

—En absoluto. —Sacó el móvil—. El otro día estuve investigándolo un poco, por ti, por supuesto. No logré encontrar nada sobre él antes de que se graduara en Harvard..., pero parece ser un buen partido para ti, al menos temporalmente. Su patrimonio neto es de nueve mil quinientos millones de dólares. Solo se le conocen dos o tres novias, y con la última lo dejó el año pasado. Y...

—No tengo detenciones ni incidentes públicos de los que pueda sentirme avergonzado en mi expediente. —Su voz sonó justo detrás de mí, provocando que se me erizaran los pelos de la nuca.

—Me has quitado las palabras de la boca... —Helen sonrió.

—Me alegro de verte de nuevo, Helen.

Me pasó los dedos por los hombros desnudos.

—Lo mismo digo, Jonathan. ¿Quieres sentarte con nosotras?

Se alejó de mí con una sonrisa.

—No, gracias. Debo regresar a una reunión. Nos vemos mañana, Claire. —Y me miró de arriba abajo antes de alejarse.

—No me lo puedo creer, Helen. —Negué con la cabeza—. Lo has visto, ¿verdad?

—Sí, pero me guiñó un ojo para que no dijera nada. —Se rio—. Sin duda voy a ganar la apuesta. ¡Vamos a contárselo a Sandra!

—Así que, chicos, hemos reducido los eslóganes del sPhone Azul a los de dos equipos. Esta semana nos reuniremos para elaborar los planes de marketing de las nuevas *tablets* y de los próximos sistemas operativos. También debemos planear los lanzamientos comerciales.

No conseguía concentrarme en nada de lo que decía el señor Barnes. Estaba en un estado de euforia permanente y, por mucho que tratara de centrarme en el trabajo y en el mundo real, no era capaz.

Durante todos los días a lo largo de las dos últimas semanas, había mantenido relaciones sexuales con Jonathan después del trabajo. Al principio nos reuníamos en la sala de fotografía, pero después de que los fotógrafos comenzaran a organizar reuniones tardías, empezamos a utilizar cualquier espacio vacío que encontráramos disponible: escaleras, almacenes, salones para los empleados...

No intercambiábamos profundas conversaciones ni nos confesábamos cosas profundas sobre nuestras vidas; era solo sexo. Sexo puro, salvaje y muy satisfactorio.

Me daba la impresión de que Jonathan conocía mi cuerpo mejor que yo; jamás había disfrutado de orgasmos múltiples en mi vida, nunca hasta ahora.

Jamás había imaginado que era posible follar tanto, ni que pudiera ser tan increíble. Es decir, el sexo con Ryan había sido bueno, pero no me excitaba solo de pensar en ello, ni me dejaba para el arrastre y flotando como en una nube

durante horas después.

Jonathan era un dios en la cama. Bueno, en realidad no habíamos follado todavía en una cama, pero eso no hacía que no fuera asombroso.

Solo era necesario que me mirara, que me rozara la piel después de una reunión y yo ya estaba mojada y preparada para él.

—¿Señorita Gracen? ¿Claire? —El señor Barnes me miraba divertido.

—¿Sí? —Abandoné mis pensamientos de mala gana.

—¿Quiere hacer las presentaciones de los chicos?

—Claro, señor Barnes. —Me levanté y miré a mi alrededor—. A ambos equipos se les encargó la tarea de idear un anuncio animado para el sPhone Azul. Así que tenemos dos *spots* que presentarles ahora. Cada equipo dispondrá de diez minutos. Al final de las presentaciones, cada uno de ustedes deberá enviarme un correo electrónico, con copia al señor Barnes, sobre cuál de las dos campañas cree que encajará mejor con el espíritu de la empresa.

Me senté, tratando de no poner los ojos en blanco.

Jonathan entró mientras el primer grupo estaba preparando su presentación.

—Hola a todos —saludó sonriente—. No os importa que me quede a las presentaciones, ¿verdad?

Llegaron varios «En absoluto», «Por supuesto» y «Claro» desde distintos puntos de la sala.

Él rodeó la mesa y, una vez más, se sentó directamente delante de mí.

El señor Barnes sonrió.

—Señorita Turner, ¿podría darle al señor Statham una copia sobre los puntos que tener en cuenta, por favor?

Ella se acercó, con las mejillas rojas y brillantes, y le entregó a Jonathan una carpeta. Él se lo agradeció con un gesto de la cabeza y una sonrisa, lo que provocó que la joven se pusiera de color carmesí.

Cuando las luces se apagaron, mis ojos se encontraron con los de Jonathan por encima de la mesa. Me estaba mirando de esa forma que decía «Te deseo en este mismo momento», pero yo no podía ocuparme de eso ahora, en mitad del día, delante de mis compañeros.

Giré la silla noventa grados y solté el aire, dispuesta a ver los primeros minutos de una presentación que, para mi sorpresa, estaba bastante bien.

Me vibró el teléfono, y lo saqué del bolsillo. Era un mensaje de texto de Jonathan.

Jonathan: «Vuelve a girarte. Ya».

Yo: «Solo si dejas de mirarme. No quiero que los demás se den cuenta de lo que hay entre nosotros, y no puedo concentrarme si me miras así...».

Jonathan: «Me da igual lo que piensen. Date la vuelta».

Yo: «Presta atención a la presentación. Es posible que aprendas algo».

Aplaudí al final de la primera presentación y me dispuse a tomar notas de la segunda.

Jonathan: «Como no te des la vuelta en los próximos sesenta segundos, te juro que rodearé la mesa y te follaré delante de todo el mundo».

Se me aceleró el corazón. Supuse que era una amenaza vacía, que no iba a arriesgar su reputación por algo tan imprudente y trivial.

Seguí concentrada en la presentación, anotando las ideas que me surgían.

Jonathan: «Claire, treinta segundos...».

Ahogué un jadeo.

Yo: «No te atreverás...».

Jonathan: «Ponme a prueba».

—¡Enhorabuena a ambos equipos por su excelente trabajo! —dijo Barnes—. Por favor, acordaos de enviar ese correo electrónico con copia a la señorita Gracen sobre vuestras impresiones. Ahora ha llegado el momento de la sesión zen semanal, así que os invito a seguirme a la sala de relajación.

Cerré el cuaderno con un suspiro de alivio y seguí a mi gente por el pasillo hasta una estancia llena de sacos de semillas realizados en telas de colores marinos.

Como de costumbre, uno de los directores apagó las luces y el señor Barnes encendió tres enormes velas en la parte delantera de la sala.

Se suponía que debíamos «encontrar» nuestro camino hasta la bolsa de semillas que nos «hablaría», y que nos sentaríamos encima durante aquella hora de

meditación en la oscuridad. Por supuesto, casi siempre la gente se dejaba llevar por la música y se quedaba dormida, especialmente yo.

Fui hacia mi rincón preferido, en la parte de atrás, y me dispuse a sentarme, pero noté que Jonathan me rodeaba la cintura con los brazos.

Antes de que pudiera decirle que se detuviera, se inclinó y me besó hasta dejarme sin aliento.

—Tienes suerte de que aquí esté tan oscuro —susurró—. La próxima vez lo haré en la sala de reuniones, para que lo vean todos.

—Es que...

Me besó de nuevo y me acercó a su cuerpo.

—Shhh... No digas nada...

—Para aquellos que no han traído su música de relajación... —llegó la voz del señor Barnes desde el frente de la sala—, por favor, que se pongan los auriculares. En breves sonidos comenzará a sonar una música con ecos marinos.

—Creo que deberías estar lo más callada posible. —Jonathan me pegó a la esquina y me deslizó las manos por debajo de la falda.

«No puede decirlo en serio...».

—Jonathan, para. Esto es una locura —siseé—. ¿Sabes cuántas personas hay aquí? No quiero que...

—Tú te lo has buscado. —Me besó y me sentó con él en una bolsa de semillas.

Arranqué la boca de la suya mientras trataba de levantarme, usando las manos para apoyarme en el suelo, pero él me rodeó la cintura con un brazo y me acercó hacia él.

—Empieza la música —dijo Barnes—. Recordad que no debéis hablar ni usar el móvil, por favor. Oh..., y respirad profundamente antes de...

No escuché el resto de la frase... No podía concentrarme.

Jonathan me estaba besando de forma implacable, sin darme oportunidad de zafarme. Cuando me dejó sin aliento, me subió el vestido por encima de los muslos y me puso encima de su regazo.

Oí que se desabrochaba los pantalones y que abría un preservativo, así que volví a intentar levantarme, pero seguía rodeándome con un brazo.

—Jonathan... —susurré—. Piénsalo bien. ¿No ves que...?

—Ya lo he hecho —musitó al tiempo que deslizaba dos dedos en mi interior—. Llevo pensando en ello todo el día. —Los movió dentro y fuera unas cuantas veces; luego acercó la boca a mi oreja—. Y, por lo que veo, tú también has pensado en lo mismo.

Contuve un gemido mientras me daba un beso en el cuello, mientras me subía y, muy despacio, me sentaba sobre su polla.

—Ahhhh...

—Shhh... —Me cogió el labio inferior entre los dientes y me agarró las manos para ponerlas en la pared, a su espalda—. Como no te quedes callada, nos van a oír.

—Vale, una última cosa... —seguía hablando el señor Barnes—; recordad: como pille a alguien con el móvil o suene alguno, tendré que encender las luces y hacer la sesión con luz, sin el poder de las velas. Así que no seáis egoístas: la sabiduría zen nos beneficia a todos...

Apreté las manos contra la pared, y jadeé cuando Jonathan me bajó la parte superior del vestido y se apoderó de uno de mis pezones.

—Claire... —Me pasó las manos por la espalda para acercarme hacia sí—. Muévete... —me dijo al oído.

Respiré hondo y me balanceé contra él, tratando de no gemir mientras me lamía los pezones.

Jugaba con ellos, imitando el mismo ritmo que yo imprimía a las caderas.

Traté de ir lo más lento que pude, sabiendo que si aceleraba la cadencia terminaría gritando y todos me verían follando con el jefe. Suspiraba cada vez que me hundía su polla en mi interior, pero mis movimientos no debían de satisfacer plenamente a Jonathan, porque, de repente, me agarró el culo y me movió de arriba abajo a un ritmo mucho más rápido.

—Ah... Dios... Para... —susurré.

—No. —Me cogió el labio inferior entre los dientes y me lo mordió con fuerza al tiempo que se hundía en mí sin ninguna delicadeza.

Solté otro gemido y, acto seguido, oí un fuerte sonido en el frente de la sala, el sonido que implicaba que alguien estaba hablando; si volvía a producirse, encenderían las luces.

—Entonces ¿estás viendo a otros hombres? —susurró Jonathan contra mi boca—. No es que me oponga a eso... —Apretó los labios contra los míos y me besó para evitar que se me escapara otro sonido. Empezó a arquearse hacia arriba, todavía sosteniéndome y controlando mi ritmo con las manos.

No podía soportarlo más; el orgasmo crecía en mi interior, estaba preparada para gritar, así que interrumpí el beso.

—Estoy... Estoy a punto de... —murmuré—. Estoy...

Se echó hacia delante y me mordió los labios. Con fuerza.

Me temblaron las piernas, unas fuertes vibraciones atravesaron mi cuerpo por completo. Cuando me recorrió aquel placer intenso, intenté alejarme de él para respirar, para gritar, pero no me soltó la boca hasta que me calmé después de tensarme, presa del placer.

Cuando estuvo seguro de que había terminado, se apartó de mis labios y se recostó contra la pared.

Me desplomé contra su pecho, jadeando, demasiado enfadada para pensar con lógica.

—Déjame ayudarte —le oí decir mientras me retiraba con suavidad—. Eres un poco exhibicionista... —Me limpió entre los muslos con lo que asumí que era su pañuelo, mientras me besaba en la frente.

Luego me bajó el vestido por los muslos y me pasó los dedos por el pelo.

Lo oí subirse la cremallera y abrocharse el cinturón. Apenas podía ver su rostro en la oscuridad, pero notaba que me miraba con intensidad, como siempre que terminábamos.

Traté de canalizar la ira y la confusión que sentía en otra cosa, lo que fuera, pero los sonidos del océano y la música que flotaba en la sala era demasiado fuerte. Incluso había algunas personas roncando.

—Sígueme. —Me cogió de la mano y me ayudó a levantarme—. Empujó un panel en la pared que había a nuestra espalda, y me llevó a una sala oscura donde había una mesa de reuniones de madera.

Volvió a poner el panel en su lugar y lo bloqueó con llave.

—Vamos a almorzar juntos.

«¿Qué?».

Debió de notar mi expresión, porque sonrió.

—Solo serán treinta minutos. Para entonces, terminará la sesión zen.

Me había quedado sin palabras. No podía creerme su sangre fría. Me acababa de follar, literalmente, en una sala donde estaban todos mis compañeros, y luego tenía la audacia de sugerir que almorzáramos.

—Voy a pedir la comida. —Se inclinó para abrir las persianas—. ¿Qué quieres tomar?

No respondí.

—¿Claire? Ya sabes que no me gusta que no me respondan a las preguntas...

—Una ensalada de pollo, y nada de sexo, por favor.

Se rio mientras sacaba el móvil.

—¿En todas las salas de Statham Industries hay un pasaje secreto escondido?

—pregunté.

—No, no en todas, solo en las de reuniones. Es una medida de seguridad contra incendios, aunque está claro que son útiles para otras cosas.

Puse los ojos en blanco mientras me sentaba ante la mesa.

—¿Angela? ¿Puedes encargarte de que alguien me traiga dos ensaladas de pollo y dos té dulces a la *suite* ejecutiva del veinticuatro? Eres la mejor. Gracias. —Se sentó frente a mí—. La puerta de la izquierda da al pasillo.

—Interesante...

—¿Estás cabreada?

—No lo sé. No sé muy bien cómo debo estar después de que me hayan follado delante de todos mis compañeros.

—¿Relajada, quizá?

—Me vienen a la mente muchas palabras, pero esa, sin duda, no es una de ellas.

—Bueno, la próxima vez date la vuelta cuando te lo pido. Estoy seguro de que nadie ha visto nada. La mayoría de ellos estaban quedándose dormidos... ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro...

—¿Alguna vez aceptas citas o siempre rechazas a la gente cuando te invita a salir?

—No salgo con nadie.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—No quiero volver a sentirme decepcionada, ya me entiendes... —Al empezar a pensar en Ryan, cambié de tema—. ¿Tú tienes citas?

—Llevo un tiempo tratando de conseguir una... Pero la mujer con la que lo intento es la más difícil de convencer del mundo.

—Seguramente esté fuera de tu círculo. ¿Por qué no sales con una *top model*?

—No me interesa. Ya lo he hecho.

«Oh..., vaya...».

—Vale, ¿y una actriz?

Llamaron a la puerta.

—También he salido con alguna... Sinceramente, ninguna de esas mujeres poseía demasiada sustancia, pero no puedo culparlas. Se mimetizan con esa industria. —Abrió la puerta y cogió el almuerzo. Me miró mientras traía las cajas hasta la mesa—. Ya sé que vas a pensar que quiero cambiar de tema, pero llevo tiempo queriendo preguntártelo: ¿sientes fascinación por las banderas rojas y

blancas?

—¿Qué?

—Esos collares y pulseras que usas. Todos son de banderas blancas y rojas.

—Ah... No, no diría que siento fascinación, pero me gustan las banderas.

—Interesante...

Me pasó la ensalada y el té, y ambos comimos en completo silencio.

De vez en cuando lo miraba, y él sonreía. A pesar de que estaba irritada con él por lo que había ocurrido unos minutos antes, no pude evitar devolverle la sonrisa.

Me resultaba extraño estar con alguien en silencio y disfrutarlo, pero cuando estaba con Jonathan el silencio no me molestaba. Con otras personas, me sentía aburrida y torpe, pero con él resultaba natural.

—Gracias por el almuerzo. —Me levanté en cuanto terminé—. Ha sido muy amable por tu parte, pero no lo volveremos a hacer.

—¿Por qué?

—Porque lo que hay entre nosotros es puramente físico. Mi vida y la tuya no tienen nada que ver. Punto.

—Vale, Claire —convino sonriente.

Y me refería también a eso, así que puse mi expresión más seria.

—Lo nuestro es solo sexo.

—Si no lo dudo, pero como sigas ahí de pie, mirándome así, no podrás regresar a la planta baja.

Puse los ojos en blanco y salí de la sala.

El lunes fue a la vez el mejor y el peor día de la semana: mejor porque eso significaba que después de un fin de semana sin sexo por fin iba a disfrutar de nuevo, y peor porque el señor Barnes insistió en programar la mayor parte de las reuniones y las presentaciones ese día.

Sin embargo, ese lunes en particular fue todavía peor de lo habitual, porque durante el fin de semana no había podido relajarme ni un segundo.

Me había pasado el sábado en el Golden Gate, rodando tres versiones diferentes para el anuncio del sPhone Azul, y una vez que conseguimos el ángulo perfecto, el director se dio cuenta de que había estado filmando con la cámara equivocada, por lo que nos vimos obligados a hacerlo de nuevo desde el principio.

El domingo, el equipo y yo nos pasamos dieciocho horas visionando los fotogramas en el estudio, tratando de proponer estrategias de promoción para el nuevo producto de Statham Industries: la sTablet.

Cuando entré el lunes a trabajar, era una zombi andante. Asistí a interminables reuniones: contratos internos, renovaciones publicitarias, investigaciones previas...etc. No me molesté en tomarme una pausa para el almuerzo porque dos clientes me habían pedido una cita para hablar sobre los lanzamientos.

Cuando terminé la última reunión, estaba exhausta. Me tomé algunas tazas de café para despejarme, pero no surtieron efecto alguno.

Hasta las cinco de la tarde no vi el mensaje que me había enviado Jonathan horas antes:

Jonathan: «Mi secretaria se ha ido a casa temprano, así que podemos usar mi despacho... Puedes venir cuando quieras».

Lo recogí todo y me refresqué en el cuarto de baño, con la esperanza de que unas horas con él fueran lo que necesitaba para recuperar un poco de energía.

Subí al piso superior en el ascensor y llamé a su puerta.

—Buenas tardes, Claire. —Me abrió y me permitió entrar.

Miré a mi alrededor, tratando de no parecer impresionada por su despacho. El tamaño era diez veces el del mío y había puertas que comunicaban con otras estancias.

En la pared de la derecha, vi una biblioteca de suelo a techo llena de libros. A la izquierda, una pantalla de proyección cubría casi toda la pared, y delante había asientos para diez personas. El enorme escritorio de metal estaba situado delante de los ventanales, y había un sofá blanco de diseño en una esquina.

Me puso las manos en los hombros y me miró con las cejas arqueadas.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

—¿Estás segura?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Mmm... Por nada.

Me llevó hasta el sofá y se sentó a mi lado. Me encerró la cara entre las manos antes de besarme.

Pensé que iba a quitarme la ropa o a acostarme contra el sofá, pero me puso en su regazo y comenzó a darme un masaje en los hombros.

—¿Qué tal el día? —preguntó.

—Ha sido..., mmm..., bueno... —murmuré.

—¿Y qué tal han ido los *spots* del fin de semana?

—Ahhh... Bien. Muy bien. —Cerré los ojos, concentrándome en el suave ritmo de sus manos. Luego todo se volvió negro.

Sentí sus dedos en el pelo, y luego me acarició la cara. Cuando abrí los ojos me di cuenta de que me estaba tumbada sobre el regazo de Jonathan.

«¿Me he quedado dormida?!».

—¿El sexo conmigo es tan aburrido? —Me miró sonriente—. Puedes decírmelo, ya sabes. Podremos trabajar sobre ello.

—Lo siento. Estoy agotada y...

—No es necesario que te disculpes. He sabido que estabas agotada en cuanto has entrado... Vuelve a dormir.

Rodé de lado, y se puso a darme un masaje en la espalda.

—¿Un día largo?

—Más bien un fin de semana largo... Creo que he dormido siete horas durante los últimos tres días. Los rodajes es la peor parte de ser directora de marketing, porque es cuando más esperan de ti. Estuvimos en el Golden Gate todo el sábado, y aquí ayer... Estoy segura de que tampoco ha ayudado que hayamos pedido comida a domicilio cada tres horas.

—Deberías haberme llamado. Habría dispuesto un equipo de *catering* para vosotros.

—No, ¿cómo ibas a hacer eso? —Suspiré mientras apretaba las palmas contra mi espalda.

«Qué bueno es eso...».

—Lo habría hecho, en especial si hubiera sabido que estabas aquí.

—Me alegra saberlo, pero llamarte y hablar por teléfono contigo va más allá de una relación estrictamente sexual, ¿recuerdas?

—No creo que pase nada malo si hablamos por teléfono, Claire. De hecho, mañana por la noche te pienso llamar, y vas a responder.

—Me lo pensaré.

Oí que se reía antes de sentir que me bajaba las manos por la espalda.

—Creo que deberías llamar mañana diciendo que estás enferma y así descansas un poco —sugirió.

—¿Para que puedas presentarte en mi casa sin ser invitado?

—No. —Me besó el hombro—. Porque debes recuperar el sueño atrasado. A la compañía no le resultas productiva si estás agotada.

—Oh... Bueno, lo pensaré.

—Vale.

9

JONATHAN

—¿Señor Statham? —me llamó mi secretaria.

—¿Sí?

—Ha llegado su madre para almorzar con usted, señor.

—Hazla pasar, por favor.

Unos segundos después, entró mi madre, con un vestido de color gris pálido. Estaba perfectamente maquillada, y parecía que se había estado cuidando... durante un mes completo. Sus ojos azules seguían estando claros, y rezumaban optimismo, como el día de la celebración de la rehabilitación, pero yo no albergaba grandes esperanzas. Había recorrido ese camino demasiadas veces como para que creyera que cambiaría.

Se sentó ante el escritorio, y clavé los ojos en la cajita que sobresalía del bolsillo de su chaqueta.

—Creía que habías dejado de fumar. —Suspiré.

—Sí, pero metanfetamina, no tabaco. Son casi inofensivos.

Negué con la cabeza y cogí los cigarrillos.

—Sustituir un mal hábito por otro no es una buena idea. ¿Quieres unos parches de nicotina?

—¿Para qué, Jonathan?

—Así no te matarías lentamente y llegarías a cumplir los sesenta.

—Oh, ¿ahora eres experto en salud? Supongo que ser multimillonario te lleva a creer que lo sabes todo, ¿no?

—Todo el mundo tiene claro que fumar es malo. Lo pone incluso en la maldita caja.

«Jamás debería haber accedido a esto...».

—Pero ¿es todavía peor para alguien que se ha drogado? Imagino que te avergüenza que esté aquí, ¿verdad? Me figuro que no quieres que tus amiguitas ricas descubran que tu madre drogadicta está otra vez rehabilitada...

—Vale, para. Déjalo ya. —Negué con la cabeza—. Me he mostrado de acuerdo en reunirme contigo una vez a la semana porque creo que es beneficioso para ti. No para mí. Así que si tu intención es llegar aquí para que me sienta culpable por disfrutar de mi éxito, pierdes el tiempo... Quizá deberíamos posponerlo

para la semana que viene.

—¿Qué? —Parecía herida—. ¿Quieres que me vaya?

—Sí. Ahora mismo.

—Lo lamento... No quería que te enfadaras. Es solo que a veces me siento fuera de mí porque no me he marcado un objetivo real y... Lo lamento mucho, Jonathan.

—Vale. Lo volveremos a intentar la próxima semana. —Me acerqué y la abracé—. Debemos intentarlo bien si queremos seguir adelante. No quiero frustrarme contigo ni que tú te frustres conmigo. La próxima vez, olvida el tabaco en el coche.

Sonrió a medias.

—Vale... Nos vemos la próxima semana.

La acompañé fuera del despacho y llamé el ascensor. En cuanto se fue, me senté detrás del escritorio y hundí la cabeza entre las manos.

Mi madre era la única persona del mundo que lograba meterse bajo mi piel en cuestión de segundos. No importaba lo mucho que yo intentara ser amable, o útil: ella siempre acababa diciendo algo negativo, como si hubiera sido yo quien le había arruinado la vida.

Y eso era algo que había hecho ella solita; sentía mucha irritación e impotencia al ver que seguía sin darse cuenta.

A menudo me preguntaba por qué no había sido una madre normal en lugar de una a la que le importaban una mierda sus hijos. Una que nos ayudara a estudiar y que nos diera de cenar de vez en cuando. Pero no, mis padres se habían pasado la mayor parte del tiempo dejándonos con hambre, lo que me había obligado a rebuscar en los contenedores de la basura por las noches, en busca de las sobras de los vecinos.

Había desperdiciado años de mi vida preocupándome por mis padres, y me negaba a seguir así. En mi cabeza había otras cosas, como Claire Gracen.

Era la mujer más complicada que hubiera conocido, y, por lo general, cuando me sentía frustrado por una, pasaba a la siguiente. Sin embargo, por alguna razón, ella era distinta.

Por un lado, hacía gala de un aire de confianza que conseguía que desaparecieran todos los demás de la habitación, lo que provocaba que me resultara imposible concentrarme en cualquier otra cosa que estuviera ocurriendo. Además, me parecía más guapa cada vez que la veía, algo que no pensaba que fuera posible. Y el sexo era increíble; de hecho, no creía que llegara a

saciar me nunca.

Sin embargo, esas ocasiones eran las únicas en las que se mostraba abierta conmigo. En cualquier otra conversación, su actitud era reservada, como si estuviera midiendo todas sus palabras. Cada vez que estaba a punto de decir algo remotamente personal, se callaba y se cerraba en banda. Por supuesto, yo tampoco había sido abierto con ella, pero siempre había pensado que eran las mujeres las que estaban ansiosas por compartir partes de sí mismas.

Abrí el último cajón del escritorio y saqué el archivo básico que le había pedido a Corey sobre Claire: divorciada desde hacía cuatro años, había estado casada catorce. Dos hijas, Ashley y Caroline Gracen. Una hipoteca de cien mil dólares. No demostraba simpatía ni por conservadores ni por liberales. Una multa por aparcamiento indebido, el sábado pasado.

Por regla general, le pedía que verificara por completo los antecedentes, que metiera el nombre en cada base de datos en la que pudiera entrar, pero había decidido no pasar por ello. Por primera vez, quería ver si podía averiguarlo todo sobre una mujer por mi cuenta, para variar.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! Me voy... a correr... Me voy a... —Claire se balanceó contra mí unas cuantas veces más y luego se derrumbó entre mis brazos, con la respiración entrecortada.

Nuestros pechos estaban igual de agitados, y permanecimos entrelazados en el suelo del despacho durante varios minutos.

«Sin duda es la mejor ...».

Se apartó de mí y se tumbó de espaldas, alejándose de mí, y me senté despacio.

Le bajé la falda por las caderas y le abroché el sujetador antes de ponerle la camisa y cerrarle los botones.

Cuando llegué al último, pasé los dedos por el collar de plata. Estaba empezando a contarlos; disponía al menos de diez distintos, y todos con las mismas banderas blancas y rojas.

—¿Estás segura de que no quieres comer conmigo? No creo que se considere almuerzo si todos se han ido ya para casa.

Sonrió.

—De verdad, no quiero. Gracias por la invitación.

—Vale. Voy a pagar la comida china y luego te acompañaré al garaje.

En cuanto salí del despacho, vi al señor Barnes y a otros diez empleados

tumbados boca arriba.

—¿Qué...?

—¡Oh, señor Statham! —Barnes se levantó y me estrechó la mano—. No sabía que hoy se quedaría hasta tan tarde.

—¿Qué están haciendo aquí?

—Seguimos el consejo del capítulo siete del libro de zen, donde dice que a veces es bueno obtener energía de aquellos que ya han conseguido el éxito. Así que estamos llevando a cabo los ejercicios justo delante de su despacho, para que nos toque algo de su aura.

«Jamás volveré a contratar a otro gurú motivacional...».

—Suenan interesantes. ¿Me necesitan?

—No. A menos que quiera unirse a nosotros. Podría funcionar incluso mejor si la fuente de inspiración está en el círculo.

—Quizá la próxima vez... —Traté de no sonreír—. Debo terminar un trabajo.

—Es comprensible. —Se recostó en el suelo y cerró los ojos.

Salí al pasillo, donde pagué la comida china, y luego traté de no pisar a ninguno de aquellos chiflados cuando regresé al despacho.

—Vale, estoy preparado. —Claire pasó por delante de mí, y la detuve agarrándola por la cintura.

—No puedes irte ahora.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque algunos compañeros tuyos de trabajo están dedicados a los rituales zen. Tratan de absorber mi aura o algo así. ¿O quieres salir y unirse a ellos?

—¿Estás de coña? —Se acercó a la puerta y miró entre las persianas—. Qué idiotas son... Espera, ¿eso significa que pueden habernos oído? —Palideció.

—Lo dudo. Mi despacho está insonorizado. Supongo que no te queda otra opción que comer hoy conmigo. He pedido para dos.

—Claro... —Me quitó una de las bolsas marrones.

Como de costumbre, permanecemos en silencio, una quietud reconfortante. Aunque era agradable, ese día sentía que debíamos romper esa rutina. Necesitábamos hablar.

Me aclaré la garganta.

—¿Por qué no te tomas en serio lo de la filosofía zen?

—Yo solo leo libros con sustancia.

—Yo me vi obligado a dejarlo después de cinco páginas —me reí—. No entiendo nada de lo que habla ese tipo.

—Entonces, ¿por qué has pagado dos millones de dólares por eso?

—Política empresarial. Además, supone una buena deducción de impuestos.

—Oh. Y yo pensando que realmente te preocupaba mantener alto el ánimo de tus empleados. ¡Qué inspirador!

—Cuidado, Claire. El sarcasmo tiende a excitarme. —Vi que su cara estaba muy roja y brillante—. ¿Últimamente estás leyendo algún libro con sustancia?

—*A sangre fría*, de Truman Capote. Mis hijas lo están leyendo en clase de literatura, así que he decidido leerlo con ellas.

Sentí una punzada en el pecho.

—¿Un club de lectura familiar? ¿Os reunís para comentarlo y cosas así?

—Sí. —Cortó el rollito de primavera—. Tenemos reuniones familiares todos los martes, y trato de llevarlas de viaje conmigo todos los veranos.

—¿Por qué?

—Es algo que mi madre me inculcó cuando era una niña, y quiero que ellas también lo experimenten. Es decir, no son viajes extravagantes ni nada así. Por lo general son en coche, pero muy divertidos. ¿Tu familia no iba de viaje?

«Mi familia no hacía nada...».

Negué con la cabeza.

—No, en realidad no. ¿A dónde piensas ir este verano?

—Quería contratar un crucero en junio, pero seguramente será en agosto.

—¿Por tu trabajo?

—No, porque no soy rica y en realidad me veo obligada a ahorrar para poder conseguir lo que quiero. —Sonrió—. Además, estoy tratando de juntar en un solo préstamo la hipoteca, el préstamo de mis estudios y... Lo siento. Ya sé que no te importan estas cosas. No debería...

—¿Cuánto te falta por pagar?

—No puedo... Me da vergüenza decirlo en voz alta.

—Tonterías. Dímelo.

Suspiró.

—Debo cincuenta y cuatro mil dólares por el préstamo para la universidad y cien mil de hipoteca... Creo que fui muy optimista cuando pensé que podría pagarla. Seguramente cuando lo amortice haya cumplido ya sesenta.

—¿Seguirás trabajando aquí hasta entonces?

—Ni hablar. ¡Por favor! —Se echó a reír antes de acercarse a la puerta.

Me acerqué a ella y vi que en ese momento, el equipo meditaba sobre esterillas amarillas. El señor Barnes parecía leer una lista de ejercicios.

—¿Cuánto tiempo más crees que pasará antes de que terminen? —suspiró.

—Seguramente una hora más. —Me acerqué al escritorio y cogí la chaqueta—.
Vamos, te llevaré al garaje.

—¿Qué? ¿Estás loco? ¿Quieres salir ahí y que nos vean? ¿No crees que les parecerá sospechoso que estemos juntos después del trabajo?

Me reí.

—Claro que no. Dispongo de ascensor privado.

—¿En serio?! ¿Y por qué no me lo has dicho antes?

10

CLAIRE

Jonathan: «Claire, ¿hoy hay reunión de directores de departamento?».

Claire: «No creo».

Jonathan: «¿Estás segura?».

Claire: «Sí, segurísima. Hoy solo voy a trabajar con el equipo».

Claro que había reunión de departamentos, pero no quería decírselo a él. La última vez que habíamos estado juntos en su despacho, me había mencionado que quería mantener relaciones sexuales en la sala de juntas al término de una reunión.

Pensaba que era algo demasiado arriesgado y audaz. Todavía me costaba asimilar el incidente de la sala de relajación, y no quería arriesgarme a que me pillaran mis compañeros en plena faena.

—Claire, ¿podrías ayudarme a preparar la reunión de hoy? —preguntó Barnes al tiempo que me entregaba una caja de carteles—. Hoy vamos a limitarnos a las cosas más sencillas.

No sabía si era porque había pasado más tiempo con él y lo conocía un poco mejor, o si el sexo constante con Jonathan me había vuelto más tolerante con la gente, pero Barnes me resultaba menos irritante. Todavía me parecía que era demasiado entusiasta y que necesitaba darse cuenta de que existía la diversidad, pero por primera vez en los años que llevaba en Statham Industries, comenzaba a apreciarlo.

Llevé los carteles a la sala de juntas y vi que Jonathan estaba sentado ante la mesa, solo.

—Buenas tardes, Claire. Espero no haber llegado demasiado pronto a la reunión de directores de departamento de hoy.

—En absoluto —repuso Barnes, que me seguía los pasos—. Ha llegado a tiempo. Empezaremos dentro de diez minutos.

«¡Mierda!».

Jonathan sonrió y se recostó en la silla.

—Señor Barnes, solo por curiosidad: ¿esta reunión estaba convocada ya o ha sido algo sobre la marcha?

—Oh, no, estaba planeada desde hace unos tres meses. Siempre nos reunimos los jueves cuando recibimos un memorando sobre un producto nuevo.

—Gracias por la información. —Jonathan me lanzó una de sus sonrisas más lujuriosas—. Lo tendré en cuenta a partir de ahora.

Me alejé y me puse a montar los carteles para la lluvia de ideas. Notaba que él me observaba, lo que provocaba que mi cuerpo reaccionara incluso contra mi voluntad. Cuando empezaron a llegar otras personas, me senté al final de la mesa, lo más alejada de él posible.

Me pasé todo el tiempo revisando el móvil, pensando que me iba a enviar algún mensaje de texto en el transcurso de la reunión, pero el aparato no vibró en ningún momento. De hecho, ni siquiera me miró.

Cuando terminó la reunión, Jonathan se puso a hablar con el señor Barnes, así que aproveché para fugarme. Me despedí de algunos compañeros, recogí los carteles y salí pitando.

No quería utilizar el ascensor —Jonathan podía atraparme allí dentro—, así que bajé los diez pisos que me separaban de mi despacho.

Cuando abrí la puerta, jadeante, encendí la luz y me volví... Estaba sentado detrás del escritorio, sonriéndome.

«No estoy obligada que darle ninguna explicación».

Dejé los carteles en el archivo y empecé a organizar los papeles como si él no estuviera en el despacho. Cuando estaba poniendo los memorandos de mis compañeros por orden alfabético, sentí que me rodeaba con los brazos.

—Me has mentido. —Parecía estar pasándoselo en grande.

—¿Y qué?

Me soltó para girarme.

—¿Y qué qué?

—Eso, ¿y qué?

Me miró durante un buen rato, dejando que sus ojos vagaran por mi cuerpo. Dio varios pasos hacia mí hasta acorralarme contra la pared.

—Conseguiré que te arrepientas, pero será cuando menos te lo esperes. —Me besó en los labios—. Nos vemos esta tarde.

«No lo llames... No lo llames...».

Era medianoche. Estaba acostada en la cama, contando el número de grietas que había en el techo para intentar mantener a Jonathan fuera de mi mente.

Había hecho todo lo posible para no desearlo, pero no podía evitarlo. Llevábamos dos meses follando casi a diario, hablando por teléfono de vez en cuando y enviándonos mensajes de texto en el trabajo. Sin embargo, no era nada de eso lo que me llevaba a sentir mariposas en el estómago, sino las pequeñas cosas, más íntimas...

Como me negaba a almorzar con él, se ocupaba de que me entregaran en mi despacho la comida y me llamaba durante ese momento para que pudiéramos comer juntos... Al menos técnicamente.

Insistía en besarme antes y después de acostarse conmigo, y no eran de esos besos voraces y salvajes en plan «devórame», sino besos sensuales, con la boca abierta, como si no pudiera cansarse de mí. Me decía lo guapa que era cada vez que podía, y me pedía citas siempre, aunque yo nunca aceptaba.

No era tan tonta como para creer que nuestra relación duraría... Solo se trataba una aventura, algo temporal. Era solo cuestión de tiempo que una mujer más joven, que aceptaría de inmediato salir con él, llamara su atención.

No podía negar que yo disfrutaba de esa atención que me prestaba, que mi ego había crecido un montón, pero debía encontrar a alguien lo antes posible. Necesitaba recuperar la cordura y dejar de comportarme como si fuera una adolescente que acabara de descubrir el sexo.

«Deja de pensar en él... Deja de pensar en él...».

Me sonó el móvil; era él.

No esperé a que hubiera otro timbrazo para responder.

—¿Hola?

—Hola, Claire. Estás despierta muy tarde.

—Es necesario. Estoy llevando a cabo algo importante.

—Estás en la cama, ¿no?

«Aggg...».

—Sí...

Se rio.

—Más mentiras, ¿no? No pienses que me he olvidado de la primera vez. Todavía te toca pagar por ello.

El corazón se me detuvo un instante en el pecho.

—¿Y qué haces tú?

—Todavía estoy en el despacho. Creo que me toca pasar la noche aquí. Ha sido una semana muy intensa, y si no me quedo no podré disponer del papeleo a tiempo.

—¿Más contratos?

—En efecto. Cuando una empresa está a punto de salir a bolsa, todos quieren su parte de la tajada. Económicamente es algo positivo, pero resulta muy estresante.

—No quiero ni imaginarlo... Estoy segura de que...

—Deberías venir.

—¿Qué? Ni hablar. Esta tarde ha sido más que suficiente. Nos vemos el lunes.

—No es necesario que nos acostemos, Claire. Podemos hablar.

—¿Hablar?

—Sí. Lo que hacemos ahora, solo que en persona.

—Mmm... No, gracias. Ir ahí me llevará cuarenta minutos, así que...

—Mi chófer está aparcado delante de tu casa.

«¿Qué?».

Salté de la cama y miré a través de las persianas. En efecto, había un conductor junto a un lujoso coche negro.

—¿Qué excusa me vas a poner ahora? Y no me digas que tus hijas, porque me contaste la semana pasada que trabajaban los fines de semana.

—Es que...

—Sabes que quieres correr hacia aquí, y no es un mal juego de palabras.

«Maldito sea...».

—Lo voy a pensar un rato y te digo.

—Hasta pronto. —Se rio y colgó.

Fui al cuarto de baño y me extendí una ligera capa de maquillaje en la cara. Luego me puse unos pantalones negros y una blusa morada, y salí a la calle.

—Buenas noches, señorita Gracen —me saludó el chófer en cuanto me acerqué al coche.

«¿Su chófer sabe mi nombre?».

—Buenas noches. Gracias por el paseo...

—Lo que sea por el señor Statham —repuso mientras cerraba la puerta.

Mientras el coche recorría la ciudad, me di cuenta de lo preciosa que era la noche en San Francisco, con las luces brillando en los edificios del centro de negocios y las calles despejadas.

El coche se detuvo cuarenta minutos después.

—Señor Statham, ya hemos llegado... —oí que decía el conductor—. Sí, por supuesto.

Salió del vehículo y se acercó a mi puerta.

—Por aquí, señorita Gracen. —Me ofreció el brazo para recorrer el garaje de Statham Industries hasta el ascensor privado, donde presionó un botón que ponía «JS».

Mientras subíamos, el hombre mantuvo la vista al frente con una leve sonrisa.

Cuando se abrieron las puertas, Jonathan estaba esperándome con una camiseta ceñida y pantalones deportivos. Parecía que acababa de darse una ducha; su pelo seguía húmedo, y se apreciaban algunas huellas de humedad en la camiseta.

«¿Por qué siempre su aspecto es tan bueno?».

—Gracias, Greg. —Jonathan me cogió de la mano para llevarme a su despacho—. ¿Quieres beber algo, Claire?

—No, gracias... ¿El chófer está siempre a tu disposición?

—Hay varias personas a mi disposición las veinticuatro horas del día. —Sonrió—. Hubiera ido con él a recogerte, pero te he prometido que no íbamos a follar, así que supuse que era mejor que me quedara aquí.

—Sinceramente, ¿crees que habría follado contigo en el coche mientras el chófer conducía?

No respondió; solo me miró y sonrió.

—Ven. Estoy trabajando aquí. —Me hizo un gesto para que lo siguiera a través de tres puertas diferentes, hasta una elegante salita que parecía más propia de una mansión que de unas oficinas.

—Es una sala muy bien diseñada...

—Ese es un cumplido raro. Debo anotarlo y enmarcarlo. —Me miró fijamente—. ¿Eso es lo que usas para dormir?

—¿Qué más da? No he venido a pasar la noche. Solo estoy aquí para...

—Espera un momento. —Desapareció en una de las habitaciones laterales y regresó un poco después—. Puedes ponerte esto. —Me entregó unos pantalones de franela roja y una camiseta.

—¿Dispones de ropa para todas las mujeres que se acuestan contigo?

—Claire..., Claire..., Claire... —Suspiró—. Para empezar, es un pijama mío, y jamás lo había compartido con nadie. Para seguir, eres la primera persona a la que invito a la *suite* de las oficinas. Punto. Y para concluir, te he dicho que no íbamos a tener sexo esta noche, pero como sigas poniéndote tan sarcástica, acabaré inclinándote sobre el escritorio en cuestión de segundos.

Me mordí el labio para evitar una sonrisa.

—¿Dónde está el cuarto de baño?

—En el pasillo, primera puerta a la derecha.

Me encerré en el cuarto de baño más opulento que hubiera visto nunca. Era enorme: con un *jacuzzi* de mármol en la esquina, una ducha con mamparas de cristal en medio de la habitación y un lavabo doble con brillantes accesorios dorados, que se reflejaban en los espejos de la pared.

Cuando regresé a la sala, el sofá se había convertido en una cama y Jonathan estaba lanzando almohadas sobre ella.

—¿Sueles quedarte muchas veces aquí? —pregunté.

—Intento que no sea así. Prefiero estar en casa, aunque los días como este me veo obligado.

—Interesante... ¿Podrá llevarme a casa el chófer dentro de una hora?

Puso los ojos en blanco.

—Métete en la cama, Claire.

—No lo haré hasta que me respondas —dije en tono burlón—. ¿O es que te crees que eres el único que quiere tener respuestas?

Se acercó para cogerme en sus brazos.

—Eso mismo —repuso, arrojándome sobre la cama—. El mando a distancia está en esa mesita a la izquierda. Voy a leer el resto de este documento, y luego me uniré a ti.

No estaba segura de por qué mi corazón comenzó a bailar con las últimas palabras: «Me uniré a ti», pero no intenté detenerlo. Lo miré mientras se acercaba al escritorio para coger una carpeta; pronto se concentró en lo que ponía allí.

Hice *zapping* hasta dar con un programa sobre renovación de casas. El propósito era renovar una cocina de estilo años 50 para transformarla en otra más moderna, con una isla, barra para el desayuno y encimeras de granito.

Aunque admiraba el esfuerzo que realizaban, odiaba que estuvieran destrozando el carácter original de la casa; podrían haberse ahorrado un montón de cambios.

—¿Es el mejor programa que has podido encontrar? —Jonathan se acostó frente a mí.

—Me encantan los programas de decoración. Mi sueño sería poder dedicarme a lo mismo que esos decoradores.

—Entonces, ¿por qué trabajas aquí? ¿Por qué has renunciado a ello en vez de perseguir lo que quieres de verdad?

—¿Sabes lo que significa la palabra «deuda»?

Se me acercó.

—No siempre he sido rico... Lo que estoy preguntándote es por qué llevas tanto tiempo dedicándote al marketing si no es lo que quieres en realidad.

—Tuve que aparcar mis sueños cuando me quedé embarazada de las niñas... Ya no solo era yo. Debía pensar en lo mejor para ellas. Y...

«No lo hagas... No te abras a él... No es lo que quieres...».

—Solo era lo más práctico. —Suspiré—. ¿Tienes hijos? ¿Hermanos?

—Creo que si tuviera hijos, ya lo sabrías... —Parecía confundido—. Aunque sí tengo una hermana más pequeña.

—Oh... Una vez tuve una hermana. ¿Trabaja aquí, contigo?

—No, está estudiando un máster en Memphis. —Me acercó hacia él más para que me acurrucara contra su pecho—. ¿Estabas durmiendo cuando te llamé?

—¿A qué te refieres con que si estaba durmiendo?

—¿Estabas durmiendo o estabas pensando en algo...?

—Sí, estaba pensando en dormir.

Se rio.

—¿A qué hora debes levantarte por la mañana?

—A las ocho. ¿De verdad estamos a punto de dormir juntos? ¿No vas a intentar nada?

Me miró durante varios segundos, como si quisiera decir algo, algo ingenioso. En su lugar, me dio un beso en los labios y apagó las luces.

Me obligó a dar la vuelta para que mi espalda quedara contra su pecho, y luego me abrazó.

Me desperté entre sus brazos, y noté que estaba mirándome.

—Buenos días —sonrió.

—Buenos días. ¿Qué hora es?

—Las siete. ¿Quieres que desayunemos juntos o prefieres que te traiga algo antes de que te vayas?

—No, gracias. —Me deshice de sus brazos y me senté—. Me esperan un montón de recados, así que voy a aprovechar.

—Claro. ¿Piensas ir a la sesión zen de Barnes esta noche?

—¿Un sábado? Ni hablar. Mi madre ha preparado una sorpresa para mí, así que lo más seguro es que vaya a la ópera con ella. Porque todas sus sorpresas son así,

y estoy segura de que querrá ir dos horas antes de que empiece.

—¿Por qué quiere eso? El teatro no lo abren hasta una hora antes del inicio del espectáculo.

—No preguntes... es una excéntrica.

Sonrió al tiempo que inclinaba la cabeza hacia un lado.

—¿Debo renunciar y permitir que te vayas de buena gana?

—Claro. —Traté de no sonreír mientras iba al cuarto de baño.

Me las arreglé para salir pronto del salón de belleza, para hacer la compra, revisar las cuentas del banco, mirar algunas ideas para la campaña y lavar el coche de mis hijas antes de las seis de la tarde.

En cuanto entré en casa, busqué un atuendo para esta noche. Mi madre siempre me sugería que me vistiera como si fuera a asistir a los Oscar cuando íbamos a la ópera, por si acaso el periódico decidía poner una foto nuestra al día siguiente.

Decidí usar un vestido de color negro y plata que se había convertido en mi favorito. Era largo, con escote palabra de honor, y se abrazaba perfectamente a mis caderas. También lucía una abertura profunda en el lado izquierdo que haría destacar las sandalias que pensaba llevar.

Me maquillé con cuidado y me peiné los rizos con los dedos. Después de ponerme la pulsera de diamantes que Jonathan me había regalado por mi cumpleaños, salí corriendo de casa.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ya estoy aquí! —Entré en su casa dando voces y grité desde las escaleras—: ¡Como no nos marchemos en los próximos veinte minutos, a no ser que quieras...! —Me interrumpí al darme cuenta de que había un hombre rubio en mitad de la habitación—. ¿Y tú quién eres?

—Guau... —Me miró de arriba abajo—. Soy Michael Clarkson.

—¡Es tu cita de esta noche! —Mi madre apareció por el pasillo—. ¿No te acuerdas? —dijo con intención—. Michael, puedes esperar en el salón, tengo que hablar un segundo con Claire.

No me molesté en esperar a que desapareciera. La cogí de la mano y la arrastré a la cocina.

—Mamá, ¿qué está pasando? Pensaba que íbamos a la ópera. Jamás hubiera accedido a...

—¡Sorpresa! ¿Ves? Soy capaz de ser espontánea —dijo—. Las niñas me han dicho que durante los últimos meses has estado trabajando muchísimo, así que se

me ha ocurrido que puede ser una buena manera de despejarte.

«Dios...».

—Mamá, ya soy una adulta. No quiero que intervengas en mi vida, y no necesito...

—Claro que lo necesitas. Te mereces encontrar a otra persona, alguien que te trate mejor. Me caía bien Ryan, pero puedes aspirar a más. Nunca es demasiado tarde para encontrar el amor de nuevo; no quiero que acabes sola... como yo.

Puse los ojos en blanco ante aquel sutil motivo de simpatía.

—¿Quién es ese tipo?

—Es mi médico. En realidad es mi ginecólogo.

—¿Qué?!

—No te preocupes... No es lo que estás pensando. No es mi médico directo. En realidad es el dueño de la clínica, por lo que solo se dedica a analizar las citologías.

—Gracias. Ya he oído suficiente. ¿Qué has hecho? ¿Te has presentado en la clínica y le has dicho que tu hija es una mujer triste y deprimida que necesitaba un hombre en su vida?

—No, no le he dicho nada de eso. Solo que debería conocer a mi hija. Que es preciosa y encantadora. Eso es todo... Acaba de cumplir cuarenta y cinco años, sin hijos, y ha hecho algunas inversiones en la Costa Este. Y es médico. Basta de charla. Debes conocerlo.

—No me lo puedo creer...

—¡Créetelo! —Me empujó hacia el salón—. Michael, Claire, espero que lo paséis muy bien juntos —dijo con una enorme sonrisa—. Estoy segura de que tenéis mucho de lo que hablar... —Clavó los ojos en la puerta.

—Muchas gracias. Señorita Gracen —me ofreció el brazo—. ¿Está preparada?

Ya dentro del Mercedes de Michael, noté que su nombre estaba grabado en los paneles de madera del salpicadero.

—Creo que el que tu madre diga que eres guapa es el mayor eufemismo que he oído decir nunca —comentó con una sonrisa al subir al coche.

Sonreí mientras me recostaba en el asiento, y lo miré de reojo cada vez que se le presentaba la oportunidad. Era muy guapo; en realidad, me parecía muy sexy, con el pelo color miel que brillaba bajo el sol y unos enormes ojos castaños que parecían emitir chispas cada vez que se volvía para mirarme.

Si tenía en cuenta la forma en la que se ajustaba a su cuerpo el traje negro, era evidente que iba al gimnasio y se mantenía en forma.

Sin embargo, a pesar de su buena apariencia y su radiante encanto, no había química entre nosotros. Claro, que, por otra parte, acabábamos de conocernos.

No hablamos mucho durante el trayecto, salvo algún comentario ocasional sobre la música que sonaba en la radio. Los largos períodos de silencio resultaron incómodos, incluso más incómodos que las miradas que intercambiábamos, momentos en los que nos sonreíamos y apartábamos la vista.

Me miró cuando el camarero dejó dos copas de vino blanco sobre la mesa y se alejó.

—Entonces... ¿a qué te dedicas, Claire?

—Trabajo en Statham Industries como directora de marketing.

—¿Te gusta tu trabajo?

—No, pero puedo pagar las facturas. Estoy atrapada allí hasta que encuentre otra cosa. Tú eres médico, ¿verdad?

—Sí. —Sonrió—. Trabajaba en un hospital infantil del centro, pero al final decidí regresar a mi primera especialidad y trabajar por mi cuenta.

—¿No echas de menos trabajar con niños?

—A veces. Desde luego, no echo de menos sus llantos. —Se rio antes de tomar un sorbo de vino.

Cogí el cuchillo para cortar un trozo de pan, pero subestimé la dureza de la corteza y acabé cortándome la mano.

«Aggg...».

—Esto va a parecer un cliché... —suspiré—, pero ¿no llevarás una tirita?

Riendo, sacó la billetera y husmeó en el interior.

—No te importa que sea de Batman, ¿verdad? Todavía llevo artículos infantiles, es un viejo hábito.

—No, es perfecta.

—Trae —dijo, cogiéndome la mano—. Déjame ver.

Mientras me sostenía la mano y me ponía la tirita, sentí un hormigueo en la piel, y el corazón me dio un salto mortal en el pecho. Pero no fue por el contacto de Michael en la piel ni por el suave beso que me dio en la muñeca; solo notaba ese tipo de sensaciones cuando Jonathan estaba cerca, cuando me observaba.

Levanté la vista y lo vi en una mesa, un poco más allá. Iba vestido de esmoquin negro, y todas las demás personas iban vestidas con trajes de color azul claro que llevaban el letrero «Lanzamiento del sPhone».

Cuando nuestros ojos se encontraron, sentí esa chispa eléctrica que solo sentía con él, ese escalofrío que hacía que el deseo se apoderara de mí y que no me soltara.

Alzó una ceja mientras se sentaba en la mesa, mirándonos alternativamente a Michael y a mí.

—¿Claire? —Michael me frotó la mano, obligándome a regresar a él—. ¿Claire?

—Lo siento, ¿qué estabas diciendo?

—Ya te he puesto la tirita. —Me soltó la mano—. ¿Alguna afición?

«Acostarme con Jonathan Statham...».

—Me gusta ver películas, correr y...

—¿Vas a correr? ¿Con qué frecuencia?

—Al menos voy cinco veces a la semana por la mañana. Cuatro, si es una semana muy intensa en el trabajo.

—A mí también me gusta correr. ¿Podemos ir juntos alguna vez?

—Estaría... —Noté que me vibraba el teléfono— genial. Sin duda deberíamos ir juntos. Te pido disculpas por adelantado por sacar el móvil. Creo que será mi madre...

—Seguramente... Me envió un mensaje hace tres minutos. —Se rio.

—¿De verdad? ¿Para qué?

—Quería saber cómo nos iba.

—¿Y qué le has dicho?

—Que nos va genial. —Sus profundos ojos castaños se iluminaron mientras sonreía, lo que le llevaba a parecer todavía más guapo. Pero no me sentía nada atraída por él.

Miré el mensaje.

Jonathan: «No sabía que tu madre era un hombre... No os parecéis en nada».

Intenté no reírme.

—¿En qué te gusta pasar el tiempo cuando no estás trabajando, Michael?

—Me gusta la escalada libre, visitar exposiciones de coches y remodelar casas viejas en...

—¡Me encanta remodelar casas!

Inclinó la cabeza a un lado.

—Estás de coña, ¿no?

—No, lo digo en serio. Tengo un subidón de adrenalina cuando estoy en una ferretería o cerca de una obra. No puedo explicarlo..., ojalá pudiera dedicarme a eso para vivir...

—Formo parte de un grupo que se dedica a realizar mejoras para el hogar; nos reunimos los sábados. ¿Te gustaría venir?

—Mucho. —El móvil volvió a vibrar—. Me encantaría.

Jonathan: «¿Es un viejo amigo?».

Claire: «No es asunto tuyo».

Volvió a aparecer el camarero con la cena, una deliciosa variedad de marisco y pasta. No es que me apasionara el marisco, pero las vieiras y las ostras tenían un aspecto delicioso.

Jonathan: «Pregúntale si le gusta tu pulsera».

Lancé el móvil al bolso y cogí un tenedor.

—Me encanta tu pulsera —comentó Michael con la vista clavada en mi muñeca—. ¿Es de Harry Winston? La mujer de mi socio posee una parecida..., aunque mucho más pequeña.

«No puede ser de Harry Winston...».

—No estoy segura. Mmm..., me la ha regalado un amigo. Venía en una cajita blanca y negra.

—Un amigo muy generoso... —Arqueó una ceja—. ¿Te gusta la cena?

—Sí, está buenísima. —Tomó un bocado de camarones.

—El gerente es amigo mío. Podemos volver cuando quieras, incluso aunque hayan reservado todo.

—¡Me parece genial! —Dejé el tenedor en el plato—. ¿Me disculpas un segundo?

—Claro.

Como caballero que era, se acercó para separarme la silla.

—Michael, vuelvo enseguida.

Entré en el cuarto de baño de señoras y me encerré en un cubículo. Una vez allí, saqué el móvil para buscar la página web de Harry Winston. Comencé a pasar imágenes de pulseras. Entonces vi una como la mía... Estaba al final de la página, donde se podía leer «Solo por encargo».

Hice clic en la imagen y leí las características: «Pulsera de platino, con celosía abierta y trescientos cuarenta diamantes redondos de pequeño tamaño».

No quería pinchar el enlace de la foto para saber el precio, pero era necesario: ¡Cien mil dólares!

Jadeé mirando mi enjoyado brazo fijamente, tratando de comprender por qué Jonathan me había comprado algo tan extravagante.

Y apenas nos conocíamos cuando me la regaló...

Abrí la puerta del cubículo, preparada para salir, pero Jonathan entró y la cerró de golpe.

—¿Es una cita? —preguntó con los dientes apretados.

—Es evidente.

—¿Y qué tal va?

—Iría mucho mejor si no me estuvieras manteniendo retenida en el cuarto de baño.

—Pensaba que me habías dicho que no salías con hombres —insistió con una mirada dura.

—Supongo que he cambiado de opinión. ¿Es un crimen, Jonathan? ¿Vas a denunciarme?

Entrecerró los ojos y se enderezó delante de mí, respirando hondo varias veces, lo que consiguió que el corazón se me acelerara al instante.

—Te voy a decir lo que es un crimen. —Sus ojos brillaban—. Que parece que soy lo suficientemente bueno para follar conmigo, pero no para que salgas conmigo. Ni una vez.

—¡Por fin ves la luz! —Traté de pasar por delante de él, pero puso las dos manos en la pared, a ambos lados de mi cabeza.

—¿Solo soy uno de tus juguetitos sexuales? —siseó.

—Sí, solo que por desgracia hablas y no puedo apagarte. Por favor, ¿puedes salir de mi camino?

—No. —Parecía que quería despedazarme, o darme una bofetada.

—Jonathan, por favor, deja de comportarte como un crío. Nosotros disfrutamos de sexo salvaje. Eso es todo. Nada más. Lamento haber empezado a gustarte más, pero a mí no me pasa lo mismo... Al menos de esa manera. No pienso en ti por la noche, no estás en mi cabeza durante todo el día y solo te utilizo para aliviar el estrés, algo que me viene muy bien, así que si puedes...

Me empujó contra la pared y se apoderó de mis labios, besándome con tanta fuerza que apenas podía respirar. Hundió la mano en la abertura del vestido para

pasarme la mano entre los muslos. Luego me agarró las bragas y me las arrancó.

—Jonathan...

—¡Cállate! —Me levantó la pierna y se rodeó la cadera con ella—. Ponme los brazos alrededor del cuello.

—Jona...

—No pienso volver a decírtelo.

Le rodeé el cuello con los brazos mientras él se desabrochaba los pantalones.

—¿No piensas en mí cuando estás sola en la cama, por la noche? —Me miró a los ojos.

—No, yo... —De repente, hundió la polla en mi interior, clavándome contra la pared. Traté de bajar la pierna, pero me cogió por las nalgas y me mantuvo inmóvil.

—¿Nunca piensas en mí durante el día? —insistió con dureza.

—Nunca.

Me penetró de nuevo, y siguió embistiendo una y otra vez, haciéndome gritar tan fuerte que estuve segura de que me oían en el restaurante. Lo oí gritar mientras me apretaba el culo y me empalaba, hundiéndose más profundamente con cada envite.

Le clavé las uñas en el cuello, deseando que detuviera esta apasionada tortura, pero no podía decirle que parara; lo que me hacía sentir era demasiado bueno.

Me bajó la parte de arriba del vestido y empezó a besarme los pezones, que se endurecieron cuando me los succionó con avidez. Estaba a punto de correrme, a punto de alcanzar el orgasmo y, de repente, se retiró.

—¿De verdad quieres que me crea que solo me utilizas para aliviar el estrés? —Jugó con la polla en mi entrada, frotándose sin cesar.

No le respondí. Me limité a bajar la vista, tratando de recuperar el aliento mientras intentaba que volviera la resolución que tan fácilmente había olvidado.

—Respóndeme. —Me tiró suavemente del pelo para que lo mirara.

—Sí..., solo eres un alivio contra el estrés.

Y cuando oyó eso, se hundió todavía más profundamente.

—¿Por qué me mientes, Claire?

—No estoy... —No pude decir nada más; se movía dentro y fuera de mí con un ritmo lento y provocativo que estimulaba todas mis terminaciones nerviosas—. No estoy mintiendo...

Se inclinó para subirme la otra pierna hasta sus caderas mientras me miraba a los ojos. Luego me cogió por las caderas y empezó a moverme de arriba abajo.

—¿Claire? ¿Claire? —Era la voz de Michael, en el cuarto de baño de señoras
—. ¿Estás aquí?

—Sí... —Sentí que Jonathan incrementaba el ritmo, sujetándome con más firmeza.

—¿Estás bien? ¿Te ha sentado mal la comida o algo así?

—No... estoy... —Una intensa oleada de placer recorrió mi cuerpo, y mis caderas se arquearon—. Estoy... Estoy...

—¿Qué has dicho? No puedo oírte, Claire. ¿Eres alérgica al marisco?

—No... —Me estremecí de forma violenta y mordí el hombro de Jonathan para no gritar—. Estoy bien... Es solo que... —Aspiré tanto aire como pude e intenté coordinar—. Me he atragantado. Un poco de comida se me ha ido por otro lado y estoy a ver si me recupero... No quería que me vieras así... No es muy apropiado —añadí mirando a Jonathan.

Él frunció el ceño.

—Oh... Lo siento mucho. —Parecía sincero—. Bueno, no pasa nada, te habría ayudado. ¿Necesitas algo? ¿Agua, quizá?

—No... —Seguía teniendo la respiración agitada por las réplicas del orgasmo—. Estoy bien, gracias.

—Vale. Voy a seguir comiendo y pediré el postre. ¿Te apetece *soufflé* de chocolate?

—Me encantaría... Voy enseguida.

Oí que la puerta se cerraba mientras Jonathan me dejaba en el suelo.

Sin decir una palabra más, cogió un poco de papel higiénico y me secó entre los muslos.

Me cubrió los pechos, asegurando con habilidad la tela del vestido en su sitio. Luego se puso a alisarme el pelo, tratando de que recuperara mi imagen anterior, para lo que incluso retiró una horquilla y me la volvió a poner.

Arqueó una ceja al ver la tirita de Batman, y pasó los dedos de forma posesiva por la pulsera de Harry Winston.

Tardé varios minutos en recuperar el aliento, en asimilar lo que acababa de ocurrir. Negué con la cabeza, todavía incrédula.

—¿Qué coño te pasa, Jonathan? ¿Es que estás loco?

—Yo no, pero tú sí debes de estarlo. ¿No has reunido el valor de venir aquí con una cita? —dijo en tono burlón.

—No he elegido yo el sitio, pero incluso aunque así fuera, ¿cómo iba a saber que ibas a cenar aquí por negocios?

—Claire, este restaurante se llama Statham. Es mío. Además, está en la misma calle que las oficinas y mi imagen está colgada en el pasillo. Había muchas posibilidades de que pudiera estar aquí.

—Genial. Un descuido por mi parte, pero ni siquiera eso te da derecho a interrumpir mi cita. —Me di la vuelta para salir del cubículo y me acerqué a los espejos.

—¿Te gusta ese tipo? —preguntó.

«No...».

—Todavía no lo sé. Debo conocerlo un poco más antes de sacar conclusiones.

Nuestros ojos se encontraron en el espejo.

—¿Has decidido volver a salir con él?

—Sí. Parece un hombre al que no le daría un ataque de celos infantiles ni me follaría en un baño público.

Puso los ojos en blanco antes de irse hacia la puerta.

—Cuando acabes de cenar, deshazte de él. Entonces, llámame para que pueda recogerte. Necesitamos hablar.

—¿Y si no tengo ganas de hablar contigo?

—Entonces no hablaremos.

11

CLAIRE

No supe por qué llamé a Jonathan para hacerle saber que estaba en casa. Una parte de mí estaba furiosa por lo que me había hecho en el cuarto de baño, pero, por otro lado, me sentía feliz de que se hubiera presentado y hubiera interrumpido mi cita, aunque no podía explicármelo.

Mientras él conducía el Bugatti por la ciudad hasta más allá de los suburbios, me mantuve quieta en el asiento del copiloto, preguntándome cuándo iba a hablar. No había dicho una palabra desde que me había recogido, y no me había mirado ni una vez.

«¿Por qué me importa su indiferencia? Se supone que no me gusta...».

Aceleró más a la altura de las dunas de Ocean Beach, y siguió alejándose, dejando atrás las áreas para familias a las que yo solía acudir. Ya no había farolas ni luces en la playa que guiaran el camino junto a la orilla. Allí no había nada más que oscuridad y, arriba, el pálido resplandor de la luna.

Después de lo que me pareció una eternidad, se detuvo frente a una casa enorme de madera y apagó el motor. Salió sin decir una palabra, y rodeó el coche hasta mi puerta para ayudarme a bajar.

Me llevó hasta los escalones del porche de la mano; una vez allí, apretó unos cuantos botones en el teclado de la alarma. Cuando presionó el último y la puerta se abrió lentamente, tiró de mí hacia dentro.

Me quedé boquiabierta en cuanto di un paso adelante. Los altos techos tenían al menos quince metros de altura y las bóvedas estaban construidas en cristal negro. Había pinturas de Renoir y Amadeo —originales— que colgaban de lo alto con sus marcos dorados. La habitación estaba llena de muebles de colores tierra: suaves sofás marrones, sillas de color verde esmeralda y piezas de bronce que reflejaban el ventanal de la pared del fondo.

«Es un lugar precioso...».

—Quítate los zapatos —me ordenó.

Me descalcé y lo seguí hasta una cocina tan grande que no supe si era real. Me recordaba las cocinas de la casa real británica que había visto en *Architectural Digest*, esa clase de cocinas que me moría por visitar algún día.

Me hizo una seña para que me sentara en uno de los taburetes de aluminio, y

luego encendió los fogones.

Me dio la espalda mientras preparaba la cena, sin mirarme por encima del hombro ni decirme nada. Se tomó su tiempo utilizando diferentes aceites y rehogando la carne, aunque negaba con la cabeza cada pocos minutos.

Cuando se puso a picar las verduras, miré el reloj, y me di cuenta de que ya había pasado una hora desde que habíamos llegado a su casa.

—Toma. —Se dio la vuelta y me tendió un plato con pollo, patatas y ensalada—. No he visto que comieras mucho en la cita.

—Gracias...

Cenamos en completo silencio; el sonido de los tenedores contra los platos era el único ruido que se oía. Lo miré varias veces, tratando de descubrir si también él me observaba a hurtadillas, pero no lo hizo; mantuvo la vista clavada en su comida todo el tiempo.

Cuando vio que mi plato estaba vacío, lo cogió y lo llevó al fregadero. A continuación se puso la chaqueta y fue hacia la puerta de vidrio que había en el otro extremo de la estancia.

—Ven, Claire. —Su voz sonaba neutra, pero su mirada seguía siendo fría.

Me acerqué a él con calma, tomándome mi tiempo, y él me puso una manta sobre los hombros cuando llegué a su lado. Abrió la puerta; el océano Pacífico estaba a pocos metros.

Se me ocurrió que quería pasear por la playa, ya que yo seguía descalza, pero me condujo hasta un hermoso yate negro que estaba atracado muy cerca. Me ayudó a subir las escaleras antes de hacer una señal a un hombre que surgió de la nada para conducir la nave.

Me guio a través de un montón de estancias elegantes: salón de té, solárium, sala de estar, salón de hidromasaje, y, de repente, se detuvo.

Se dio la vuelta hacia mí y me miró con intensidad, con firmeza y resolución, como si estuviera decidiendo lo que quería hacer y decir.

—No me gusta que me mientan. —Me abrazó y me besó, apretándome con tanta fuerza que pude sentir su erección a través de los pantalones.

Poseyó mi boca con la lengua, sin apenas darme la oportunidad de respirar, excitándome al instante.

Sabía que estaba irritado, pero quería volver a sentirlo dentro de mí otra vez. Quería que me follara allí, así que me incliné para desabrocharle los pantalones. Sin embargo, él interrumpió nuestro beso.

—¿Por qué lo has hecho? —gruñó.

—¿El qué? —jadeé—. ¿De qué estás hablando?

—Estoy hasta el culo de tus malditos sarcasmos.

—¿Perdona?

—No te pongas a tartamudear ahora... —Me obligó a sentarme en un sofá—. ¿Por qué has salido con ese médico?

—No ha sido cosa mía... —Me recliné contra el respaldo y me toqué los labios hinchados—. Ha sido una encerrona de mi madre... Me he presentado a recogerla, preparada para ir con ella a la ópera, pero me he encontrado con que me había preparado una cita, con él.

—Porque quieres salir con alguien como él, ¿verdad? —Me miró con los ojos entrecerrados—. ¿Alguien de tu edad o mayor?

—Sí.

—Pues explícame eso.

—¿A qué te refieres?

—Que me expliques por qué piensas que salir con alguien de tu edad o mayor es mejor para ti. O vamos más allá: dime por qué yo no soy lo suficientemente bueno para ti; es evidente que es lo que piensas.

—No se trata de que no seas lo suficientemente bueno... —Lo vi apretar los dientes—. Cuando vuelva a salir con alguien, me gustaría que fuera alguien con experiencia en la vida, alguien a quien no le haya venido todo dado, ¿entiendes? Que sepa lo que es amar y perder, que se esfuerce para asegurarse de que ninguno de los dos volviera a sentir algo así...

—Que sea mayor y con experiencia en la vida ¿significaría que te tratará bien?

—Es más probable, sí.

—Para que conste, a mí no me ha venido nada dado. Lo creas o no, me he ganado cada centavo que tengo. Sé lo que se siente al amar y al perder, y nunca, jamás, te haré daño. Si tú...

—¿Que no te ha venido nada dado? —Me reí—. ¿Has leído últimamente lo que pone la página web de la empresa sobre ti? Según tu biografía, naciste y creciste en una familia acomodada de Boston, y asististe a un colegio muy caro, Phillips Exeter Academy, en New Hampshire. Tú y tu...

—Todo eso es mentira, Claire —siseó—. Le dije a mi mejor amigo, que es el director de seguridad de la compañía, que se inventara un pasado para mí. Incluso he pagado a la Phillips Exeter para que creara mi perfil y añadiera mi cara con Photoshop a algunos anuarios antiguos... Pensé que el niño que creció en una caravana con unos padres drogadictos, que casi mataron a sus propios

hijos, no resultaba demasiado inspirador.

«¿Cómo?».

Me quedé en blanco. Llevaba semanas tratando de encontrar excusas por si acaso surgía esta conversación, y su falta de experiencia en la vida era una de mis bazas.

—Lo siento mucho por tus padres, Jonathan. No lo sabía... Pero, aun así, es solo cuestión de tiempo que conozcas a una chica de tu edad, o incluso más joven, y que quieras salir con ella. Lo que es perfectamente normal y comprensible. Los dos últimos meses han sido divertidos, pero creo que esto es solo una fase pasajera.

—¿Una fase pasajera?

—Sí, una fase en la que te apetece comprobar lo que es follar con una mujer mayor. No creo que...

—Para empezar, ya hemos follado, y muchas veces, así que considera ese punto una chorrada. En segundo lugar, te he dicho una y otra vez que me importa un bledo tu edad. No sé cómo decírtelo más claro. ¿Qué quieres que haga? ¿Una nota de prensa sobre ello?

—Lo único que quiero es que no creas que podríamos mantener una relación seria... Sé que dices que ahora no te importa la diferencia de edad, pero eso cambiará con el tiempo. Siempre pasa... Y mientras me siento muy halagada por el interés que muestras por...

—¡Dios! —Cerró los puños y me miró—. Me gustas, Claire. Y punto. Me sentí cautivado por ti desde el momento en el que te vi en el Pacific Bay Lounge la noche de fin de año; jamás me había sentido tan atraído por una mujer en mi vida. No me gustas por el año en el que has nacido, me gustas tú. Lo único que veo es una mujer hermosa e intrigante que parece empeñada en frustrarme. Si pensara que no estás interesada, o si me hubieras convencido de que lo único que quieres es sexo, te dejaría en paz. Pero dado que no ha ocurrido ninguna de esas cosas, admite que me deseas y dime que quieres salir conmigo, porque es la verdad.

No sabía cómo responder. Me quedé allí parada, parpadeando, mientras trataba de procesar lo que me había dicho. No recordaba haberlo visto en el Pacific Bay Lounge. Pensaba que nos habíamos visto por primera vez en el supermercado.

Compuse mi mejor cara de póquer y suspiré.

—Es que...

—No es tan difícil. No te estoy pidiendo que me entregues tu corazón ni nada

de eso. Solo quiero llegar a conocerte mejor de otras maneras... Solo debes decir: «Me gustas, Jonathan, y quiero salir contigo». Nada más.

—Es que...

—Me gustas, Jonathan, y quiero salir contigo. —Parecía irritado.

—¿Qué diferencia hay en realidad entre lo que hacemos ahora y concertar citas? ¿Cenas en público? ¿Ir al cine?

—Admite que te gusto y te lo demostraré.

—¿Y si no lo admito?

—Seguiremos navegando en el yate hasta que te rindas. Dispongo de todo el año.

«Dilo...».

—Lo pensaré.

—Me vale. —Se acercó y me puso el brazo sobre los hombros—. ¿Era tan difícil?

—No he dicho nada. Solo que lo pensaré.

Puso los ojos en blanco.

—Hay algo más que quiero decirte, pero no aquí. ¿Almorzamos el lunes?

—¿Juntos?

—Sí. Cuando dos personas están saliendo, suelen comer juntas.

—Todavía no quiero que mis compañeros sepan que...

—Llevo todo el mes comiendo con los directores de departamentos. Nadie va a sospechar nada. Pensarán que es otro almuerzo de negocios.

—Vale... —suspiré.

—Bueno. Ahora que ya está solucionado, llevo toda la noche queriendo hacer algo contigo. —Movi6 el brazo que había puesto sobre mis hombros y encerr6 mi cara entre las manos.

Me mir6 a los ojos con intensidad, y me preparé para recibir otro beso apasionado, cerrando los ojos y respirando hondo. Entonces sentí que me arrancaba la tirita de Batman.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo, que apretó con suavidad contra mi mano.

—Ningún hombre hecho y derecho debería llevar tiritas de Batman. —Me empujó hacia el sofá.

—¿De verdad estás tan loco?

Me cubrió los labios con los suyos.

—No te haces una idea...

Estaba sentada en el despacho, oyendo la idea de uno de los creativos para la sTablet. Eran esos momentos los que me llevaban a desear que el Golden Gate estuviera más cerca para poder correr hacia él y saltar al vacío.

—¿No es increíble? —preguntó Travis—. Con esta idea podremos ganar el mercado de niños entre diez y doce años. Obligaremos a sus padres a que vayan pitando a comprar una. —Levantó el cartel y señaló unos payasos de colores.

—Travis... —suspiré—. El mercado objetivo para este producto son adultos entre veinticinco y treinta y cuatro años. No sé si...

—¡No, espera! Todavía no te he dicho lo mejor. Los payasos mágicos están entregando deliciosos sCaramelos a los niños después de la escuela, ¿lo ves? Por lo tanto, una vez que los niños los tienen en las manos, los payasos se ponen a gritarles que usen la imaginación. Y de repente aparece la sTablet... ¡Magia! ¿Ves? Impresionante, ¿no crees?

«Hoy no estoy de humor para lidiar con esto...».

—Sal de mi despacho. Ahora mismo...

—Pero...

—Ahora mismo.

Recogió los carteles y salió pitando, cerrando la puerta.

Recibí un mensaje de texto.

Jonathan: «Iré a tu despacho dentro de diez minutos para poder terminar la conversación que iniciamos el sábado».

Miré la agenda prevista para el día, y me di cuenta de que todavía me faltaban ocho presentaciones más. No sabía cómo iba a soportar esto, porque aunque la idea de Travis era demasiado exagerada, seguía siendo la mejor del día.

Me quité las cómodas zapatillas que usaba en el despacho y me puse los zapatos de tacón. Me invadía la sensación de que hoy me quedaba por delante una larga conversación con Jonathan. Habíamos hablado de temas relacionados con salir juntos, mantener una relación exclusiva, pero secreta, y de no apresurar las cosas, pero la conversación había quedado interrumpida por el sexo.

Alguien golpeó la puerta del despacho.

—¡Adelante! —Todavía me estaba cambiando los zapatos—. Pensaba que me habías dicho que tardarías diez minutos... —Levanté la mirada y vi que no era Jonathan quien había llamado a la puerta, sino Michael.

Me levanté y me alisé el vestido.

—¿Hola?

—Hola, Claire. Espero que no te importe que me haya pasado por aquí. —Entró y me tendió un ramo de rosas amarillas—. He venido a traer algunas recetas a la residencia para ancianos que hay al final de la calle y me he acordado de que trabajabas aquí. Ya que te pusiste mal el sábado y tuvimos que irnos a casa pronto, ¿te parece si lo intentamos de nuevo? ¿Por ejemplo el viernes?

«¡Mierda...!».

—Mmm...

—No iremos a cenar marisco, te lo prometo. —Se rio—. Puedes escoger tú el restaurante, y llevaré el bolígrafo de epinefrina por si te pica una abeja o algo así. No pude evitar reírme.

—Eso me parece muy atento por tu parte, pero... En realidad, digamos que estoy...

—¿Estás qué...? —Jonathan entró en mi despacho en ese momento y se quedó quieto. Miró a Michael y luego a mí forzando una sonrisa—. Buenas tardes, Claire. ¿Y usted es...? —dijo mirando a Michael.

—Doctor Michael Clarkson —se presentó al tiempo que le tendía la mano para estrechársela—. ¿Y usted?

—Jonathan Statham.

Michael abrió los ojos como platos.

—¿Jonathan Statham de Statham Industries? ¿El fundador?

—Ese mismo.

—Oh, bueno... Lo siento si estoy interfiriendo en una reunión o algo así, Claire. —Michael sonrió—. Solo quería saludarte. —Me miró de arriba abajo—. Y, por cierto, estás impresionante... No creo que exista una prenda que no te quede bien.

—No ha interrumpido nada. —Jonathan negó con la cabeza—. No pasa nada, señor Clarkson. Almuerzo cada día con un director de departamento; se trata de una muestra de cordialidad, no de trabajo. Estábamos a punto de ir a comer al Water Bistro Café, a dos manzanas. ¿Le gustaría acompañarnos? Corre de mi cuenta.

«¿Qué?».

—Claro, encantado. Me queda otra visita a domicilio, pero está relativamente cerca. ¿Seguirán allí dentro de veinte minutos más o menos?

—Claro que sí. —Jonathan sonrió.

—Genial. —Michael se adelantó y me dio un beso en los labios—. Nos vemos allí, Claire.

De reojo, vi que Jonathan apretaba los dientes cuando Michael me besó en las mejillas.

—No es lo que piensas... —me disculpé mirando a Jonathan cuando Michael salió del despacho—. Te juro que no.

—¿Oh, en serio? ¿Y qué estoy pensando?

—Sea lo que sea, no es lo que parece.

—¿Vas a poner esas rosas tan bonitas en agua? —Miró las flores—. Ese pobre médico se ha esforzado mucho para traértelas, así que deberías tratar de mantenerlas con vida.

—Lo haré cuando volvamos...

—Vale. —Aflojó los dientes—. ¿Preparada para marcharnos?

Nos desplazamos hasta el Water Bistro Café en el transporte para empleados. La mayoría de mis compañeros que estaban a bordo parecían emocionados al verlo, y como ya había mencionado antes, parecían pensar que era solo una comida de negocios; incluso algunos bromearon sobre la necesidad que tenían de su ayuda algunos departamentos.

Una vez que el autobús frenó, me indicó que me bajara delante y luego me cogió por el codo.

No nos paramos en el atril del *mâitre*; sencillamente fuimos hacia la izquierda y subimos las escaleras hasta un comedor privado con vistas al océano.

—Buenas tardes, señor Statham. —Una camarera nos indicó que tomáramos asiento en la única mesa de la estancia, que era alta y estaba rodeada de sillas plateadas igualmente altas, situada junto a la ventana—. ¿Se unirá alguna otra persona a su grupo hoy?

—Sí, el doctor Clarkson. —Me acompañó hasta mi lugar—. ¿Podría asegurarse de que el aparcamiento sea gratuito para él?

—Sí, señor. ¿Espero hasta que llegue para anotar su pedido?

—Perfecto. ¿Podría traernos el vino que sugiera el chef mientras esperamos?

—Por supuesto. —Dejó tres menús sobre la mesa antes de desaparecer.

—A ver, dime... —dijo Jonathan mientras se sentaba a mi lado—, ¿cómo van las campañas creativas para la sTablet?

—Corta el rollo, Jonathan. Sé que te molesta que Michael haya aparecido hoy

por mi despacho. Así que ve al grano...

—¿Por qué iba a molestarte?

«No sé...».

—Da igual... —Negué con la cabeza—. Me había dado la impresión de que eras un hombre celoso... Perdona por haberlo pensado... Con respecto a la sTablet, preveo que la campaña será todavía más complicada que la del sPhone.

—¿Por qué?

—Porque «sTablet» no rima con nada.

Se rio.

—Estoy seguro de que acabará siendo una campaña increíble.

La camarera regresó con una bandeja con las copas de vino, y Michael llegó poco después.

—Es un restaurante precioso. —Se sentó enfrente de nosotros—. ¿Las mesas son tan altas por alguna razón en concreto?

—Es un *bistrot* de agua. —La camarera sonrió y le puso delante una copa de vino—. Toda la comida está hecha al vapor, y se sirve en platos que se mantienen calientes con agua hirviendo. La altura de las mesas y las ranuras que hay en los bordes impiden que los clientes se quemem. —Se sonrojó.

—Ah... ¿Qué me sugiere que tome primero, señor Statham?

—Por favor, llámame Jonathan... —sugirió sonriente antes de girar la cabeza hacia la camarera—. ¿Qué tal si nos trae un menú degustación?

—Como diga, señor. —Nos recogió los menús y lanzó una mirada más a Michael antes de marcharse.

Los tres probamos el vino y luego permanecemos en completo silencio hasta que Jonathan se aclaró la garganta.

—Entonces, Michael, ¿en qué hospital trabajas?

—En ninguno. Poseo una clínica privada en el centro. Sin embargo, es relativamente pequeña: solo somos tres médicos y cinco enfermeras.

—¿Cuál es tu especialidad?

—Las mujeres... —repuso Michael, buscando mis ojos.

—Interesante. —Jonathan se acercó más a mí y me puso la mano en el muslo—. ¿Qué te llevó a elegir esa especialidad?

—Bueno, no tiene nada malo la pediatría, donde he trabajado más de una década, pero mi verdadero talento... —continuó mientras me miraba fijamente— siempre ha sido trabajar con la anatomía femenina.

Entonces cogí mi copa de vino y la vacié de golpe. Traté de cerrar las piernas,

pero Jonathan ya había deslizado la mano entre mis muslos.

«No se atreverá a hacer eso aquí...».

—Mmm... —Jonathan asintió—. Es posible que esto te parezca una pregunta extraña, pero ¿alguna de tus pacientes te ha tirado los tejos?

Se rio.

—Sí, pero siempre los he rechazado. Sería inapropiado.

—Claro, completamente inapropiado. —Noté el pulgar de Jonathan revoloteando alrededor de mi clítoris.

—Salvo en tu caso, Claire... —Michael me sonrió—. Si mi paciente hubieras sido tú en vez de tu madre, estoy seguro de que hubiera roto mis reglas por ti...

—¿Estáis saliendo? —Jonathan sonrió mientras cambiaba la vista de uno a otro, mientras jugaba con la entrada de mi cuerpo con el dedo corazón.

Antes de que Michael pudiera responder, apareció un grupo de camareras con una serie de platos. El plato de cada vianda flotaba en otro lleno de agua caliente.

—Le he pedido al chef que haga una degustación de cada plato de la carta —explicó la camarera rellenándonos las copas de vino—. Le gustaría hablar con usted después de la comida, señor Statham. Vendré dentro de un momento a ver qué tal va todo.

Miré el plato de verduras y pollo salteado. Estaba a punto de coger el tenedor para probarlo cuando Jonathan introdujo dos dedos profundamente en mi interior, lo que hizo que me quedara inmóvil.

—Esto tiene un aspecto increíble. —Michael cogió la cuchara—. En fin, Jonathan, estoy seguro de que debe de ser brutal ser el director general de tu propia compañía. ¿Qué es lo más difícil?

No pude concentrarme en la conversación mientras Jonathan deslizaba sus dedos dentro y fuera de mí con burlona lentitud, como si quisiera prolongar esta sesión para siempre.

—¿Lo más difícil? —Cogió el tenedor con la mano izquierda, pues evidentemente la derecha estaba ocupada—. Creo que es la etapa de desarrollo de un producto.

—¿En serio? Pensaba que sería la más fácil.

—No, no. En absoluto. —Negó con la cabeza—. Imagina que dispones de un producto precioso y sorprendente, algo que, estás seguro, desea todo el mundo. Tienes que encontrar la manera de que sea fiel a ti mismo a lo largo de todas las etapas del desarrollo antes de que se presente de forma oficial. Ya sabes, poner tu huella, por así decirlo. —Sus dedos frotaban mi punto G, haciendo que me

fallara la respiración. —Además —continuó—, debes estar dispuesto a asumir ciertos riesgos públicos.

—¿No estáis a punto de salir a bolsa? —indagó Michael—. ¿No es algo arriesgado?

—Sí, corremos un riesgo enorme. —Jonathan hundió los dedos lo más profundamente posible—. Pero estoy muy metido en el tema y no puedo retroceder... Cuando estoy implicado en algo, la única opción es profundizar más. ¿No crees, Claire?

«Cabrón...».

—Asentí.

—¿Estás bien, Claire? —Michael parecía preocupado—. ¿Te ha vuelto a sentar mal la comida?

Jonathan se volvió a mirarme.

—Sí, Claire. Estás dejándonos confundidos. ¿No te gusta esta comida?

—Estoy bien... —Murmuré al tiempo que intentaba coger un tenedor—. Solo es... —Noté que empezaba a castigarme de nuevo— que me siento un poco débil...

Michael se encogió de hombros y tomó otro bocado de comida.

La camarera se acercó a rellenar las copas vacías.

Antes de que se marchara, Jonathan la cogió por el brazo.

—Perdona, ¿podrías traer más agua caliente para nuestra amiga? —Me miró—. Creo que le gusta que el plato esté muy mojado. Quizá eso te ayude, Claire.

—¿Podría traerme uno a mí también? —Michael untó mantequilla en una rebanada de pan—. Claire, has estado muy callada todo el tiempo. ¿Qué tal te va el día?

—Pues va yendo... —Estaba al borde del orgasmo. Notaba que me palpitaba el clítoris, que se me tensaban las entrañas. Jonathan sabía exactamente qué punto estimular y cómo conseguirlo, así que sabía que estaba a unos segundos de alcanzar la cima—. Va yendo...

Jonathan se volvió hacia mí y sonrió.

—¿Está yendo bien? ¿Es eso lo que tratas de decir? ¿Necesitas ayuda para soltarlo o ya estás a punto?

«Vete a la mierda, Jonathan...».

Asentí con la cabeza y me mordí los labios mientras trataba de permanecer lo más quieta posible mientras recorría mi cuerpo una oleada tras otra de punzante placer.

—¿Claire? ¿Estás segura de que no quieres mirar si te pasa algo? —Michael bebió un sorbo de vino—. Conozco a un especialista en medicina interna que...

—No... —Cogí aire—. Estoy bien, mi día va muy bien...

De pronto se levantó de la mesa.

—Acabo de recibir un mensaje urgente de la clínica. Lo siento, tengo que llamar... —Salió del comedor.

—Deberías probar la carne, Claire. —Jonathan sonrió y retiró los dedos de mi interior—. Está succulenta.

«¡Está loco!».

—¡No me lo puedo creer! ¡Eres un...! ¡Ni siquiera sé lo que eres! ¿Por qué has hecho eso delante de él?

—¿Preferías que te manoseara por detrás? Cuando regrese, podemos mover la mesa y probar. Quizá entonces no me veré obligado a verle la cara mientras intenta coquetear contigo.

—¡No estaba coqueteando conmigo! De hecho, estaba siendo muy educado. ¿Esa es la razón de que lo hayas invitado a acompañarnos? ¿Para inflar tu ego todavía más?

—No, lo he hecho porque hace unas semanas me mentiste sobre la reunión de directores de departamento. —Se rio—. ¿No creerías que me había olvidado de eso?

Puse los ojos en blanco.

—Entonces, ¿hoy no te has enfadado?

—¿Enfadado? ¿Hoy? ¿Porque un tipo, del que te he pedido que te deshicieras, aparece hoy en tu despacho con flores, pensando que todavía le queda alguna oportunidad contigo? ¿O porque ese mismo tipo te besó en los labios justo delante de mí? ¿Por cuál de las dos cosas?

—Ya te he dicho que no era lo que...

—Dile de una vez que no estás interesada en él o lo haré yo. —Me besó en el cuello y se levantó—. Iré a hablar con el chef. Nos veremos en las oficinas más tarde. Ah, y... Claire...

—¿Sí?

—Soy un hombre celoso.

12

CLAIRE

«Soy un hombre celoso... Soy un hombre celoso...».

Repetí las últimas palabras de Jonathan mentalmente una y otra vez, consciente de que si no estuviera chiflada, me alejaría de él. No, huiría, correría lo más lejos posible.

Dejaría de responder a sus llamadas, a sus mensajes de texto, lo ignoraría en las reuniones y actuaría como si nuestros caminos no se hubieran cruzado nunca. Pero no podía. Por mucho que tratara de resistirme a él, cada movimiento que hacía, cada palabra que decía solo me llevaba más cerca de él.

Por fin había admitido que me gustaba... y me gustaba mucho. Pero no quería comprometerme en una relación que sabía que no funcionaría a largo plazo. Así que, a partir de esa semana, hice lo único que pude para evitar que se me metiera debajo de la piel: poner distancia entre nosotros.

El lunes y el martes me fui temprano a casa, el miércoles me salté la reunión de directores de departamento y el jueves, después de que me pidiera que nos reuniéramos en las escaleras de emergencia, me disculpé diciéndole que me dolía la cabeza.

Sin embargo, no era posible que me librara de nuestra primera cita real, que sería esta noche, aunque, de todas formas, no había pensado en cancelarla. Llevaba toda la semana esperándola. Recibí un mensaje de texto.

Jonathan: «Nos vemos dentro de unos minutos».

Me puse los pendientes y me pasé el cepillo por el pelo antes de mirarme al espejo. Había elegido mis *stilettos* plateados favoritos y un vestido corto de color verde esmeralda que se combinaba perfectamente con mis ojos. La tela de raso abrazaba mis caderas, el escote en pico hacía que mis pechos parecieran una talla más grandes y las mangas abullonadas se ceñían a mis brazos justo debajo del codo.

Me sonó el teléfono. Era Jonathan.

—¿Sí?

—Hola, Claire. Estoy delante de la puerta.

—Ahora voy. —Metí el móvil en el *clutch* y me miré en el espejo una última vez antes de bajar.

«Solo es una cita con él, Claire... Aunque hayáis llegado al acuerdo de no salir con nadie más, no es nada serio y nunca lo será... Solo son unas citas...».

Abrí la puerta e intenté no jadear cuando puse los ojos en blanco. Decir que estaba perfecto sería quedarme corta... Un insulto. Esta noche, su aspecto era realmente impecable.

Llevaba un esmoquin negro a medida, con el pelo liso y oscuro peinado hacia atrás de una forma que me impulsaba a hundir en él los dedos. Sus preciosos ojos azules brillaban como estrellas cuando me lanzó una mirada que me hizo pensar que iba a arrancarme el vestido.

Los dos nos quedamos en la puerta, estudiándonos sin decir palabra.

—¿Estás lista? —Sonrió y me tendió la mano para llevarme hasta la limusina que estaba esperándonos. Abrió la puerta de atrás y me ayudó a entrar primero.

—Greg, estamos listos. —Apretó el botón para subir una mampara que separaba la zona del conductor de la nuestra y me miró—. ¿De verdad esperas que crea que no te ha pedido una cita ningún tipo de la empresa?

—Es verdad... Algunos coqueteaban conmigo de vez en cuando, pero creo que el rumor de que soy «divorciada y con hijas» alejó a muchos. Tampoco es que sea la persona más accesible del mundo... Y no quería salir con nadie.

—Mmm...

—¿A dónde vamos?

—Tenemos una cita.

Puse los ojos en blanco.

—Soy consciente de ello. Pero me pregunto por qué es necesario que lleve un vestido de fiesta y tú un esmoquin.

—Pronto lo descubrirás. —Se acercó y apretó los labios contra los míos—. No te vi ayer después del trabajo...

—Me dolía la cabeza, ¿recuerdas? Decidí marcharme temprano a casa.

—¿Estás mejor ahora? —Comenzó a besarme con ternura la base del cuello.

—Sí... —Contuve un gemido—. Mucho mejor...

—¿El doctor Clarkson se unirá a nosotros esta noche? ¿Le has dicho que estabas enferma otra vez o le has explicado la verdad?

—Le he dicho que estaba saliendo con un hombre muy celoso y posesivo que amenazaba con masturbarme en público si no rompía con él y le dejaba las cosas claras.

—Suenan muy bien. —Me subió a su regazo.

—No seas idiota... Le he dicho que estaba saliendo con otra persona y le he pasado el número de Sandra. Van a salir juntos este fin de semana.

—Todavía mejor. —Apretó el botón del interfono—. Greg, ¿podrías ir por el trayecto más largo, por favor?

—Sí, señor.

—No te he visto el pelo esta semana... —Me pasó las manos por los muslos—. He desperdiciado los días.

—Las adulaciones no se te dan demasiado bien, Jonathan. Prefiero tus comentarios inapropiados y tus amenazas no tan sutiles.

—¿No me has echado de menos?

—No. ¿Debería?

Suspiró y me colocó mejor en su regazo.

—¿Cuándo has decidido dejar de mentirme...?

—Jonathan... —Noté que me subía lentamente el vestido y traté de moverme—. ¡El chófer está aquí!

—¿Y? —Me tocó entre los muslos subiendo hasta las bragas, que no me había puesto.

—No quiero que nos pongamos a follar mientras él está...

—Es evidente que querías follar en algún momento de la noche... —Me pellizcó el clítoris.

—No, es evidente que no quería que se me marcaran las braguitas. No pienso... —Hice todo lo posible para no sentirme afectada por los cálidos besos que me daba en el cuello, los hombros y la espalda—. No pienso follar contigo ahora.

Soltó una risita sexy y ronca mientras empezaba a desabrocharse los pantalones para ponerse un condón.

—Lo digo en serio, Jonathan —murmuré sin convicción mientras me subía el vestido todavía más—. No quiero follar en una limusina.

—Entonces, no deberías haberte puesto este vestido. —Me apartó de su regazo, pero antes de que pudiera alcanzar los asientos laterales, me cogió de nuevo por los hombros.

Me bajó lentamente sobre él, apretando el pecho contra mi espalda, e intenté no gritar, aunque no me sirvió de nada. Gemí mientras me llenaba con cada centímetro, mientras arqueaba las caderas y me movía arriba y abajo.

«¡Dios...!».

—Jonathan...

—¿Sí? —me acarició los pechos.

—Es que...

—¿Quieres que pare? ¿Que te suelte?

—No... —susurré.

Me pellizcó los pezones.

—Dilo más alto, no te he entendido.

—He dicho que no.

—Venga... —Me soltó y se inclinó hacia atrás, dejando que fuera yo quien tomara el control.

Me apoyé en sus rodillas y arqueé la espalda al tiempo que giraba las caderas. Comencé a moverme lentamente, pero quería más de él, necesitaba más, así que me moví cada vez con más fuerza, cabalgándolo con salvaje abandono.

Se incorporó un poco y me frotó el clítoris hinchado entre los dedos, llevándome cada vez más cerca del borde.

—¡Oh, Dios, Jonathan...!

—Claire, eres increíble —gimió—. Una puta pasada. Dime cuándo estás a punto...

Me encerró entre los brazos y me obligó a bajar el ritmo apretando la cabeza contra mi hombro.

—¿Estás a punto?

—Sí... —gemí—. Voy... voy... —Me estremecía, temblaba, me preparaba para explotar, pero antes de que pudiera alcanzar el orgasmo, Jonathan se retiró de mi interior, levantándose.

Me dio la vuelta y me dejó en el asiento para ponerse a horcajadas sobre mí, sin penetrarme.

—¿Acaso crees que no sé lo que has estado haciendo? —siseó.

«¡Cómo!».

—¿Qué? ¿De qué diablos hablas? —Arqueé las caderas, buscándolo, pero ignoró mi gesto.

—¿Irte pronto para casa? ¿Saltarte las reuniones de los directores de departamentos? ¿Repentinis dolores de cabeza? ¿Acaso crees que soy idiota?

—Yo... —No quería hablar. Quería alcanzar el orgasmo ahora, y él me lo negaba. Comenzaba a sentir dolor—. Por favor, ¿puedes...?

—¿De verdad crees que voy a aguantar esa mierda?

—Jonathan, es que yo...

—No me gustan las señales confusas, ni que me tomen por gilipollas, Claire. En especial en estas cosas. ¿Has entendido?

Sentí que se me abrían los ojos como platos, con una mezcla de sorpresa y frustración hirviendo en mi interior.

—Sí... —jadeé—. Ahora, por favor...

—¿Por favor qué?

Apenas podía hablar. El clítoris me palpitaba con tanta fuerza que me dolía; necesita alcanzar el orgasmo desesperadamente.

—No te gusta esto, ¿verdad? ¿Quedarte sin algo solo porque alguien quiere dar un paso atrás de repente? Y sin ninguna razón.

—No... —murmuré.

—Pues a mí tampoco. —Me mantuvo las caderas clavadas en el asiento y me comenzó a besar el interior de los muslos, provocando que mi necesidad se hiciera todavía mayor—. Pues vamos a ver qué pasa cuando se te niega por completo. A ver qué te parece.

«¡Maldito sea!».

—Lamento haber hecho todo eso, Jonathan. No era mi intención mandarte señales confusas. Ahora, por favor... —Prácticamente suplicaba, retorciéndome debajo de él.

Me deslizó la lengua hasta el ombligo, entre mis pechos.

—¿Vas a dejar de jugar conmigo?

Asentí con la cabeza.

—Dilo.

—Voy a dejar de jugar contigo...

Su mirada se volvió más tierna cuando me miró, como si le afectara lo que acababa de decirle. Se hundió en mí y comenzó a moverse dentro y fuera, lenta y suavemente, y en cuestión de segundos, tenía los ojos cerrados y gritaba, disfrutando del clímax que necesitaba.

—¡Joder! —Jonathan se desplomó sobre mí unos segundos después.

Los dos jadeábamos en sincronía, y antes de que recuperara la respiración, noté que me besaba los labios al tiempo que me tiraba del vestido.

No quería abrir todavía los ojos. No quería mirarle y ver aquella expresión de «Ya te tengo donde quería». Así que estiré las piernas y dejé que se ocupara de mí como siempre, limpiándome con un paño mientras me besaba la frente y el cuello con ternura.

—¿Claire? —Su voz ronca casi me excitó de nuevo.

Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que me estaba mirando. Quise apartar la vista, fingir que estaba loco por haberme negado el orgasmo de aquella forma tan ridícula, pero solo fui capaz de mantener los ojos clavados en los suyos.

—Eres preciosa... —Me levantó y me rodeó con un brazo, sosteniéndome contra su pecho.

Nos quedamos en silencio un buen rato, en ese silencio cómodo y perfecto que solo parecía disfrutar con él.

Miré por la ventanilla y vi que todavía estábamos en la ciudad; me imaginé que cuando Jonathan había indicado que siguiera la ruta más larga debía significar que condujera en círculos, porque mi casa estaba solo a diez minutos y llevábamos en el coche mucho más tiempo.

Empecé a preguntarme a dónde íbamos, tanto esta noche como más a largo plazo. No quería pensar en ello, pero no podía evitarlo, dado que había visto mi torpe intento de distanciamiento. ¿Y si esto acababa convirtiéndose en una relación real? ¿Y si llegaba a durar mucho tiempo y quería tener hijos en el futuro? ¿Debía presentarle a Ashley y a Caroline? ¿Habíamos llegado ya a ese punto? ¿Realmente me gustaba mucho o mi raciocinio quedaba nublado por su buena apariencia y el sexo que me obnubilaba la mente? ¿Era esto algo en lo que los dos nos estábamos...?

—Deja de hacer eso. —Jonathan me subió la cabeza y me besó.

—¿Que deje de hacer qué?

—Deja de pensar sobre esto, sobre nosotros. —Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Déjalo.

—¿Señor Statham? —La voz de Greg llegó a través del altavoz.

—¿Sí, Greg?

—Ya hemos llegado, señor.

Jonathan me besó de nuevo y esperó a que el conductor abriera la puerta. Cuando salió del coche, me tendió la mano.

—¿No te resulta familiar este lugar?

—Sí, es el Golden Gate... —Me quedé quieta, mirando a mi alrededor. No había coches en ninguno de los seis carriles de ida y vuelta, ni turistas apoyados en las barandillas, ni peatones dando un paseo nocturno.

En la distancia se veía una mesa cubierta con un mantel blanco y cientos de velas rojas gigantescas alrededor.

—¿Has bloqueado el puente?

—Sí. —Me apretó la mano mientras me acompañaba a la mesa—. Has

mencionado que te gustaba mucho este puente, así que he pensado que apreciarías mucho disfrutarlo para ti sola durante un tiempo.

«¿Se acordaba de eso?».

—Creía que habíamos convenido que no nos mostraríamos en público...

—Ya me he ocupado de todo.

Me daba vueltas la cabeza. Por un lado, no había creído que estuviera escuchándome cuando le hablé de mi amor por la construcción de puentes, ya que había sido la primera vez que hablamos por teléfono. Y por otro, estaba recordando la pequeña fortuna —cincuenta mil dólares— que le había costado al departamento de marketing reservar una pequeña superficie del puente para rodar el anuncio del sPhone Azul. No quería ni imaginar cuánto habría costado interrumpir el tráfico por completo y cerrar el puente.

Levanté la vista, casi esperando ver los helicópteros de las cadenas televisivas revoloteando, intentando averiguar quién había cerrado el puente más importante de la Costa Oeste, pero no había ninguno. Todo estaba muy tranquilo, y el único ruido provenía del agua que se deslizaba por debajo.

Me separó la silla para que me sentara y me besó en la frente antes de ocupar un lugar frente a mí.

—Buenas noches, señor Statham, señorita Gracen. —Apareció un camarero vestido de blanco—. ¿Qué tipo de vino prefieren tomar esta noche?

—Tomaré lo que ella elija. —Jonathan me miró como si estuviera esperando mi decisión.

—¿Puedo elegir un DeLille Chaleur Estate Blanc de 2010? —pregunté.

—Sí. Excelente opción, señorita. —El camarero se alejó y regresó rápidamente con dos copas de cristal. Las relleno y nos entregó un menú—. Esta es la carta del restaurante de Michael Mina, señorita. El chef ha sustituido todos los platos de marisco por otros franceses e italianos. Regresaré dentro de un rato para tomar nota.

—¿Has elegido el restaurante de Michael Mina por alguna razón en particular? —pregunté a Jonathan sonriendo.

—Fui allí una vez... —probó el vino—, pero jamás tuve la oportunidad de disfrutar con la hermosa mujer que debía conocer.

Miré el menú, apreciando que hubiera recordado que no me gusta el marisco. Me decidí por la opción degustación de nueve platos que ofrecía, entre otras cosas, cordero al horno y pollo caramelizado.

Jonathan pidió lo mismo.

El primer plato apareció pocos minutos después. El emplatado parecía surrealista. Cada verdura brillaba, jugosa; la carne parecía tierna y en su punto. Casi me parecía demasiado perfecto para comérmelo.

Lo miré todo una vez más antes de coger el tenedor y probar un bocado de aquella delicia.

«Esto es increíble...».

Intenté pensar algo que decir, algo que discutir, pero me había quedado sin palabras. Ningún hombre había prestado tanta atención a los detalles en un cita conmigo, ni siquiera Ryan.

—¿Te gusta la comida, Claire? —Me miró a los ojos.

—Me encanta... Es perfecta. —Sonreí—. Si no te importa que te lo pregunte, ¿cuánto has tenido que pagar para que te permitieran cerrar el puente?

—¿De verdad quieres saberlo?

Asentí.

—¿Por qué?

—Solo quiero saberlo... Pagamos cincuenta mil dólares por medio kilómetro, sin interrumpir el tráfico, para el anuncio del sPhone. ¿Un millón? ¿Dos?

—Mucho más, pero vale la pena. —Sonrió y bebió el vino—. ¿Preparada para el siguiente plato?

El camarero fue trayendo uno tras otro, y, para cuando llegó el postre, solo pude probar una cucharada del *mousse* de melocotón.

—Ven, vamos... —Jonathan se puso de pie y me cogió de la mano—. Vamos a dar una vuelta.

Me acerqué a la barandilla del puente y miré hacia el océano. Una fuerte ráfaga de viento me envolvió y me estremecí.

—¿Tienes frío? —Jonathan se quitó la chaqueta y me la puso sobre los hombros.

—Gracias... Sé que apenas estamos en primavera, pero ¿te has preguntado alguna vez por qué hace tanto frío aquí en verano? Cuando me mudé, estaba deseando disfrutar de los días soleados del verano, pero la temperatura es más baja que en invierno.

—Según dicen los de aquí, «El invierno más frío que he pasado fue un verano en San Francisco».

—¿Es una cita de Mark Twain?

—Por supuesto. —Se rio—. O, al menos, dicen que lo dijo, pero yo no estoy convencido de ello... Me gusta mucho leer.

«¿En serio?».

—¿Cuál es tu libro favorito? —pregunté.

—Te lo diré solo si me prometes que no te reirás.

—Te lo prometo.

—Los de Harry Potter.

Eché la cabeza hacia atrás y me puse a reír a carcajadas.

—¿Qué?

—Me lo habías prometido. —Me acercó y me besó el pelo.

—Lo siento. Era lo último que me esperaba. ¿Has sido una de esas personas que fueron a hacer colas a las librerías?

—No. —Negó con la cabeza—. Nada de eso. Me escapaba a la biblioteca los fines de semana, y me leí todos los libros allí hasta que fui a la universidad. Confieso que lo primero que me compré, cuando empecé a ganar dinero, fue la colección completa en tapa dura y en bolsillo. Incluso poseo ediciones firmadas. ¿Cuál es tu libro favorito?

—Son muchos...

—Dime los cinco primeros.

—¿De qué género?

Me miró sonriente.

—¿Te sale de forma natural ser tan difícil o prácticas?

—No soy difícil. Me gustan mucho *Rebelión en la granja*, de George Orwell; *Come, reza, ama*, de Elizabeth Gilbert; *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen; cualquier libro de Joan Didion y *Las verdaderas confesiones de Charlotte Doyle*, de Avi.

—Mmm... Me he leído todos salvo *Come, reza, ama*. Voy a leerlo para conocerte mejor. ¿Puedo preguntarte algo personal? —Me apoyó contra la barandilla.

—Claro.

—¿Estás segura? —Bajó la voz y me miró a los ojos—. Es una pregunta muy personal... —Me tiró del collar.

—Sí.

Apretó el pecho contra el mío.

—En el pasado, ¿con cuántos chicos has estado?

—Con dos.

—¿Dos?

Asentí.

Sonrió y me cogió la mano mientras nos adentrábamos en el puente, hacia un grupo de bancos negros que se extendían a lo largo.

—Dime, ¿el tercero es el más encantador?

—No, no me refería a eso. Quería decir que he estado con dos hombres, tú incluido.

—¿Qué? —Se detuvo—. ¿Tu primer amante fue tu marido?

—Sí. Empezamos a salir en el instituto... Antes de él, hubo algunos chicos, pero no llegamos a tener sexo tradicional, solo besos y toqueteos... —Suspiré—. ¿Necesitas desesperadamente un impulso de ego y vas a preguntarme cuál de los dos es mejor?

—Jamás pregunto nada cuya respuesta sé. ¿Qué es sexo tradicional?

—¿Qué tienes, doce o veintiocho años?

—Veintinueve en verano.

—Sexo tradicional es sexo. Ya sabes, lo que disfrutamos tú y yo desde hace un tiempo.

—¿El sexo tradicional incluye el sexo oral? —bromeó.

Me quedé quieta. Miré hacia el mar y me concentré en un pequeño remolcador que se dirigía hacia nosotros. Debía cambiar de tema.

—Claire. —Me cogió de la barbilla—. ¿Has dicho que sí?

—Eso es demasiado personal...

—No, no lo es. Dímelo.

Suspiré.

—Por supuesto que le hice...

—No hablo de él. Hablo de ti.

—No... Pero eso no significa que...

—¿Nunca? —Abrió los ojos como platos.

—Mi ex era muy directo. Siempre decía que eso no era lo suyo. Cuando nos acostamos por primera vez, yo era virgen, así que jamás lo he echado de menos. No puedes añorar lo que no conoces, ¿sabes? Nos lo pasábamos bien en la cama.

Me miró durante un buen rato, parpadeando lentamente al tiempo que movía la cabeza, negando con la cabeza con incredulidad.

—Vale, déjame preguntarte otra cosa. ¿Habéis practicado sexo fuera de vuestro dormitorio?

—Jamás follamos en una habitación llena de gente, si es eso lo que estás preguntándome.

—¿Nunca te ha dicho guarradas? —me preguntó al oído.
—Jonathan...
—¿Lo ha hecho o no?
—Estas preguntas son completamente...
—Necesarias. Me lo tomaré como un no. —Me pasó los dedos por el trasero
—. ¿Alguna vez te exploró por aquí?
—No... Y no es algo que yo hubiera querido que hiciera.
—¿Por qué? —Me apretó el culo con suavidad.
—Porque eso es... Es...
—¿Inmoral? —Se rio y tiró de mí hacia uno de los bancos—. Lo hablaremos algún día.
—¿Con cuántas mujeres has estado, Jonathan? ¿Con cincuenta?
—¿Cincuenta? —Sonrió—. ¿Incluida tú?
«¡Oh, Dios mío! ¿Son más?»
—¿Es un número demasiado bajo?
—Demasiado alto.
—¿Cuarenta y nueve?
Se rio.
—Diecisiete.
—Guau...
—¿Por qué pareces tan sorprendida?
—Son... son muchas menos de las que esperaba, pero siguen siendo muchísimas mujeres... ¿Mantuviste una relación seria con alguna de ellas?
—Con algunas. Una era amiga con derecho a roce a la que veía cuando no tenía otra relación.
—Y, antes de acostarte conmigo, ¿cuándo fue la última vez que follaste?
—Seis meses antes de conocerte.
—Bueno, eso resulta bastante impactante. ¿No había más mujeres en la empresa que quisieran verse arrastradas a habitaciones secretas o inclinadas sobre tu escritorio después del trabajo?
Se encogió de hombros.
—En realidad no. Estoy demasiado ocupado y debo ser muy cuidadoso en lo que a mujeres se refiere.
—¿Porque tienes problemas de apego?
—¿Te gustaría follar en el Golden Gate? —Me miró con los ojos entrecerrados
—. Y no tengo problemas de apego... Si debo ir con cuidado es porque algunas

mujeres solo se acercan a mí por mi dinero, o están interesadas en ir a la prensa y pretenden chantajearme por estar conmigo.

—¿Te ha ocurrido alguna vez?

—No, a menos que vayas a intentarlo tú. ¿Debería empezar a preocuparme?

—No. —Me eché hacia atrás—. Entonces, sinceramente, ¿en qué punto crees que estamos nosotros?

—Te he dicho que dejaras de pensar en eso. —Me movió para pegar mi espalda a él.

—Solo quiero saber si...

Se inclinó y me besó.

—Ahora no me importa... —susurró—. No estoy saliendo con nadie más, y tú tampoco. Así que ya veremos a dónde vamos...

Me quedé mirándolo a los ojos durante mucho tiempo, mientras él clavaba también los suyos en mí. Quería hacerle más preguntas; sobre las mujeres con las que se había acostado, pero después de que me besara por enésima vez, me olvidé de lo que iba a decir.

Oí el rugido en la distancia, por encima del sonido de las aguas agitadas, y me di cuenta de que la limusina regresaba hacia nosotros.

—Señor Statham..., el puente volverá a abrirse dentro de diez minutos —dijo el conductor, deteniéndose delante de nosotros y bajando la ventanilla.

—Gracias, Greg. —Jonathan me bajó de su regazo y me ayudó a entrar en el coche.

Pensaba que íbamos a continuar aquel largo y épico silencio, y regresar a casa sin hablar, pero me tomó en sus brazos en cuanto arrancó el coche.

Se apoderó de mis labios y me besó de forma apasionada, provocando que deseara que me llevara las cosas más allá y me desnudara. Pero no lo hizo. Usó cada segundo del viaje para explorar mi boca con la lengua y poseer mis labios.

Cuando el coche se detuvo delante de mi casa, me dejó ir lentamente y suspiró. Me acompañó hasta la puerta y me rodeó la cintura con los brazos.

—¿Lo has pasado bien esta noche?

—Sí. Muchas gracias... ¿Estás seguro de que...?

—Nadie nos ha visto. Seguimos siendo un secreto, tal y como querías. —Me dio otro beso con la boca abierta que me hizo perder el equilibrio y caer sobre él. Me abrazó todavía con más fuerza, frotando las manos de arriba abajo por mi espalda mientras me besaba con tanta intensidad que la mente se me quedó en blanco.

No quería que aquel beso terminara. No quería poner punto final a esa noche, pero no sabía si Ashley y Caroline estaban en casa... Y todavía no les había hablado de él.

Antes de que pudiera considerar la idea en profundidad, Jonathan me besó una última vez apasionadamente y dio un paso atrás.

—Buenas noches, Claire.

13

JONATHAN

—¿Sabemos en qué punto está Harrison con la inversión de Uni-Tech?

—¿Estamos seguros de querer comprar Livingston Corp. antes de salir a bolsa? Sus ventas han sido muy malas el último trimestre.

—Es necesario que conozcamos las últimas predicciones del mercado al menos tres semanas antes del lanzamiento de la oferta pública.

—El sPhone Azul ha pulverizado oficialmente el récord de reventas.

Estaba sentado en otra junta, era ya muy tarde y me sentía tentado de decirles: «Francamente, me importa un bledo todo lo que están diciendo. Vámonos de aquí». Sin embargo, algunos de los accionistas estaban conectados desde el extranjero, y sabía que no era el movimiento más inteligente.

Habíamos estado ajustando los detalles de la oferta pública, pero todavía estábamos lejos de terminar: debíamos renegociar las condiciones de compra de acciones, puntualizar los contratos de los empleados y preparar cientos de declaraciones públicas, así como eventos internos.

Había estado tan ocupado que no había visto a Claire en toda la semana; ni siquiera había hablado con ella. No tenía tiempo de asistir a ninguna de las reuniones de los directores de departamento ni de hablar con ella por las noches. Estaba terminando de trabajar a las tres de la madrugada, y ella también estaba ocupada, pues estaban centrados en la campaña de la sTablet, por lo que solo habíamos intercambiado algún que otro mensaje de texto.

No había pensado que no verla durante esos días me irritaría, pero así había sido. Cada vez que me aburría —algo que ocurría cada quince minutos—, me la imaginaba inclinada sobre el escritorio, follándola contra la pared del despacho o gritando mi nombre mientras la llevaba a otro clímax.

«¿En qué más partes de este edificio podríamos disfrutar de relaciones sexuales?».

—¿Señor Statham? ¿Señor Statham? —Uno de los miembros del consejo se aclaró la garganta.

«Quizá en la azotea...».

—¿Sí?

—¿Le parece bien si hoy terminamos la reunión un poco antes?

Miré el reloj. Eran las dos y media.

—Sin problema. —Intenté no parecer aliviado—. Nos vemos el lunes.

Se levantaron de inmediato y salieron de la habitación. No hubo despedidas de buen rollo tipo «Nos vemos mañana» o «¡Estamos haciendo un buen trabajo!», toda esa amabilidad había desaparecido mucho antes, en cuanto la primera reunión terminó pasada la medianoche.

Cerré la carpeta y me di cuenta de que Vanessa estaba junto a la puerta.

—Hola, Vanessa. Las sesiones de negociación no han sido lo mismo sin ti. ¿Qué tal te ha ido en Francia?

—Fenomenal. —Se mordió el labio—. ¿Me has echado de menos?

—¿En qué sentido?

—Divertido. ¿Vas a dormir esta noche en la *suite* de tu despacho?

—Seguramente. —Comencé a recoger mis documentos—. ¿Por qué?

—¿Puedo quedarme a pasar la noche?

Levanté la vista y arqueé una ceja.

—¿Qué?

—Estoy demasiado cansada para volver a casa...

—Le puedo decir a Greg que te lleve. —Saqué el móvil—. ¿Quieres que te lleve también el coche o prefieres...?

—Jonathan, estamos solos. Todos se han ido a casa. No es necesario que actúes como si solo fuéramos amigos.

—Solo somos amigos. ¿No quieres marcharte a casa?

—No, no quiero irme a casa. Es que... —Se detuvo y negó con la cabeza—. Has cambiado la política de confraternización de los empleados de la empresa mientras he estado fuera, y por fin he vuelto... Me lo he tomado como la señal de que por fin has decidido dar una oportunidad a lo nuestro.

—Vanessa, nunca he pretendido...

—No te preocupes. No trato de apresurar las cosas entre nosotros. —Se acercó y me tocó el hombro—. No te estaba insinuando que nos acostáramos esta noche, a menos que quieras, por supuesto... Pero podríamos hablar, ¿sabes? Llevamos mucho tiempo siendo amigos, pero en realidad no nos conocemos más allá de la sala de juntas.

Suspiré.

—Estoy saliendo con otra chica.

—¿Con otra? ¿Desde cuándo?

—Desde... —Eso no era asunto de ella—. Desde no hace mucho.

—Entonces, no es nada serio, ¿verdad? —Se encogió de hombros—. Siempre has sido de relaciones abiertas. Voy a buscar mis cosas al coche y podremos...

—Cuando digo que estoy saliendo con ella, es que la nuestra es una relación exclusiva. Te he dicho una y otra vez que tú y yo solo somos amigos. Quiero que siga siendo así. —«Para siempre».

—No le veo sentido. —Se cruzó de brazos—. ¿De verdad no te sientes atraído por mí?

—No.

—¿No te gusta estar conmigo? ¿No crees que mantenemos buenas conversaciones?

—Eso sí.

—Pero ¿no quieres salir conmigo?

—No. —«¿Acaso se lo puedo decir más claro?».

—Vale... —Respiró hondo y dio un paso atrás—. Imagino que estás saliendo con una empleada de la empresa.

No respondí; me limité a arquear una ceja.

—¿Esa chica tiene nombre?

—Claro.

—¿Y cómo se llama? Los amigos como nosotros podemos decirnos con quién estamos saliendo, ¿no?

—¿Podemos? —Me levanté—. Jamás ha sido mi intención darte falsas esperanzas. Y si aun así lo he hecho, lo siento. Creo que eres una mujer guapa, inteligente y...

—Ahórrame tu lástima, Jonathan —se burló, dirigiéndose hacia la puerta—. No me vengas llorando cuando tu empleaducha vaya a la prensa o intente chantajearte. No te ayudaré.

—Nos vemos el lunes, Vanessa. Muy bonita tu falda.

—Vete a la mierda. —Puso los ojos en blanco y se marchó.

Esperé diez minutos antes de salir de la sala de conferencias. No quería cruzarme con ella —ni con nadie más— mientras subía.

Presioné el botón de mi *suite* privada y suspiré. Se me ocurrió que podía llamar a Claire, pero pensé que ya estaría dormida.

Entré en la habitación y me recosté en la cama.

En la tele no había nada, salvo esos *shows* de renovación que tanto le gustaban a Claire. El que estaban emitiendo trataba de dos hombres que derribaban un porche para convertirlo en una terraza envolvente.

«¿Cómo se puede ver esto sin quedarse dormido?».

Cambié el canal a uno de televenta donde anunciaban un barra de jabón mágica que podía limpiarlo todo, y me metí debajo de las sábanas. Cogí el portátil y me puse a revisar los documentos de la semana, para leer todo aquello que no me había molestado en escuchar.

Mi móvil comenzó a sonar, y supuse que era uno de los miembros del consejo enviándome un correo electrónico con las notas de la última reunión, pero siguió sonando.

Le di la vuelta y miré la pantalla.

«¿Claire?».

—¿Hola? —respondí.

—Hola...

—¿Estás bien? —Me senté en la cama—. ¿Te ha pasado algo?

—No, solo se me ha ocurrido... llamarte para hablar contigo.

—¿A las tres de la mañana?

—No sé cuándo puedo llamarte. ¿Podrías enviarme tu horario para entender mejor cuándo es una buena hora?

—Le diré a mi secretaria que te envíe mi calendario por correo electrónico.
¿Qué tal estás?

—Bien.

Puse las gafas de lectura en la mesa auxiliar.

—Tu voz no dice eso...

—¿Qué dice mi voz?

—Pareces jadeante, casi sin aliento, como si estuvieras susurrando, ¿estás segura de que estás bien?

—Sí. Estoy bien. Te llamaba para hablar de trabajo.

—¿De trabajo?

—¿Es que te has vuelto sordo?

—¿De qué trabajo, Claire?

—Bueno, estaba pensando que..., eso..., que había un montón de...

—¿Me has llamado porque estás cachonda?

—¿Qué? —Contuvo la respiración—. No, no estoy cachonda. Estoy...

—Sí, lo estás.

—Jonathan, te he llamado porque...

—Admítelo —sonreí.

—No... No te he llamado por eso.

—Vete a por el portátil.

—¿Para qué?

—Voy a ayudarte con tu problema.

Se quedó en silencio, y solo pude oír su suave respiración al otro lado de la línea.

—¿Claire?

—¿Qué?

—Vete-a-por-el-portátil.

—Mmm... Espera un momento... —Volvió a hablar unos segundos después —. Ya lo tengo.

—Vale. Entra en tu correo electrónico. —Salí de la cama y entré en la sala de la *suite*. Me serví una copa de whisky y me senté en una silla.

—Acabo de entrar —murmuró.

Puse las contraseñas de mi propia cuenta y abrí la aplicación de chat asociada para conectar con ella.

Unos segundos después, su hermoso rostro apareció en mi pantalla. Estaba apoyada en un montón de almohadas rojas, y vi que el edredón era dorado.

Movió el portátil un poco, de forma que la veía mucho mejor. Llevaba una camiseta de algodón blanca y el pelo recogido en rulos color rosa.

Estaba jodidamente sexy...

—Ya puedes colgar el teléfono —aconsejé, todavía sonriendo.

Puso los ojos en blanco y bajó el móvil.

—Así que, ya que no estás cachonda, ¿de qué querías hablarme?

—De la sTablet. —Parpadeó un par de veces, lo que me llevó a sentirme seguro de que estaba mintiéndome.

—¿De la sTablet? ¿En serio?

—Bueno... —Realizó una pausa—. Hemos reducido las propuestas comerciales a cuatro, y las directrices de la campaña deben estar decididas para finales de...

—Quítate la camiseta.

—¿Qué?

—Quítatela.

Ella vaciló unos segundos, y pensé que iba a verme obligado a repetir mis palabras, pero luego se quitó la prenda por la cabeza lentamente, dejando a la vista un sujetador de encaje rojo.

«Tenía que haber enviado a Greg a recogerla...».

—Como estaba diciéndote... —Era evidente que ella estaba tratando de ponerme esto más difícil de lo necesario—. A finales de la semana que viene...

—¿Estabas tocándote antes de llamarme?

Se puso roja.

—¿En qué estabas pensando? —Incliné la pantalla—. Y no te atrevas a mentirme.

—Estaba pensando en... —Su voz se apagó.

—¿En qué?

—En ti...

—¿En mí follándote? Sé más específica.

Sus mejillas adquirieron un color escarlata.

—Jonathan...

—Quítate el sujetador y las bragas, si es que hoy las estás usando...

Pareció sorprendida, pero se desabrochó el sujetador y se bajó los tirantes por los hombros, dejando al descubierto sus voluptuosos senos y los pezones de fresa.

No hizo ningún movimiento más, así que sonreí; me encantaba el hecho de que no le importara desnudarse.

—¿Vas a decirme en qué estabas pensando, Claire? ¿O voy a verme obligado a adivinarlo?

Contuvo el aliento y miró a un lado unos segundos.

—Estaba... Estaba...

—Tócate las tetas...

Subió las manos lentamente y se acarició los pechos, apretándoselos con suavidad.

—No, así no. —Negué con la cabeza—. Tócatelas como lo hago yo cuando te follo desde atrás.

—Jon...

—Hazlo.

Jadeó y se quedó paralizada.

—Claire... —La miré con los ojos entrecerrados.

Parpadeó un par de veces, pero luego se agarró los pechos con fuerza, se pellizó los pezones erizados, retorciéndolos con dureza y tirando de ellos.

—¿No vas a decirme en qué estabas pensando? ¿Qué quieres? ¿Cómo te gusta que te folle?

—No... —Su respiración se volvió intermitente y ver la expresión de su rostro

me hizo desear que estuviera conmigo, en persona, que pudiera ocuparse de mi hinchada erección.

—¿Estás mojada? —En la pantalla, vi que alejaba una de las manos de los pechos hasta una parte que yo no podía ver.

No me respondió. Se mordió el labio y me miró a los ojos con una sensación de anhelo, de deseo.

—Puesto que no vas a decirme qué quieres que te haga... —Moví la pantalla—. Quiero follarte la boca.

Me miró sorprendida.

—He querido sentir tus labios alrededor de mi polla desde el primer día que nos conocimos.

—¡Oh, Dios! —Ella cerró los párpados.

—Vuelve a abrir los ojos... Mírame. Mí-ra-me.

Soltó un gemido ahogado y parpadeó despacio.

—Quiero ser el primer hombre que te saboree. Quiero besarte el clítoris y follarte con la lengua. ¿Vas a dejarme?

—Ahhh...

—Respóndeme.

—Síiiii.

—Te gusta que te hable así, ¿verdad?

Volvió a cerrar los ojos; moviendo su cuerpo lentamente hacia delante y hacia atrás contra aquellos dedos que deseé poder ver.

—No puedo esperar a verte de nuevo. —Bajé la voz—. Te voy a follar hasta que pierdas el sentido.

—Para... Deja de hablar...

—Dime que eres mía. —Sabía que estaba a punto de correrse por cómo se mordía el labio y sacudía la cabeza—. Dímelo.

—Sí..., sí... —Colapsó sobre las almohadas—. Soy tuya.

La vi jadear buscando aire mientras convulsionaba, noté las vibraciones que atravesaban su sensual cuerpo, y esperé a que se calmara.

Le llevó varios minutos controlar su respiración, que su pecho dejara de subir y bajar de forma errática.

Cuando por fin recuperó el resuello, cogió el portátil y se lo acercó al pecho.

—¿Ha desaparecido ya tu problema? —Arqueé una ceja.

Se recostó contra las almohadas y reprimió una sonrisa.

—No tenía ningún problema...

—Claro que no. ¿Algún plan para hoy?
—Pensaba dar una vuelta a las siete por el parque del Golden Gate. ¿Y tú?
—Me pienso dar ahora mismo una larga ducha fría. —Noté que reprimía una carcajada—. No creo que haya mucha gente por allí a esas horas.
—¿Estás insinuando que quieres unirme a mí?
—No necesito andarme con insinuaciones. —Sonreí—. Nos vemos dentro de unas horas.

Claire se detuvo y se dejó caer en un banco junto al lago.

—Ese camino es increíble —jadeó, pero necesito descansar un minuto.
Me senté a su lado, observando cómo las gotas de sudor le resbalaban por el pecho. Siempre me sorprendía lo bien que estaba siempre. Iba vestida con una sudadera gris y una camiseta sin mangas de color púrpura, pero aun así me parecía impresionante.
—¿Puedo preguntarte algo? —Me miró.
—Claro que puedes.
—¿Estás seguro? —insistió bajando la voz—. Es una pregunta muy personal.
—¿Te estás riendo de mí? Pregúntame lo que quieras...
—¿Por qué sentiste la necesidad de cambiar tu biografía en la página web de la empresa?

«Guau... Eso no lo he visto venir...».
—Es una cuestión complicada. —No quería hablar de eso.
Asintió y miró a lo lejos, a unos pájaros que acababan de aterrizar en masa alrededor del lago; al pequeño grupo de niños que intentaban construir un castillo con la arena húmeda.

Luego se inclinó hacia atrás y empezó a estirar los músculos, levantando los brazos sobre la cabeza y flexionando las piernas.

De repente, me di cuenta de que, a diferencia de todas las demás mujeres con las que había salido en el pasado, Claire no sería la primera en abrirse, si es que lo llegaba a hacer en algún momento. No confiaba en mí, y supuse que, en realidad, no le había dado demasiadas razones para ello.

—Mis padres vendían *crack*. —Me volví para mirarla—. Solían dejarme encerrado en la caravana donde vivíamos con mi hermana pequeña mientras salían a trapichear con droga. Cuando estaban en casa, o bien estaban inconscientes o nos gritaban por cosas que ni siquiera importaban.

Cruzó las piernas en el banco y me miró a los ojos. Parecía sentir simpatía, pero no quería que esto se convirtiera en una presión emocional. Solo quería que conociera los hechos y cambiar de tema.

—Así que nos vimos obligados a buscarnos la vida. Yo tenía ocho años y ella, tres. Al principio, nos dejaron solos unas horas, una noche aquí y otra allá. Pero en el verano, nos dejaban semanas encerrados. Los dos llorábamos para que alguien viniera a ayudarnos, aunque no apareció nadie...

Suspiré.

—Cuando cumplí doce años, me dedicaba a cuidar de mi hermana, tratando de mantenernos fuera del camino de nuestros padres. Intentaba quedarme en la escuela todo lo que podía y me aseguraba de no estar en la caravana cuando estaban ellos. Pero un viernes en particular, en el que se canceló la actividad lectiva por una tormenta, tuvimos que ir a casa. Cuando llegamos, mis padres estaban entrando en un coche y dijeron que volverían pronto. Accedimos a la caravana como de costumbre y cerraron la puerta. Metí a mi hermana en la cama, y estaba a punto de dormir, pero vi que la calefacción estaba en llamas. Traté de apagar el fuego, pero solo conseguí avivarlo.

»Fui a despertar a Haley, pero empezó a gritar cuando vio las llamas a mi espalda, además enseguida se dio cuenta de que el fuego bloqueaba la única puerta. Nos encerramos en el cuarto de baño con la esperanza de que los vecinos vieran las llamas y llamaran a los bomberos a tiempo de salvarnos. Pero un humo negro comenzó a filtrarse por debajo de la puerta, y noté que las bisagras metálicas se deformaban y se doblaban por el calor.

»Me puse a tirar cosas por la ventana que había encima del lavabo; botellas de champú, botes de gel, cepillos, con la única intención de romperla, aunque no lo conseguí. Haley lloraba histérica, golpeaba las manos contra la mampara de la ducha mientras yo intentaba abrir esa ventana de todas las formas posibles. Después de un rato, dejé de oírla. Se había desmayado.

»No sabía qué hacer, así que seguí tirando cosas a la ventana, sin pararme a ayudarla.

—¿Tu hermana murió? —La expresión de Claire era triste.

—No. —Me pasé la mano por el pelo—. Me las arreglé para abrir la ventana con el cubo de la basura metálico. La cogí y la lancé fuera; yo salí unos minutos antes de que la caravana explotara. Si tuviera que escribir eso en mi biografía, sería algo así: «Mis padres me dejaron encerrado con mi hermana en un laboratorio clandestino de metanfetaminas, que explotó, lo que hizo que nos

separaran y nos llevaran a distintas casas de acogida mientras ellos cumplían largas penas en prisión». Es algo que no quiero que sepan ni mis empleados ni mis competidores. La gente es muy mala, y capaz de usar cualquier cosa en una campaña de difamación.

—Lo siento mucho... Si lo hubiera sabido, no te habría preguntado...

—No pasa nada. No pienso en ello demasiado.

Se mantuvo en silencio unos momentos.

—¿Puedo preguntarte algo más?

—¿Es igual de deprimente?

—No. —Negó con la cabeza—. Es sobre las mujeres con las que has salido antes.

—Pregunta.

—¿Alguna vez has salido con una mujer mayor que tú?

—No.

—¿Por qué?

—No suelo preguntarle la edad a una mujer hermosa antes de invitarla a salir.

—Noté que se ruborizaba—. Sencillamente no me había ocurrido antes. No hay ninguna otra razón.

—¿Y te has acostado con diecisiete mujeres?

—¿Te sentirías mejor si te dijera que te mentí al respecto?

—Quizá. Inténtalo.

—Vale, Claire. —Traté de sonar lo más sincero posible—. No, en realidad no me he acostado con diecisiete mujeres. Es un número ridículo... He mentido para que parezca que tengo más experiencia. La verdad es que cuando te conocí era virgen. Pero supe en cuanto te vi y oí las palabras punzantes que salían de tu boca que era contigo con quien quería perder la virginidad. No iba a decírtelo, pero lloré después de la primera vez que...

—Eres un idiota. —Me dio un puñetazo juguetón en el hombro y la estreché contra mí.

—No estoy mintiendo —le pasé los dedos por los labios con suavidad—, a diferencia de otras personas que conozco... —Le impedí que se riera con un beso y la apreté contra el banco, pero de repente, se levantó de un salto.

—¡Oh, Dios mío...! —dijo mientras negaba con la cabeza—. Sabía que debíamos habernos marchado antes...

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¿Claire? ¿Señor Statham? —El señor Henderson, uno de los directores de

campana, frenó su carrera delante de nosotros y se quitó los auriculares—. ¿Aquí...? ¿Juntos...? —Arqueó una ceja.

Claire suspiró, y parecía a punto de decir algo cuando me levanté.

—No. En absoluto, señor Henderson. Me he tropezado con la señorita Gracen mientras corría y le he pedido que se sentara conmigo un momento. ¿Acaso todos los directores se reúnen aquí los sábados por la mañana? ¿La estoy manteniendo alejada del grupo?

—Oh, no... —Negó con la cabeza—. Pero quizá deba empezar a venir más a menudo... Claire, no sabía que corrías. ¿Crees que podremos venir juntos algún día a echar unas carreras?

«Todo esto de las citas secretas no va a funcionar durante demasiado tiempo...».

—Mmm... —Claire me miró—. No sé si...

—Encontrarlos ha sido una agradable sorpresa. Me alegra saber que los empleados son amigos fuera de las oficina. —Miré hacia otro lado—. Regresaré al banco a descansar un poco más. Le deseo un buen sábado, Henderson. —Miré a Claire con los ojos entrecerrados—. Señorita Gracen...

Me acerqué al banco, a solo unos metros de ellos, y fingí concentrarme en el móvil.

—¿Qué ibas a decir, Claire? —Él le sonrió.

—Estaba diciendo que no sabía si sería una buena idea... Trabajamos juntos, en el mismo departamento...

—Ambos sabemos que la política de no confraternización ha sido cancelada hace semanas. —Se acercó y le acarició la mejilla con el dorso de la mano—. Solo será una carrera, Claire. Si lo pasamos bien, y creo que así será, podríamos almorzar juntos más tarde. A unos cuatro kilómetros de aquí hay un lugar donde dan unos sándwiches fabulosos.

—Es que...

—Siempre he querido invitarte a salir. Eres guapísima, pero con aquella política y todo eso, y tú que eres tan...

—¿Yo soy tan qué...? —Claire inclinó la cabeza a un lado y sonrió.

«¿Está coqueteando con él? ¿Delante de mis narices?! ¿Delante de mí?».

—Nada, nada... Siempre he querido invitarte a salir, eso es todo. ¿No quieres venir a correr conmigo el sábado próximo?

—No puedo. Es decir, gracias por la invitación, pero no puedo salir contigo... Ahora mismo salgo con otra persona más o menos.

«¿Más o menos?».

—¿Es una relación exclusiva o estáis abiertos a salir con más personas?

Claire vaciló, y yo casi me levanté de un salto para besarla a plena luz del día, delante de él y de cualquiera que quisiera verlo.

—Estoy saliendo con otro, Matthew...

—Vale. —Sonrió—. Avísame si no funciona, ¿de acuerdo? Creo que estaríamos bien juntos. Tenemos mucho en común... —Y la miró una última vez antes de marcharse.

«No doy crédito con esta mujer... Posee unos nervios de acero...».

Henderson reanudó su carrera y Claire regresó al banco.

—Creo que debemos largarnos antes de que aparezca alguien más. —Suspiró—. Son casi las nueve.

—¿Te avergüenzas de mí, Claire?

—¿Qué? Claro que no. Es que...

—¿Qué razón hay detrás de mantenernos tan ocultos? La política de no confraternización ya no es la misma desde hace tiempo.

—La razón es que tú eres el propietario de la empresa, el director general, y yo la directora del departamento de marketing, un puesto de nivel medio. La nuestra ya es una relación complicada debido a la diferencia de edad, pero nuestros entornos son...

—¿Quieres un puto ascenso? ¿Un asiento en el maldito consejo? ¿Qué mierda de puesto quieres? Porque lo tendrás hoy mismo. ¿Qué debo hacer para asegurarme de que la gente sepa que salimos juntos y que no te interesa ningún otro, porque no sabes dejarlo claro?

—¿Perdona? —se burló—. No es necesario que me insultes ni que actúes como tuvieras el control de...

—¿Qué puesto quieres?

—No se trata de un puesto, Jonathan. Es más bien que no debería salir con el director general, que, además, es el hombre más celoso y posesivo que he conocido.

—Te has olvidado de «el más sexy».

Puso los ojos en blanco y se levantó.

—He aparcado el coche al otro lado del lago. Nos vemos el lunes, en el trabajo.

—Detente. —Alargué la mano y le agarré el brazo—. He sido sincero y abierto contigo. Te he dicho desde el principio que soy un tipo celoso, y no mentía. No quiero verte con otro, y no quiero que nadie piense que estás libre... ¿Qué debo

hacer para asegurarme de que no ocurre?

—Deja de ser tan inmaduro.

—No estoy siendo inmaduro, solo protejo lo que es mío.

—Yo no soy...

—¿No eres qué? ¿Mía? ¿Era eso lo que ibas a decir?

Se cruzó de brazos con un exasperado suspiro.

—¿Por qué has dejado que te tocara aquí? —Le pasé los dedos por la mejilla —. No me ha gustado verlo...

—¿Cómo iba a imaginar que me iba a tocar? No puedo leer la mente... En serio, es necesario que nos marchemos antes de que esto empiece a llenarse de gente. El señor Barnes corre por aquí algunas veces, y también algunos chicos del departamento...

—¿A dónde vas? —Le rodeé la cintura con un brazo.

—A casa. —Intentó quitarme la mano, pero la mantuve firme.

—No creo...

—Jonathan, me voy a casa. Ahora mismo. Acéptalo.

—No. No vas a tu casa. Vas a venir conmigo. —La miré con los ojos entrecerrados—. No podemos esquivar más este tema, y debemos asegurarnos de que estamos de acuerdo. No creo que entiendas lo que significa que eres mía.

—Muy bien. ¿Y solo vamos a hablar?

—Sí..., después de que te folle hasta dejarte sin sentido.

14

JONATHAN

Claire: «¿Podrías, por favor, dejar de llenarme el despacho con cientos de flores cada día? ¡Comienza a ser ridículo!».

Jonathan: «No quiero que nadie piense que estás disponible».

Claire: «¡Nadie me considera disponible! Te he dicho que nadie ha intentado salir conmigo, salvo tú —excepto Henderson el sábado—, y estoy empezando a pensarme si seguir con nuestro acuerdo...».

Jonathan: «¿Estás amenazándome, Claire? Es necesario que te des cuenta de cómo te miran cada vez que entras en una reunión, o cuando vas por el pasillo... Nadie ha tratado de hablar contigo por esa maldita política de no confraternización, y han supuesto que no les darías ni la hora...».

Claire: «Yo no amenazo».

Jonathan: «Estoy deseando ser castigado. Te veo esta tarde».

—¿Señor Statham? —La terapeuta se aclaró la garganta—. ¿Está preparado para empezar?

Traté de no poner los ojos en blanco. Había contratado a una psicóloga para que mediara entre mi madre y yo, dado que no podíamos estar en la misma habitación sin discutir durante más de cinco minutos.

Aunque mi madre la consideraba una idea brillante, yo tenía mis dudas; hoy no parecía muy por la labor: llevaba el pelo recogido en una coleta, no se había planchado los pantalones y apestaba a cerveza y tabaco.

—Sí, estoy preparado.

—Muy bien. —Entrelazó los dedos—. Comenzaremos con unas preguntas sencillas para ver dónde nos encontramos. Señora Statham, es decir, Denise, ¿qué espera lograr con estas sesiones?

—Quiero que mi hijo me vuelva a respetar... Que me permita entrar en su

vida para que podamos empezar de nuevo.

—De acuerdo... —La terapeuta tomó algunas notas—. ¿Y tú, Jonathan? ¿Qué esperas tú?

—En realidad no espero ganar nada... Quizá poder sentarme en una habitación con ella sin ponerme a gritar. Eso sería suficiente.

Mi madre cruzó las piernas.

—A eso exactamente me refería, doctora. Solo la ha contratado para dar buena imagen, para que parezca que lo está intentando, pero en realidad no es así. A él le importa un bledo que...

—¿Le has contado cuántas veces has recaído? ¿Cuántas veces has entrado y salido del centro de rehabilitación? ¿Que ahora mismo deberías estar ingresada?

—¡Maldición, Jonathan! Estoy tratando de hacer algo por mí misma. Trabajo mucho. ¡Deja de echarme en cara mi pasado!

—Cálmate, Denise. —La terapeuta le dio un vaso de agua—. Jonathan, en esta etapa, no es necesario que empecemos a señalar a nadie con el dedo ni a echar culpas. Debemos avanzar muy poco a poco. Estoy segura de que quieres conseguir algo de estas sesiones.

Me recliné en la silla y me puse a pensar un buen rato.

—No quiero estar enfadado con ella.

—¡Genial! Ese es un buen comienzo. Ahora, Denise, te voy a hacer una pregunta, y quiero que me respondas con la mayor sinceridad posible. Jonathan, por favor, no la interrumpas... ¿Por qué crees que la relación con tu hijo no es buena?

Mi madre me miró y suspiró.

—Cuando Jonathan nació, yo tenía veinticinco años... No estaba preparada para ser madre, pero lo hice lo mejor posible con los medios a mi alcance. Su padre y yo teníamos tres empleos cada uno para llegar a fin de mes, y antes de darnos cuenta, nació la niña. Un día, mientras repasábamos algunas facturas atrasadas, vinieron algunos amigos y nos preguntaron si queríamos probar un poco de metanfetaminas para estar menos agobiados, ya sabes. No lo pensamos y...

—Pasaron de consumidores ocasionales a consumidores crónicos. Y después se convirtieron en los vendedores de metanfetaminas más buscados del estado de Ohio. Es una historia muy inspiradora. —Puse los ojos en blanco—. De hecho, estoy pensando en convertirlo en una obra de Navidad.

—Jonathan, déjala terminar... —suspiró la terapeuta.

—De todas formas —intervino mi madre—, yo era una madre horrible..., lo sé. Lo he estropeado todo..., pero estaba drogada, no era yo misma. No era mi intención dejar a mis hijos solos y descuidados... Fue culpa mía que me los quitaran, pero ahora estoy limpia, y quiero tener la oportunidad de ser la madre que debería haber sido entonces.

—Muy buen comienzo, Denise. Jonathan, ¿qué sientes ante lo que acaba de decir tu madre?

—¿Qué quieres decir con «qué siento»?

—¿Cómo te sientes? ¿Crees que es sincera?

—Mi madre lleva limpia ¿cuánto? ¿Dos meses? A finales de mes, volverá a estar en la clínica de rehabilitación y ni siquiera recordará esta sesión, algo muy lógico, porque no eres la primera psicóloga que contrato, y ella no se acuerda de ninguna de las otras. Así que me siento... Igual. No siento nada.

—Se ha disculpado por dejarnos sin comer a tu hermana y a ti. Se ha...

—Al decir «dejarnos sin comer» estás dando por hecho que pensábamos que era cuestión de tiempo tomar algún tipo de alimento. Mi madre no nos dejó sin comer. No nos dejó con hambre. Nos dejó hambrientos. A veces fueron días o semanas los que pasamos encerrados en la caravana con solo unos granos de arroz para comer. Hasta que no me di cuenta de que podía salir por la ventana para llegar a los contenedores de basura, no supe lo que significaba la palabra «hambre».

Hubo silencio.

La terapeuta se quitó las gafas y nos miró alternativamente a uno y otro.

—Vale, tenemos mucho en lo que trabajar durante los próximos meses... Vamos a tomarnos un descanso y nos volveremos a ver la semana que viene, ¿vale?

—De acuerdo. —Me levanté y le di un abrazo a mi madre. A pesar de lo furioso que pudiera estar con ella, siempre la estrechaba entre mis brazos, por si recaía antes de nuestro siguiente encuentro y no la veía durante los próximos ocho meses.

—¿Quieres cenar conmigo esta noche? —Me devolvió el abrazo—. No es necesario que nos digamos nada. Podríamos ir a uno de esos restaurantes donde ponen películas. Nunca hemos visto una juntos.

«Y probablemente nunca lo haremos...».

—Quizá en otra ocasión. Tengo una cita esta noche.

Aparqué delante de casa de Claire y tiré del freno de mano para que el coche no se deslizara por la colina. Pensé en preguntarle cómo se le había ocurrido comprarse una casa en lo alto de una ladera; no me parecía seguro.

Al verme, Claire me envió un mensaje.

Claire: «Llegas pronto... ¿Qué coche es ese?».

Jonathan: «Es un Lamborghini Murciélago. La reunión ha terminado antes de lo previsto, pero tómate el tiempo que necesites... Ponte un vestido».

Me puse a mirar los correos electrónicos en el móvil, ignorando la mayoría de ellos. Había estado recibiendo unos quinientos al día desde que salió la noticia de que la empresa iba a salir a bolsa; incluso había tenido que contratar temporalmente a una persona que me gestionara el correo para poder enterarme de todo.

«Esta oferta pública de acciones va a ser mi muerte...».

Cuando levanté la vista, vi a Claire cerrando la puerta de casa. Salí del coche y me acerqué al lado del copiloto.

—Un traje pantalón muy bonito. —Me reí—. De hecho, me gusta.

—Gracias. Ya me he imaginado que te gustaría cualquier cosa que eligiera.

Entró en el coche. Me volví a sentar detrás del volante y encendí el motor.

—¿A dónde vamos hoy? —preguntó—. ¿Has cerrado Ocean Beach para poder comer allí?

—¿Te gustaría?

Negó con la cabeza y sonrió.

—Vamos a Pittsburgh Rivers.

—¿Qué? —Palideció.

—A Pittsburgh Rivers. Es un restaurante de especialidades a algunos kilómetros de aquí. Ofrecen comidas temáticas de esa ciudad. Esperaba que me sugirieras algunas especialidades locales, ya que es el lugar donde naciste.

—Oh...

—¿Estás bien?

—Sí. —Volvió la cabeza hacia la ventana—. Estoy bien.

En unos minutos, llegamos al aparcamiento, y la miré. No me había dicho nada de lo que le pasaba en el coche. Había estado muy callada y tranquila, sin mostrar ni pizca de su sarcasmo habitual.

—¿Seguro que estás bien, Claire? Si no quieres, no tenemos por qué comer ahí. Podemos ir a mi casa de la playa, o...

—Seguro. Solo es que estoy un poco cansada.

Sabía que me estaba mintiendo, pero decidí no presionarla más. La ayudé a salir del coche y la guie hasta el restaurante.

—Buenas noches, señor Statham. Síganme.

El *maitre* nos llevó a un comedor privado. En las paredes aparecían imágenes con los puntos de referencia más populares de Pittsburgh —el campo del Heinz, la catedral de Learning, el Carnegie Museum—, y estaba seguro de que Claire comentaría algo al respecto, pero no dijo ni una palabra.

—Bienvenidos a Pittsburgh Rivers, o lo que podríamos llamar un pequeño rincón de la gran ciudad de Pittsburgh en San Francisco —dijo el camarero. Luego nos ofreció las cartas con el menú—. ¿Van a degustar el menú completo o solo medio menú? El especial Hot Metal Bridge solo está disponible en la versión completa.

—Completo. —Noté que Claire se encogía.

—Buena elección. Haré el pedido enseguida, señor. ¿Les apetece probar el vino que recomienda el chef? Es un caldo francés importado.

—¿Cuál es?

—Un vino maravilloso, un Bordeaux de 1975 que...

Claire empezó a toser y se levantó.

—Perdón. Vuelvo enseguida.

—No, gracias... —le dije al camarero mientras ella se alejaba—. Preferimos tomar champán. Tráiganos el mejor de la carta.

—Sí, señor —dijo antes de retirarse.

Volví a revisar los correos electrónicos mientras esperaba a que Claire se reuniera conmigo en la mesa. Veinte minutos después, no había regresado.

Me levanté y fui al cuarto de baño, donde llamé antes de entrar.

—¿Claire?

—Salgo dentro de un minuto —suspiró.

Entré, cerrando la puerta a mi espalda. Recorrí todos los cubículos vacíos hasta verla sentada en uno, con la cabeza gacha.

—¿Qué te pasa? —Le toqué el hombro—. Dímelo.

—¿Podemos...? —Levantó el cuello lentamente para mirarme—. Por favor, ¿podemos marcharnos de aquí?

—¿A dónde quieres ir?

—Me da igual siempre que no sea aquí.

La cogí de la mano y tiré de ella. Quería llevarla a la casa de la playa, pero quedaba a unos cuarenta minutos, así que fui al *loft* que poseo en el centro.

Una vez más, se mantuvo callada en el interior del coche. Con la vista clavada en la ventanilla, y en una ocasión la pillé secándose una lágrima.

—Bienvenido, señor Statham. —El portero me cogió las llaves en cuanto llegué al edificio.

—Gracias, señor Reese. —Ayudé a Claire a salir del coche—. ¿Podría llevarlo al garaje?

—Por supuesto.

Me acerqué a Claire cuando entramos en el ascensor, y observé su pálido rostro reflejado en el espejo. Al llegar al apartamento, la conduje hasta el sofá y me senté a su lado.

—Háblame... Cuéntame qué te pasa.

—No es nada. Solo tengo un mal día. —Forzó una sonrisa—. ¿Vemos alguna película?

Le encerré la cara entre las manos.

—Si quieres que lo nuestro funcione, debes abrirte a mí... Si fuera algo estrictamente físico o no me importaras, no me preocuparía por ti, pero no es así. Confía en mí.

—Entonces, ¿no vemos ninguna película?

—No vamos a ver una peli. Vas a decirme qué te pasa. Tu actitud cambió por completo desde el instante en que mencioné el Pittsburgh Rivers, y quiero saber por qué. Puedes quedarte sentada y mantenerte en silencio todo el tiempo que quieras, pero no vamos a marcharnos de aquí hasta que me lo cuentes todo.

Se recostó en el sofá y cerró los ojos.

«Suficiente...».

Saqué el móvil para pedir la cena, pero ella se volvió hacia mí.

—Mi exmarido me propuso matrimonio en el campo del Heinz —explicó—. Conocía a uno de los fisioterapeutas del equipo y nos dejó pasar después de un partido. Yo pensaba que íbamos a hacer una visita privada, pero él me llevó a la línea de cincuenta yardas y me lo pidió allí mismo. Fue muy romántico. Incluso se las arregló para que en el marcador apareciera «¿Quieres casarte conmigo?», con brillantes luces amarillas. Después de eso, solo existió él, hasta catorce años más tarde, cuando me enteré de que estaba liado con mi mejor amiga, que a su vez estaba embarazada de él... Cuando me enteré, todo lo que había visto

hermoso en Pittsburgh se convirtió en algo feo.

De repente, me sentí culpable por haberla llevado a ese restaurante, por pensar que le haría recordar algo agradable y que sería una forma de que me hablara de su pasado.

—Ya no pienso tanto en aquello, pero todavía siguen asaltándome recuerdos aquí o allá, y, claro...

—¿Qué? —Me acerqué más.

—Todavía algunos días no puedo creérmelo... ¿Mi mejor amiga y mi marido? ¿Las dos personas en las que más confiaba? —Suspiró—. Solía viajar con ella a Nueva York todos los años para celebrar su cumpleaños. Siempre hacíamos lo mismo: Times Square, una obra en Broadway y una noche de chicas en la ciudad... La última vez que fuimos, ella estaba embarazada de tres meses, y me pasé el tiempo comprándole cositas para el bebé porque me sentía muy feliz por ella... No puedo evitar pensar en la persona que era en realidad, una que celebraba su cumpleaños conmigo, a pesar de que sabía que estaba embarazada de mi marido... ¿Sabes lo jodidamente desagradable que es la idea?

La abracé cuando se apoyó en mí.

—Cuando le pregunté a mi marido por qué, por qué me había engañado con mi mejor amiga, me dijo que siempre había notado algo entre ellos dos. Que había sentido algo por ella desde el principio, pero que había pensado que elegirme a mí era la opción más segura... Entonces, una noche que estaban juntos bebiendo, en mi casa, para que veas la ironía, una cosa llevó a otra y... Después de años reprimiendo sus sentimientos, no pudieron negarlos más... ¿No te parece la gilipollez más idiota que has escuchado nunca?

No dije nada. Solo le acaricié la espalda suavemente.

—El año pasado tuvieron una niña... Desde entonces, han viajado juntos por todo el mundo, y han llevado a cabo todas esas cosas que siempre había imaginado que él y yo realizaríamos en este momento de nuestras vidas. Incluso la ha llevado al Canal de Panamá, donde se suponía que... adonde decía que iríamos para celebrar los quince años de casados, pero nunca llegamos a viajar porque... Porque... —Se interrumpió y negó con la cabeza.

—Lamento mucho que haya pasado todo eso, Claire.

Esperaba que dijera algo más, incluso que llorara, pero se limitó a enterrar la cabeza en mi pecho y se durmió.

Sentí que Claire me acariciaba el pecho y bajé el móvil.

—¿Qué hora es? —murmuró.

—Las nueve y cuarto. ¿Tienes hambre? ¿Quieres comer algo?

—No. Estoy bien. —Se bajó de mi regazo—. Puedes llevarme a casa.

«Lo dudo mucho...».

—¿Cómo sueles evadirte cuando estás como ahora? ¿Qué hace que te sientas mejor?

—Miro cosas de decoración en Home Depot... O, últimamente, follar contigo. Me reí.

—¿Miras cosas de decoración en Home Depot? ¿Por qué?

—No puedo explicarlo. Es entrar en esa tienda y... todos mis problemas desaparecen por un tiempo. Me pierdo en muestras de pintura, azulejos, accesorios para el cuarto de baño... Es todo.

—¿Te gustaría ir allí ahora?

—Han cerrado a las nueve... —Frunció el ceño.

—No he preguntado eso.

—Sí... Sí fuera posible, sería el momento perfecto para ir allí.

Cogí el móvil.

—Hola, ¿Corey? Necesito que me hagas un favor.

—El encargado ha dicho que dispones de dos horas, y que quiere que todos los artículos que elijas sean escaneados en la caja uno. Quiere que le regales una sTablet el día que salga y... Mañana te enviará la factura. —Corey escribió algunas cosas en la *tablet* y consiguió que se abrieran las puertas de Home Depot.

Clare me miró sonriente mientras entraba en la tienda y me dejaba solo con Corey.

—Bueno, en serio... —dijo Corey cuando ella no podía oírnos—. ¿No tiene alguna amiga que esté tan buena como ella? Yo también necesito a alguien, ¿sabes?

—Mírate. Pensaba que ayer tenías una cita. ¿Qué pasó?

—Era una cabeza hueca. Solo sabía del tipo de ropa que le gustaría ponerse si fuera a una fiesta de la *jet* de Los Ángeles. Luego, ya de vuelta, follamos en el coche, y fue una pasada, pero no creo que pueda soportar otra cena con ella. Me resultó un coñazo.

—Estoy seguro de que mañana saldrás con otra. ¿Qué ha pasado con la cuenta

de Sorrento?

—Ya he terminado con ella. Pero no gracias a ti. —Se rio—. Ahora mismo poseemos el mejor sistema de seguridad que puedas imaginar. Han pasado ya tres días y todavía no he podido entrar en él. Es una buena señal.

—Me alegro de saberlo. ¿Podrías desactivar todas las cámaras de la tienda?

—Me he adelantado a tus deseos... —Me dio una palmada en el hombro antes de retroceder—. La próxima vez que quieras sacarme de casa cuando esté viendo mi programa favorito, solo para que te facilite la entrada en una ferretería cerrada, no dudes en comunicármelo.

Me acerqué hasta el punto donde había visto desaparecer a Claire y la vi en el pasillo de ventiladores.

—Muchas gracias. —Nuestros ojos se encontraron—. Me gustaría comprar algunas cosas y me he dejado la cartera en casa, así que te lo pagaré...

—Coge lo que quieras. Ya sabes que no tienes que pagarme nada.

Sus ojos se iluminaron.

—¿Lo que quiera?

—Sí. —La besé en los labios—. Todo lo que quieras.

—Bueno, en ese caso, podríamos estar aquí bastante tiempo...

Era medianoche cuando ella terminó de elegir todo lo que quería, y habíamos llenado seis carritos.

Estábamos junto al pequeño estanque de la zona al aire libre, cogidos de la mano y riéndonos de los peces que se veían bajo la superficie.

—¿Cuándo nos ponemos a escanear todo eso? —me preguntó.

—No escanaremos nada. Le mandaré al director un cheque con el que cubriré todas las pérdidas de inventario que aparezcan a final de año.

—Bien... Bueno, ¿vamos a llevarlo todo al coche? ¿Cuántos viajes serán necesarios para...?

—Ya me he ocupado de eso. —La cogí en brazos—. No te preocupes. — Sonreí mientras le deslizaba una mano por debajo de la blusa—. Sabes, nunca dejas de sorprenderme con tu creatividad...

—¿De qué estás hablando?

—¿Por qué de repente quieres llevar pantalones? Ya los llevas durante toda la semana.

Sonrió.

—No hay ninguna razón. No he pensado en ello. —Trató de alejarse de mí, pero la retuve con fuerza.

—¿De verdad crees que unos pantalones van a evitar que...?

—¿Que me folles en el Home Depot? Eso espero.

Le desabroché el sujetador mientras la besaba en el cuello.

—Pues lamento decirte que no va a ser así.

—Jonathan, ¡aquí hay cámaras! Van a...

—Corey las ha desconectado todas. —La tumbé en una cama de hierba—. El chófer no llegará hasta dentro de una hora, ¿no te parece mucho tiempo? —Me agaché para desabrocharle los pantalones.

—¿Te he dicho alguna vez que eres ridículamente insaciable?

—Solo cuando se trata de ti.

14 DE ABRIL DE 2013

Querido diario:

Ojalá existiera una manera mejor de evaluar a alguien para un puesto de trabajo, una manera mejor que preguntarle chorradas.

En todas las entrevistas, el candidato siempre dice justo lo que se supone que quieren oír: «Mi mayor debilidad es tratar de ser muy perfeccionista todo el rato», «Creo de verdad que soy la persona adecuada para este trabajo porque siempre me fuero a ir lo más lejos posible», «Oh, no... Jamás llego tarde al trabajo».

Durante el período de prueba, el candidato es la persona perfecta para el puesto: llega temprano, se ofrece para ir por café o para quedarse a hacer horas extras para cada aspecto de la campaña. Pero en cuanto los noventa días terminan, se convierte en un idiota. Un capullo integral.

A principios de año contratamos a un nuevo director regional para ayudarnos a dar vida a las carteleras publicitarias, y cuando el puesto fue suyo de forma oficial, empezó a comportarse como si fuera el director general.

Asumió el control en las reuniones, hablaba mal de todos los que no estaban de acuerdo con él e insistió en que sus ideas eran «realmente las mejores». Al poco tiempo, daba órdenes a toda mi gente, tratándolos como si fueran basura y dejándolos en evidencia en todas las reuniones con los demás directores de departamento. Mientras estaba oyéndolo decir en una reunión que estos le resultaban «ridículos», que se quedaban «mudos como piedras» y que se cuestionaba que algunos de ellos hubieran logrado obtener un título universitario..., dejé de contenerme.

Le dije que era un idiota de mierda y que la única razón por la que lo habíamos

contratado había sido porque la persona elegida como primera opción había fallado en la prueba de drogas. (Por cierto, ¿cuántos empleados han probado el opio y dónde demonios lo consiguen?).

Y sí, le dije que mis compañeros podían ser mudos como piedras, y que podían no saber nada de marketing, pero que eran mi gente y que solo yo puedo hablar mal de ellos.

Algunos no saben a quién se están enfrentando.

Claire.

15

CLAIRE

Salté de la cama y corrí a la cocina. Abrí un armario y cogí una pastilla de ibuprofeno, que me llevé a la boca.

Dejando la puerta de la nevera abierta, agarré una botella de agua para vaciarla de un trago. En cuanto la terminé, me bebí otra.

Era algo que me pasaba cada año desde que me había separado. Cada vez que era mi aniversario de boda.

Cerré los ojos, tratando de olvidar la pesadilla que acababa de tener —en la que aparecía mi marido corriendo con mi mejor amiga, y se ofrecía para dejarla embarazada—, pero cuando los volví a abrir y miré a mi alrededor, me percaté de que esa cocina no era nuestra cocina, y que, después de todo, no era una pesadilla.

Me senté en el suelo y suspiré mientras intentaba pensar en otra cosa, en lo que fuera, pero otro feo recuerdo atravesó mi mente...

Habían pasado semanas desde la dolorosa revelación, y Amanda no me había llamado ni me había dicho que lo lamentara. No había dicho ni una palabra sobre el asunto a ninguno de los amigos comunes.

Nada. *Nothing. Zilch.*

Había entrado en el supermercado del barrio con los ojos hinchados, agotada y sin arreglar, y la vi enfundada en un arrugado vestido rojo. Estaba en el pasillo del producto que yo necesitaba: helado.

Supe que iba a elegir la que era nuestra marca favorita de chocolate y menta, y a llorar como había planeado, pero esta vez no íbamos a llorar juntas.

Lo haríamos por separado, por una situación que nos había roto de dos maneras diferentes.

La seguí por el pasillo y le di un golpecito en el hombro.

—¿Sí? ¿En qué puedo...? —Dejó caer el cartón al suelo en cuanto sus ojos hinchados se encontraron con los míos.

Solo hubo silencio mientras nos mirábamos la una a la otra, mientras buscábamos algo que decirnos sobre una situación por la que unas amigas nunca deberían pasar.

Traté de controlar mi ira, intenté retroceder, dar un paso atrás y respirar de una forma lenta y profunda, pero no funcionó. Eché la mano atrás y le di una bofetada.

Jadeó y subió la mano para tocarse la mejilla. Casi sentí lástima por ello, y eso provocó que quisiera vomitar.

—Me la merecía... —susurró.

—No me vengas con mierdas.

—Es que... lo siento mucho, Claire. —Su voz se quebró. Dejó la mejilla al descubierto y vi la huella roja que había dejado mi mano—. Jamás quise hacerte daño... Quería llamarte y contártelo, pero... Ya sé que no me perdonarás nunca por lo que pasó. Si pudiera volver atrás... No me di cuenta de que...

—¿De que estaba casado? ¿De que fuiste la dama de honor en su boda? ¿De que me ayudabas cada año a comprarle un regalo de aniversario? ¿De qué no te diste cuenta exactamente?

—Nunca pensé que nuestros sentimientos fueran...

—¿Reales? ¿Auténticos? ¿No deberías haberlo mencionado antes de que me casara con él? Por muy lastimada que me hubiera sentido, Amanda, por mucho que hubiera llorado, si me hubieras dicho «Oye, siento algo por Ryan y él también por mí...» antes de que nos casáramos, joder, antes de que nos prometiéramos, esto habría sido... —No pude reprimir las lágrimas—. ¿Te das cuenta de lo jodido que es esto? No es un maldito libro romántico de tu estantería, Amanda, ¡es mi puta vida!

—Lo siento de verdad... Es que...

—¿Cuándo coño pensabas decírmelo? —Quise volver a golpearla—. ¿Eh? ¿Cuando naciera el bebé? ¿Cuando cumpliera dos años? ¿Alguna vez, en toda esta retorcida broma, pensasteis Ryan y tú en nosotros?

—Mira...

—¡Responde a la pregunta!

Suspiró.

—Jamás hablamos sobre vosotros...

—Claro que no... Supongo que follar como conejos todo el tiempo no dejaba tiempo a hablar. —Pasé junto a ella y cogí dos envases de chocolate con menta del refrigerador.

—Claire, espera... Siempre me odiaré por...

—Pues ya somos dos las que te vamos a odiar. Siempre hemos compartido enemigos.

—No puedo decirte lo que me...

—La única razón por la que no estoy cosiéndote a patadas ahora mismo es porque estás embarazada, de mi exmarido. Pero cuanto más tiempo te veo, cuanto más tiempo veo lo patética que eres, estoy tentada de ignorar ese hecho, porque no lo sientes, Amanda. Pides perdón porque te pillaron. Y sí, tienes razón, jamás te perdonaré.

Me metí una pastilla más en la boca y la tragué con agua. Miré el reloj y me di cuenta de que era mediodía.

«No pienso desperdiciar el fin de semana pensado en eso... Debo hacer algo...».

Me acerqué a la despensa y vi que dentro solo quedaba una caja de cereales y un frasco de mantequilla de cacahuete sin abrir.

«Problema resuelto...».

Me detuve frente al congelador de carne de Whole Foods sin saber si debía comprar dos o tres bandejas de pechuga de pollo. Dado que Ashley había renunciado recientemente a ser vegana, Caroline y ella estaban siguiendo una dieta macroproteica y se dedicaban a comer carne como locas.

Durante las últimas noches, las había visto devorar sándwiches de jamón asado, burritos y hamburguesas de pavo como si sus vidas dependieran de ello.

Me decidí por tres y fui a la caja.

Como de costumbre, solo había dos cajeras trabajando, y como era sábado, el día que todo el mundo hacía la compra, me dispuse a aguantar una larga cola.

Cogí un ejemplar de *Cosmopolitan* y hojé las páginas, tratando de no reírme de los ridículos títulos de los artículos: «Lo primero que anhelarás en la cama esta noche...», «Cómo romper la regla de las tres citas» o «Los doscientos trucos sexuales que harán que él te adore».

Pasé otra página y vi otro artículo: «Cómo mantener el interés sexual en cualquier relación». Leí el primer párrafo y puse los ojos en blanco, pero seguí avanzando en el texto.

«La clave de cualquier relación —sin importar la edad— no es la comunicación. (Bueno, es importante, pero ya llegaremos a eso más tarde). La clave está en la variedad, en cómo pasáis las noches de citas, tus demostraciones de afecto y lo que hacéis en el dormitorio. Ya que estás leyendo un artículo de Cosmo, nos centraremos en la tercera, lo que ocurre en el dormitorio.

El sexo nunca debe ser monótono, sino espontáneo, apasionado y tan asombroso y satisfactorio que tanto tú como tu pareja sigáis pensando en él durante días. (Si no habéis vuelto a tener relaciones sexuales, claro está).

Nuestras redactoras han decidido informarse para ti y han entrevistado a más de mil hombres al respecto. Le han preguntado a cada uno de ellos qué era lo que más le gustaba de las mujeres con las que habían salido, qué los excitaba y, lo más importante, si en la variedad de la relación está el gusto.

En la página siguiente podrás leer las entrevistas, pero, por ahora, te daremos una lista de consejos para enriquecer de forma automática tu vida sexual y añadir una muy necesaria variedad:

1. Sexting...».

No podía seguir leyendo, así que la dejé y cogí otra cosa más segura, O, la revista de Oprah, y busqué recomendaciones literarias.

Avancé dos puestos en la cola y luego maldije mi mala suerte para mis adentros. Había una pareja de ancianos discutiendo con la cajera sobre unos

cupones.

—Perdón —me dijo una rubia tocándome el hombro.

—¿Sí?

—¿Podrías pasarme un ejemplar de *Cosmo*?

—Claro. —Le entregué la revista.

—¿Sabes?, aunque muchas de las cosas que escriben parecen locuras, algunas de ellas funcionan con mi marido. —Se rio mientras se alejaba.

«¿Me está tomando el pelo...?».

Saqué el *Cosmo* del expositor y leí el resto del artículo:

«1. Sexting. Enviar mensajes de contenido sexual es una buena forma de condimentar cualquier relación. Si no lo has hecho antes, es mejor comenzar la conversación de mensajes en un tono normal para asegurarte de que tiene el teléfono a mano y no está viéndolo otra persona.»

Cuando ya te hayas decidido a hacer sexting con él, puedes empezar a escribirle a tu pareja algo sencillo, como “Estoy cachonda”, y añadir algo corto y pícaro justo después. Por ejemplo: “Estoy cachonda. Ojalá pudieras verme ahora”.

Cuando tu chico vea el mensaje, sin duda te responderá. ¡No dejes que la conversación muera después de eso! Continúa enviándole mensajes de tono sexual durante todo el día.

La próxima vez que estéis juntos, él recordará todos tus mensajes y querrá poner en práctica todo aquello con lo que los dos hayáis fantaseado.

Créenos, casi todos los hombres que hemos entrevistado nos han dicho que enviar mensajes eróticos era una de las mejores cosas que...».

—¡Ahí pone muy claro que es un cupón doble!

—No pensamos pagar ni un dólar de más.

—¿Dónde está el encargado?

La pareja de ancianos interrumpió mi lectura, y solté un suspiro. Se me ocurrió que podía divertirme un poco mientras esperaba en la fila.

Saqué el móvil y le envié un mensaje de texto a Jonathan.

Claire: «Estoy muy cachonda. No veo el momento de montarme de nuevo en tu polla».

Después, volví a concentrarme en el artículo una vez más y leí los puntos dos y tres: cintas de vídeo casero y retiros sexuales los fines de semana.

El teléfono comenzó a sonar y respondí sin mirar la pantalla. Estaba demasiado ensimismada en la lectura sobre los beneficios de usar condones con sabor.

—¿Hola?

—Si tienes tantas ganas de montarte en mi polla, no es necesario que esperes.
¿Dónde estás?

—¿Jonathan? ¡Solo debías responder al mensaje, no llamarme! ¿Por qué no puedes limitarte a contestarme como un hombre normal...?

—¿Dónde-estás?

Me estremecí por el sonido de su voz.

—Estoy en el Whole Foods...

—¿En cuál?

—El de la calle cuatro.

—Estaré ahí dentro de diez minutos. Vete al coche y espérame en el asiento trasero.

Colgó.

«Aggg... Puto *Cosmo*... Está claro que no han entrevistado a ningún hombre como Jonathan Statham...».

—¿Señora? ¿Señora? —me llamó la cajera—. Puede empezar a vaciar ya el carrito...

—Mmm... En realidad necesito algunas cosas más...

Empujé el carrito fuera de la cola y lo aparqué en el pasillo de los refrescos. Luego fui al baño y me estudié en el espejo: camisa con el cuello rosa, unos vaqueros de color azul claro, pelo despeinado...

Mis mejillas estaban rojas y brillantes, y me sentía dolorida... Como si deseara que me tocaran; tuve que decirme que me tranquilizara.

«¿Realmente soy tan insaciable? ¿Acaso soy tan incansable como él?».

Respiré hondo y salí, aunque me tomé mi tiempo para atravesar la tienda hasta el aparcamiento. Busqué mi coche mientras rebuscaba las llaves en el bolso, pero se me cayeron al suelo.

Cuando me agaché para recogerlas, Jonathan fue más rápido.

—Buenas tardes, Claire —me susurró contra el cuello, poniéndome a cien.

—Hola.

Escondió las llaves en la mano y abrió la puerta trasera.

—Después de ti...

Al entrar, me deslicé hasta la ventana. Él se me acercó en cuanto cerró la puerta.

Miré hacia otro lado, pero Jonathan me cogió la barbilla para que lo mirara. Podría decirse que yo temblaba, literalmente, de anticipación, preguntándome

cuándo comenzaría a desnudarme.

En cambio, me miró a los ojos y me trazó la línea de la mandíbula y los labios con los dedos. Sin dejar de mirarme, se acercó y me quitó la goma con la que me había recogido el pelo. La lanzó al asiento de delante antes de encerrar mi cara entre sus manos, todavía con los ojos clavados en los míos, consiguiendo que me mojara sin apenas tocarme.

—¿Qué ha hecho que me escribieras eso hoy? —preguntó, dejando caer las manos para desabrocharme los vaqueros.

—Estaba probando eso del *sexting*...

—¿*Sexting*? —Me bajó los pantalones.

—Sí. Se suponía que tú debías responderme con otro mensaje de texto en el mismo tono. Luego, al parecer, estaríamos todo el día picándonos el uno al otro...

—Yo no me dedico a hacer *sexting*. —Se desabrochó el cinturón y se quitó los pantalones.

—¿Por qué?

—Prefiero follar. —Me puso en el asiento y me bajó los pantalones hasta los tobillos—. ¿Cuáles fueron las palabras exactas que decías en el mensaje?

—Coge el móvil y míralas.

—¿Perdona?

—No te pongas así...

—Ni tú tampoco. —Arqueó una ceja—. Solo te lo preguntaré una vez más.

—Eso está bien, porque pienso darte exactamente la misma respuesta.

Sonrió mientras me quitaba la blusa por la cabeza.

—A veces te pones muy difícil. Vamos a tener que esforzarnos para cambiar eso. —Me puso boca abajo antes de que pudiera añadir nada.

—Ahhh... —Noté que me daba un suave cachete en el culo antes de desabrocharme el sujetador.

Contuve el aliento cuando sentí que me sujetaba las manos a la espalda con el cinturón, y luego oí que abría un condón.

—¿Obtienes algún placer en comportarte así? —Deslizó dos dedos en mi interior.

—No...

—¿Estás segura? —Me apretó el cinturón alrededor de las muñecas—. ¿Estás segura de que no lo disfrutas?

—Sí, estoy segura.

—Yo no. —Deslizó la polla poco a poco en mi interior, no hasta el fondo, pero sí lo suficiente como para que yo gimiera y me arrepintiera de no haber respondido a su pregunta.

Me besó las manos atadas, deslizando la lengua por mis muñecas y mordisqueándome los dedos uno a uno. Luego me pasó las manos por los costados y suspiró mientras me daba besos ligeros a lo largo de la columna. Traté de sofocar los gemidos, pero no pude...; él conocía mi cuerpo demasiado bien.

—Admite que te gusta hacerte la difícil. —Se deslizó un poco más cerca de mí.

—Es que no...

—Vale, entonces, dime qué ponía tu mensaje.

—Decía que quería... —Grité cuando se enterró profundamente en mi interior mientras mantenía mi cuerpo clavado al asiento con los brazos—. Ohhh... Jonathan...

—Dime-qué-ponía-el-mensaje —repitió marcando las palabras. Me penetró una y otra vez, sin darme un respiro. Volvió a decirlo con más severidad, al tiempo que tiraba de mi pelo hacia atrás con cada envite.

—Es que... —Noté que me daba otro cachete en el culo y mi clítoris palpité de loco placer.

—¿Necesitas que te dé una pista?

—No...

—Entonces, dímelo. —Moderó el ritmo, pero siguió empujando dentro y fuera de mí tirándome del pelo.

—Ponía... ponía que...

—¿Qué?

—Que...

Otro cachete.

—Eso, ¿qué?

—Que no veo el momento de... montarme de nuevo en tu polla.

—Mmm... —Se retiró de mi interior y me desató las manos, besándomelas mientras lo hacía—. ¿Ha sido tan duro decirlo? ¿Por qué no lo has dicho antes?

No tuve oportunidad de responderle; ya me había dado la vuelta para estar encima de él.

Me apartó unos mechones de pelo de la cara y se inclinó para besarme, para morderme con suavidad el labio inferior mientras me acariciaba la espalda.

Le miraba los ojos, esos preciosos ojos azules, y él me miraba los míos. No quería decir nada; sentía que podíamos quedarnos sentados así para siempre,

comunicarnos con una simple mirada.

Sonrió y se recostó contra el asiento.

Me acerqué lentamente y me puse a horcajadas sobre su regazo para introducir su polla en mi interior muy despacio. Jadeé cuando estuvo completamente dentro; y cerré los ojos cuando me agarró las caderas.

—No cierres los ojos —susurró—. Quiero mirarte.

Esperó a que parpadeara y me ordenó sin palabras que no me moviera.

Apreté las palmas de las manos contra su pecho y me puse a balancearme hacia delante y hacia atrás, arriba y abajo, girando las caderas a un lado y a otro. Gemí cuando empezó a acariciarme los pechos y a pellizcarme los pezones.

—Claire... —Tenía los ojos clavados en los míos—. Inclínate hacia delante.

—No. —Me eché hacia atrás y apoyé los brazos, agarrando a sus muslos mientras giraba las caderas. Traté de mantener un ritmo constante, lento y persistente, pero las necesidades de mi cuerpo sobrepasaron los pensamientos de mi mente.

—Ahhh... —Le solté las piernas y fui hacia delante, insertándolo más profundamente. Grité cuando comenzó a moverse a contrapunto.

Me cogió las manos para entrelazar nuestros dedos.

—No te detengas... —Su respiración estaba comenzando a volverse errática.

—Estoy... Estoy a punto de... Yo...

—No te corras todavía. —Me soltó las manos para rodearme con los brazos y me lanzó una mirada intensa—. Espérame.

—No puedo... no...

—Espera.

Me temblaban las caderas; cada vez respiraba más rápido. Como no me dejara correrme pronto, me iba a quedar sin aire.

Se levantó, todavía enterrado en mi interior con los brazos alrededor de mi cintura, y capturó el poco aliento que me quedaba besándome con la boca abierta.

—Córrete... —susurró contra mis labios, y las entrañas me explotaron a su alrededor.

Noté cómo vibraba en mi interior, y eso me llevó a estremecerme de nuevo. La fuerza del orgasmo me lanzó hacia su pecho, haciéndonos caer sobre el asiento.

—Eres increíble... —Me acarició la espalda con las manos.

Murmuré algo, creo que «gracias», y seguí cogiendo aire, tanto como pude. Jadeaba como si acabara de terminar la maratón, todavía temblando por aquel

clímax alucinante.

«No me lo puedo creer. Acabo de follar en el aparcamiento de un supermercado... ¿Qué coño me pasa?».

Respiré hondo varias veces, aspirando el dulce aroma de su colonia. Me encogí cuando me alejó de él, me sentó a su lado y se puso a recoger la ropa.

—Follamos mucho, Jonathan... —Jadeé al darme cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—¿Es un problema?

—No... Pero es diferente para mí...

—Para mí también. —Se sentó a mi lado y me alisó el pelo con las manos.

«Eso es difícil de creer...».

—¿Por qué es diferente para ti? ¿No tuviste sexo infinito con ninguna de las otras dieciséis mujeres?

—No.

—Pensaba que me habías dicho que no mentías. Me niego a creer que no te volvieras loco ni lo disfrutaras tanto...

—Claire —soltó con un exasperado suspiro—, no puedo compararte con ninguna mujer con la que haya salido antes. Punto.

—Pero...

Apretó los dedos contra mis labios.

—No me gusta comparar relaciones pasadas, pero como sé que vas a seguir dándole vueltas si no lo hago... —Me miró a los ojos—. Me gustaba follar con las mujeres, me gustaba, en el pasado. Me gustaba de verdad. Aunque, sinceramente, podría haber pasado sin ello, porque nunca me resultó memorable. No me hacía sentir nada. Contigo no pasa eso. Me encanta tener sexo contigo, y si te digo la verdad, no creo que lleguemos a saciarnos. Pero no es esa la única razón de que sea diferente para mí... En el pasado, jamás pensaba en ninguna de ellas como pienso en ti. Te sorprendería la frecuencia con la que cruzas por mi mente... ¿Es necesario que te diga algo más o esa respuesta es lo suficientemente buena?

—Por ahora sí. —Sonreí y me dio un beso.

—¿Por qué no vas a terminar de hacer la compra? —Me sostuvo la blusa para que metiera los brazos en las mangas.

—No. No puedo volver a entrar ahí...

—¿Por qué?

—Porque todo el mundo se dará cuenta de que acabo de follar.

—¿Qué?

—Estoy segura de que ahora huelo a colonia masculina y sudor.

—¿Qué?

—Que no voy a entrar allí. —Puse los ojos en blanco mientras me ayudaba a ponerme los pantalones.

—¿Te ayudaría que te acompañara?

—Mmm... No.

—Porque estaríamos en público, ¿verdad? —Negó con la cabeza y cogió el móvil y me lo entregó—. Le pediré a Greg que te haga la compra y que te la lleve a casa. Escribe todo lo que necesitas, incluso las marcas específicas si hay alguna preferencia.

Enumeré una lista con todo que había metido en el carrito y algunas cosas más que me había olvidado. Saqué la tarjeta de crédito y se la entregué cuando terminé.

—¿Greg? Sí. —Miró la tarjeta como si pudiera pasarle la peste y me la devolvió—. Acabo de enviarte una lista con artículos que necesita la señorita Gracen para esta noche. Asegúrate de que los recibe lo antes posible. Gracias.

—No es necesario que pagues tú... —Mi frase quedó interrumpida cuando se inclinó hacia delante y me besó.

—No sigas. —Sonrió—. Quiero llevarte a un sitio.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora. Dame las llaves, conduciré yo.

Abrí los ojos y me di cuenta de que estaba tendida en el capó del coche. El calor era inusual y corría una brisa suave.

Me volví y vi que Jonathan me sonreía.

—¿Has descansado lo suficiente? —Se inclinó y me besó en la mejilla.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—No mucho.

—Ah... ¿Hay alguna razón para que estemos tumbados en el capó del coche?

—Se me ocurrió que no podrías apreciar plenamente la vista desde el asiento.

Volví la cabeza y vi que estábamos en un claro, frente al mar. Habíamos aparcado en el borde de un embarcadero privado, junto a una colina cubierta de hierba lo suficientemente baja como para sentir las gotas del agua en la cara.

Detrás de nosotros, estaba la línea de la costa, con una hilera de casitas de

madera, aisladas por los árboles y la vegetación.

«¿Dónde estamos? Jamás había visto este lugar...».

—Cuéntame algo que no sepa de ti. —Se me acercó y me cogió la mano.

—Creo que podría sentirme atraída por ti...

—Algo que no sepa —insistió con una sonrisa—. Eso lo supe el día que nos conocimos.

—Eres un creído... Quería ser actriz cuando era niña.

—¿En serio?

—Sí. Participé en todas las funciones del instituto y me apunté a clubes de teatro. Tenía claro que iba a ser actriz... Incluso mis compañeros de clase me votaron para el título «Es muy probable que llegue a ser famosa» en el anuario.

—¿Por qué no lo intentaste cuando fuiste a la universidad?

Los abalorios del collar me resultaron muy pesados de repente, y me dolió el corazón. Noté que me subía un nudo por la garganta, pero lo tragué como pude.

—Es que... —No podía hablar de eso. Ni hoy ni nunca—. Sencillamente, no puse el corazón en ello... Dime algo que no sepa sobre ti.

—Estaba gordo.

Me eché a reír.

—¡No te creo!

—Es cierto. No sé cómo era posible, dado que pasé hambriento la mitad de mi infancia, pero estaba gordito hasta que llegué a la universidad. Entonces, no me quedó otra que cambiar.

—¿Por qué?

Me puso el brazo sobre los hombros.

—Porque necesité tener tres trabajos; las horas que hacía en un tren de lavado de coches y en una cafetería no me cubrían... En el único sitio en que había trabajo me aseguraron que me contratarían si bajaba de peso y me ponía en forma.

—¿Para qué tipo de trabajo fue necesario que perdieras kilos?

—Uno en el que pagaban muy bien, con un montón de mujeres desesperadas.

—¿Te vendiste por dinero?

Se rio.

—No, solo bailé.

Me quedé callada durante varios segundos. Supuse que tenía sentido que una compañía de teatro quisiera que los bailarines estuvieran delgados y en forma. Aunque también los hombres apreciaban la danza, por lo que no entendía

aquello de «un montón de mujeres desesperadas».

—¿Has hecho ballet? —pregunté—. ¿Y fue muy difícil que...?

—¿En serio? No, ¿cómo iba a hacer ballet? Fui *stripper*. En un club de *striptease*. Parpadeé. Sabía que mis mejillas ardían, pero traté de poner cara de póquer.

—No sé si creerte... —Aunque quería hacerlo.

Sacó el móvil y pasó imágenes de la galería de fotos, hasta detenerse en una que incluía a un grupo de hombres disfrazados: carteros, policías, indios, vaqueros...

—El del uniforme de bombero en la parte de atrás soy yo. —Sonrió—. Tuve que pagar un montón de pasta para asegurarme de que ninguna de esas fotos volvía a aparecer... ¿Ahora me crees?

No dije nada. Solo sonreí.

—Cuéntame otra cosa, Claire.

—Mmm... —Hice una pausa—. Mi sueño... Cuando deje Statham Industries y monte la empresa de diseño, es navegar por el mundo en un yate de lujo. Quiero alquilar uno durante un año entero y atracar en todos los puertos que pueda.

—¿Sola?

—Con mis amigas.

—Bien puntualizado. —Sonrió.

—Te toca... —dije.

—Eres una especie de visión. ¿Lo sabes? ¿Sabes lo preciosa que eres? —Me pasó la yema de los dedos por los labios—. No creo que entiendas bien que podría... estar mirándote todo el día.

Me empezó a vibrar el corazón; quise decir «Gracias, a mí me pasa lo mismo», pero las palabras se atascaron en mi garganta.

—En este momento no estás pensando en nada, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Vale. —Se bajó del capó y me cogió en brazos—. Deja ahí el teléfono... Siempre he querido hacerle esto a alguien.

Antes de que pudiera analizar sus palabras, me soltó y mi cuerpo cayó en el aire. Lo siguiente que supe fue que me tragaban las frías aguas del océano Pacífico y que me hundía por completo.

Nadé frenéticamente tratando de regresar a la superficie, moviendo las piernas y los brazos mientras buscaba aire. Más tarde lo buscaría a él para poder matarlo.

Estaba en la superficie, a pocos metros. Riéndose.

—¿Te gusta? Corey está seguro de que aquí mismo derramaron agua de la

fuente de la juventud eterna hace siglos. Si tiene razón, mañana nos despertaremos con diez años menos.

—¿Estás loco? ¿Y si no hubiera sabido nadar? No se puede ir por ahí tirando a la gente al mar.

Se encogió de hombros.

—Supongo que habrías muerto... Pero hace semanas me dijiste que sabías nadar, me alegro de que no fuera mentira.

—Recuerdas todas nuestras conversaciones.

—Todas y cada una.

—Lo que tú digas. ¿Quieres que llegue a casa empapada?

—No, con este tipo de empapamiento no.

—¡Estoy hablando en serio!

—Tranquilízate. Greg llegará dentro de nada. Mientras tanto... —Me lanzó una de esas miradas suyas que decían «Estoy a punto de follarte» y se acercó a mí.

Nadé tan lejos de él como pude y me dirigí a la playa.

Cuando las frías olas resbalaron por mi piel, me di cuenta de que nunca me había sentido tan libre y tan viva.

Una vez en la costa, me levanté y traté de correr, pero Jonathan me agarró por detrás y me tiró a la arena.

—No creo que la arena y el sexo sean buenos compañeros. —Me reí mientras me pellizcaba los pezones por encima de la blusa mojada.

—¿Quién ha mencionado el sexo? ¿Es que solo piensas en eso?

—¿Acaso no es eso en lo que siempre estás pensando tú?

—Claro que sí. —Se rio—. Venga, vamos; es necesario que nos quitemos esta ropa mojada.

Me ayudó a levantarme y me guio por la playa hasta una de las pequeñas construcciones de madera. Allí, tecleó un código en un panel y la puerta se abrió.

Esperó a que entrara y me hizo señas para que me sentara en un sofá cama blanco.

Miré a mi alrededor, examinando el lugar. Estaba equipado con una chimenea de piedra preciosa, cocina americana y un dormitorio enorme al otro lado del pasillo.

—¿Es tu casa de alquiler para las vacaciones?

—¿De alquiler? —Abrió el armario—. No, soy el dueño de esto. De todas las cabañas.

—¿Para qué quieres tantas?

—Es un proyecto que puse en marcha el año pasado. Uno de los miembros de la junta directiva me invitó a invertir en un proyecto similar en Florida. Después de ver lo rentable que era, decidí hacer lo mismo aquí. Dentro de unos meses las empezaré a alquilar. ¿Quieres una?

—¡Oh, no! No creo que yo pueda permitirme...

—No tendrías que pagar. —Me tendió un montón de toallas y una caja blanca—. Deberías suponerlo.

Abrí la caja y vi unas bragas de seda, una sudadera gris, una camiseta rosa y chanclas a juego.

—Siempre estás preparado, ¿no? ¿Cuántas cajas como esta...?

—Todo lo que hay ahí lo he comprado para ti —se defendió, poniendo los ojos en blanco—. Había planeado traerte aquí después de la primera cita en el restaurante de Michel Mina, pero me dejaste plantado.

—¿Todavía no has asimilado eso?

—Empiezo a hacerlo. Si quieres, puedes cambiarte en el dormitorio. ¿Te apetece un sándwich?

—Sí... Gracias. —Fui a la habitación y cerré la puerta.

«Es un lugar precioso...».

La habitación estaba decorada como una *suite*; el dosel de raso que colgaba del techo se balanceaba de un lado a otro con el aire. La cama estaba cubierta con un elegante edredón color azul mar que combinaba a la perfección con todos los muebles blancos.

Pasé las manos por las sábanas y supe que eran de las de mayor gramaje. Cuando recorrí las cortinas por completo, solté un jadeo ante la impresionante vista; se podía ver cómo morían las olas en la orilla y a las gaviotas revoloteando sobre el embarcadero.

Tiré de las cortinas con un suspiro y me quité la ropa mojada. Me incliné para recoger el montón de toallas, pero me quedé paralizada. Jonathan había entrado en el dormitorio. Solo llevaba una toalla alrededor de la cintura, pero estaba segura de que no podía verme desde el punto donde estaba.

—Me había olvidado de preguntarte que de qué quieres el sándwich... —dijo adentrándose en la estancia. Nuestros ojos se encontraron. No llegó a terminar la frase. Parecía que ni siquiera se acordaba de qué estaba diciendo. Se había puesto a mirar mi cuerpo desnudo de tal manera que me ruboricé de pies a cabeza.

Se acercó y cogió mis toallas.

—Ponte junto a la ventana.

Me quedé helada. No podía moverme; cuando me miraba así, ni siquiera podía respirar.

Me besó en los labios y sonrió. Me puso una toalla en la cabeza y empezó a envolverme el pelo con ella mientras me llenaba la cara de besos. Luego cogió otra, que deslizó por mis hombros, mis pechos y mi estómago.

—Eres preciosa...

Jadeé cuando se agachó delante de mí para frotarme entre las piernas, aprovechando para besarme el interior de los muslos entre gemidos.

Al levantarse, me miró a los ojos con un suspiro.

—¿Qué tipo de sándwich quieres?

—De pavo...

—¿Con queso?

Asentí con la cabeza.

—No tardes demasiado en vestirme. —Me besó en la frente y salió de la habitación.

Entonces, me desplomé sobre la cama, donde moví la cabeza presa de la incredulidad. Era consciente de que si no me alejaba de él en ese mismo momento, iba a meterme en un serio problema. Si no salía del dormitorio y le pedía que me llevara a casa de inmediato, en un minuto no iba a ser capaz de frenar mis sentimientos.

Estaban inundándome ya, y no podía negarlos. Pensaba en Jonathan todo el tiempo. El corazón me daba un vuelco cada vez que lo veía en el trabajo, y estaba esperando todas las noches al momento en que oiría su voz ronca y sensual por el teléfono.

«No se suponía que iba a salir así...».

Me senté y cogí la ropa que me había comprado. Cuando me la puse, tuve que sonreír al ver que me quedaba perfecta. Me calcé las chanclas y fui hacia la cocina mientras ensayaba un breve discurso mentalmente.

«Jonathan... Es necesario que me lleves a casa. Podemos hablar de las razones de camino, pero no creo que...».

Levantó la vista y sonrió cuando entré en la estancia, lo que hizo que perdiera el hilo de mis pensamientos.

«Mierda... Esa clase de problemas...».

Me tendió un plato y me llevó afuera, donde había un pequeño balancín de madera, en el porche. Esperó a que me sentara yo antes y luego me puso el brazo sobre los hombros.

Aquel silencio especial que era tan nuestro se instaló entre nosotros, y dimos cuenta del sándwich sin mediar palabra. Nos limitamos a mirar el mar y las olas espumosas, y cómo estas rompían contra la orilla.

En cuanto dejé el plato vacío en el suelo, me sentó en su regazo y me abrazó.

Me acomodé contra su pecho y sonreí mientras él me besaba... repetidamente.

16

CLAIRE

Di una vuelta más en la cama, deseando conciliar el sueño, pero no había manera. Solo era capaz de pensar en él... En Jonathan tocándome, besándome, abrazándome...

Después de que me hubiera dejado en casa, me prometí a mí misma que me pasaría el domingo sola para poder analizar la situación entre nosotros. Necesitaba acotar mis expectativas, estudiar lo que ocurriría en el mejor y en el peor de los casos y sopesar los pros y los contras de todo aquello.

Incluso invité a Sandra y a Helen para que habláramos mientras bebíamos vino y comíamos queso frío, y para que me distrajeran si me daban ganas de llamarlo o enviarle mensajes de texto.

De repente, comenzó a sonar la alarma del móvil, la que había puesto para ir a correr. Toqué el teléfono para apagarla; esa mañana no pensaba ir a correr ni de coña.

El aparato cayó al suelo con un ruido sordo, pero la alarma siguió sonando.

—¡Ag! —Me bajé de la cama y me arrodillé en el suelo para buscarlo en la oscuridad.

Cuando por fin lo encontré, me di cuenta de que no era la alarma lo que estaba sonando, sino una llamada... de Jonathan.

—¿Hola? —contesté.

—¿Qué haces?

—¿A las cinco de la mañana? Es fácil de imaginar.

—¿Qué te parece si sales de casa y me dejas secuestrarte por un día?

—¿Qué? No. Voy a volver a la cama. Ya nos vimos ayer. No es necesario que...

—¿Podría, por favor, secuestrarte solo por un día?

—No. Deberías haberlo mencionado antes. No quiero...

—No soy esa clase de hombres que se dedica a preguntar muchas veces, Claire. Te recojo dentro de veinte minutos. —Y colgó.

«¡¿Qué?!».

Me estiré en el suelo, confusa, intentando procesar lo que estaba pasando. Tenía planes para todo el día: planes concretos, definitivos, que no incluían a Jonathan. No podía permitir que siguiera impulsándome a hacer todas estas cosas

espontáneas. No era así como debían ser las cosas. Por otra parte, ni siquiera estaba segura de qué era esto.

Jonathan: «Diez minutos».

Suspiré. No quería saber qué se le ocurriría si no me encontraba fuera. Fui corriendo al cuarto de baño y me cepillé los dientes.

Elegí unos pantalones holgados y una camisa roja, sobre la que me puse un fino jersey gris. Luego bajé a la cocina y dejé una nota en la nevera para Ashley y Caroline.

«Espero que os lo paséis bien hoy, pero aseguraos de dejar fregados todos los platos por la noche. Tenéis treinta dólares en el tocador de mi habitación para el almuerzo y la cena. Si viene la abuela a por la batidora, está en el cajón.

Os quiero.

Hasta luego.

Mamá».

Cogí una caja de galletas y salí al exterior, aunque puse los ojos en blanco cuando vi que Jonathan salía del coche con conductor. Me abrió la puerta trasera y sonrió mientras me acercaba.

—Buenos días, Claire.

No respondí. Me metí en el coche y me acerqué al otro lado.

—¿Estás ignorándome? —Inclinó la cabeza hacia un lado.

Crucé los brazos mientras me apoyaba contra la puerta: estaba demasiado cansada para ponerme a hablar con él. No podía creer lo que pensaba, que podía exigirme que lo acompañara a cualquier hora del día, que debía decirle dónde estaba y asumir que estaba dispuesta a seguirlo adondequiera que quisiera ir.

—¿Señor Statham? —dijo el conductor por el intercomunicador—. ¿Está bien, señor?

—Sí, Greg. Gracias. —Se puso más cerca—. Dime, ¿estás enfadada? —susurró.

—Sí...

—¿Qué te pasa? —Me deslizó la punta de los dedos por la mejilla.

—Deberías habérmelo dicho ayer. O, al menos, podrías habérmelo preguntado. ¿Y si hubiera tenido planes importantes?

—No era así.

—Esa no es la cuestión.

—Entonces, ¿cuál es?

—¿A qué demonios estamos jugando, Jonathan? ¿De qué coño vas? Necesito saberlo ya. ¿Qué es lo que esperas de mí?

Suspiró al tiempo que se inclinaba hacia delante para coger una almohada y una manta. Puso la primera en su regazo para que apoyara la cabeza. Luego me cubrió con la manta mientras negaba con la cabeza.

Solté un gruñido.

—¿No piensas responder a mis preguntas?

—No. —Me besó en la frente—. Vamos a tardar en llegar, y pareces cansada. Duerme.

Miré por la ventana y suspiré mientras las gotas de lluvia caían sobre la lejana ciudad. Estábamos navegando en el último yate de Jonathan, una nave de color negro superlujosa con seis pisos, que llevaba la mayor parte de la mañana enseñándome de cabo a rabo.

—¿Por qué siempre cortas las frases de esa manera? —preguntó mientras me tendía una taza de café caliente—. ¿Temes que las historias se vuelvan en tu contra o algo así?

—No, lo siento... ¿Qué estaba diciendo?

—Que siempre pensaste que tu ex y tú...

—Ya... Siempre pensé que estaríamos juntos para siempre, ¿sabes? —Negué con la cabeza—. Me entregué por completo cuando nos casamos, y cuando todo terminó, no había ningún pedazo de mí que fuera mío. Y la persona que debería haberme ofrecido su hombro para llorar estaba durmiendo en la misma cama que él...

—¿Te llegó a decir algo más después del incidente en el supermercado?

—No. —Me dolió el corazón—. No hemos vuelto a hablar después de eso... Y cada vez que mis hijas vuelven de ver a su padre, saben que es mejor que me hagan un resumen completo.

—Mmm... ¿Todavía sientes algo por tu exmarido?

—¿A qué te refieres?

—¿Todavía piensas en él? ¿Te gustaría regresar con él si las circunstancias fueran diferentes?

—Creo que una parte de mí siempre va a echar de menos al hombre que era y la magia que pensaba que teníamos, pero... parte de él siempre fue de Amanda,

así que... Lamento haber sacado un tema tan deprimente, es que...

—No seas idiota. —Me besó en la mejilla—. Me alegro de que me hayas hablado de él. ¿Te has desahogado alguna vez con alguien?

—Acudí a sesiones de terapia en la clínica de Sandra... Los primeros meses me tuve que obligar a ir, pero después de un tiempo comencé a ver lo beneficioso que era para mí.

Suspiró.

—Ojalá mi madre y yo pudiéramos soportar una hora de terapia sin cabrearnos el uno con el otro, quizá sería beneficioso también para nosotros...

—¿Sigues en contacto con tus padres adoptivos?

—No les he dirigido la palabra desde que me fui.

—¿Qué? ¿No fueron a buscarte?

—Claro que lo hicieron... La policía del estado se presentó en mi habitación cuando empecé a ir a clases, pero ya tenía dieciocho años, así que no pudieron obligarme a regresar.

—¿No te pidieron dinero cuando te convertiste en millonario?

—No lo necesitaron. —Hizo una pausa—. Siempre había soñado con vengarme por haberme tratado tan mal, pero me di cuenta de que era más fácil perdonarles y olvidarme de su existencia. Cancelé todas sus deudas y les entregué dinero suficiente para que no tengan que trabajar durante el resto de su vida.

—Ha sido muy amable de tu parte. No era necesario que...

—Quisieron ponerse en contacto conmigo para darme las gracias, pero no accedí. Creo que no quiero volver a verlos. Le dije a Corey que les dijera que había recibido su mensaje.

—¿Sus padres son tus padres adoptivos?

Asintió con la cabeza.

—Todavía sigue cabreado con ellos por la forma en la que me trataron, pero no puede ignorarlos como yo.

—¿Y tu hermana adoptiva? ¿Qué ha sido de ella?

—¿Jessica? Es mi ayudante ejecutiva. —Sonrió—. Cuando Hayley acabe los estudios, Jessica se convertirá en una asesora de confianza, y Hayley ocupará su puesto.

—Debe de ser agradable poder disponer las cosas así... ¿Has pensado perdonar a tus padres?

Respiró hondo y cerró los puños. Miró a lo lejos antes de responder.

—Por ahora, no creo. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. Me resulta imposible imaginar que Ashley y Caroline no quieran que forme parte de su vida cuando sean mayores.

—Eso es porque siempre has querido ser parte de la suya... —Apretó los dientes, y supe que la conversación había terminado.

Era evidente que todavía le hacía daño el pasado con sus padres, y no estaba segura de que llegara a superarlo; igual que yo no sabía si llegaría a superar a Ryan.

Permanecimos sentados debajo del toldo del yate mientras mirábamos el lluvioso horizonte, cada uno perdido en sus pensamientos, dejándonos ir a la deriva a lugares diferentes.

—¿Cuál fue la primera impresión que te di? —le pregunté, tratando de romper el silencio.

Se volvió hacia mí con una sonrisa.

—«¡Dios, qué sexy!».

—¡No es cierto!

—Sí, es verdad. ¿Y la tuya sobre mí?

—«Es sexy, pero lleva una sudadera con capucha, así que seguramente es demasiado joven para mí». —Me reí, e hizo una mueca.

—Me alegro de que hayamos aclarado eso.

—¿Lo hemos hecho?

—Si crees que no, pueden ocurrírseme todavía algunas maneras más de conseguir que digas que sí... —Me acercó hacia él y me besó—. Llevo tiempo queriendo preguntarte una cosa: ¿sabes bailar?

—Bailamos juntos en la fiesta de mi cumpleaños, así que supongo que...

—No recuerdo que hayamos *bailado* en tu cumpleaños...

Puse los ojos en blanco.

—No..., solo sé moverme con la música. Nunca he tenido tiempo de aprender.

—Pues lo solucionaremos. —Me cogió las manos y tiró de mí—. Antes me has dicho que te gustaba la pista de baile de la cubierta superior, ¿verdad? Creo que es el lugar perfecto para darte una lección un domingo.

—La pista de baile está al aire, y está lloviendo.

—Qué observadora. —Se rio y me acompañó arriba, a una habitación donde había un equipo de audio. Presionó algunos interruptores y las pantallas que había en las paredes se volvieron azules.

—Buenos días, señor Statham. —Un hombre con el pelo gris entró en la estancia y se quitó el sombrero—. ¿Qué tal va el día?

—Muy bien, Sam. ¿Te he presentado a Claire?

—No, señor.

Me puso la mano en la parte baja de la espalda y me empujó hacia delante.

—Claire, este es el capitán, Sam. Dirige todos mis yates. Sam, ella es... —Hizo una pausa—. Ella es mi novia, Claire.

«¿Acaba de decir que soy su novia? ¿Está loco?».

—Señorita, es un placer conocerla. —Sam se acercó y me estrechó la mano—. El segundo de a bordo está ahora al timón, señor. Me voy a retirar a mi camarote durante el resto del día.

—Gracias, Sam.

Esperé a que Sam saliera de la habitación para mirar a Jonathan con los ojos entrecerrados.

—¿Ahora tenemos títulos?

—Claro que no —dijo—. Pero he pensado que «mi novia» sonaba mejor que «la mujer que me gusta y con la que me encanta follar». Pero si prefieres eso... —Presionó otro interruptor y la pista de baile al aire libre se iluminó—. Creo que deberíamos empezar con el vals. Es bastante fácil.

Me agarró la mano y me llevó fuera. La lluvia se había convertido en una llovizna, y una leve niebla flotaba sobre la cubierta.

Por los altavoces se oía el sonido de las teclas del piano cuando Jonathan me hizo girar a su alrededor hasta detenerme delante de él.

—Primero... —dijo mientras me miraba a los ojos—, debemos averiguar si posees sentido del ritmo o no.

Me cogió entre sus manos y me movió siguiendo la música, pero no pude acompañarme con los acordes. A cada paso que él daba, yo retrocedía; cuando se movía a la derecha, yo me movía torpemente hacia la izquierda.

—Y es evidente que no... —se rio.

Lo solté y crucé los brazos. Nunca se me había dado bien el baile; mi madre había renunciado a enviarme a clase de ballet cuando cumplí cinco años. Incluso había bromeado una vez, diciendo que Ashley y Caroline debían de haber adquirido tal facultad de Ryan.

—Vale. —Me retiró y me sostuvo por las manos—. Déjame a mí dirigir y tomémonos todo esto con calma. Todos tenemos que empezar en algún momento... Paso a la derecha, y luego a la izquierda.

Empezó a añadir más instrucciones: un paso doble, un giro, un paso atrás, y antes de que me diera cuenta, bailábamos el vals sobre el suelo húmedo.

Intenté no mirarlo a los ojos, actuar como si estuviera demasiado concentrada en seguir sus órdenes, pero hacía que fuera tan fácil que no pude evitar estudiarlo.

—Por lo menos aprendes rápido. —Sonrió—. Paso a la derecha.

—Supongo que me lo debo tomar como un cumplido... E imagino que hay una lavandería en el yate.

—¿Para qué?

—¿Para poner a secar la ropa cuando acabemos? —Me reí cuando me giró y me atrapó contra su pecho.

—El barco todavía no está amueblado por completo, pero será de lo primero que me ocupe pensando en nuestro futuro.

«¿Nuestro futuro?».

—Entonces, sinceramente, crees que tú y yo...

—¿Estás analizándonos? No te he dicho algo al respecto.

—Vale —murmuré, y miré a un lado.

La ciudad no era más que una mera mancha en la distancia, y navegábamos hacia mar abierto, donde la niebla era más espesa y la lluvia, más intensa. Mientras la bruma flotaba inundando el barco, me di cuenta de que la canción original había terminado y otra melodía, mucho más lenta y de arpa, llenaba mis oídos.

Di demasiados pasos a la izquierda y me tropecé con mis propios pies, pero Jonathan se abalanzó sobre mí, atrapándome e impidiendo que cayera al suelo.

—Supongo que tampoco posees sentido de la orientación. —Sonrió mientras me levantaba—. Sin embargo, te mueves bien. —Me empujó contra la barandilla y bajó la cabeza hacia la mía, manteniendo mi cuerpo atrapado entre los brazos.

Cerré los ojos al notar que deslizaba la lengua contra mis labios y me los separaba con suavidad. Gemí mientras pasaba los dedos por su pelo mojado, al tiempo que lo besaba de nuevo como si no hubiera un mañana.

Se separó un instante para quitarme el jersey por encima de la cabeza, pero al instante volvió a apoderarse de mis labios.

—¿Has follado alguna vez bajo la lluvia? —susurró mientras empezaba a desgarrar los botones de la camisa empapada.

—No... —Me estremecí cuando el aire frío acarició mi piel desnuda.

—¿Estás segura?

Asentí moviendo la cabeza.

—Yo tampoco..., hasta ahora.

Jadeé y me zafé de sus brazos, ignorando la mirada que me dirigía.

—¿Me tomas el pelo? ¿Es que no sientes ningún respeto por la privacidad? ¿Ninguno? —Me acerqué a la barandilla para ponerme fuera de su alcance.

—Vuelve aquí. Ahora.

—¿Y si pasa otro yate y nos ve? ¿Y si sube algún miembro de la tripulación y nos pilla follando?

—Nos grabará y subirá el vídeo a YouTube.

—¡No estoy de broma! ¿Es que no te parece inapropiado?

—Si quieres, puedo comprarte un diccionario.

Puse los ojos en blanco.

—Ya sé que estás acostumbrado a presionar al máximo, pero debes admitir que...

—A la tripulación jamás se le ocurriría molestarme, y ¿acaso ves a algún otro barco? —Se acercó a mí antes de que pudiera escapar, apretándome de nuevo contra la barandilla—. De hecho, ¿nos hemos cruzado con alguno?

—No...

—¿No? —Llevó las manos a mi espalda y me desabrochó el sujetador—. ¿Y por qué crees que es?

—¿Porque es domingo y la gente no navega hasta tan tarde?

—El domingo es el mejor día para navegar. —Lanzó el sujetador por la cubierta—. Y se sale temprano. Había más de trescientos yates amarrados en el puerto cuando nos fuimos, aunque ninguno ha izado velas hoy. ¿Sabes por qué?

Contuve la respiración en medio de las gotas de lluvia mientras sentía que el frío me endurecía los pezones. Me tapé los pechos con las manos antes de encogerme de hombros.

—¿Demasiada niebla?

Desabrochó el botón de mis pantalones y me los bajó. Me arrancó las bragas con una mano para tirarlas al mar.

—No. Sigue intentándolo.

—Porque... —Me quedé callada bajo aquella mirada con la que me decía que estaba demasiado enfadado para jugar conmigo—. ¿Porque... le has pagado a toda esa gente para que se quede en el puerto?

—Eso es. Porque la mujer con la que estoy saliendo insiste en mantener nuestra relación en secreto por alguna extraña razón de mierda. Creo que le da miedo admitir que se avergüenza de mí.

Suspiré.

—Por enésima vez, no me avergüenzo de ti. Es solo que no quiero que nadie...

Me mordió los labios con fuerza.

—Si ya has cumplido la dosis diaria de «mostrarme difícil con Jonathan», quisiera terminar esta cita de forma apropiada, y por apropiada me refiero a follarte contra la barandilla de cubierta hasta que no puedas andar.

—Es que...

—No hables.

Jadeé. Se me debilitaron las rodillas ante esas palabras.

—Claire, me gustas mucho. En serio. —Sacó un condón del bolsillo y dejó caer los pantalones en cubierta—. Deja de luchar contra mí... No pasa nada si me dices que también te gusto.

—Nunca he dicho que no me gustaras.

Aplastó los labios contra los míos antes de sentarme en la pequeña cornisa que sobresalía de la barandilla. Me separó las piernas y se hundió en mí con un solo envite, llenándome con cada grueso centímetro.

Se agarró a la resbaladiza barandilla que había sobre mi cabeza cuando empezó a entrar y a salir de mi interior, sin dejar de besarme para que no gritara de placer.

La lluvia comenzó a caer con más fuerza, las gotas se hicieron más grandes sobre nosotros, pero no nos importó. Seguía castigándome con lentos envites, con besos sin sentido, mientras ignoraba los arañazos que le estaba dejando en la espalda.

Gemí contra su boca, rogándole que dejara de besarme para poder respirar, pero me ignoró. Me hizo el amor en los labios, explorando cada centímetro de mi boca con la lengua.

Sentí que nuestras caderas se arqueaban a la vez y que no podía reprimir un grito. Pero él lo contuvo con otro beso que me envió todavía más cerca del borde.

«No puedo respirar... No puedo respirar...».

—Déjate llevar —me ordenó, abandonando mis labios una sola fracción de segundo. Y mi cuerpo convulsionó entre temblores, cada una de mis terminaciones nerviosas explotó de una forma salvaje.

—Jonathan... —Jadeé y caí entre sus brazos. Sentí que me empujaba contra la barandilla, pero que también se alejaba de mí—. Creo que necesito...

—Cállate.

—Pero es que...

—No-digas-otra-palabra. —Me miró con los ojos entrecerrados. Se acercó a los pantalones que había lanzado a la cubierta y cogió otro condón—. No necesitas decir nada más en el resto del día.

17

JONATHAN

ALGUNAS SEMANAS DESPUÉS...

Vi cómo los pechos de Claire subía y bajaban. Estaba tendida en el sillón de mi despacho. Se había quedado dormida minutos después de follar contra las ventanas.

Le pasé la mano por la cara y le retiré algunos mechones de la frente, sonriendo al ver lo hermosa que era y lo tranquila que estaba.

Hoy no se había maquillado, y, por primera vez, me di cuenta de que había algunas pecas espolvoreadas sobre las mejillas, que sus pestañas eran largas y espesas, y que se curvaban hacia arriba de forma natural. Y había besado aquellos labios miles de veces, pero jamás me había fijado en el diminuto lunar que tenía encima del labio superior.

¿Por qué no la había visto antes? Lo lógico era que nos hubiéramos cruzado más de una vez...

No estaba seguro de qué estaba pasando entre nosotros, pero, fuera lo que fuera, no quería que terminara; no había sentido nada así nunca.

Las mujeres con las que había estado antes habían sido solo una forma de pasar el tiempo, una forma de llenar mis días con algo constante hasta que me aburría o me alejaba por el comportamiento errático de mis parejas. Pero con Claire no me aburría nunca, nunca me molestaba su presencia, ni siquiera cuando me irritaba por sus evasivas.

Le pasé la punta de los dedos por los labios, y abrió los ojos.

—Hola.

—Hola... —Parpadeó y se incorporó lentamente.

—¿Te excita verme dormir?

—No, pero si no roncaras tanto...

Puso los ojos en blanco y me dio un golpe en el hombro; su manera de decirme que estaba preparada para que la vistiera de nuevo.

Recogí el sujetador del suelo y se lo puse. Me quedé mirando durante unos segundos el encaje negro que cubría las copas, la seda roja que adornaba los bordes. Luego bajé la vista y me di cuenta de que las braguitas hacían juego.

«Qué bonito...».

—¿Sujetador nuevo? —pregunté subiéndole los tirantes hasta los hombros—. No te lo había visto antes.

—No creerás que me he comprado lencería para ti...

—¿Lo has hecho?

—No. —Se inclinó para recoger la blusa—. Lo siento, pero no eres tan especial... Encontré este conjunto ayer en el armario, mientras limpiaba, y...

Me acerqué y rasgué con delicadeza la pequeña etiqueta blanca que había en el costado. Se la sostuve delante de los ojos con una sonrisa.

—La próxima vez que *encuentres* algo en el armario, asegúrate de cortar la etiqueta.

Se puso roja.

—Y me encanta. —Le besé el hombro derecho antes de ayudarla a cerrarse la blusa—. ¿Por qué no salimos a cenar esta noche? Elige tú el lugar, y, sí, podemos hacerlo en una estancia privada.

No dijo nada; se limitó a quedarse allí sentada, sonrojada.

—¿Claire?

—No puedo... Esta noche tengo que estar en casa a las ocho. Voy a ayudar a las niñas a hacer pasteles para venderlos.

—¿Para venderlos? ¿Por qué?

—Para sacar dinero para las animadoras. —Se puso los pantalones—. Esta noche vendrán todas a mi casa, y debo estar allí porque son por lo menos veinte y no quiero que me quemem la cocina.

—Mmm... ¿Tus hijas saben que sales con alguien?

—Todavía no.

«Claro que no...».

—Vale, pues ya que no podemos cenar, aprovecharemos el poco tiempo que nos queda.

—¿Qué te parece si vemos una película en tu casa? Así llegaría a tiempo.

—No. Se me ha ocurrido una idea todavía mejor. —Me levanté y le tendí la chaqueta—. ¿Te gusta la pizza?

—¿La pizza?

—Sí. Se trata de un plato popular hecho con una base de masa, salsa de tomate y queso. Se cocina en el horno y se mete en cajas que se reparten por todo el mundo.

Sonrió.

—No tenías pinta de pedir pizzas por teléfono.

—¿Quién ha dicho nada de pedir las?

Claire lanzó la masa al aire y la rompió con las manos, haciendo que flotara en el aire una ráfaga de harina que cayó en el suelo. Luego se rio como una niña.

Negué con la cabeza.

—Te entretienes con cualquier cosa, ¿verdad?

—No he sido yo la que sugirió que cocináramos la pizza en casa. Solía prepararla con mi madre y con... —Se interrumpió—. Siempre compraba los ingredientes más exquisitos, y nos pasábamos la tarde del sábado horneando cinco o seis pizzas enormes.

—Parece divertido.

—Lo era...

Sonó el temporizador del horno y me puse una manopla para no quemarme. Saqué con cuidado la pizza de *pepperoni* y espinacas de la rejilla y la dejé sobre la isla.

Noté que Claire se movía a mi espalda y me di la vuelta.

—¿Qué haces?

—Voy a servir un poco de vino. —Cogió las copas antes de que nuestros ojos se encontraran—. ¿No quieres?

—Sí... —El corazón comenzó a palparme con fuerza.

—¿Te parece bien tinto?

—Perfecto...

Ambos permanecimos inmóviles y nos miramos, sin decir ni hacer nada. La segunda alarma, la del pan de ajo, se puso a pitar, pero ninguno de los dos intentó apagarla.

Borré el espacio que nos separaba y le rodeé las caderas con un brazo mientras miraba sus hermosos ojos verdes, fingiendo que no me daba cuenta de lo rápido que le latía el corazón.

Subió los brazos y me los puso alrededor del cuello, apretando el cuerpo con firmeza contra el mío mientras se ponía de puntillas para llegar a mis labios.

Me incliné para besarla, viendo cómo cerraba los ojos y cogía aire presa de la anticipación, pero luego me detuve.

«Joder...».

Me aclaré la garganta.

—Deberíamos comer.

Abrió los ojos y retrocedió.

—Sí, tienes razón... —Me rodeó para coger la botella de vino.

Esperé a que se sentó y comimos en ese silencio especial que compartíamos — aunque habíamos llegado a un punto en el que no sabía si podía llamarlo «silencio»—, porque lo único que teníamos que hacer era mirarnos para fluyera una conversación entre nosotros; las palabras no eran necesarias.

Sabía cuándo estaba pensando en el trabajo, cuándo éramos nosotros lo que ocupaba su mente o cuándo se esforzaba en poner cara de póquer para fingir que no estaba pensando en mí.

Dejó la corteza de la pizza y suspiró.

—¿Dónde compras el vino?

—¿A qué te refieres?

—Tienes bodega en todos los lugares a los que me has llevado, incluso en los yates. Pero no se trata de marcas nacionales, y además sé de vinos: la mayoría de tus botellas ni siquiera se pueden comprar en Estados Unidos.

Sonreí.

—Eres muy lista. Suelo abastecerme un par de veces al año. Voy a un viñedo de un gran sumiller, en Francia. Te llevaré conmigo en el *jet* este verano.

—Vale... —Miró a un lado, como hacía siempre que dudaba de algo, cuando me estaba analizando.

—¿Ahora qué pasa, Claire? ¿Te ocurre algo?

—Nada...

—¿Estás segura?

—Sí.

Dejé el plato en la mesa y me acerqué a ella.

—Voy a preguntarte algo personal; de hecho, es muy personal.

—Vale. —Tomó un sorbo de vino—. Adelante.

—Llevamos manteniendo relaciones sexuales desde... ¿finales de enero? Estamos casi en mayo...

—Eso no es una pregunta.

—No recuerdo ninguna semana en la que no hayamos follado al menos una vez.

—Sigue sin ser una pregunta.

—¿Por qué no te ha venido el período?

El vino salió disparado al aire.

—¿Qué?

—Ya me has oído. —Le rodeé la cintura con los brazos—. No me quejo, solo quiero saber por qué nunca has mencionado nada al respecto.

—¡Oh, Dios mío! No paras jamás, eso es lo más personal que...

—No trates de cambiar de tema. Estoy esperando...

—¡No me puedo creer que me preguntes sobre la menstruación! ¿Acaso no te queda ni una pizca de vergüenza?

—Claire...

—Agg... —Negó con la cabeza—. Estaba muy deprimida después del divorcio. No puedo explicarte con palabras lo mal que estaba... No podía dejar la cama, tenía que obligarme a comer y... no podía trabajar. Entonces..., mmm..., después de que hubiera perdido más de cinco kilos, fui al médico y me prescribió antidepresivos. Uno de los efectos secundarios fueron períodos irregulares... ¿De verdad es necesario seguir con esta conversación?

—Tú sí. Y yo tengo que saberlo.

Suspiró.

—Me bajó la regla todos los días durante dos meses, y me juraron que se me regularía con el tiempo. Así fue durante seis meses, luego desapareció. Seguí tomando la medicación durante un año más, pero cuando lo dejé, no volví a menstruar... Me hicieron un montón de pruebas y todo estaba bien; según ellos, perfectamente normal. Me dijeron que ovularía de vez en cuando, pero que lo más probable era que no volviera a tener períodos normales. ¿Feliz?

—Extático...

Puso los ojos en blanco y se zafó de mis brazos.

—Dime quién es tu hermana Hayley —dijo acercándose a la chimenea.

—La de la izquierda.

—Os parecéis. —Cogió la fotografía y la estudió sin decir nada, pero yo sabía por qué estaba escudriñándola.

A primera vista, Hayley era solo una chica preciosa de ojos azules con un vestido amarillo, pero si te fijabas bien, se podían ver los cientos de cicatrices rojas y los cortes que tenía en las muñecas y en los brazos.

—Esa es la razón por la que no puedo perdonar a mis padres tan fácilmente...

—Me aclaré la garganta—. Hayley comenzó a cortarse cuando nos llevaron a hogares adoptivos separados. Así fue como le afectó no tener a su familia alrededor. He conseguido que le eliminen la mayor parte de las marcas, pero ella insiste en seguir teniendo algunas.

—Lo siento mucho... Lo que lleva puesto ¿es un collar de Scrabble?

Sonreí.

—Sí. Es la capitana del equipo de Scrabble de su facultad. La matrícula me cuesta al año cincuenta mil dólares, pero ella quiere jugar al Scrabble. ¿No te parece ridículo?

Se rio.

—¿Jugáis cuando viene de visita?

—No sería divertido. Me ganaría en segundos. El único juego en el que puedo vencerla es al Monopoly, y solo porque es mi juego favorito.

—Ashley y Caroline son muy aficionadas y siempre me ganan, y eso que me esfuerzo...

—¿La noche de los juegos en familia?

—Sí... —Volvió a dejar la foto en el estante y se me acercó lentamente con una mirada con la que podría conseguir que hiciera cualquier cosa por ella. Luego se puso de puntillas para besarme.

Yo quería devolverle la caricia, necesitaba besarla, pero no lo hice.

Me aparté con un suspiro.

—Son las siete y media. Debería llevarte a casa.

Detuve el Murciélago delante de su casa y apagué el motor.

—Greg ha aparcado tu coche a tres casas, ¿te parece bien?

—Sí.

—Vale. Nos vemos mañana después del trabajo.

—No, no será así. Voy a estar ocupada toda la semana.

—¿Lo sabes ya?

—Sí... —Me miró fijamente.

«Dios, debe marcharse... ya...».

—Bueno, ya me enteraré de cuándo no estás ocupada. —Me desabroché el cinturón de seguridad y desbloqueé la puerta, pero ella me cogió por el hombro.

—Espera... ¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que sea.

—No me has besado en todo el día... ¿Vas a darme un beso de buenas noches?

—No.

—¿Qué? —Parecía confusa—. ¿Por qué?

—Porque no quiero.

—No será porque todavía no les he hablado a mis hijas de nosotros, ¿verdad?
Me reí.

—No, aunque imagino que ya intuyen que sales con alguien, así que podrías reconocerlo. Tienen dieciséis años, no seis.

—¿Es porque he estado muy callada en la cena?

—Disfruto del silencio a tu lado. —Me eché hacia delante y le acaricié la cara—. Ya lo sabes.

—Bueno, pues ya te arrepentirás de no haberme besado esta noche, Jonathan. Mientras estés acostado en la cama pensando en cómo debías haberme besado, estaré demasiado ocupada para pensar en ti.

—¡Oh! ¿En serio?

—Sí. El equipo de marketing al completo se quedará hasta tarde toda la semana, así que no voy a poder escaparme a tus habitaciones secretas. Es probable que no volvamos a vernos hasta el próximo fin de semana, quizá incluso hasta la semana siguiente. Ahora que lo pienso, he dejado a mis amigas muy abandonadas.

—¿Acaso me ves llorando?

—Estás enfadado por algo, ¿por qué?

—No estoy enfadado contigo. —«Estoy enfadado porque me estoy enamorando de ti...».

—Vale... —Se desabrochó el cinturón de seguridad y me miró.

Cuando se acercó para besarme, la sostuve a unos centímetros.

—No te he besado hoy —susurré contra sus labios— porque ayer me hice una promesa.

—¿Qué promesa?

—No es necesario que lo sepas.

—Dímelo...

No dije nada. La miré mientras se cruzaba de brazos con los ojos entrecerrados.

—Jonathan, estás siendo un inmaduro otra vez. Si no hay nada malo, y si...

La hice callar poniéndole un dedo en la boca.

—Me prometí a mí mismo que la próxima vez que te besara sería en los dos labios.

Jadeó, y su tez adquirió un color rojo brillante.

—Buenas noches, Claire. Nos vemos el próximo fin de semana.

18

CLAIRE

Jonathan: «Estabas muy sexy en la reunión de esta mañana. Me encanta que vistas de negro».

Claire: «Gracias :-))».

Jonathan: «¿Podemos vernos esta noche?».

Dudé qué responder.

Claire: «Depende de si termino lo que debo leer o no».

Jonathan: «Trae lo que te falte por entregar. Yo también tengo trabajo que hacer».

Claire: «Intentar seducirme no se puede considerar trabajo de verdad».

Me respondió en solo unos segundos.

Jonathan: «Tienes razón. Eso no requiere demasiado esfuerzo. Esta noche será estrictamente profesional. Estaba hablando en serio».

Claire: «No te creo...».

Jonathan: «Pues deberías. Greg te recogerá a las ocho».

Dejé el móvil a un lado y sonreí. Por fin estaba preparada para hablarles a Ashley y Caroline de la existencia de Jonathan. Llevaba retrasándolo mucho tiempo, y como aquel arreglo nuestro de «citas secretas» comenzaba a parecer una relación de algún tipo, deseaba que lo supieran.

Puse sándwiches y refrescos en la mesa del comedor como en todas las reuniones familiares, y esperé a que llegaran del entrenamiento de animadoras.

—¡Mamá!

—¡Mamá!

Las dos entraron corriendo en la cocina, hablando a la vez.

—¿Puedes prestarme veinte dólares?

—¿Me das veinte dólares?

—Si le das veinte dólares, ¿puedes darme a mí cuarenta?

—Es para...

Normalmente aguardaba hasta que se daban cuenta de que no podía entenderlas cuando se ponían así, pero ese truco no parecía funcionar hoy.

Estaban hablando a toda velocidad, moviendo el sedoso pelo rojo por encima de los hombros con los mismos gestos exactos, sin detenerse siquiera a respirar.

—¡Vale, vale! Hablad por turnos, por favor. ¿Quién quiere empezar?

—¡Yo! —pidió Ashley—. Creo que el primer punto que debemos tocar esta noche es discutir con Caroline y conmigo el tema de que necesitamos dos coches.

—A ver... —Me senté. «Esto es necesario que lo oiga bien cómoda...».

Caroline se encogió de hombros y sentó enfrente.

—Bien... —continuó Ashley, sonriendo—. Como sabes, hemos cumplido ya dieciséis años y somos buenas estudiantes. Casi no nos metemos en problemas, al contrario que la mayoría de las chicas de nuestra edad, y las dos formamos parte del programa Junior Aviation Scholars, donde solo entran diez chicos por año en todo el país. Y estamos las dos.

—Sigue...

—Así que necesitamos un coche cada una.

—¿Qué? ¿Eso es todo? ¿No se te ocurren más argumentos, Ashley?

—Mmm, sí. Eso lo resume todo bastante bien, creo. ¿Qué crees, Caroline?

Su compañera de conspiración asintió con la cabeza.

—Perfecto, sé que tenéis dieciséis años y que sois buenas estudiantes, pero es vuestro trabajo. Además, soy consciente de que no os metéis en líos, aunque yo tampoco os lo toleraría. Y me alegro mucho de que forméis parte de... —Respiré hondo y me detuve— el programa Junior Aviation Scholars; también recuerdo que os compré dos uniformes de piloto nuevos en ese momento. Sin embargo, ya que no pagáis ni siquiera el seguro del coche que conducís ahora, que hacéis las mismas actividades y que no estáis tratando de compraros vuestro propio coche con vuestro propio dinero, podéis seguir compartiendo ese o devolvérmelo. Como preferáis.

Ashley puso los ojos en blanco y se sentó.

—¿Y si nos prestas a una de las dos tu coche el fin de semana? —propuso Caroline mirando el móvil—. ¿Te parece bien? Podríamos establecer un horario para compartirlo; creo que hay una aplicación para...

—No. El tema del coche se ha terminado. Necesito contaros algo muy importante. Necesito que sepáis que estoy saliendo con alguien, un hombre que me gusta mucho. No sé si llegaremos a algo serio o no, pero...

—¿Es guapo?

—¿Dónde lo has conocido?

—¿Por eso sonríes tanto últimamente... y por eso sales tanto?

—¿No vas a presentárnoslo? Es porque no está bueno.

—¿Estás enamorada de un cardo?

—¿Por qué? Si eres muy guapa.

Suspiré.

—Por favor, dejadme terminar... Es alguien que he conocido en el trabajo, y me gustaría que supierais que es algo más joven.

Se quedaron paralizadas e intercambiaron una serie de miradas desconcertadas antes de clavar en mí los ojos. Me estudiaron como si fuera una especie de bicho raro. Era algo que hacían tan a menudo que estaba segura de que no se daban cuenta de la intensidad que tenía aquella mirada conjunta. La mayoría de las veces significaba que estaban pensando lo mismo —de hecho, yo estaba convencida de que compartían el cerebro—, y les llevaba más tiempo formular las palabras.

Caroline inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Cuando dices «algo más joven», te refieres a que es algo más joven que tú o que es joven y punto?

—¿Te refieres a que podrías acabar en la cárcel si se lo dijéramos a la policía?

—Ashley arqueó una ceja—. Porque si lo que quieres es nuestro silencio, lo tienes, pero sin duda vas a tener que pensarte otra vez lo del coche...

—¿Qué?! ¿Cómo se os ocurre...? —No quería seguir aquellos retorcidos pensamientos suyos—. Es once años más joven que yo.

Se miraron y empezaron a reírse a carcajadas. Luego se pusieron a hablar entre ellas como si yo no estuviera en la habitación.

—Vamos, básicamente tiene treinta.

—¿Eso es malo?

—No sé, treinta años es ya mediana edad, ¿no? ¿O es a partir de los cincuenta?

—Creo que la gente no debería cumplir más años a partir de los veinticinco. Después de eso, es irrelevante los años que tienes: envejeces, te dejas llevar...

—¿Crees que está saliendo con un macizo?

—Seguramente no. No ha dicho que sea guapo. Si lo fuera, sería lo primero

que hubiera soltado.

—¿Nos ha dicho su nombre?

—Apuesto por Taylor. Es un buen nombre para un tipo de treinta años.

—¿Taylor? Mmm... Me gusta. Me pregunto si...

—Gracias a las dos por escucharme... —interrumpí aquella ridícula conversación—. ¿Os parece bien que salga con alguien o no?

—Mmm... ¡Sí! ¡Ya era hora! Te mereces a un buen tío. —Ashley se levantó y me abrazó—. Sea quien sea, espero que te convenza para que nos compres otro coche para el último año del instituto.

Caroline se acercó y me abrazó también.

—Estoy de acuerdo. Me alegro de que sonrías de nuevo, incluso aunque no esté bueno...

—Por lo tanto, las cuatro mejores ideas para el eslogan de la sTablet son... ¿Sabes qué? Todas son horribles, ¿verdad? —El señor Barnes se empezó a reír.

—Sí. Lo son. —No pude reprimir la sonrisa—. Vamos a dejarlo estar por hoy.

—¿A las nueve? ¿Seguro que no quieres trabajar hasta medianoche como ayer? Empiezo a sentir que la empresa es mi segundo hogar.

—Cierto. —Cerré la carpeta y me levanté—. En realidad he pensado un cambio. Nos vemos el lunes.

Salí de su despacho y fui al mío, donde coloqué los últimos arreglos florales de Jonathan en un lado de la estancia.

Había renunciado a pedirle que no me los enviara. Me mandaba al menos doscientas flores cada día. Incluso había contratado a una experta en horticultura que venía todos los días al mediodía para cuidar los arreglos más antiguos y regar los nuevos.

Me quité los *stiletos* y me puse unas zapatillas deportivas, deseando poder acelerar toda la campaña de la sTablet. Estaba trabajando el doble de horas, y aunque la nueva política de pagar las horas extra necesarias a los directores de departamentos había sido muy beneficiosa para mi cuenta corriente, me drenaba toda la energía.

Apenas había apoyado la cabeza en el escritorio cuando me sonó el móvil. Era Ashley.

—¿Hola, Ashley? —respondí.

—¿Te parece bien si Caroline y yo pasamos la noche en casa de Jasmine? Ya sé

que habíamos quedado para ver una película, pero es viernes. Como sé que vas a protestar si te digo que vamos en el coche, la madre de Jasmine se ha ofrecido a recogernos y llevarnos mañana a casa.

—Pensaba que mañana teníais un seminario de aviación. ¿No me dijisteis que pagara la cuota de inscripción de doscientos dólares?

—Se suspendió porque mucha gente no aprobó la prueba de simulación.

Suspiré.

—¿Va a ser una fiesta de pijamas con chicos?

—No he dicho que fuera una fiesta de pijamas, mamá. Es...

—Ashley...

—Vale, es posible que haya algún chico.

«Claro, por supuesto...».

—La madre de Jasmine no me ha llamado, así que...

—¡Espera! ¡Está aquí!

Puse los ojos en blanco y me presenté a la señora Hines. Era algunos años más joven que yo, pero por lo que recordaba de ella de los actos de las animadoras, parecía rebosante de moral.

Me aseguré de que ningún chico iba a dormir en la misma habitación que mis hijas, y después de que me jurara que su marido y ella se iban a turnar para vigilar la fiesta, accedí a que fueran.

Recibí un mensaje de texto cuando colgué.

Jonathan: «Hola, preciosa. ¿Qué estás haciendo?».

Claire: «Estoy a punto de irme a casa para darme una ducha muy larga...».

Jonathan: «Todavía estás en la compañía».

Claire: «Por desgracia, sí. ¿Y tú?».

Jonathan: «Estoy bajando para verte».

Apagué el ordenador y me levanté. Apilé todas las propuestas sobre la campaña publicitaria de la sTablet y taché otro día en el calendario.

Mis ojos cayeron en la casilla del último viernes del mes, donde había escrito las palabras «Cumpleaños de Jonathan» con letra diminuta.

No sabía qué podía regalarle; parecía tener de todo ya. De hecho, cada vez que

le preguntaba si deseaba algo, se limitaba a cambiar de tema.

—Hola —dijo al entrar en mi despacho—. ¿Sigues demasiado ocupada para dedicarme tu tiempo?

—En realidad, mis planes para esta noche eran estar en casa con mis hijas viendo una película, pero me han dejado plantada para ir a una fiesta de pijamas. ¿Te lo puedes creer?

—Lo que no puedo creerme es que te sorprenda. —Se rio—. ¿Qué película ibais a ver?

—Una de esas películas adolescentes de vampiros con maldiciones eternas y todo eso... La eligieron ellas.

—Mmm... Entonces, deberías pasar la noche conmigo. Todavía no has visto mi casa.

«Pero ¿cuántas casas tiene este hombre?».

—No, gracias. —Y negué con la cabeza.

—¿«No, gracias»? ¿Por qué no?

—Porque no tengo ganas de acostarme contigo.

Hizo una mueca.

—Incluso aunque fuera cierto, podemos estar juntos sin follar, Claire. Y lo sabes.

Sí, lo sabía. Y me daba miedo.

Los días que no nos acostábamos acababan siendo más íntimos que los días que follábamos. Jonathan tenía algunas maneras increíbles de demostrarme su afecto, y por mucho que deseara resistirme, solo terminaba cediendo y sintiéndome más colada por él.

Como el lunes pasado, cuando le dije que me había saltado el desayuno para no llegar tarde y él dispuso que el equipo del chef del True Blue Café me trajera un plato de *crêpes gourmet* y fruta. O el miércoles, cuando me tiré sin querer una taza de café en mi traje favorito y envió a Greg a comprarme dos nuevos. O quizá el día anterior, que se había percatado de que llevaba todo el día en tacones y me había dado un masaje en los pies hasta que me quedé dormida.

—Bueno, entonces ¿vienes a casa conmigo? —insistió sonriente.

—No, todavía pienso igual. Me siento agotada, he de ducharme y...

—Bah... —Me puso un brazo sobre los hombros y me condujo fuera del despacho.

Entramos en el ascensor para bajar al garaje, donde me llevó hasta la plaza donde estaba su último coche, un Aston Martin.

Vacilé cuando abrió la puerta del copiloto.

Ya había pasado antes la noche con él, pero había sido en el dormitorio de las oficinas, o en el sofá cama, no en su casa, donde sin duda me seduciría con éxito. Y había sido antes de que empezáramos a salir de forma medio oficial, antes de que hubiéramos profundizado aquella inexplicable conexión que compartíamos con conversaciones telefónicas nocturnas, antes de que me hubiera obligado a admitir ante mí misma la profundidad de los sentimientos que tenía por él, que se hacían más intensos cada día.

—¿Tienes alguna razón para no entrar en el coche? ¿Te ocurre algo? —Arqueó una ceja.

—No... Estaba pensando...

—¿En qué?

—Creo que debería dedicar el día a la lectura. —Tenía que encontrar la manera de escaquearme. Nuestra relación estaba volviéndose demasiado cercana, demasiado íntima... Y todavía no habíamos discutido si era una relación o no—. Quizá podríamos quedar mañana para desayunar y...

Me cogió en brazos y me dejó en el coche, donde me abrochó el cinturón de seguridad como si fuera una niña. Activó la cerradura de seguridad para niños de la puerta antes de cerrarla y rodeó el vehículo hasta su lado.

—Eres increíble, ¿sabes? —me recriminó mientras aceleraba—. ¿Es que quieres ponerme de los nervios?

—Esto no es un juego. Y no estaba diciendo de coña lo de la lectura... Llevo un día de retraso.

—¿Deseas que dé el día libre a todos los trabajadores de la compañía para que puedas recuperar el tiempo perdido?

—¿Qué?

—No tartamudees. Si es necesario, lo haré, porque te garantizo que esta noche no vas a leer nada.

Noté que me ardían las mejillas.

—¿Es que no me has oído cuando te he dicho que no quería acostarme contigo esta noche? ¿No has captado la frase?

—Tus mentiras me resbalan, Claire. —Me miró y sonrió—. Y tampoco recurras a esa cara de póquer; no funciona.

Me mantuve en el asiento mirando por la ventanilla mientras me reía para mis adentros.

Observé que el *skylime* de la ciudad desaparecía del espejo retrovisor mientras

las farolas que iluminaban la autopista se espaciaban cada vez más.

Jonathan se dirigió hacia una zona residencial donde había mansiones con enormes jardines, en las que las casas estaban a un kilómetro de las verjas de entrada, por lo menos. Frenó delante de una colosal puerta negra. Bajó la ventanilla, tecleó un código y la puerta comenzó a abrirse lentamente.

Accedió por un largo camino de grava con árboles de color amarillo a cada lado. En la distancia se veía una pequeña rotonda con una estoica fuente de piedra en el medio de una cama de hierba recortada.

Mantuve la vista fija en el parabrisas, pensado que, fuera como fuera su casa, no podía ser más grande que ninguno de los yates que me había enseñado. Pero una vez que la edificación apareció ante nuestra vista, me vi obligada a contener un jadeo.

Era increíblemente hermosa. Impresionante. El sueño de cualquier arquitecto.

Se trataba de una mansión de estilo colonial en piedra blanca que refulgía bajo la puesta de sol. Calculé que debía de haber sido construida en la década de 1930, pues los pilares de mármol que sostenían el porche eran una reminiscencia de los que había visto en mis libros de arte.

Las ventanas en forma de arco —demasiadas para poder contarlas— eran por lo menos de dos metros y medio de alto, y el cristal interior estaba teñido de negro.

—¿Claire? —Jonathan estaba de pie junto a la puerta abierta del coche con la mano tendida hacia mí—. ¿No deseas entrar?

Salí del coche y lo seguí por los escalones de pizarra, pasando por la puerta principal.

El interior de la casa suponía un enorme contraste con el exterior. Aunque se habían conservado algunos restos de estilo colonial aquí o allí, la mayor parte de la mansión había sido modernizada; había paredes de vidrio y escaleras de caracol independientes. También noté los techos, altos y abovedados, así como la iluminación indirecta.

«¿Para qué necesita tanto espacio?».

Se quedó quieto cuando llegamos a lo que parecía un salón. Me señaló una silla, y él se puso detrás de un mueble bar.

Miré a mi alrededor, admirando las ilustraciones originales que colgaban en las paredes con brillantes marcos plateados.

—¿Me la vas a enseñar entera antes de marcharnos?

—Claro. —Abrió un cajón—. Te haré un *tour* por la mañana.

—¿Crees que es necesario poseer más de una casa en la misma ciudad? ¿Por qué no vives en esta? Sin duda tienes espacio más que suficiente...

—Considero todas mis propiedades como inversiones. —Sacó una botella de vino—. Esta casa no es precisamente un hogar, sino más bien un hito.

—¿Por qué?

—En su momento, perteneció a Charles Ellis, uno de los ingenieros que proyectó el Golden Gate. Construyó esta casa para demostrar lo innovadora que podía llegar a ser una vivienda, hasta dónde se podía llegar con el impulso que suponía el diseño estructural que surgió en los años 30. Al parecer, le dedicaba demasiado tiempo a este cometido, por lo que terminaron por no contar con él en el proyecto del puente.

—¿Y no llegaron a reconocer nunca su participación?

—No la reconocieron hasta 2007 —explicó, tendiéndome un vaso—, cuando llevaba décadas muerto.

—Qué historia tan triste... ¿Qué te llevó a comprar la casa?

—Hacía años que estaba buscando una propiedad para invertir, y me llamó la atención en cuanto la vi. Me recordaba una que aparecía en un libro que leí una vez. Un clásico, aunque no seré capaz de recordar el título en este momento aunque mi vida dependa de ello.

—¿No vas a darme alguna pista sobre el libro?

—¿Vas a tratar de descubrir el título? —sonrió—. ¿Tan buena eres con los libros?

—Quizá...

—Transcurría en los años 20, en la era del *jazz*. El protagonista era un joven rico al que le encantaba dar fiestas. La gente de la ciudad no sabía cómo había conseguido su riqueza y estaba enamorado de...

—¿*El gran Gatsby*?

Asintió antes de tomar un sorbo de vino.

—Me acabas de dejar muy impresionado.

—Esta casa no parece el hogar de una persona, sino que resulta más apropiada para una familia.

—Quizá tengas razón. Es posible que algún día viva aquí una...

Me quedé paralizada.

En momentos como ese, las inseguridades que había logrado bloquear salían a la luz y se reían en mi cara. Sabía de sobra que esta aventura no iba a durar para siempre, que no estábamos destinados a terminar juntos, pero había pequeños

detalles que me llevaban a pensar que esos hechos eran más evidentes y llamativos.

Y, cuando ocurría, la confianza que había acumulado estallaba en un millón de pequeños pedazos.

—Jonathan, ¿puedo ser franca contigo unos segundos?

—¿Me estás pidiendo permiso para hablar?

Suspiré.

—Es que me has recordado una razón por la que no debería estar contigo.

—¿Otra vez a vueltas con eso?

—Deberíamos poner fin a lo nuestro antes de que...

—¿Antes de qué...? —Bajó la copa y me miró con los ojos entrecerrados.

—Acabas de decirme que te gustaría tener aquí a tu familia algún día, y eso es algo que yo no voy a poder darte... nunca. Me hice una ligadura de trompas, e incluso aunque decidiera revertir esa cuestión, sería muy arriesgado que alguien de mi edad... De todas formas, no vamos tan en serio, por lo que no sé siquiera por qué... —Suspiré—. Creo que deberíamos volver a la relación estrictamente sexual que teníamos antes. No deseo impedir que disfrutes de las cosas propias de tu edad. Te aseguro que yo lo hice en su momento, y quiero que hagas lo mismo. Después de que terminemos de follar esta noche, llévame a casa e intentaremos reconducir esto a lo que fue una vez...

Me miró y parpadeó lentamente, como si estuviera intentando procesar todo lo que le había dicho. Me preparé para que refutara mis palabras, pero se limitó a poner los ojos en blanco y a terminar lo que le quedaba de vino en la copa.

Se acercó a mí y me levantó de la silla. Luego me rodeó la cintura con los brazos mientras presionaba la frente contra la mía.

—Uno, nunca he querido tener hijos propios. Nunca. Dos, cuando he dicho que me gustaría que esta casa la disfrutara una familia, me estaba refiriendo a alquilársela a una, algo que he pensado hacer a finales de año. Tres, deberías haberme dicho que te habías ligado las trompas hace mucho tiempo: habría pasado de comprar condones. Y cuatro, nunca me has parecido una mujer insegura, así que no sé por qué estás dándole tantas vueltas a todo últimamente, pero quiero dejarte algo claro: voy en serio contigo. Disfruto de la edad que tengo. No vamos a volver a tener una relación solo física y no pienso llevarte a casa hasta mañana. ¿Lo has entendido bien?

—Sí... —Sentí que se me paraba el corazón.

—Vale. Pues vamos a ducharnos.

—¿Juntos?

—Por supuesto que no —aseguró—. Yo me ducharé por mi cuenta y tú lo harás en otro cuarto de baño. Cuando terminemos, te meteré en la cama y te daré un besito de buenas noches.

Antes de que pudiera responderle de forma contundente, me cogió de la mano y me llevó fuera del salón para hacerme subir una escalinata enorme. Abrió una puerta negra y me empujó dentro de un cuarto de baño gigantesco.

«Guau...».

Era cinco veces más grande que el salón de mi casa; de hecho, tan solo la ducha de mamparas de vidrio era del tamaño de mi despacho. Desde donde estaba, era evidente que había un banco en el interior, así como un elegante conjunto de grifos y chorros de agua incrustados en la pared y colgados del techo.

Al otro lado de la estancia había una bañera de hidromasaje rematada en mármol, que parecía más bien una piscina de olas. Y en la pared trasera, una sauna abierta, desde la que salía vapor hacia el blanco suelo de la habitación.

Di un paso adelante y pasé los dedos por la encimera de mármol. Con curiosidad, extendí la mano para tocar el cuarzo que enmarcaba el espejo de la pared, pero sentí que Jonathan me rodeaba con los brazos desde atrás.

—Claire, me haces sentirme muy frustrado. —Me miró en el espejo, suspirando—. Dicho esto, por alguna razón, no consigo tener suficiente de ti... Y cada vez que pienso que casi has aceptado lo nuestro, te inventas una nueva y ridícula razón para alejarte...

—Bueno, no eres exactamente el más...

—Shhh... —Me hizo dar la vuelta y me besó en los labios—. Esta noche no tienes permitido hablar. —Me quitó la camisa lentamente por encima de la cabeza—. Aunque puedes gritar tan fuerte como necesites. —Me besó de nuevo y el corazón se me aceleró.

Mirándome a los ojos, retiró de mi pelo la horquilla plateada con la que me lo había retirado de la cara, la dejó caer al suelo y empezó a desabrocharme el sujetador.

Me quitó los pantalones, que formaron un charco a mis pies. Luego retrocedió y me miró, me miró con intensidad, como si estuviera contemplando algo valioso, algo que le importaba de verdad.

Se agachó y me levantó los pies, uno primero y otro después, para quitarme con cuidado los *stiletto*s. Después de poner los zapatos a un lado, me besó con delicadeza las piernas, sin detenerse hasta llegar a mi cintura. Me mantuvo sujeta

mientras recorría el contorno de mis bragas de encaje con la lengua, lo que pintó un rastro cálido y húmedo en mi piel.

Cuando deslizó la prenda interior hasta el suelo, empecé a estremecerme sin control.

No me había tocado ni besado desde el día que me había realizado aquella promesa, y de pronto me sentí nerviosa.

—¿Por qué estás temblando? —Se levantó y me rozó los labios con los dedos—. Voy a hacer que sea perfecto para ti.

—¿Hacer que sea perfecto...? —Me las arreglé para decir.

—Se supone que no debes decir nada, Claire. —Me pasó los dedos por el pelo—. Como digas algo más, voy a castigarte. ¿Está claro?

Asentí.

—Muy bien. —Me acarició los pechos y dio un paso atrás al tiempo que señalaba la ropa—. Es tu turno.

Me quedé quieta unos segundos, sin saber por dónde empezar ni qué hacer. Había follado con él cientos de veces y, definitivamente, nos sentíamos cómodos el uno con el otro, pero esto me parecía más sensual, más íntimo.

—¿Claire? —Me cogió la mano y la puso sobre su pecho—. Empieza por mi corbata.

Me puse de puntillas para deshacerle el nudo, esforzándome en evitar sus ojos. Cuando la corbata cayó al suelo, seguí desabrochándole los botones de la camisa, sonriendo al sentir su piel caliente y su reacción a mí.

Alargué la mano y le deslicé la camisa por los hombros, tomándome mi tiempo con las mangas. Luego, no pude evitar mirar el pecho, perfectamente cincelado, que apareció ante mí, ni pasarle las manos por la piel mientras me mordía un labio.

—Termina. —Me cogió la muñeca al tiempo que clavaba los ojos en sus pantalones.

Le desabroché el cinturón y el botón de los pantalones, que cayeron al suelo sin ayuda.

Dado que ya se había quitado los zapatos, sonrió mientras jugueteaba con la cinturilla de los calzoncillos de color azul oscuro, donde una enorme erección pugnaba contra la tela.

Me incliné para bajárselos, pero en lugar de usar las manos lo hice con los dientes. Me arrodillé en el suelo y empecé a frotar su longitud con las manos, consiguiendo que él jadeara antes de capturarla entre los labios.

Moví la cabeza para meter y sacar su erección de mi boca, deslizando a la vez la lengua por su piel caliente. Le acaricié los testículos, que masajeeé con suavidad mientras le chupaba cada vez más rápido.

—Claire... —gimió—. Claire, para...

Me retiré lentamente como si estuviera considerando sus súplicas, pero luego rodeé el glande con la lengua y me recreé en la forma en la que cerraba los ojos, presa de un placer torturador.

Su respuesta gutural también estaba volviéndome loca, aunque me controlé. Me obligué a metérmelo en la boca otra vez, sintiendo que sus músculos se crispaban y palpitaban bajo la presión de mi lengua.

Cuando comencé a masajearle la polla de nuevo, succionándola con más intensidad, me cogió por los hombros y me hizo dar la vuelta.

Me inclinó sobre la barra de mármol para hundir un dedo en mi sexo y esparcir la humedad que manaba de mi centro.

Permanecí expectante, esperando que me hiciera sentir lo que quería, lo que necesitaba. Ansiando que me empalara de tal forma que no pudiera reprimir los gritos, pero no fue así. Antes de que consiguiera darme la vuelta y preguntarle qué pasaba, sentí que me rodeaba con sus brazos, me levantaba y me llevaba a la ducha.

Las puertas de cristal se abrieron solas cuando nos acercamos, y en cuanto me dejó en el suelo, las luces que había arriba empezaron a brillar con un cálido y suave tono amarillo. Comenzó a caer agua caliente sobre nosotros desde los chorros que sobresalían en paredes y techo.

Lo miré mientras se acercaba a un estante casi oculto para coger un par de botellas rosadas.

—Esta noche es tuya, Claire, no mía. —Me hizo girar para que mi espalda quedara contra su torso antes de empezar a palparme los senos con una mano—. Aunque eres muy tentadora... —Apretó la erección contra mi culo, lo que me dejó tan frustrada que deseé darme la vuelta y...—. ¿No vas a decir nada, Claire? —La forma en la que dijo mi nombre me hizo ansiar todavía más—. ¿Te sientes frustrada? —me susurró al oído—. ¿Me estás tentando porque no te has creído lo que te dije sobre no hablar?

Respiré hondo y negué con la cabeza.

—Eso espero.

A continuación, noté unas gotas frías sobre mi cabeza, seguidas por el contacto de sus manos, que extendieron con suavidad la crema sobre mi cuero cabelludo.

Cerré los ojos y me eché hacia atrás, hacia él, mientras me mojaba el pelo, mientras movía la punta de los dedos contra mi cabello en un movimiento circular que no dejó ninguna parte sin tocar.

«Por favor, no te detengas...».

Vertió algunas gotas más en mi cabello y lo masajeó una y otra vez, haciéndome sentir más débil cada vez que giraba los dedos.

—¿Estás bien? —susurró, subiéndome todo el pelo a la parte superior de la cabeza.

—Sí... —murmuré, notando cómo sonreía detrás de mí.

Me empujó la cabeza hacia delante para que quedara directamente debajo de uno de los chorros de agua, y se tomó su tiempo para enjuagar el champú.

Cuando la espuma se deslizó hacia el desagüe, intenté volver a apoyarme de nuevo en él.

—¡Estate quieta! —Me sostuvo por los hombros, impidiendo que me moviera—. Todavía no he terminado.

Suspiré. Después sentí que me pasaba por la espalda con suavidad una esponja de luffa trazando círculos que envolvieron mi piel en un olor dulce a vainilla. Después de limpiarme las piernas, me puso los labios en el hombro derecho y me cubrió la espalda de besos hasta llegar al izquierdo.

Me deslizó la esponja por debajo de los brazos y la frotó contra mi estómago antes de moverla sobre los pechos. Al mismo tiempo, usó la otra mano para tocarme entre las piernas, reposicionando un chorro de agua para que impactara contra el punto más sensible.

—Esta noche voy a follarte con la boca —susurró.

—¿Qué? —jadeé. Luego moví la cabeza, porque no quería que pensara que deseaba que me castigara.

—Ya me has oído. —Me rodeó de modo que quedamos frente a frente y me miró a los ojos—. Voy a ser el primero que te folle así; haré que te corras una y otra vez. —Bajó la cabeza y me besó en los labios—. Va a ser tan bueno que querrás que sea también el último.

Se me detuvo el corazón, literalmente. Además, se me debilitaron las rodillas, y me vi obligada a apoyarme en la pared hasta deslizarme al banco de la ducha.

Se inclinó hacia mí con una carcajada y me besó una vez más. Luego se acercó a la estantería, donde cogió una esponja azul que usó para esparcir el gel sobre su piel.

Se dio la vuelta para mirarme a los ojos mientras se pasaba la esponja por el

pecho, perfectamente esculpido, y los musculosos abdominales. Permitted que la espuma cubriera su cuerpo unos segundos, y luego dejó que el agua la arrastrara hasta el suelo.

—¿No puedes levantarte? —Arqueó una ceja mientras se frotaba la esponja contra la polla, dura como una piedra, y me mordí el labio mirando cómo se la frotaba con las manos de arriba abajo.

Traté de ponerme en pie, pero todavía sentía las piernas entumecidas. La presión que ejercían los chorros de agua contra mi cuerpo tampoco era de ayuda.

Lo único que podía hacer era permanecer allí sentada y ver cómo Jonathan se burlaba de mí repasando su cuerpo con aquella maldita luffa, que acariciaba todos aquellos lugares que yo ansiaba tocar.

Después de muchos minutos de juguetona tortura, la arrojó al suelo y me guiñó un ojo.

—¿Todavía no puedes levantarte?

Me ruboricé mientras se acercaba a mí para cogerme las manos y tirar de ellas hasta levantarme.

En cuanto salimos de la ducha, los chorros se pararon y las luces se volvieron blancas.

Me condujo hasta el banco que había frente a la sauna y sonrió. Después de ponerse una bata negra, cogió una toalla de manos de un cajón y me envolvió el pelo en ella. Luego cogió otra, más grande, y se puso a apretarla contra mi piel, frotándola lentamente por todo mi cuerpo.

—Eres preciosa, Claire... —Me rozó entre las piernas con la tela, lo que hizo que me pusiera tensa—. En especial cuando me miras así... —Me besó el muslo.

Le llevó mucho tiempo secarme, y pensé que me pediría que le devolviera el favor, pero no fue así. Se limitó a coger un secador y a hacer desaparecer pacientemente toda la humedad de mi pelo al tiempo que me masajeaba el cuero cabelludo con la misma ternura que en la ducha.

Cuando terminó, estudió mi cuerpo desnudo durante varios minutos, sonriendo mientras sus ojos me recorrían de arriba abajo.

—Sube los brazos —ordenó al tiempo que cogía un picardías negro.

Mientras sostenía las manos en alto, deslizó por mi cabeza el suave tejido y tiró hacia abajo, alisándolo sobre mis pechos.

Comencé a preguntarme si habría comprado la misma prenda para todas las demás mujeres con las que había mantenido una relación seria, pero, al mirar mi reflejo en el espejo, noté que había un bordado blanco sobre el encaje que me

cubría el seno izquierdo:

«*Para Claire*».

—No le he comprado lencería a nadie más —susurró—. Solo a ti. —Me estrechó la mano mientras me llevaba fuera del cuarto de baño, hacia el pasillo.

Pasamos por delante de cuatro puertas y una pequeña escalera antes de detenernos ante unas puertas correderas blancas. Sacó entonces una llave del bolsillo y las abrió antes de empujarme dentro.

Abrí los ojos como platos al entrar en la estancia: cortinas de seda que caían hasta el suelo, que era de madera perfectamente encerada, una gran cama de caoba al otro lado del dormitorio y algunos cuadros de gran formato de famosos autores americanos.

Me paseé ante la librería que cubría la pared del fondo y cogí el único volumen que no estaba perfectamente alineado con los demás.

—Solo llevo treinta páginas. —Jonathan se detuvo ante mí—. En realidad no es tan malo, siempre y cuando no sigas su ejemplo y se te ocurra dejarme. —Sonrió mientras me quitaba *Come, reza, ama* de las manos para volver a ponerlo en la estantería.

—Ven aquí. —Me cogió la mano en la suya y me llevó a la cama—. ¿Vino?

Asentí, y él se echó a reír.

—Claire, sí puedes responder a las preguntas. —Abrió una botella y sirvió dos copas—. Lo único que no debes hacer es iniciar una conversación. —Me ofreció la bebida.

Tomé varios sorbos lentos y sonreí. Era el mismo vino que había pedido en nuestra primera cita. Mi vino favorito. Y él lo había recordado.

«¿Por qué tiene que ser tan perfecto?».

—¿Has tenido hoy un buen día en el trabajo? —Me miró mientras bajaba la copa.

—Sí...

—¿Ha pasado algo interesante?

Mi cuerpo volvía a temblar de forma incontrolable. No importaba lo mucho que intentara reprimirme, no era capaz.

—¿Claire? —Me quitó la copa de las manos y encerró mi cara entre las palmas—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien... —Deseaba que dejara de mirarme así, como si quisiera devorarme—. Hemos permitido que los chicos se vayan pronto a casa porque su trabajo ha mejorado mucho durante las últimas semanas. Todavía intentamos

averiguar qué enfoque debemos dar a...

—Sinceramente, Claire, en este momento, la compañía no podría importarme menos. —Me cubrió los labios con los suyos al tiempo que me empujaba hacia la cama.

Cerré los ojos mientras me acariciaba, mientras me besaba el cuello de arriba abajo.

—Abre los ojos —susurró mientras me quitaba el picardías.

Dudé un segundo antes de abrir los ojos, y cuando lo hice, miré directamente sus preciosos ojos azules.

Lanzó la prenda al suelo y arqueó las cejas.

—Hoy estás muy tensa... —Se movió hasta acostarse a mi lado—. Y no has dejado de temblar desde que nos duchamos. —Me levantó una mano temblorosa para hacerlo más evidente—. ¿Por qué estás tan nerviosa?

No quería admitirlo, pero lo estaba.

—Mmm... —Me besó la mano y se incorporó.

Lo miré mientras se acercaba al armario, donde cogió un frasco de cristal de color marrón.

—Tiéndete boca abajo —me pidió, volviéndose hacia mí.

Lo hice sin dejar de temblar, y sentí que derramaba sobre mi espalda un poco de aceite caliente. Solté el aire que contenía cuando puso las palmas sobre mi columna para extenderlo por toda la piel.

Me apretó los costados con las yemas de los dedos, me acarició la columna arriba y abajo, una y otra vez. Y de vez en cuando depositaba un beso húmedo en mi piel; luego seguía con una profunda presión de manos.

—¿Esto te relaja? —Me amasó la parte posterior de los muslos.

—Mmm... Mmm...

—¿Sigues estando nerviosa? —Bajó a las pantorrillas y luego a los tobillos.

No respondí a la pregunta: estaba demasiado perdida en las increíbles sensaciones que provocaban sus dedos.

Me hizo dar la vuelta y se puso a masajearme los pies, usando los pulgares para frotarme los talones.

—¿Qué pasó el 16 de julio para que lo tengas tatuado en el pie? —preguntó.

—Es la fecha de... —Jadeé cuando se inclinó para besarme el empeine—. Es la fecha de mi divorcio.

Se rio.

—¿Y las banderas blancas y rojas que la acompañan? ¿O solo es otra muestra

más por la fascinación que sientes por ellas?

—Sí...

—Vale. —Me soltó el pie y empezó a subir por mi cuerpo, dedicando los mismos gestos sensuales de antes pero esta vez en la parte delantera de los muslos y el estómago, aunque se recreó más tiempo en mis pechos.

Me sonrió y se levantó de nuevo de la cama para guardar el frasco en el armario. Luego desapareció.

Regresó a la habitación unos minutos más tarde con un vaso con hielos, que dejó en la mesilla de noche.

Me sentí tentada de preguntarle para qué necesitaba los cubitos, pero me lanzó una mirada que decía que no se me ocurriera siquiera, así que me mordí el labio inferior y miré cómo cogía una almohada del otro lado de la cama para ponerla debajo de mis caderas.

Luego se estiró para coger una pieza de hielo.

—Quiero asegurarme de que estés lo más relajada posible. —La hizo girar entre las yemas de los dedos, por lo que unas gotas frías cayeron sobre mis pechos.

Luego me posó el cubito en el cuello para empezar a arrastrarlo lentamente entre mis senos, y rodeando con él mis pezones endurecidos.

—Ahhh... —Gemí cuando capturó uno con la boca y lo chupó con fuerza, sin dejar de torturar el otro con el hielo—. Jonathan...

—Shhh... —Cambió posiciones y cerré los ojos, tratando de permanecer lo más quieta posible.

Lo siguiente que sentí fue otro cubito de hielo, esta vez más grande, que se deslizaba más allá de mis pechos, hasta mi ombligo.

Noté un temblor en el estómago; aunque no tan intenso como antes, fue lo suficientemente notable como para que Jonathan me inmovilizara riéndose.

—Relájate, Claire. —Se inclinó por encima de mí para coger otro hielo—. Voy a hacerte sentir muy bien... —Se metió el cubito en la boca y me besó el interior de los muslos, alternando su cálida lengua con el frío del hielo.

Los besos subieron cada vez, acercándose a mi centro, y luego deslizó un dedo en mi interior. Soltó un gemido al notar lo húmeda que estaba.

Me miró una vez más antes de inclinar la cabeza para acariciarme el clítoris con la lengua.

Jadeé y me senté de golpe para apretar las rodillas contra el pecho.

—Espera...

—¿Por qué?

—Es que no puedo... Yo no soy... ¿Podemos tener sexo tradicional?

—No. —Se levantó y me miró, pero supe que estaba un poco irritado.

—Sé que esto te va a parecer una locura, porque no soy virgen ni nada, pero ya te he dicho que jamás había hecho esto antes... Sinceramente, no esperaba que...

—Claire...

—Estoy segura de que conseguirías que fuera increíble. De verdad, lo sé, pero...

—Claire...

—¿Qué?

—Túmbate.

Parpadeé sin poder moverme.

—¿Voy a tener que volver a decírtelo? —Arqueó una ceja.

Volví a parpadear.

Negó con la cabeza y sonrió.

—De acuerdo, Claire. —Se acercó hasta donde estaba acurrucada en la cama y tiró de mí para ponerme sobre su hombro.

Luego cogió la taza con hielo y me puso en el borde de la cama. Me tendió en el colchón y se desató el cinturón de la bata. Antes de que yo pudiera deducir qué era lo que estaba haciendo, me separó las piernas y ató la derecha a la cama. Luego metió la mano en el bolsillo y retiró la corbata, que utilizó en la izquierda.

Moví las piernas para averiguar si ese gesto afectaría a los postes, pero no fue así; ni siquiera se mecieron un poco.

—Debería haber adivinado que te pondrías difícil... —Se arrodilló entre mis piernas con la taza de hielo en la mano—. ¿Tengo que atarte también las manos?

Negué con la cabeza.

—Si intentas detenerme, te las ataré, ¿lo has entendido?

—Sí...

Se metió un cubito de hielo en la boca antes de inclinarse hacia delante y presionarlo contra la parte inferior de mi vientre. Luego lo deslizó cada vez más abajo.

Gemí mientras hundía un par de dedos profundamente en mí, y luego sentí que introducía el cubito en mi interior con la lengua.

Jadeé al sentir la frialdad y traté de cerrar las piernas, pero no pude moverlas.

—Jonathan... —Mi voz era entrecortada, tensa—. Jonathan, para...

Él siguió empujando el hielo dentro y fuera de mí al tiempo que movía la

lengua contra mis labios, haciendo que me sintiera completamente indefensa.

—¡Oh, oh, oh, Dios mío...! —Notaba que se estaba derritiendo, que su lengua lamía las gotas—. Para...

Me ignoró, y empezó a besar los labios de mi sexo como si fueran los de mi boca, empujando la lengua más profundamente en mi interior para después mordisquearme el clítoris con suavidad, succionándomelo cuando me retorció.

Le rogué que parara; el placer era demasiado intenso, demasiado áspero, y mi cuerpo se estremecía con cada golpe de su lengua.

Me incorporé y le pasé los dedos por el pelo, demasiado débil para alejarlo.

Cuando me puso las manos debajo de los muslos, levantándome un poco para tenerme en un ángulo mejor, sus lengüetazos se volvieron más fuertes y rápidos.

—Deja de luchar contra ello... —Sostuvo el clítoris entre los labios para rozarlo con la lengua, trazando círculos alrededor. Entonces, perdí el sentido del tiempo.

Me oí gritar como si nunca hubiera gritado antes, sin saber cómo podía soportarlo, cómo podía seguir torturándome así.

—Córrete, Claire —susurró, negándose a cesar aquellos placenteros besos.

—Ahhhh..., yo..., yo... —Sentí que me chupaba con más fuerza, con más rapidez, y no pude aguantarlo más. Todas mis terminaciones nerviosas explotaron a la vez y mi cuerpo convulsionó de forma violenta.

Me aferré a las sábanas mientras se me curvaban los dedos de los pies y él me llevaba al orgasmo más intenso de mi vida.

No era capaz de controlar la respiración; mi cuerpo seguía estremeciéndose, pero el placer no disminuía, seguía en lo más alto.

—¿Claire? —Oí que decía mi nombre mientras me desataba las piernas, pero no pude responder. Seguía estando aturdida, sorprendida. Apenas podía sentir los besos que repartía ahora por mi estómago, por mis pechos.

Cuando se movió encima de mí, los temblores seguían recorriendo mi cuerpo. Intenté calmarme, pero sentí que se deslizaba en mi interior, llenándome por completo, y jadeé.

—Mírame —susurró, esperando a que lo obedeciera.

Levanté la cabeza para buscar sus ojos, y él apretó los labios contra mi mejilla.

—Eres mía... Siempre serás mía...

Se retiró lentamente para volver a hundirse con fuerza, y por primera vez no había nada que nos separara; estábamos piel contra piel, y la diferencia era dramática. Me sentía más cerca de él, más completa.

Se tomó su tiempo para hacer el amor conmigo, sujetándome las manos por encima de la cabeza mientras me llevaba a otro orgasmo alucinante.

Cuando mi cuerpo dejó de convulsionarse, me abrazó y me besó en los labios.

—¿Estás bien? —preguntó.

Asentí moviendo la cabeza, porque solo era capaz de eso.

Cuando por fin recuperé las fuerzas, me apreté contra él y lo miré a los ojos.

No supe cuánto tiempo estuvimos entrelazados ni cuánto tiempo me abrazó, besándome una y otra vez mientras me decía lo preciosa que era.

Los segundos parecieron alargarse, aunque en algún momento sentí que salía de la cama.

El corazón se me aceleró.

—¿A dónde vas? —Me aclaré la garganta al notar lo seca que la tenía de gritar.

—A por más hielo —sonrió—. Vamos a volver a hacerlo... Y luego te castigaré por haber hablado.

19

CLAIRE

«Deja de mirarlo... Deja de mirarlo...».

Traté de tener los ojos clavados en los miembros del departamento que estaban de pie en la parte de delante de la habitación. Estaban exponiendo por qué merecían obtener las entradas para ir a la salida a bolsa, pero no podía evitar mirar a Jonathan.

Estaba sentado delante de mí, y no me estaba poniendo nada fácil lo de concentrarme. Me lanzaba una sonrisa lujuriosa cada pocos segundos, se lamía los labios de forma juguetona o me echaba una mirada que decía que solo pensaba en tumbarme en la mesa de la reunión y follarme justo después de que esta terminara.

Me había pasado todo el domingo acostada en la cama mirando al techo, reproduciendo en mi mente cada segundo de la noche del viernes, deseando que no se hubiera terminado. Había sido el sexo más increíble de mi vida; todavía no podía creerme lo perfecto que había sido.

—¿Señorita Gracen? —El señor Barnes se aclaró la garganta—. ¿Qué equipo cree que lo ha hecho mejor? ¿A quién elige?

Miré a los cuatro jóvenes que había en el rincón con los ojos cerrados, esperando ser los seleccionados. Todos ellos habían realizado un trabajo increíble, y merecían ir al espectáculo los dos equipos.

—Elijo a los dos. —Sonreí.

—¿Qué? Solo hay dos entradas para...

—Un equipo puede recibir mis entradas para el baile de la salida a bolsa, y el otro puede disfrutar de los vales para la estancia de un fin de semana en Napa Valley este fin de semana.

Todos los presentes dejaron escapar un jadeo colectivo. Incluso Jonathan abrió mucho los ojos.

—¿Va a renunciar a un vuelo privado y a un día en una bodega? —Barnes parecía sorprendido—. ¿En serio?

Asentí.

Me había sentido emocionada cuando la junta directiva envió a los directores

de departamento un correo electrónico con aquella recompensa por nuestro duro trabajo. Era un vuelo en primera clase para acudir a una de las mejores bodegas del país, pero yo supe que no lo aceptaría en el mismo momento en que lo recibí.

—Es que... esto hará que todos los demás trabajen todavía con más ahínco, ¿no cree? Y todavía puedo reunirme con todos. Napa Valley está a solo una hora, y adoro el vino. —Me reí y el resto de los presentes me acompañó.

—Guau, es muy generoso de su parte. —Sonrió—. Gracias a los miembros del equipo por su arduo trabajo. Esta tarde les enviaremos un correo electrónico en el que les comunicaremos qué ha ganado cada equipo.

Les premiamos con una última ronda de aplausos mientras salían de la sala. En cuanto la puerta se cerró, todos nos levantamos y nos estiramos, mientras el señor Barnes preparaba la pantalla del proyector para la sesión zen semanal.

Jonathan: «Ha sido muy amable por tu parte».

Claire: «Gracias».

Jonathan: «Organicé ese premio solo por ti. ¿Por qué has renunciado a ello?».

Claire: «Solo trataba de ser amable».

Jonathan: «Demasiado amable, diría yo...».

Levanté la vista para poder poner los ojos en blanco, pero ya no lo tenía delante de mí: estaba sentado a mi lado.

—Jonathan —susurré—. No puedes... Por favor, no...

—¿Por favor, no, qué? ¿No puedo sentarme a tu lado durante la película?

—No...

—¿Por qué?

Lo miré con los ojos entrecerrados mientras él sonreía inocentemente.

—¿Todavía no tengo permiso para tocarte en público? —Levantó el bolígrafo que llevaba en la mano y apretó los dedos contra mi mano mientras me lo entregaba.

—Para.

Dejó caer el boli en mi regazo.

Me levanté de un salto y me aclaré la garganta.

—Voy a buscar un café abajo antes de comenzar. ¿Alguien quiere algo?

—¡Oh! ¡Yo un *caramel macchiato*!

—Uno con mucha espuma.

—Un *latte mocha*.

Arranqué una hoja de la libreta y se la pasé a mis compañeros para que cada uno escribiera su pedido.

—Señorita Gracen —Jonathan se puso en pie con una sonrisa lobuna—, la ayudaré a traer los cafés.

«Mierda... ¿Por qué no lo he pensado antes?».

No perdí de vista el papel mientras todos anotaban lo que querían, preguntándome si alguien se ofrecería a ayudarme a traerlo, pero cuando la hoja del bloc regresó a mí, no había habido más voluntarios.

—No tengan prisa —dijo el señor Barnes cuando me entregó el periódico—. Al parecer, el asesor de la terapia va a tardar unos treinta minutos en unirse por el chat de vídeo. Está teniendo dificultades para iniciar la sesión.

Salí de la habitación y corrí hacia los ascensores.

—Señor Statham, no necesito su ayuda. Pediré un carrito para traer el café y lo devolveré luego.

Puso los ojos en blanco y pulsó el botón de bajada.

—Es demasiado pronto para que hagamos algo... —Lo miré suplicante—. Es demasiado arriesgado, y lo sabes...

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, me empujó al interior. Pensaba que iba a apretar el botón de *stop* y besarme de todas formas, pero presionó la tecla del vestíbulo.

—Claire, ahora mismo no estoy tratando de follar contigo —dijo sin apartar los ojos—. Solo deseo estar cerca de ti. ¿Vale?

—Vale...

Cuando llegamos al vestíbulo, cogimos un carrito para café en cuanto salimos.

Rompí la lista por la mitad y se la entregué.

—Ha sido muy amable por tu parte instalar un Starbucks gratis aquí... La gente lo adora.

—Lo esperaba. Alguien que trabaja en la compañía pensaba que el otro café sabía a mierda.

—Y así era.

Se rio.

—¿Por qué te has deshecho de la estancia en las bodegas? Eres muy aficionada

al vino.

«Es una de las cosas que más me gusta...».

—Sinceramente, solo quería ser amable... Los chicos se han matado a trabajar hasta altas horas y no han recibido ninguna gratificación extra, así que... —Le entregué mi parte de la lista al camarero—. No sabía que habías planificado ese viaje pensando en mí.

—Bueno, como no vas a ir, podremos hacer otra cosa juntos.

—¿Como qué?

—Ya pensaré algo... —Entregó la otra parte de la lista a otro camarero y me ayudó a poner servilletas y pastas en el carro. En ese momento comenzó a sonar su móvil, y se alejó—. Vuelvo enseguida.

Según los sirvieron, fueron poniendo los cafés en el mostrador, y yo los pasé al carrito.

—¿Claire? —Henderson se detuvo ante mí—. ¿Qué tal estás?

—Muy bien. ¿Y tú? Hacía tiempo que no te veía, ¿has estado de baja?

—No, me han dado un ascenso. —Sonrió—. Ahora trabajo en el departamento de contabilidad. Me alegro de haberte visto. ¿Sigues saliendo con alguien?

—Sí.

Frunció el ceño al tiempo que hacía un gesto dramático y luego se rio.

—Es un hombre afortunado. Si alguna vez lo dejas, ya sabes que...

—Señor Henderson —lo saludó Jonathan cuando regresó tendiéndole la mano—. ¿Qué tal va todo en contabilidad?

—Es fantástico. Muchas gracias por esa recomendación personal. Llevaba años solicitando un puesto allí.

—De nada. —Jonathan esbozó una sonrisa—. Me encanta que la gente trabajadora esté desarrollando su labor en el mejor lugar posible. —Me lanzó una mirada de desaprobación.

—Bueno, pues gracias de nuevo, señor Statham. Ya nos veremos por aquí, Claire. Llámame cuando lo dejes con ese ser afortunado, ¿vale? —Se alejó después de guiñarme un ojo.

Jonathan puso los ojos en blanco y me ayudó a colocar los cafés en el carrito.

—Le has dado un ascenso para que estuviera alejado de mí, ¿verdad? —No podía creerlo.

—¿Qué dices? —Empezó a empujar el carrito hacia el ascensor.

—Dime la verdad.

—¿Quieres que te confiese que le he promocionado para el puesto que quería?

Negué con la cabeza mientras me metía en el ascensor.

—No. Quiero que reconozcas que lo has hecho porque él...

—Sí. —Me empujó contra la pared en cuanto se cerraron las puertas—. Lo he convertido en contable jefe y he trasladado al departamento de contabilidad al edificio de enfrente para que no se cruzara contigo, por si acaso te olvidabas otra vez de con quién estás saliendo. Y, sí, haré lo mismo con cualquiera que muestre interés en ti. Ahora que lo he visto venir a tomar café, he decidido que voy a instalar otro Starbucks en el edificio de enfrente, así no habrá necesidad de que venga por aquí. ¿Satisfecha?

Parpadeé.

—Me lo imaginaba.

En ese momento se abrieron las puertas del ascensor, y empujó el carrito hacia la sala de reuniones; solo se detuvo cuando llegó a la puerta.

—Diles que tengo otra reunión. —Me rozó la mejilla con los labios—. Nos vemos esta noche.

Me llevé un vaso de agua a los labios y suspiré. Me encontraba sentada en un comedor privado de Jardinière, un restaurante de lujo en Hayes Valley. Encima de la mesa había varias velas encendidas y un enorme ramo de rosas con una tarjeta.

*«Lamento mucho que estés sola. Te prometo que te lo compensaré.
Jonathan».*

—Señorita, ¿no quiere tomar una copa de vino mientras espera? —preguntó el camarero.

—No, gracias, estoy bien.

Me brindó una sonrisa comprensiva y se alejó.

Llevaba treinta minutos allí sentada, preguntándome lo tarde que llegaría exactamente Jonathan.

Me había enviado un mensaje de texto justo después del trabajo en el que me hizo saber que la reunión de la junta iba a alargarse, y que sería Greg quien me recogería para la cita de esta noche.

Volví a mirar la pantalla del móvil con la esperanza de ver algún mensaje de texto más, pero justo en ese momento sentí su mano acariciándome la espalda desnuda y un beso en el hombro.

—Buenas noches, Claire.

—Hola... —Mi cuerpo reaccionó de inmediato a su voz sexy y a su tierna caricia.

Me besó el cuello, acercando los labios a mi oreja.

—¿Llevas algo debajo de esto? —me susurró al oído.

Negué con la cabeza.

—Mmm... —dijo de forma aprobadora antes de sentarse delante de mí.

—¿Qué tal ha ido la reunión? —pregunté.

—Ha sido innecesariamente larga y aburrida, como de costumbre. Me sentiré feliz cuando hayamos solucionado todo el tema de la salida a bolsa. No creo que pueda... —Nuestros ojos se encontraron, y soltó un suspiro mientras se inclinaba sobre la mesa para apretarme la mano—. ¿Qué te pasa?

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Me alegra ver que ha llegado sano y salvo, señor Statham. —El camarero se acercó a nuestra mesa—. ¿Qué vino desea probar esta noche?

—Por favor, ¿podrías darnos unos minutos? —Jonathan mantuvo los ojos clavados en mí cuando el camarero desapareció—. Tienes los ojos rojos, y estoy seguro de que se supone que el rímel debe estar en las pestañas, no por debajo de ellas. ¿Has estado llorando?

—No, es alergia. —Busqué en el *clutch* un espejito—. Siempre me pasa lo mismo en esta época del año. Hay tanto polen que...

—Deja de mentirme, Claire.

Suspiré.

—No es que esté triste. Es que estoy rabiosa.

—¿Porque he llegado tarde?

—No... Es que...

—Vamos. —Se levantó y me cogió de la mano—. Hablaremos en el coche.

Me apoyé en él cuando me puso un brazo en los hombros para guiarme fuera del restaurante.

El aparcacoches trajo el vehículo en cuanto nos acercamos y, como de costumbre, Jonathan me ayudó a entrar y esperó a que me hubiera acomodado antes de arrancar.

No sabía a dónde me llevaba y, sinceramente, me importaba una mierda. Si nos movíamos sin rumbo durante el resto de la noche, sería feliz.

Recorrimos las calles de la ciudad bajo las farolas, pero me miró cuando llegó a un *stop*.

—¿Tienes pensado hablar en algún momento?

—Solo quería estar segura de que no me castigarías si lo hacía.

Puso los ojos en blanco.

—Me alegra saber que no se trata de algo grave.

—No lo es. —Negué con la cabeza—. Mis hijas van a ir a Anaheim esta misma noche, en avión... Es el cumpleaños de su hermanastra, así que su padre nos avisó en el último minuto. Quería que se reunieran con ellos mañana en Disneyland.

—¿Te molesta que vayan con él?

—No. Ryan siempre será su padre, y puede verlas cuando desee. Lo que me molesta es que haya esperado al último minuto para decírmelo. Tenemos un acuerdo, y sé que no compró ayer los billetes de avión, ¿sabes?

—Entiendo. Bueno, es comprensible. ¿Es necesario que estés pronto en casa para que las lleves al aeropuerto?

—No. Mi madre se ocupa de eso.

—Mmm... —Parecía preocupado.

—No es para tanto. No estoy triste, te lo prometo. Odio que me llame, odio que siga existiendo... Estoy segura de que estar contigo esta noche hará que deje de pensar en ello...

—¿Cuál es tu película favorita?

—*Anastasia*. ¿Por qué?

—¿Una película de dibujos animados?

Asentí.

—Sí, pero...

—¿Y tú te reías de mí porque mis libros favoritos eran los de Harry Potter? —Hizo una mueca y, de repente, giró el volante, trazando una U, y el vehículo quedó en dirección contraria—. ¿Has comido algo desde el almuerzo?

Negué con la cabeza mientras sacaba el móvil.

—¿Greg? A la señorita Gracen y a mí nos gustaría ver una película... No, la cena será a domicilio, sin marisco... Sí, eso es perfecto... *Anastasia*... Sí, soy consciente de que se trata de una película de dibujos animados... Dentro de una hora... Gracias.

—¿También te da por cerrar los cines? —Lo miré mientras guardaba el teléfono.

—Algo así... —Se detuvo en un pequeño supermercado—. Ahora vengo. ¿Quieres algo de aquí?

Dije que no y me besó antes de alejarse. Mientras permanecía sola en el coche, me pregunté si sería realmente capaz de cerrar un cine para que pudiéramos ver una película que tenía muchos años.

Me recliné en el asiento y cerré los ojos, pensando en «nosotros» una vez más. Estaba empezando a pensar que lo que teníamos podía salir bien, aunque todavía me daba miedo entregarme por completo. Pero estaba considerando que...

—Claire, deja de hacer eso —me dijo Jonathan, que regresaba al coche.

Abrí los ojos.

—¿El qué?

—Ya lo sabes. —Me tendió una tarrina de helado de chocolate con menta y una cuchara rosa—. He pensado que esto te ayudaría a animarte. Va a ser un viaje largo, y es posible que te entre el hambre...

Sonreí, sorprendida de que hubiera recordado mi helado favorito.

—Dime la verdad: ¿grabas nuestras conversaciones telefónicas?

—No, Claire. —Aceleró el coche—. Pero poseo una buena memoria; además, es difícil que me olvide de algo relacionado contigo.

Se internó en la noche mientras yo saboreaba cada cucharada de helado; Jonathan siempre conseguía que me sintiera mejor.

Cuando el coche salió de los límites urbanos, empecé a preguntarme a dónde demonios íbamos. No estábamos cerca de ningún cine, ni siquiera de la civilización. No había más que campos de hierba por todas partes.

Pensé en preguntarle cuál era nuestro destino, pero sabía que no me lo diría. Lo miré y me puso la mano en el muslo, para acariciármelo con cariño mientras conducía.

Había empezado a cerrar los ojos cuando el coche se detuvo de repente. Delante había una enorme cartelera blanca.

—¿Te has quedado sin gasolina o algo así? —Estiré los brazos hacia arriba—. ¿Tenemos que ponernos a andar?

—No. Pásate al asiento trasero.

No me moví. No entendía la necesidad de moverme de posición mientras él conducía hasta el cine, no entendía por qué había cambiado los planes de ver una película por sexo en el asiento de atrás.

—Joder... —Apretó un botón y la parte de arriba del deportivo se dobló. Él salió del coche para venir hasta mi lado, me cogió en brazos y me puso en el asiento trasero.

Se sentó a mi lado y empezó a tocar un mando a distancia negro.

Yo todavía seguía pensando en algo inteligente para decir, en ordenar la miríada de preguntas que me daban vueltas en la mente, cuando, de repente, la luz de un proyector iluminó la cartelera en blanco y aparecieron los créditos iniciales de *Anastasia*. El sonido era envolvente, pero no veía los altavoces por ningún lado.

—He pensado que, ya que todavía no estás segura de que seamos vistos en público juntos, podríamos ver la película así. —Me besó la mejilla—. Además, los asientos del coche se reclinan, cosa que no ocurre con los de ninguna sala... —Presionó un botón y los asientos retrocedieron lentamente. Se acercó todavía más y me puso un brazo sobre los hombros—. Estoy seguro de que los aprovecharemos cuando llegue la cena.

Me acurruqué contra su pecho y lo besé.

—O podríamos aprovecharlos ahora...

20

JONATHAN

—Creo que ha ido bastante bien —dijo mi madre cuando la terapeuta abandonó mi despacho.

—Sí... —No estaba seguro de si era porque estábamos solucionando nuestros problemas o si porque estar con Claire tranquilizaba mi estado de ánimo, pero había acudido a varias sesiones de terapia con mi madre y no habíamos acabado por tirarnos los trastos a la cabeza.

La miré mientras se levantaba y se colgaba el bolso del hombro.

—¿Te he dicho ya que la semana pasada tuve un ascenso?

—No... ¿Estás trabajando?

Asintió.

—No quería decírtelo hasta pasar el período de prueba, pero...

—No es necesario que trabajes.

—Lo sé, pero necesito mantener ocupado mi tiempo para seguir por el buen camino. No quiero volver a caer en los viejos hábitos.

«Dios... Parece que esta vez va en serio y sí va a seguir limpia...».

—¿Vas ahora hasta allí? Le diré a Greg que te lleve. ¿Dónde es exactamente?

—No te preocupes. Me he apuntado a un *buddy program*, me recogerán en cualquier momento. Trabajo en una pequeña tienda cerca del puerto. La vista al mar es increíble.

Rodeé el escritorio y la abracé.

—Me siento orgulloso de ti... —Deseaba decir algo más, que iría alguna vez por allí para almorzar con ella, pero no fui capaz.

No quería pensar que iba a cambiar para siempre; me había decepcionado demasiadas veces para ello.

—Señor Statham —nos interrumpió la voz de mi secretaria por el intercomunicador—, tiene una...

—Pensaba que le había dicho que no quería ninguna interrupción hoy... — Gemí—. Tengo un día muy ocupado y no puedo permitirme...

—Se trata de la señorita Gracen, señor.

—Ah, lo siento, Angela. Hazla pasar, por favor.

Solté a mi madre y me di cuenta de que me miraba con una ceja arqueada de

forma interrogativa, como si le debiera algún tipo de explicación.

—¿Quién es? —preguntó.

—¿Quién es quién?

—Esa mujer que, evidentemente, tiene más privilegios que yo... A mí me han dado muchas veces con la puerta en las narices con ese discursito de: «El señor Statham no puede ser molestado para una visita no programada en el día de hoy». ¿Quién es esa mujer tan importante?

Suspiré.

—Mi novia.

—¿De verdad? ¿Puedo conocerla? —Sus ojos se iluminaron—. ¿Por favor...?

—Puedes saludarla y luego marcharte.

—Jonathan, yo...

—Todavía no hemos solucionado nada. No fuerces la situación.

Apretó los dientes.

—Vale.

«Olvídalo. No se merece conocer a Claire...».

Le cogí la mano para sacarla de allí, pero en ese momento se abrió la puerta de mi despacho.

Claire entró en la estancia con un vestido azul marino y una chaqueta color crema, todo ello conjuntado con unos *stilettos* que conseguían que sus piernas parecieran todavía más largas.

Me sonrió y, de repente, me olvidé de todo, incluidos mi irritante madre y el día agitado que me esperaba.

—Buenas tardes. —Me acerqué y la besé en la mejilla—. Estás maravillosa...

—La guie hasta donde estaba mi madre—. Te presento a Denise Statham, mi madre. Mamá, ella es...

—Claire. —Mi madre me interrumpió mientras cogía la mano de Claire—. Es un placer conocerte al fin. Eres preciosa... Jonathan tiene mucha suerte contigo.

—Gracias, señora Statham.

—Hasta la semana que viene, hijo. —Mi madre me dio un último abrazo y se dirigió al fondo del despacho, donde estaba el ascensor privado.

—¿Te pasa algo? —pregunté a Claire, cogiéndola entre mis brazos—. ¿Estás enferma? Si has venido aquí en un momento en el que alguien puede verte, tiene que haber pasado algo horrible.

Puso los ojos en blanco.

—Acabamos de terminar la campaña de la s'Tablet, así que el señor Barnes nos

ha dejado irnos a casa antes. El teléfono se me ha quedado sin batería, así que he pensado que sería mejor que te lo explicara todo antes de que pensaras que te estaba ignorando.

—Bien pensado. Te llevaría a almorzar para celebrarlo, pero tengo una reunión a las seis. ¿Cenamos juntos? Han abierto un italiano en...

—¿Señor Statham? —La voz de Angela volvió a aparecer por el intercomunicador—. Odio molestarlo de nuevo, pero la señorita Griffin ha aparecido con una emergencia. Dice que no puede esperar ni un segundo.

Suspiré y retrocedí.

—Espérame aquí —le dije a Claire—. No vayas a ninguna parte. —Le señalé una silla y salí de la estancia—. Vanessa, será mejor que se trate de verdad de una emergencia.

—Lo es. No uso esa palabra a la ligera.

La seguí por el pasillo hasta una sala de reuniones y me senté.

—¿De qué se trata?

—La junta directiva aprobó ayer la transacción de Noracorps, y estamos a punto de enviarla al banco por fax, pero falta tu firma en varios documentos. Es algo muy importante, ¿no crees?

—Oh... —«Sin duda habría sido un desastre».

Le arranqué la carpeta de las manos y cogí un bolígrafo. Estampé mi firma en todos los espacios en blanco requeridos, además de leer algunos párrafos aquí o allá.

—¿Tengo que firmar también los formularios C-18?

Hizo una mueca.

—Sí.

«Agg... ¡Dios!».

Seguí firmando con más rapidez, evitando a propósito sus miradas llenas de coquetería cada vez que se aclaraba la garganta.

Desde que se había enfadado conmigo, después de aquel encontronazo nocturno, había puesto distancia entre nosotros. Seguía hablando con ella después de las reuniones de la junta, y me reía de sus ingeniosas bromas, pero evitaba quedarme a solas con ella demasiado tiempo.

—¿De verdad no vas a decirme el nombre de tu novia? —Puso la mano sobre los documentos.

—No es asunto tuyo.

—Yo estoy saliendo con alguien también.

—Me alegro —dije sonriente—. Me siento muy feliz al escucharte... —«Más bien estoy eufórico».

—Se llama Paul Jordan y es el propietario de una pequeña cadena de hoteles. ¿Ves? Te he dicho su nombre, ahora puedes sincerarte tú.

—¿Qué tiene que ver el nombre de la mujer con la que estoy saliendo con la adquisición de NoraCorps? Pensaba que la razón de que estuvieras aquí era mi firma en estos documentos.

—Y lo es —suspiró—. No te olvides de que todo debe estar listo mañana. Necesitan los documentos compulsados con la aprobación del banco. Creo que esta puede ser la segunda mejor inversión que hemos hecho nunca.

—Yo también. —Me levanté—. Mañana vendré temprano. Le diré al chef que haga algo para...

—¿Es la pelirroja de marketing? —Me cogió la mano—. ¿La que dirigió la campaña publicitaria del sPhone Azul?

Arqué la ceja.

—Os vi anoche de la mano en el garaje... Es muy guapa, impresionante más bien. Es que yo... —Negó con la cabeza—. Llevo un montón de años aquí, intentando acercarme a ti, y siempre me has rechazado... ¿Por qué? ¿No soy lo suficientemente buena para ti?

No podía creerme que estuviera tratando de hacerme esa clase de chantaje emocional. La miré estoico; mis siguientes palabras tenían que ser muy contundentes.

—No soy como Audrey... —Se me acercó y me colocó las manos sobre el pecho, haciendo que se me erizara la piel—. No trato de usarte ni de presionarte para conseguir tu dinero. Soy tu amiga, y no puedes negar la química que hay entre nosotros... Te he admirado desde que mi padre invirtió en tu compañía. Incluso acompañé a Hayley cuando tú no podías estar en algunas de las operaciones quirúrgicas ... No soy una rubia tonta, ni una cazafortunas ni una divorciada con hijas tratando de ligarme a un hombre más joven para que se case conmigo y poder quedarme con su dinero después del divorcio. No me gustaría que...

—¿Perdona?

Se mordió el labio y me pasó los dedos por mi boca.

—Solo quiero que sepas que no me aprovecharía de ti como algunas de las demás mujeres por las que te has interesado. Y aunque ahora estoy saliendo con otro, si recuperas el sentido y...

—Ya está bien. —La cogí de la mano y la arrastré hacia la puerta—. Como es evidente que no entiendes el significado de la palabra «no», te voy a dar la definición exacta: no estoy interesado en ti. No voy a estarlo nunca. Me importa un bledo lo que imagines sobre quienquiera que pienses que estoy saliendo, pero si es una divorciada con hijos, es diez veces mejor que tú para mí. Soy consciente de que poner punto final a la política de no confraternización entre los empleados te ha hecho sentir confundida sobre esa fantasía tuya de que exista un «nosotros», pero el acoso sexual se produce en los dos sentidos, y eso sí sigue vigente. ¿Ha quedado claro?

Me tomé su aturrido silencio y su boca abierta como un sí.

—Hasta mañana. —Me alejé de ella y salí de allí.

Fui a mi despacho respirando hondo. Iba a tener que limitar mi contacto con Vanessa a los negocios hasta que se controlara un poco. Quizá debía evitarla por completo.

Cuando entré, Claire se levantó.

—Lamento la interrupción. ¿Qué estábamos diciendo...?

—Hablábamos de la cena.

—Cierto. Hay un italiano nuevo en Fisherman's Wharf y me gustaría...

—Vamos a tener que posponerlo. Les he prometido a las niñas que haría pasta esta noche. Quizá podríamos...

—Me encanta la pasta.

—Ah... Mañana te traeré las sobras. ¿Te gusta con parmesano?

—¿No puedo ir a cenar a tu casa?

—Mmm...

—¿Mmm...? —La miré con los ojos entrecerrados—. ¿Qué clase de respuesta es esa?

—¿Quieres conocer a mis hijas?

—¿Saben que existo?

Asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Ninguno... —Parecía sorprendida—. Cenamos a las siete.

Llegué a su casa diez minutos antes de tiempo. Había comprado tres ramos de flores personalizados para cada una de ellas, así como una botella de sidra que podríamos compartir en la cena.

Subí los escalones del porche y apreté el timbre, sonriendo al recordar la primera vez que lo había hecho, en enero.

Unos segundos después, una de sus hijas abrió la puerta. Al verme, inclinó la cabeza, lo que hizo que su ondulado pelo rojo cayera hacia un lado, y parpadeó varias veces. Era clavada a Claire, solo que tenía más pecas en las mejillas y los ojos más claros.

—¡Mamá! ¡Es el tío ese del que nos hablaste! —Luego me miró fijamente.

—Ashley, ¿vas a permitirme entrar? —Sonreí.

—Guau... ¿Cómo has sabido quién soy?

—Tu madre me lo dijo hace tiempo, pero todavía llevas la chapa del trabajo.

—Ah, claro... —Retrocedió y me dejó pasar.

Su otra hija, Caroline, bajó los escalones y se detuvo junto a Ashley. Luego me miraron las dos, y parpadearon.

Iban vestidas las dos con el uniforme del trabajo —jerséis de cuello alto blancos— y tenían pecas en los mismos sitios. No sabía cómo había alguien capaz de distinguirlas.

Les entregué sus respectivos ramos de rosas y esperé a que me llevaran junto a Claire, pero se limitaron a aceptarlos mientras continuaban con los ojos clavados en mí.

—Supongo que al final sí está bueno. Mamá tiene buen gusto. —Ashley asintió—. Me gusta su corbata.

—A mí me gustan los zapatos. —Caroline se tocó el labio—. ¿Crees que va así todos los días o solo lo ha hecho para impresionarla?

—Seguro que es para impresionarla. No podría permitirse el lujo de vestir así todos los días... Apuesto algo a que ha conseguido las flores en el puesto al final de la calle, donde están de oferta.

—O quizá es que trabaja allí...

—Sí. Es probable que sea el vendedor, un vendedor muy guapo.

«¿No se dan cuenta de que estoy oyéndolas...?».

—¿Cómo se llamará?

—Jonathan, señoritas. —Sonreí—. ¿Dónde está vuestra madre?

—En el comedor —dijeron al unísono.

«Bien...».

Me percaté de que no me iban a llevar en esa dirección, así que pasé junto a ellas. Vi a Claire poniendo la mesa, y le entregué el tercer ramo.

—Gracias. —Sonrió—. Parece que piensas que los cien que recibo en el

despacho cada mañana no son suficientes.

—Creo que aumentaré la cantidad. ¿Necesitas que te eche una mano con la cena?

—No, gracias. Ya está lista. —Puso un montón de servilletas a un lado—. ¡Ashley! ¡Caroline! ¡La cena está preparada!

En los siguientes minutos se desarrolló ante mí una escena de alguna comedia de televisión de los años 50: Ashley y Caroline entraron corriendo en la estancia y se sentaron. Comenzaron a pasarse platos y tazas sin hablar. Luego, Claire dejó una enorme fuente con pasta y las dos adolescentes se turnaron para servir.

Hablaron con entusiasmo de lo que les había ocurrido en la escuela, de lo bien que había ido la venta de pasteles con el resto de las animadoras. Al parecer, ambas habían obtenido un diez en clase de física, y había un «colgado» que le gustaba a Ashley y no podía apartarse de Caroline.

Solo había visto esa clase de comportamiento en las películas o en televisión, pero no sabía que ocurría de verdad en la vida real.

—Así que, Jonathan... ¿Podemos llamarte Jonathan? —Caroline me ofreció la cesta del pan.

—Por supuesto.

—¡Genial! Dime, ¿cómo es eso de vender flores? ¿Qué consejos nos darías? ¿Es cierto que hay que cortar los tallos?

Me reí.

—No vendo flores. —Me pregunté por qué Claire no les había dicho a qué me dedicaba—. Soy el director de Statham Industries.

—¡Qué! —jadeó Caroline—. ¿Eres el director de la compañía donde trabaja mamá? —Sacó el móvil y deslizó el dedo por la pantalla. Arqueó una ceja y le dio a Ashley un golpe en el hombro—. Ashley, estoy viendo su propia página en la Wikipedia... Espera, ¿por qué no está su foto?

—Quizá tiene la autoestima baja... —Ashley se encogió de hombros.

«¿Qué?».

—No, solo prefiero ser discreto.

—Qué raro... —Ashley miró su propio teléfono antes de estudiarme de forma especulativa—. Entonces, ¿eres multimillonario? ¿Asquerosamente rico?

Sonreí.

—Podría decirse que sí.

—¡Mamá, no nos habías contado que fuera rico! ¡Deberías habérselo dicho! Bueno... Caroline y yo estamos tratando de conseguir que nuestra madre nos dé

la razón en algo, y necesitamos tu opinión.

«Oh, Dios...».

—¿En qué? —Fui consciente de que Claire me miraba desde el otro lado de la mesa.

—Creemos que cada una merece disponer de su propio coche. Somos buenas estudiantes, trabajamos en el aeropuerto a tiempo parcial y casi no nos metemos en líos. Si tú tuvieras un gemelo, ¿te gustaría tener que compartirlo todo? Hace poquísimo que nos ha dejado una habitación para cada una, y creemos que ha llegado el momento de que ocurra lo mismo con el coche. ¿Qué opinas al respecto?

No sabía muy bien cómo manejar esto. No poseía ninguna experiencia con angustias adolescentes.

—Mmm... —Me aclaré la garganta—. ¿Deseáis compraros vuestro propio coche y vuestra madre no os deja?

—¿Lo dice en serio?

—¿De verdad ha dicho eso? Quizá nos ha entendido mal...

—No, no nos ha entendido mal. —Ashley puso los ojos en blanco—. Si nos disculpáis, tenemos que terminar un trabajo.

Se levantaron y me miraron con los ojos entrecerrados antes de desaparecer en otra habitación.

«¿Qué he hecho?».

—Gracias por decir eso. —Claire se acercó y me rozó los labios con los suyos—. No te has aburrido demasiado esta noche, ¿verdad?

—No, en absoluto. Ha sido diferente.

—¿A qué te refieres con «diferente»?

—A lo de asistir a una cena familiar. No lo había hecho nunca.

—¿Y tu familia adoptiva...?

—Querían que comiera solo en mi habitación. —Negué con la cabeza al recordarlo—. En la mesa solo cenaban sus hijos de verdad.

—¿Tus padres biológicos no te dieron de cenar nunca cuando eras pequeño? ¿Ni una sola vez?

—No que yo recuerde... Aunque una vez mi madre nos prometió cocinar la cena de Navidad. Nos lo dijo durante toda la semana, asegurando que por fin íbamos a celebrar las fiestas como es debido. Incluso nos hizo escribir una lista con todo lo que queríamos. Luego fue con mi padre con la lista al supermercado, en Nochebuena...

—¿Qué fue lo que pasó?

—No regresaron hasta Año Nuevo.

—Oh... —murmuró—. Lo siento mucho.

—¿Jonathan? —Ashley, aunque no estaba seguro, asomó la cabeza—. ¿Qué tal andas de pulso?

—Creo que bien. ¿Por qué?

—Necesitamos que alguien sostenga el Boeing 707 mientras le ponemos los códigos. A mamá le tiembla la mano.

—Vale. —Me levanté y besé a Claire en la mejilla.

Seguí a Ashley a una habitación muy grande con las paredes azul claro salpicadas de nubes blancas y esponjosas. Había maquetas de aviones por todas partes, colgando del techo, en vitrinas y junto a la pared.

—¿Os gusta hacer maquetas de aviones? Es un buen *hobby*. —Me senté—. ¿Qué es lo que queréis que...?

—¿Un buen *hobby*? —se burló Caroline—. Tienes enfrente a dos de las mejores futuras pilotas de la nación. Estamos hablando de nuestra carrera.

—Exacto. —Ashley levantó una tabla con códigos—. En el cielo no hay mujeres suficientes, pero mi hermana y yo pensamos cambiar ese hecho.

Miré algunos de los papeles distribuidos por la estancia, notando que había en ellos muchas de las ecuaciones que yo había utilizado para programar aplicaciones; muchas de ellas solo se enseñaban en la universidad.

Claire me había comentado que eran unas genios cuando se trataba de estudios, pero jamás había conocido a adolescentes que tuvieran tal inclinación por la física.

—Jonathan, ¿posees tu propio avión? —Ashley escribió algo.

—Sí.

—¿Qué modelo es?

—¿Qué tipo de motor tiene?

—¿Cuántos pasajeros puede llevar?

—¿Cuenta con más de tres mil kilómetros de autonomía?

—No lo sé.

—¿Qué? —Ashley me miró fijamente—. ¿Cómo es posible? ¿Has comprado un avión y no conoces la respuesta a esas preguntas?

—Supongo que pago a gente para hacer eso... —Me encogí de hombros—. Si a vuestra madre le parece bien, os puedo llevar un día. Mi piloto es muy bueno; estoy seguro de que le encantaría llevaros a dar una vuelta y responder a todas

vuestras preguntas.

Las dos gritaron y dieron palmas, pero luego se quedaron en silencio, concentrándose en su tarea.

Claire asomó la cabeza por la puerta.

—Os he hecho helado de Oreo.

—¡Quieto todo el mundo! —gritó Ashley—. El ala tiene que seguir inmóvil un minuto más. ¿No puedes traer los helados, mamá?

—No, ni hablar... No se os vayan a caer en la alfombra nueva. —Claire se estremeció—. Os los dejo en la cocina para cuando acabéis, ¿vale?

Las gemelas se mostraron de acuerdo sin apartar los ojos de las listas. Cuando terminaron de revisar el ala y anotaron las medidas, me dijeron que podía irme con su madre.

Regresé a la cocina, pero no vi a Claire. Los helados que había hecho estaban en una bandeja, donde se derretían lentamente, así que los puse en el congelador.

Fui al comedor y luego salí al pasillo, buscándola. Comencé a subir las escaleras, pero oí el crujido de una mecedora en el porche.

—¿Estás bien, Claire? —pregunté, saliendo.

—Sí... Me había olvidado de que iba a ser una noche estrellada. —Señaló el cielo cuajado de luces—. Quería observarlo antes de que se nublara.

Me senté en el balancín a su lado y la abracé.

—Gracias por la cena de esta noche. Me ha encantado.

—De nada. Quizá la próxima vez puedas venir antes y cocinar para nosotras.

—¿Estás hablando de un futuro común? ¿Seguro que estás bien?

Se rio y se acurrucó contra mi pecho.

—Por favor, ¿por qué no me dices qué es lo que quieres por tu cumpleaños? Es este fin de semana.

—Nada. Nunca lo celebro.

—¿Por qué?

—Por ninguna razón en especial. —Deseaba evitar ese tema, como siempre—. ¿Hay alguna razón por la que tus hijas usen iPhones y no sPhones?

—Claro que sí. —Sonrió—. Todo el mundo sabe que los iPhones son mejores.

—¿En serio?

—Sí. Los iPhones son muy elegantes y modernos. Hacen lo mismo que los sPhones y mucho más. De hecho, la única razón por la que yo uso un sPhone es porque el director de la compañía insiste en que todos los empleados tengan uno. Si no fuera por eso, sin duda me hubiera comprado un iPhone. Incluso el

nombre es mejor.

—Retíralo ahora mismo o te despediré.

—También pienso que el marketing de los iPhone es mejor. Apuesto a que sería fantástico trabajar con el equipo encargado de esa publicidad. Me dan ganas de cambiar de móvil cada vez que veo los anuncios.

La senté en mi regazo y la miré con los ojos entrecerrados.

—Menuda puñalada traperera.

—Claro...

Me reí y le cubrí los labios con los míos.

—Lo haría si pudiera.

21

JONATHAN

Me quedé paralizado cuando encendí las luces de mi despacho. Había cientos de serpentinas plateadas colgadas del techo. Globos azules y blancos cubrían cada resquicio, y los muebles lucían confeti reluciente. Incluso había un cartel enorme delante de las ventanas que ponía: «¡Feliz cumpleaños, Jonathan!».

—¡Angela!

—¡Sí, señor Statham! —dijo entrando precipitadamente en la habitación.

—¿Quién ha entrado aquí? Pensaba que te había dejado claras las reglas. No quiero que entre nadie cuando yo no estoy.

—Ella no aceptó un no por respuesta —susurró—, y fue muy firme al respecto...

—¿Quién?

—La señorita Gracen.

—Mmm. —Contuve la risa—. Vale. Gracias por decírmelo.

—¿No me va a echar por esto? Es que ella me amenazó con...

—¿Te he amenazado alguna vez con despedirte?

—No... —Sonrió—. Ha llegado la cita de las ocho. ¿Desea que retire antes todos los globos?

—No es necesario. Dile que pase dentro de cinco minutos.

—Sí, señor.

Me acerqué al escritorio y vi una pequeña tarjeta blanca con una letra J encima de un sobre plateado. Lo cogí y lo abrí.

«Querido Jonathan:

Sé que me aseguraste que normalmente no celebras tu cumpleaños, pero este año va a ser diferente. He hecho una reserva a las nueve de la noche en Sierra Mar, y estoy deseando verte.

Podremos hacer lo que quieras.

Tuya.

Claire».

Dejé la tarjeta y sonreí. Siempre que les había dicho a mis otras novias que no me gustaba celebrar mi cumpleaños, ellas se habían limitado a aceptarlo y dejarlo

pasar. No había recibido globos ni serpentinas, ni citas sorpresa para cenar. Ni siquiera tarjetas.

Por otra parte, siempre me había asegurado de estar fuera del país para evitar que ocurriera eso.

—Señor Statham, su cita. —La voz de Angela rebotó en las paredes.

Un joven vestido con un traje negro atravesó la puerta y se quedó mirando los globos.

—Buenos días, señor Statham.

—Buenos días, señor Harris. ¿Y el señor Fletcher?

—Aquí estoy, señor. —Otro joven apareció detrás del primero—. Es un placer volver a verlo. Nos congratula que haya accedido a esta entrevista.

—Es un honor. —Les estreché la mano para, a continuación, indicarles que tomaran asiento.

Rodeé el escritorio y me senté. Me recliné en el sillón mientras ellos ponían a punto las grabadoras.

—Como ya sabe, señor Statham —comenzó Harris—, escribimos artículos para *TechNext Magazine*. Hemos venido para intercambiar con usted algunas impresiones personales para la revista que se publicará el mismo día que su empresa salga a bolsa. Nos faltan algunas preguntas que no respondió la última visita.

—Dispare...

—Primera pregunta: Cuando puso en marcha esta empresa, ¿cuál era su visión original?

—Sinceramente, no sé cómo responderle. Mi profesor en la universidad y mentor... —De repente, noté que unas manos que conocía muy bien me desabrochaban los botones del pantalón por debajo de la mesa.

—¿Señor Statham?

—Lo siento. —Sonreí—. Mi mentor no me hizo trazar ningún plan en ese momento: su intención solo era que montara ordenadores más potentes y que presentara innovaciones en *software*.

—¿Hay alguna idea que desechara entonces pero que tenga previsto explorar en un futuro próximo?

Respiré hondo cuando Claire me bajó los pantalones y empezó a besarme la parte interior de los muslos.

—Mmm..., no. Todo lo que diseñé entonces, ya lo hemos desarrollado. Sin embargo, siempre estamos trabajando con ideas nuevas. Y... —Sentí que sus

besos eran más intensos, más apasionados— la tecnología ha avanzado tan rápido durante los cinco últimos años que estamos deseando poner más productos cada año a disposición del público.

Harris asintió y miró la chuleta donde tenía anotadas las preguntas.

—Cuando despegó el primero de sus aparatos, pulverizando las ventas de ordenadores personales, ¿se le ocurrió que se centrarían solo en ese sector tecnológico?

—No. Es que... —Contuve un gemido. Claire me recorría la polla de arriba abajo con las manos, lo que hacía que se me tensara cada músculo del cuerpo, mientras trataba de mantener la mente en la entrevista y no en lo que ocurría debajo de la mesa—. Nunca fue mi intención centrarme en los ordenadores. Lo hice en ese momento porque todo el mundo parecía querer uno en el ámbito doméstico, pero siempre seguí mirando adelante, preguntándome por las posibilidades que se abrirían ante nosotros cuando estos se quedaran obsoletos.

—¿Le sorprende lo mucho que ha crecido la empresa a lo largo de los años?

—Sí. —Jadeé al notar la lengua de Claire jugueteando en la punta de mi polla, girándola alrededor del glande y lamiéndomela—. Estoy muy sorprendido... —Suspiré cuando ella se puso a meterse mi miembro más profundamente en la boca.

—¿Podría decirnos alguna palabra que sirva de inspiración a aquellos que tratan de entrar en el mundo del *software*? ¿Algún consejo para aquellos que sueñan con ser sus sucesores en la cima de la cadena tecnológica actual?

«Dios, adoro a esta mujer...».

—Les diría que se esfuercen diez veces más que la persona más trabajadora que conozcan. Y que existe una gran diferencia entre talento y persistencia; es bueno poseer ambas facultades, pero es la última la que nos hace ganar.

—¡Muchas gracias, señor Statham! Creo que eso es todo.

—Bueno, ¡feliz cumpleaños! —Se levantaron y me tendieron la mano por encima del escritorio.

—No, gracias a ustedes.

«Por no alargar la entrevista...».

Me quedé pegado al asiento mientras les entregaba una tarjeta de visita.

—Si necesitan algo más de mí, llámenme. Mi secretaria les entregará un sPhone a cada uno antes de que se vayan.

Se les pusieron los ojos como platos.

—Gracias —dijeron entusiasmados antes de salir pitando.

—Por favor —avisé a Angela—, cancela todas las visitas hasta nuevo aviso.

—Sí, señor.

Eché la silla hacia atrás y saqué a Claire de debajo del escritorio. No le dije nada mientras ella se reía con las mejillas muy rojas.

—No me puedo creer que hayas hecho eso... —Me incorporé y la atraje más hacia mí—. Ha sido muy inapropiado. —Apreté los labios contra los suyos y le pasé los dedos por el pelo.

Soltó un gemido contra mi boca, lo que hizo que la abrazara con más fuerza, besándola como si fuera la última vez que nos veíamos.

—Cancela tus citas durante el resto del día —susurré.

—No puedo...

—¿Por qué?

—Necesito cada minuto... —Intentó recobrar el aliento—. Además, es la semana del lanzamiento, todos nos quedaremos al menos un par de horas más. Por eso he pedido la reserva para tan tarde. Puedo intentar regresar por aquí a eso de las seis y media o...

—De eso nada. —Descolgué el teléfono y llamé a Angela—. ¿Podrías ponerme con Harry, del departamento ejecutivo, por favor? Gracias. Hola, Harry, ¿qué tal? Yo, bien, gracias por preguntar. Te llamo porque necesito que envíes un correo masivo con mi cuenta. La clave es ocho, uno, cero, cinco, uno, seis. Sí, luego la reseteas... ¿Preparado? Bien, escribe estas palabras: «Estimados empleados de Statham Industries: Gracias por vuestro entregado trabajo durante años. La compañía no habría llegado a donde está sin vuestra dedicación. Para demostraros mi agradecimiento, hoy y el lunes serán días libres para todos, sin descontarlos del sueldo, por supuesto. Gracias por todo. Sinceramente...».

No le di a Claire la oportunidad de reaccionar. La empujé sobre el escritorio y le quité la blusa por encima de la cabeza.

—¿Por qué has...?

—Shhh... —Le desabroché los pantalones—. Haría cualquier cosa por pasar más tiempo contigo. —Dejé caer los pantalones y sonreí al ver unas bragas nuevas de color negro—. ¿Un regalo de cumpleaños?

Cuando asintió, me incliné sobre el escritorio, decidido a besar cada centímetro de su piel.

—¡Señor Statham! —gritó Angela por el intercomunicador.

«¡¿Qué?!».

—¿Sí, Angela?

—Su asesor de confianza está ante mi escritorio. Exige hablar con usted sobre el correo electrónico que acaba de enviar.

Depositó un par de besos más sobre el estómago de Claire, sofocando sus gemidos con las manos.

—Pues dile que estoy ocupado.

—Dice que esperará hasta que esté libre...

«¿Por qué la gente no puede ser normal y aceptar un puto día libre?».

—Saldré dentro de veinte minutos.

—Ejem..., señor, ¿me puedo ir a casa?

—Sí. —Me reí—. Nos vemos el martes, Angela. —Cogí a Claire y me la cargué al hombro, sin poder evitar divertirme ante su infructuoso intento de actuar como si no estuviera disfrutando de esto.

La llevé a la *suite* contigua y encendí las luces del cuarto de baño.

—Supongo que podemos relajarnos aquí hasta que se vaya todo el mundo. —La dejé ante el *jacuzzi* y le pasé las manos por las piernas—. Eres increíble, ¿lo sabes?

—Y tú también... —Me besó antes de que abriera el agua y me pusiera a ajustar la temperatura con el grifo.

Le solté el sujetador para que cayera al suelo y luego subí las manos a su cuello para desabrocharle el collar blanco y rojo, pero ella jadeó y me lo impidió cubriéndolo con la mano.

Se alejó de mí respirando hondo varias veces, casi como si se estuviera ahogando y necesitara coger aire. Se apoyó contra la encimera y cerró los ojos.

La miré mientras trataba de recomponerse, y me di cuenta de que jamás la había visto sin los colores de la bandera. Incluso cuando llevaba un collar más elegante, esos tonos siempre iban unidos, como si formaran parte de ella.

Incliné la cabeza a un lado y la miré a los ojos.

—No es que sientas fascinación por las banderas rojas y blancas, ¿verdad?

—No...

Le pasé los dedos por el collar y lo sopesé entre las puntas de los dedos.

—Significan algo para ti, ¿no?

Asintió moviendo la cabeza.

—¿No piensas decirme qué es ese algo?

No dijo nada, pero noté el dolor que se reflejó en sus ojos y la forma en la que tragaba saliva. La expresión de su rostro era algo que no le había visto nunca: de completa vulnerabilidad.

—Lo siento. No volveré a intentar quitártelo de nuevo... Te lo prometo. —
Incliné la cabeza hacia la de ella—. ¿Está bien la temperatura del agua para ti?

Asintió y sonrió, como si hubiera olvidado por completo lo que yo había hecho unos minutos antes. Dejó caer las bragas al suelo y, al instante, la cogí entre mis brazos para meterla en la bañera.

—Vuelvo enseguida. —Me re Coloqué los pantalones y fui al despacho.

Me acerqué a la puerta para dejar entrar a mi asesor.

—Milton, ¿vienes a desearme feliz cumpleaños? ¿Te lo han chivado ya?

—No. —Cogió uno de los globos—. ¿Por eso has dado el día libre a todo el mundo? ¿Porque es tu cumpleaños?

—¿Es un problema?

—¿Es necesario que te recuerde que cada acción que llevemos a cabo entre este momento y...?

—... y el día que salgamos a bolsa es crucial. No tienes que recordarme nada, soy consciente de ello.

—¿En serio? Porque detener la producción de dos días laborables no me parece propio de un director general responsable.

—¿Crees que no soy responsable? No sueles venirme con halagos...

—Lo que creo es que estás loco, y si piensas que voy a permanecer sentado y dejar que arrastres la compañía por el barro solo porque te apetezca tomar un trozo de tarta y jugar con globos, entonces te equivocas. —Negó con la cabeza.

—Milton...

—No eres el único con mando, Jonathan. Y hay demasiado trabajo en juego para tomarnos vacaciones. Es necesario que envíes un correo electrónico masivo enseguida y les digas a los empleados que regresen a la tarea, antes de que...

—¡Milton! —lo interrumpí—. Vete a casa y disfruta de los días libres. Te preocupas demasiado. Todo el mundo está haciendo hincapié en cosas insignificantes, preocupado por temas que no tienen importancia. Descansa. Cuando todos regresen el martes, el ambiente estará más relajado y nos volveremos a concentrar en la salida a bolsa, créeme.

—Vale... —Suspiró mientras abría la puerta—. Disfruta de tu cumpleaños.

—Gracias, lo haré.

Apagué el ordenador y las luces, cerré con llave la puerta que conectaba el despacho con la *suite* y regresé al cuarto de baño.

Claire estaba ocupada con el mando a distancia, subiendo el volumen de una canción lenta.

Me desnudé con rapidez y me introduje en la bañera con ella.
—Ven aquí... —la invité.
—Me gusta este rincón.
Puse los ojos en blanco y me acerqué a ella para rodearla con los brazos.
—He llegado a pensar que mi asesor era más difícil que tú. ¡Qué equivocado estaba...!
—Si tú lo dices... —Se rio divertida—. Adivina con quién me encontré ayer...
—¿Con quién?
—Con el señor Anderson. Al parecer, ha tenido otro ascenso, y va a tener que trabajar en un despacho que está en el otro edificio. No sabrás nada de eso, ¿verdad?
«Sí...».
—No, pero me resulta interesante.
—¿En serio?
—En serio.
—Admítelo —ordenó con un suspiro—. Admítelo ahora mismo.
—¿Qué quieres que admita?
—Que resulta ridículo lo celoso que eres...
—Eso ya lo sabes.
—Y que le has ascendido de nuevo porque no quieres que se acerque a mí.
Hice una mueca.
—Le he vuelto a ascender porque busqué su expediente y me di cuenta de que lleva cinco años pidiendo un puesto con más responsabilidad y siempre lo rechazaban. He reconocido su impresionante currículum. Que volviera a hablar contigo ha sido solo el catalizador para que eso ocurriera más rápido.
—¿Vas a ascender a todos los que coqueteen conmigo?
—No. Pensaba despedirlos a partir de ahora.
Parecía que estuviera a punto de ponerse en plan «No te entiendo», pero de repente su expresión se volvió más suave y se echó a reír.
Cogí una esponja y se la pasé por el cuello.
—¿Puedo negociar contigo lo de la cena de cumpleaños, a pesar de que no quiero ir?
—No.
—Vale. —Suspiré—. ¿Has utilizado tu tarjeta de crédito para hacer la reserva?
—Claro, ¿por qué?
—Debías haberme pedido la mía. Confío en ti... Y espero que tengas claro

quién va a pagar la cena.

—Es tu cumpleaños, Jonathan, y cuando eso ocurre...

—No vas a pagar nada. —La besé en el hombro—. Nunca.

Me aseguré de que la cena en el Sierra Mar sería cargada en mi tarjeta antes de entrar. El restaurante estaba ubicado en lo alto de unos acantilados con vistas al Pacífico; de hecho, por los enormes ventanales panorámicos se veía gran parte de la costa de California.

La camarera nos condujo a través de un comedor lleno de mesas con manteles blancos hasta un reservado que parecía flotar entre las nubes.

Mis ojos se clavaron de inmediato en la mesa —donde había dos regalos— y en la mujer que había sentada.

«¿Hayley? ¡No es posible...!».

Mi hermana nunca viajaba a San Francisco, ni siquiera aunque se lo rogara. Siempre tenía que verla en Memphis o en alguna otra ciudad de la Costa Este. Afirmaba que no soportaba el «aire» de la Costa Oeste y que no vendría por aquí hasta que empezara a trabajar para mí.

Me detuve y miré a Claire.

—¿Has conseguido que Hayley viniera aquí? —susurré.

—¿No te parece bien? Si me he sobrepasado...

—Es perfecto... Es que estoy flipando. Y no son muchas las cosas que me sorprenden tanto.

—¡John! —Hayley se levantó con un brinco en cuanto nuestros ojos se encontraron—. ¡Feliz cumpleaños!

—Gracias. —La abracé—. Creía que no vendrías hasta otoño.

Miró a Claire y se rio.

—¡Y no pensaba hacerlo! Sentaos, venga. Ya he pedido por los dos, porque llegáis treinta minutos tarde. ¿Mucho tráfico?

«No, sexo...».

—Sí.

Se encogió de hombros.

—Bueno, no pasa nada. Claire, es genial poder poner cara a tu nombre. ¿Qué tal...?

Me abstraí. No podía creerme que Claire hubiera conseguido que mi hermana viniera a la ciudad. No podía asimilar que me hubiera decorado el despacho o me

hubiera preparado una cena sorpresa. Nadie había hecho algo así por mí, y trataba de convencerme de que era real.

Escuché que mi hermana me hacía preguntas mientras nos servían la cena, pero solo podía mirar a Claire y sonreír mientras ella me devolvía las miradas con aquellos ojos tan verdes y sexis. Recordé lo introvertida que se había mostrado conmigo al principio, y aún seguía ocultándome algunas partes, que seguían cerradas a cal y canto. Ahora estaba abriéndose a mí, y ella lo sabía, pero no me mantenía alejado, sino que permitía que me acercara.

—¿Vas a apagar las velas o vas a esperar a que se quemé la tarta? —Hayley me dio un codazo—. ¿Hola? ¿Dónde estás?

—¿Qué? —Salí de mi ensimismamiento y vi el *cupcake* de tres pisos que me habían puesto delante. Habían escrito un mensaje: «Para Jonathan, de Claire», con chocolate.

Sonriendo, apagué las velas y miré a Claire.

—No sabía que aquí servían *cupcakes*.

—Y no lo hacen —confesó—. Pero cuando les dices que tu cita es Jonathan Statham, se desviven por complacerte.

—¿En serio?

Sonrió.

—¿Me perdonas un momento? Tengo que atender la llamada.

—Claro. —Me levanté y la ayudé a ponerse en pie, y luego le di un beso rápido antes de que se alejara.

—¿Desde cuándo celebras tu cumpleaños? —preguntó Hayley con los brazos cruzados cuando Claire no podía oírnos—. ¿Debo comprarte un regalo?

—No. —Me reí—. Esto es cosa de Claire. ¿Te ha obligado a venir?

—Tu novia es muy persuasiva. Consiguió que ayer me subiera a un avión. ¿Es abogada o algo así?

—No, trabaja en la compañía... ¿Has hablado últimamente con papá?

—Por desgracia... Lo han enviado otra vez a un confinamiento en solitario la semana pasada. Por contrabando. Le van a caer seis años. ¿Has visto a mamá?

—Tiene un trabajo nuevo. Algo de embarcaciones turísticas. Van ya cinco meses desde la rehabilitación y sigue limpia. Las sesiones de terapia son bastante buenas.

—Tomo nota... Quizá a la decimotercera vez va la vencida...

Cogí la copa de vino.

—Ya lo veremos...

—Claire te gusta de verdad, ¿no?

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, para empezar, no podéis dejar de miraros durante más de cinco segundos. En realidad, es asqueroso. Además, llevas tres semanas sin insistir en que venga a verte. Teniendo en cuenta que me sueles llamar todos los días...

—Muy observadora, pero te he enviado mensajes de texto...

—No, los ha enviado Greg. No pasa nada. De hecho, es un alivio no tener que informar a mi sobreprotector hermano mayor de cada detalle de mi vida.

—No te acostumbres.

—Créeme, no lo haré. —Miró su reloj—. Me largo. Ven con Claire por Memphis en verano, ¿vale? El torneo de Scrabble será la última semana de agosto, y siempre hay un festival de *blues* en cualquier otro momento.

—¿Te vas? ¿Ya? ¡Si acabas de llegar!

—Sí... Es evidente que no has prestado atención a nada de lo que te he dicho durante la cena, ¿verdad? —Negó con la cabeza—. Cada vez que te hacía una pregunta, os mirabais fijamente y sonreíais. ¿De verdad crees que necesito quedarme un segundo más para seguir viéndoos así de pastosos?

—Lo siento mucho...

—No pasa nada. Greg me está esperando fuera y me llevará al aeropuerto, porque mi hermano está tan enamorado que no es capaz de prestarme atención.

Puse los ojos en blanco y la ayudé a ponerse en pie.

—Que tengas buen vuelo. Muchas gracias por venir.

—De nada. Te quiero.

—Yo también te quiero. —La abracé y la miré mientras se alejaba.

Me di cuenta de que Claire llevaba un buen rato fuera, así que me dirigí al cuarto de baño, pero la vi acercándose a mí.

—¿Y Hayley? —preguntó.

—Al parecer, estaba cansada de ver que nos comíamos con los ojos. ¿Ha pasado algo?

—Nada grave... Es que Ashley y Caroline me están volviendo loca otra vez con la historia del coche... Me han hecho tres llamadas para preguntarme si les dejaba el mío.

—¿Te has negado?

—Claro. Tienen que seguir unidas y compartir lo que tienen.

—Vale. ¿Nos vamos?

—Después de que abras los regalos. En cuanto lo hagas...

—Prefiero abrirlos en casa.

Puse los dos regalos —una caja rectangular de color rojo y otra plateada, bastante grande— delante de la chimenea, esperando que Claire se sentara a mi lado.

—¿Cuál deseas que abra primero? —pregunté.

—La caja plateada.

Me tomé mi tiempo para desenvolverlo, desdoblado cada esquina y tirando con suavidad de la cinta. Dejé todo a un lado ordenadamente, incluso el lazo.

—¿Por qué te lleva tanto tiempo? —Se echó a reír—. ¿Necesitas ayuda? Estás actuando como si nunca hubieras tenido un regalo de cumpleaños.

—Y así es.

Abrió mucho los ojos y palideció.

—Lo siento... Estaba de broma. No...

La atraje hacia mí.

—No lo sabías. No pasa nada. —Puse a un lado el último trozo de papel y giré la caja. Cuando le quité la tapa y vi lo que era, contuve la respiración.

—No estaba segura de qué regalarte, ya que lo tienes todo —dijo mientras sacaba el ancla dorada en miniatura de la caja—, pero como te gustan tanto los yates, he pensado que te gustaría tenerla... Dicen que las anclas son...

Sabía perfectamente lo que significaban las anclas, lo que representaban. Para alguien que no supiera de barcos, eran solo colgantes dorados con forma de ancla, pero yo conocía los yates. Cada propietario de un yate tenía sus propios colgantes en forma de ancla, y cada vez que amaba a alguien, una persona sin la que no podría vivir, debía personalizarlos y soldarlos al ancla de la nave. Eran un símbolo de longevidad, una forma de decir «Quiero estar contigo».

Examiné el objeto a conciencia, y noté que Claire ya había grabado algunas palabras. Su nombre aparecía en uno de los ganchos, y el mío por debajo.

Como no sabía qué decir, me limité a abrir el otro regalo, ahora mucho más rápido.

Me reí cuando vi de qué se trataba.

—No había que existiera una versión Harry Potter del Monopoly.

—Y no existe. —Me quitó la caja de las manos—. Pero hace años trabajé para Parker Brothers y me debían una, así que les he pedido que hicieran una pieza única para ti. Sé que ninguno de estos regalos es demasiado valioso, pero...

Me incliné hacia delante y apreté los labios contra los de ella al tiempo que la rodeaba con los brazos con firmeza, sin querer soltarla. Me acerqué por encima de la alfombra y le pasé las manos por las caderas explorando su boca con la lengua, diciéndole con besos todo lo que no podía transmitirle con palabras.

—Muchas gracias —susurré cuando me detuve para respirar—. Lo que has hecho hoy significa mucho para mí.

Nunca había tenido una fiesta de cumpleaños, ni regalos ni nada. A mis padres no les importaban los cumpleaños, y las personas que me adoptaron solo me hacían un regalo al año, en Navidad, por lo general un dispositivo electrónico de segunda mano o un libro. Después de haber crecido sin celebrar los cumpleaños, ya había dejado de fijarme en las fechas.

La solté despacio y me metí la mano en el bolsillo trasero.

—Yo también te he comprado algo. —Le tendí una cajita de joyería.

—No será un anillo de compromiso, ¿verdad? —me preguntó muy pálida—. No podría aceptarlo.

—¿Qué? —Me senté y me eché a reír—. No. Creo que te conozco lo suficiente como para saber que no podría regalarte eso. Ábrela.

—¿No puede esperar a mañana? Es tu cumpleaños, y no quiero que...

—Abre-la-caja.

—Pero...

—Ya

Soltó un suspiro de exasperación absoluta.

—En serio, no quiero que...

22

CLAIRE

—Claire, abre la puta caja. —Su voz era severa—. No tengo ganas de castigarte el día de mi cumpleaños.

—¿Por fin reconoces que tu cumpleaños es una fecha especial?

—Cinco segundos.

—No.

—¿No? —Arqueó una ceja.

—¿Eres un loro? —Le devolví la caja—. ¿No me has oído?

Entrecerró los ojos y alargó la mano para agarrarme, pero me levanté y retrocedí. Se puso en pie con facilidad y me mostró su sonrisa maliciosa.

—Siempre tienes que ponerme las cosas difíciles, ¿verdad? —Se lanzó hacia mí, pero me escapé.

Salí corriendo de la habitación con él pisándome los talones, así que bajé las escaleras. Recorrí unos largos pasillos, atravesé el salón y entré en la cocina, con la esperanza de poder esconderme en la despensa. Sin embargo, antes de que pudiera entrar, sentí que me levantaba por el aire para cargarme al hombro.

—La próxima vez no te pienso dar ni un metro de ventaja. —Me dio una juguetona palmada en el trasero. Después me llevó a la terraza de la piscina y me depositó en una silla. Cuando metió la mano en el bolsillo, supe que era para volver a entregarme la dichosa cajita—. Ten. Ábrela ahora mismo.

Suspiré. Cuando levanté la tapa, vi un papel doblado en la ranura que correspondería al anillo.

—¿Es una nota?

—Léela.

Me aclaré la garganta después de desdoblarla.

«Estimada señorita Gracen: En nombre de Vintage Consolidated Loan Company, le informamos de que el saldo pendiente a día de hoy por su hipoteca y los préstamos universitarios es cero. Incluimos el historial de los pagos que han sido cancelados recientemente...».

Dejé de leer en voz alta y lo hice para mis adentros.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Has pagado la hipoteca de mi casa? ¿Y el crédito para la universidad? —Era como si tuviera que repetirlo en voz alta para confirmarlo.

—Debería haberlo hecho antes —me dijo con ternura.

—Es que... —No me salían las palabras—. Muchas gracias... Ni siquiera sé qué... No me lo puedo creer...

—Ahora no tendrás que hacer horas extra y podrás pasar todo tu tiempo libre conmigo. En realidad es más un regalo para mí que para ti. —Sonrió—. ¿No te parece mejor que una propuesta?

Me reí y solté algunas lágrimas más.

—Muchas gracias...

—De nada. La próxima vez que te haga un regalo, que no se te ocurra no abrirlo cuando te diga.

Apreté los labios contra los de él y le mordí la lengua.

—Si ya has cubierto la cuota de «tengo que decirle a Claire lo que tiene que hacer» por hoy, me gustaría terminar tu cumpleaños de la forma correcta. Y por «correcta» me refiero a follar contigo hasta que no podamos ni movernos...

Me puse unas gafas de sol y me recosté sobre una mullida manta amarilla. Me puse el lector de libros electrónico delante de mi cara para continuar leyendo uno de mis libros favoritos: *Fahrenheit 451*.

Cuando me había despertado por la mañana, agotada por todo lo que había hecho con Jonathan la noche pasada, le había sugerido que fuéramos de pícnic al parque. La idea era que cocináramos nosotros y lleváramos la comida, pero fuimos en coche.

Poco después de llegar, un exclusivo restaurante nos entregó bandejas llenas de gofres, fresas orgánicas, beicon, huevos y tostadas.

—¿Tienes pensado pasarte el día leyendo? —Me besó en la mejilla.

—¿Te importaría?

—No hasta que sea de noche. —Se tendió a mi lado y me quitó el *e-reader* de las manos—. No me has dicho nada en toda la mañana, ¿estás bien?

«¿Por qué siempre se da cuenta de todo?».

—Estoy bien.

Rodó hasta ponerse encima de mí y me miró a los ojos.

—Dime la verdad.

«Ojalá pudiera...».

—No me pasa nada... He estado pensando mucho últimamente y yo... Bueno, de verdad que te quiero mucho, y sé que me has dicho que no debería preocuparme por nada... —Suspiré—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras.

—¿Por qué seguiste insistiendo en tener una cita conmigo después de que ya hubiéramos follado?

Arqueó una ceja.

—¿A qué te refieres?

—Todos los días me pedías que saliéramos y yo seguía negándome... Siempre había pensado que los hombres preferían mantener relaciones sexuales sin ataduras en vez de dedicarse a perseguir...

—Me gustaste desde el primer día que te vi. Me pareciste la mujer más guapa que hubiera visto nunca... Y había algo en ti, y todavía lo hay, que no puedo pasar por alto. Cuando me rechazaste en el supermercado y en el trabajo, por no hablar del plantón que me diste después de haber aceptado quedar conmigo, decidí que no admitiría un no por respuesta. Sí, el sexo contigo era excepcional, pero necesitaba conocerte mejor.

—Podrías haber salido con quien quisieras.

—Quería salir contigo. —Me besó en los labios.

—¿Por qué? Apenas me conocías. Y tú...

—¿Te dan a menudo estas inseguridades?

«¿Un par de veces a la semana puede considerarse a menudo?».

—¿Por qué?

—Porque, si es así, es evidente que no estoy haciendo bien las cosas. Tengo que conseguir que comprendas lo mucho que me preocupo por ti, que estoy dispuesto a hacer lo que sea para que seas feliz.

Se me aceleró el corazón.

—No, no me siento insegura. No dudo que te importe. Solo necesito estar completamente preparada para cuando por fin despiertes y te des cuenta de que tú y yo no...

—Basta. —Me cogió la cara entre las manos y apretó la frente contra la mía—. No pienso dejarte. Nunca. De hecho, me dejarás tú a mí.

—Jona...

—Lamento que te hayas sentido así. Me voy a esforzar más. —Me besó y me pasó los dedos por el pelo—. ¿Algún plan para hoy?

—No... Este fin de semana estoy libre para celebrar tu cumpleaños.

Sonrió.

—En ese caso, quiero llevarte a un sitio. —Se apartó de mí y me ayudó a levantarme—. Vamos...

Estaba sentada en el asiento trasero del coche de Jonathan con una venda negra sobre los ojos. No podía ver nada, y cada vez que intentaba echar un vistazo, Jonathan me sujetaba la mano de forma juguetona.

Llevábamos viajando al menos una hora, y estaba empezando a sentirme nerviosa y excitada a la vez. Sabía que, donde fuera que me estuviera llevando, sería increíble.

—Señor Statham, ¿estamos lo suficientemente cerca? —preguntó Greg mientras detenía el coche.

—Perfecto. Gracias. —Se aseguró de que la venda que llevaba en los ojos todavía estuviera en su sitio y me ayudó a salir del coche. Me agarró de la mano y dimos varios pasos contra un viento fuerte.

—Ya estamos... —dijo—. Bueno, casi. Todavía nos quedan dos horas.

—¿Dos horas más? ¿Por qué salimos del coche?

Se echó a reír y me subió en brazos para avanzar por lo que parecían unos escalones. Luego me cogió las manos.

—¿Preparada? —preguntó.

Asentí, emocionada, y él me retiró la venda de los ojos lentamente.

Se me detuvo el corazón cuando vi qué era la «sorpresa», y, aunque traté de mantenerme tranquila, no lo conseguí.

A un par de metros estaba el enorme avión privado de Jonathan: un *jet* Citation Sovereigh blanco de nueve plazas y veinte mil kilómetros de autonomía, que podía valer, fácilmente, unos dieciocho millones de dólares.

Lo sabía porque las gemelas habían construido la maqueta de ese modelo en concreto varias veces, conscientes de que era el *top* de gama en los aviones para ejecutivos.

Cuando vi que el piloto abandonaba la cabina y nos hacía gestos, perdí de repente la capacidad de respirar. Me aferré a las cuentas blancas y rojas del collar mientras se me aflojaban las rodillas.

—¿Claire? —Jonathan me sostuvo—. Claire, ¿qué te pasa? ¿Por qué tiembles? —Me apretó la mano, pero me solté y cerré los ojos.

Traté de pensar en algo feliz, algo positivo, pero las imágenes empezaron a

atravesar mi mente, haciéndome recordar todas las cosas que desearía poder olvidar: los artículos de los periódicos, la interminable cobertura de los medios de comunicación, las fotos del sitio del accidente. La cara de mi hermana gemela.

El corazón me latía tan rápido y fuerte que podía oírlo por encima de la voz de Jonathan preguntándome qué coño me pasaba mientras pedía ayuda.

Traté de convencerme de que esto era solo otra pesadilla, otro sueño del que despertaría en cualquier momento. Pero mientras boqueaba en busca de aire, mientras trataba de regresar al coche, sentí que caía al suelo, y todo se volvió negro.

Parpadeé, y me di cuenta de que estaba en casa, en la cama. El reloj de la pared me decía que eran las dos de la tarde. Las ventanas estaban abiertas, y por ellas entraba la cálida brisa de primavera.

Giré la cabeza hacia la derecha y vi a Jonathan, que me miraba con curiosidad mientras sostenía un poco de hielo contra mi hombro. Traté de sonreír con firmeza, pero cada músculo de mi cuerpo estaba débil.

—¿Qué ha pasado?

—Has tenido un ataque de pánico. —Dejó el hielo en la mesilla y me acarició la mejilla—. Te has desmayado y te has caído de la plataforma.

—Ah... —Traté de ponerme de lado para no ver la expresión de preocupación de sus ojos, pero no sentía el pie izquierdo. Bajé la vista y lo vi sobre un montón de cojines, bajo dos bolsas con hielo.

—Te has torcido el tobillo, así que tendrás que tomar eso —señaló la mesilla— cada cuatro horas. —Se me acercó más—. ¿Te dan miedo los aviones?

Negué con la cabeza al tiempo que se me llenaban los ojos de lágrimas.

Deslizó una mano por mi espalda y me ayudó a sentarme.

—Cuéntamelo, Claire...

—Más que miedo me dan terror. Me siento tan aterrorizada que me da pánico ir a recoger a las niñas al aeropuerto.

—¿Por qué?

Suspiré. Me llevé los dedos al cuello y toqué las cuentas en forma de bandera, asegurándome de que estaban donde debían.

—¿Te he dicho alguna vez que en mi familia hay tendencia a los gemelos? Es algo de lo más raro... Casi todas las mujeres de la familia dan a luz gemelos. Los tres primeros meses después de nacer Ashley y a Caroline me los pasé llorando,

pues por fin sabía lo que se sentía al ser madre, y pude entender cómo se sintió la mía cuando perdimos a mi hermana.

Me sostuvo la mano y me acarició los nudillos con la yema de los dedos.

—Solo teníamos dieciocho años... Habíamos sido inseparables toda la vida. Donde yo iba, venía ella. Sin preguntas, y nos gustaba que fuera así. Incluso teníamos pensado ir a la misma universidad. Yo iba a seguir actuando y ella estudiaría arte. Era muy buena dibujando y diseñando objetos... Habíamos comprado billetes en el mismo vuelo, de Pittsburgh a Carolina del Norte, para hacer una visita relámpago a varias residencias universitarias y ver las habitaciones para decidir en cuál nos íbamos a alojar...

Su rostro brilló ante mis ojos, pero no traté de limpiarme las lágrimas. Seguí contándole la historia, recordando cada segundo como si hubiera ocurrido ayer.

—Las dos estábamos sentadas junto a la puerta de embarque cuando una de las asistentes comunicó por los altavoces que necesitaban que algunas personas renunciaran a sus asientos y fueran en un vuelo posterior. Ninguna de las dos nos movimos porque pensamos que lo harían otros. Pero la azafata siguió transmitiendo el mensaje una y otra vez... Ofrecieron un vuelo gratis a mayores, y billetes en primera clase. Así que me volví hacia ella y le dije que cambiáramos de vuelo. Que podíamos pedirles que nos permitieran avisar a nuestra madre por teléfono de que llegaríamos más tarde. Ella se negó; me dijo que siempre le estaba dando órdenes y que pensaba quedarse en ese vuelo. Llevábamos... — Hice una pausa—. Llevábamos todo el día discutiendo; la había acusado de cogerme mi bolso favorito y ella lo había negado. Me sentía frustrada e irritada, así que le dije que genial, que, total, prefería no ir sentada a su lado, así que esperaba que se perdiera cuando aterrizara el avión. Me levanté y cambié el billete, con el agradecimiento consiguiente de la asistente, y eso fue todo... Compartimos una bolsa de palomitas antes de que saliera su vuelo... Me despedí y...

Me aclaré la garganta y resoplé.

—Como una hora después, cuando estaba sentada en mi avión, nos ordenaron bajarnos... En ese momento nadie tenía móviles, así que no sabíamos lo que estaba pasando. Pensaba que nos iban a cambiar de avión, o que nuestro vuelo sufriría un retraso...

»Cuando por fin pude usar una cabina pública, llamé a mi madre. Me respondió a gritos: «¡Menos mal que estáis vivas! ¡Gracias a Dios no ibais en ese avión!». Le pregunté de qué estaba hablando y me informó de que el avión en el que yo iba a

viajar se había estrellado cuando llevaba treinta minutos de vuelo... Que en las noticias estaban diciendo que... —se me quebró la voz— no había supervivientes. Decía que estaba muy feliz, que pensaba que nos había perdido. Luego me pidió que le dejara hablar con mi hermana... —Las lágrimas me resbalaron por las mejillas y se me secó la garganta—. Entonces tuve que explicarle que no nos habíamos mantenido juntas, como siempre nos había pedido... Que no la obligué a cambiar el vuelo como había hecho yo.

Jonathan se me acercó y me limpió las lágrimas con la camisa.

—Lo siento mucho...

—Durante seis meses no pude entrar en nuestra habitación... —Me tiré de nuevo del collar—. Entonces, toqué todas sus cosas, abracé sus pertenencias... Hasta que encontré una preciosa caja blanca debajo de su cama con mi nombre, que ponía «Elige primero». Dentro había dos brazaletes que había montado con abalorios en forma de bandera. Uno era rojo y el otro blanco... Cuando los juntas, se puede leer «Siempre juntas. Siempre hermanas»... Siempre pensé que diez o veinte años sería tiempo suficiente para superarlo, pero siempre acaba pasando algo como esto... No voy a olvidarlo.

Me rodeó con sus brazos y me besó en la frente. Me apretó hasta que dejé de temblar, hasta que pude hablar sin que mis frases se vieran rotas por los sollozos.

—¿Sabes lo que ofrece una aerolínea cuando un miembro de tu familia muere en un accidente de avión? —Sentí que me limpiaba las lágrimas mientras yo hablaba.

Negó con la cabeza.

—Nada.

—¿No pusisteis una demanda?

—La hubo... —Suspiré—. Pero no la traje de vuelta, así que no me importó. ¿Decir que odio que mis hijas quieran ser pilotas me convierte en una mala madre? Es que lo odio.

—No... —Me acarició el pelo—. ¿Saben lo que le ocurrió a tu hermana?

—Saben que perdió la vida en un accidente de avión..., pero no que fue culpa mía.

—No fue culpa tuya. No sabías que iba a estrellarse.

—Lo dice el hombre que salvó a su hermana al sacarla de una caravana en llamas... Fue culpa mía, sin duda, y yo...

—Claire, no lo fue. —Me estrechó contra su pecho—. No puedes echarle la culpa de todo lo que sale mal en tu vida... ¿Cómo se llamaba tu hermana?

—Caroline... Caroline Ashley Gracen.

—Es un nombre precioso... —Me colocó un mechón detrás de la oreja y me besó en la mejilla.

Quería decirle más cosas, como que mi hermana odiaba su nombre, pero cerré los ojos y me dejé llevar por el sueño.

23

CLAIRE

—Cada vez bailas mejor. —Jonathan sonrió mientras me hacía girar por la pista de baile del yate.

—Tu forma de bailar sigue siendo cuestionable.

—Eso es porque mi profesora es horrible. —Se rio y me estrechó entre sus brazos subiéndome contra su pecho—. ¿Todavía no sabes si vas a acompañarme al baile de la salida a bolsa?

Asentí. Sabía que quería que fuera con él; era algo que había dejado muy claro durante toda la semana. Sin embargo, todavía quedaban unos días, y seguía sin gustarme la idea de que nos vieran juntos en público.

Al parecer, éramos los únicos de toda la empresa que habían *aprovechado* la nueva política de confraternización, y sabía que mis compañeros dirían algo negativo al respecto.

—Te doy hasta finales de semana para responder que sí. —Me puso en el suelo—. No pienso ir con nadie más.

—Siempre puedes ir solo...

Puso los ojos en blanco y se echó hacia atrás. Avísame cuando quieras que Greg te lleve a comprar un vestido. —Me apartó un mechón de pelo de la cara—. Siempre voy con un empleado a las reuniones sociales de la empresa, así que nadie va a sospechar nada.

—¿Ah, sí? ¿Me prometes que no me tocarás ni me besarás mientras estamos en la fiesta?

—Es imposible que te prometa eso. —Me levantó la barbilla y me rozó los labios con los suyos—. Sabes que me da igual quién nos esté viendo. —Dibujó mis labios con la lengua y luego me los separó... Aunque se detuvo.

—¿Dónde está la piscina?

—Jonathan dijo que en el yate había piscina.

—Quizá nos ha mentido para conseguir que viniéramos aquí.

—¿Cómo voy a presumir de que he estado en un yate de lujo delante de nadie si no tiene ni piscina?

Jonathan se rio y se apartó de mí justo cuando Ashley y Caroline doblaron la esquina y clavaron los ojos en nosotros.

Ashley emitió uno de sus suspiros más dramáticos.

—Jonathan, nos dijiste que había piscina. Hemos traído los bikinis para hacernos fotos, pero no la hemos encontrado.

—Yo os enseñaré dónde está. —Me cogió de la mano y les hizo una seña para que nos siguieran. Subimos dos tramos de escaleras hasta una habitación enorme con las paredes de vidrio esmerilado. Encendió las luces antes de tirar de una pequeña palanca y conseguir que los cientos de baldosas grises del suelo se abrieran para dejar a la vista una piscina de agua cristalina.

—¡Aggg...! ¿Cómo esperabas que la encontráramos? —Caroline negó con la cabeza.

Ashley y ella pusieron las toallas a un lado y se metieron en el agua, riéndose entre ellas de todas las formas en las que pensaban dar envidia a sus amigas.

—¿No te gustaría terminar ahora la lección de baile? —me susurró Jonathan al oído.

—¿No puedo usar la piscina?

—Hay otra abajo... —Me rodeó la cintura con un brazo—. Y te la enseñaré en cuanto hayamos terminado.

—¿De bailar?

—Llámalo como quieras...

No era capaz de concentrarme en la noche de chicas... No esta noche.

Solo podía pensar en Jonathan, en que me besaba, me abrazaba y me hacía el amor.

Desde que se había comprometido a estar más pendiente de mí, había llevado nuestra relación a otro nivel; venía por casa durante la semana y estaba con nosotras tres, nos pegaba palizas al Monopoly o ayudaba a las chicas con las maquetas de aviones, incluso a veces cocinaba para nosotras. Los fines de semana, nos llevaba todo el día al yate, donde viajábamos acompañados por un chef que nos preparaba todo lo que queríamos. Insistía en recogerme por las mañanas para ir a trabajar, e incluso había conseguido que comiera con él todos los días.

Las flores —que seguían entregándome a diario— venían acompañadas de chocolatinas y notas íntimas cuyo contenido me sonrojaba. Y el sexo, que siempre había sido increíble y alucinante, era todavía más apasionado e intenso.

Esta noche, que se había ausentado para ir a una conferencia a Los Ángeles, lo echaba de menos. Lo añoraba con todas mis fuerzas, y me daba demasiado miedo

reconocer por qué era así.

—Algunos hombres necesitan una *master class* para saber complacer a una mujer. —Helen dejó el vaso en la mesa—. Es muy triste cuando no saben qué hacer. Los últimos con los que he estado me han llevado a comprarme un nuevo vibrador. Estoy pensando en crear mi propia página web para dar consejos gratis.

Suspiré.

—¿Recuerdas con cuántos hombres has estado o ya has perdido la cuenta?

—Dejé de contar cuando cumplí los treinta.

«¿Treinta?».

—¿O fue a los cuarenta? —Se encogió de hombros—. Es algo que los hombres hacen a menudo, y yo no tengo pensado casarme. Así que ¿por qué no?

—¿No te gustaría asentarte y...?

—¿Estar con el mismo hombre durante el resto de mi vida? No sé... He aprendido del fracaso de mis padres y de los matrimonios de mis amigas. Y no te des por aludida.

—No pensaba.

—¿Cómo va tu relación de *cougar*?

—No soy una *cougar*... —Negué con la cabeza—. Y lo nuestro no es una relación. Solo salimos juntos.

—¿En exclusiva? —Se rio.

—Sí... ¿Y Sandra?

—No va a venir... Creo que ha quedado en el último minuto con ese médico tan guapo que le presentaste.

—¡Oh! Bien, me alegro por ella. Es una buena noticia que sigan viéndose.

—Me dijo que era una fiera en la cama. ¡No puedo creerme que se lo hayas cedido! Así que otra vez... —Sonrió—. Da igual.

Bajé la copa.

—¿Qué ocurrirá cuando ya no salga con Jonathan?

—¿Qué?

Me decidí finalmente a poner mis inseguridades sobre la mesa. Había estado reprimiéndolas durante demasiado tiempo, y no me atrevía a decírselo a Jonathan. Solo habría conseguido que se volviera todavía más maravilloso y que yo pareciera una chalada por cuestionar nuestra relación.

—Helen, es evidente que no vamos a durar —dije—. Jamás funcionará. Lo que le atrae de mí son cosas superficiales... Cuando todo eso se acabe y se dé cuenta de que podría salir con alguien sin un equipaje a sus espaldas y la mitad de mi

edad, todo terminará... En ese momento, ¿qué pasará? ¿Debería intentar conocer a un tipo de mi edad porque hacerlo con un hombre más joven es una mala idea? ¿Volveré a tener citas? ¿O simplemente me volveré como tú, que te acuestas con aquellos que te gustan, al azar, cuando te sientes sola?

—¿Estás tratando de hacerme sentir mal o qué?

—Lo digo en serio... No puedo hablar con nadie más sobre esto. Hay muchos días en los que, sinceramente, me siento muy insegura.

—Todos nos sentimos inseguros de vez en cuando —dijo Helen suspirando—. Es algo normal.

—Pero eso es distinto. No sé cómo tratar con...

—Escúchame, Claire. Déjate llevar. Piensas demasiado... ¿Sabes qué deberías hacer ahora mismo?

—¿Qué?

—Enviarle un mensaje de texto y decirle que lo echas de menos.

—¿Eh?

—Sí, cuéntale cuánto lo añoras.

—No lo echo de menos.

—Mientes.

—Lo vi hace unos días. Además, está en una conferencia en Los Ángeles.

Puso los ojos en blanco.

—No tienes que saber las respuestas a todas las incógnitas ahora mismo. Si estáis bien juntos, ¡genial! Si no, estupendo, tómalo como una experiencia enriquecedora. No es necesario alcanzar la felicidad con cada hombre con el que tienes una cita. Sal con él, pásalo bien y, ahora mismo, sé sincera contigo misma. Lo echas de menos.

Vacíé lo que quedaba en la copa y decidí seguir su consejo.

Claire: «Te echo de menos».

Mi móvil vibró al momento.

Jonathan: «¿Dónde estás?».

Claire: «En un pub, con Helen».

Jonathan: «¿En cuál?».

Claire: «En el Blackbird».

Jonathan: «No te muevas de ahí. Voy a buscarte».

Claire: ¿No estabas en Los Ángeles?».

Jonathan: «Sigo estando. Pero volver a San Francisco solo lleva una hora en avión (y no te preocupes). Nos vemos dentro de nada».

—¿Qué? ¿Ha sido tan difícil? —Helen se terminó el *gin-tonic*—. Ahora, pídemme otra ronda, y bien cargada. Esas palabras tuyas han diluido el efecto de la anterior. Ni siquiera me ha ardido la garganta.

Nos reímos y recordamos lo que le había ocurrido en los últimos meses, cuando la habían nombrado «La abogada del año», y había experimentado las «sensaciones de toda una vida» con otro de los nominados cuando fuimos con ella a Las Vegas.

Le estaba hablando sobre mi última cita con Jonathan cuando sentí que se me aceleraba el corazón y que me revoloteaba en el pecho, y que mi cuerpo vibraba mostrándome que él estaba muy cerca.

Me volví para buscarlo y lo vi detrás de mí.

—Buenas noches, Claire. —Sonrió—. Hola, Helen.

—Bien, esa es la señal. —Helen nos brindó una sonrisa—. Nos vemos en otro momento...

—¿Estás bien para regresar a casa? —preguntó él.

—Oh, no pienso conducir. Voy a llamar a un taxi.

Él negó con la cabeza.

—Le diré a Greg que te lleve a casa.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente.

La acompañamos al exterior, donde estaba Greg con la limusina, y Jonathan la ayudó a subir.

—Buenas noches, Helen. Estoy seguro de que volveremos a vernos pronto. — Cerró la puerta y esperó a que el coche se alejara.

—Vamos... —Recorrimos dos manzanas cogidos de la mano, hasta llegar a un aparcamiento privado.

Fuimos en el ascensor hasta la tercera planta y nos acercamos a su coche. Estaba a punto de abrir la puerta del copiloto cuando él me empujó contra el

lateral del vehículo y me rodeó la cintura con los brazos para besarme hasta que me quedé sin aliento.

—Yo también te he echado de menos... —susurró mientras continuaba haciéndome el amor con sus labios—. ¿A dónde quieres que vayamos?

—¿A qué te refieres?

—¿A-dón-de-quie-res-ir? —repitió, mordisqueándome el labio inferior con cada sílaba.

—¿A tu casa?

—Está a cuarenta minutos... —Bajó los labios a mi clavícula—. Propón otro sitio.

—¿A la mía?

—Queda a treinta...

—¿A un hotel?

—¿A cuál?

—El Ritz Carlton está a la vuelta de la esquina.

—Buena elección.

24

JONATHAN

—¡Ahhh...! —Claire levantó la mano y cerró los puños en mi pelo.

Me incliné para besarle el cuello, hundiéndome más profundamente en su interior.

—Solo puedo pensar en ti... No puedo concentrarme en nada más... —Jadeé de forma entrecortada. Le acaricié las tetas al tiempo que le cubría la boca con la mía, disfrutando de la sensación que creaban sus labios—. Dime que sientes lo mismo...

—Yo... Yo... —Movié las manos desde mi cabeza a mi espalda y me clavó las uñas en la piel desnuda. Trató de frenar el ritmo agarrándome la cintura, pero le subí los brazos y se los sujeté por encima de la cabeza.

Capturé uno de sus pezones con la boca y se lo mordisqueé juguetonamente mientras aceleraba mis envites.

—Dímelo. —La mordí con más fuerza—. Dímelo ya...

—Sí... Sí... Sí... —Cerró los ojos y su cuerpo se retorció debajo del mío, alcanzando el orgasmo en el mismo segundo que yo. Se estremeció durante varios segundos antes de que me desplomara sobre ella.

Nos quedamos tumbados, con los cuerpos entrelazados, durante lo que me pareció una eternidad, mirándonos a los ojos, sonriendo cada pocos segundos, riéndonos de todo y de nada.

Después de haber salido del Ritz Carlton esa mañana, había decidido hacer con ella un *tour* en otro de mis yates, uno que llevaba mucho tiempo sin usar. No llegué a enseñarle más allá del dormitorio.

—¿Te hago daño? —Noté que intentaba mover el hombro.

—Un poco. —Se rio, y me retiré de encima de ella.

La estreché entre mis brazos, cara a cara.

—¿En qué estás pensando ahora? —suspité.

—En nada...

—Tus ojos te delatan —dije sonriendo—. Sé cuándo estás mintiéndome.

—Puedo hablar contigo sobre cualquier cosa, ¿verdad?

—Claro que puedes. —La besé—. No quiero que haya límites entre nosotros.

Asintió, pero permaneció en silencio, sin añadir otra palabra.

—¿Esa pregunta no daba pie a otra? —Traté de leer sus ojos.

Se rio.

—En realidad no..., solo quería saberlo. Solo quería saberlo, en serio...

—Mmm..., ¿te apetecería venir a cenar conmigo y con mi madre el próximo fin de semana?

—¿Ahora os lleváis bien? —Arqueó una ceja.

—No lo sé... Es algo que salió en la última sesión de terapia, así que no quiere decir que ahora seamos íntimos ni nada...

—¿No estás seguro de poder ir a cenar con ella sin discutir?

«No, a menos que tú estés presente...».

—Me sentiría más cómodo si vinieras. Nada más.

Sonrió y se acercó a mí.

—Vale. Iré.

—Como me jodas la cena no te lo perdonaré nunca. —Giré al final de la calle y miré a mi madre—. ¿Me has entendido bien?

—¿A qué te refieres, Jonathan? Y mira cómo me hablas... Sigo siendo tu madre... ¿Cómo voy a estropear la cena?

—Has jodido todo lo demás en mi vida; estoy seguro de que sabes hacerlo.

Pareció herida.

—Jamás me perdonarás lo que ocurrió en el pasado, ¿verdad? ¿No piensas superarlo nunca?

No le respondí. Esperé a que llegara el aparcacoches y le entregué las llaves.

—Vamos.

Las últimas sesiones de terapia a las que habíamos asistido no habían sido como las anteriores. Habían sido brutales. Me había largado tres veces porque me había negado a creerme sus putos «No recuerdo cómo ocurrió eso». Me sentía como si estuviera tomándome el pelo al no ser sincera por completo. La única razón por la que había aceptado ir a cenar con ella había sido porque la terapeuta había asegurado que necesitábamos estar juntos en un ambiente diferente. Había estado a punto de suspender la cena, y lo habría hecho si no hubiera sido porque Claire me animó a seguir adelante. Ella pensaba que mi madre se merecía una segunda oportunidad, ya que nunca había estado tanto tiempo «limpia».

Rodeé el coche hasta la puerta del copiloto y ayudé a mi madre a salir del coche. Le ofrecí el brazo para entrar en el restaurante.

—Señor Statham —me dijo la *maitre*—, su otra invitada ya ha llegado. ¿Prefiere que los acompañe antes a la mesa o a la galería?

—A la mesa.

—De acuerdo. —Nos llevó hasta un ascensor para ir al piso de arriba. Atravesamos un comedor lleno de clientes, hasta un reservado con una mesa en el centro.

Clavé los ojos en Claire al instante. Estaba de pie junto a las ventanas, con un vestido de color gris oscuro que se ceñía perfectamente a sus curvas. Debió de oírnos llegar, porque se volvió con rapidez y me sonrió.

Me acerqué a la mesa y separé una silla para que se sentara.

—Estás preciosa esta noche. —La besé en la nuca.

—Gracias... —Se sentó.

—Estoy de acuerdo —convino mi madre mientras ocupaba la silla más cercana—. Estás impresionante, cariño.

—Muchas gracias, señora Statham.

Se acercó un camarero.

—Buenas noches, señor Statham —dijo después de aclararse la garganta—. ¿Quiere empezar con el vino de la casa o prefiere pedir algo más especial?

—Mi novia y yo tomaremos el vino de la casa. La señora Statham —continuó, mirando a mi madre— prefiere un zumo.

Ella puso los ojos en blanco.

—De acuerdo, señor —se apartó.

Estábamos a punto de entablar una conversación, pero llegó otro camarero con las bebidas, que además nos mostró el menú del chef para esa noche y nos hizo algunas sugerencias. Podría decirse que casi pidió por nosotros.

Cuando se alejó, carraspeé.

—¿Qué tal el día, mamá?

—Bastante bien... Me han dejado llevar la tienda. Y mañana desean que elija los nuevos tratamientos para las ventanas. Tengo muy claro lo que quiero conseguir.

—¿Y qué es? —preguntó Claire.

—Tejidos de bambú. Uno de los clientes me aseguró que el local parecería más auténtico, así que creo que voy a seguir su consejo.

—¿En amarillo o marrón? —Claire arqueó una ceja.

—En marrón. —Mi madre tomó un sorbo de zumo—. Las paredes de la tienda están pintadas en tono tierra, así que quedará mejor.

Puse el brazo sobre los hombros de Claire.

—Imagino que voy a tener que empezar a prestar más atención a esos programas de mantenimiento y decoración...

—Eso ya lo hacemos nosotras. —Mi madre negó con la cabeza—. Entonces, Claire, ¿en qué consiste tu trabajo en Statham Industries?

—Soy directora del departamento de marketing. Superviso los eslóganes y las imágenes de las campañas promocionales.

—¿Has trabajado en la publicidad del sPhone Azul? Los anuncios son preciosos.

Sonreí y escuché a mi madre mientras hablaba sobre su incapacidad de trabajar en ningún aspecto de mi compañía. Luego comentó con Claire sus libros favoritos; me había olvidado de que era muy aficionada a la literatura antes de engancharse a la droga.

Los camareros rellenaron nuestras copas discretamente al tiempo que traían los platos.

Estaba dando buena cuenta del *risotto* de champiñones cuando me di cuenta de que Claire no soltaba el móvil.

—¿A quién estás escribiendo?

—A Ashley y Caroline... Al parecer, cada vez que salgo piensan que pueden pedirme prestado el coche... Al final acabaré cediendo y tendrán un coche para cada una por su cumpleaños. Se lo merecen...

—Te ayudaré a elegirlos. —Le apreté la mano. «Y los pagaré».

—¿Tienes hijas? —preguntó mi madre, sonriente. Parecía estar esforzándose para que la cena saliera bien—. ¿De qué edad?

—Dieciséis.

—¡Guau! ¿Son gemelas? En el grupo de terapia hay una mujer que tuvo gemelas. Asegura que no es para tanto, pero creo que es porque le han salido buenas. Imagino que vivir con dos adolescentes en casa a la vez debe de ser duro.

Nos reímos.

La *maitre* se acercó a la mesa.

—Perdón... —dijo—. No es mi intención interrumpir la cena, pero la galería solo estará abierta una hora más. ¿Les gustaría hacer ahora la visita? De acuerdo con la visión del artista, las mujeres deben empezar por un lado y los hombres por otro. Mejora la experiencia.

—Me encantaría. —Mi madre se levantó—. ¿Y a ti, Claire?

—Sí, me parece genial. Iré al terminar el postre. —Sonrió.

—¿Quieres que te espere?

—No, no es necesario. —Claire negó con la cabeza—. Dentro de cinco minutos como máximo estaré abajo.

Mi madre me miró como diciendo con los ojos que ella lo estaba intentando hacer bien..., y yo sonreí. Me estaba sorprendiendo gratamente su comportamiento esta noche. Sin duda no podía haber ido mejor.

Cuando la *maître* acompañó a mi madre abajo, miré a Claire.

—Muchas gracias por venir esta noche. Significa mucho para mí.

—De nada. Creo que, a largo plazo, os irá muy bien.

—Ojalá. Date prisa en terminar el postre. Quiero que veamos la galería.

—No podemos hacerlo juntos, ¿no has oído a la *maître*?

—Me importa un bledo que mejore la experiencia... —Acerqué la cabeza a la mía—. Una parte de la exposición es una habitación oscura —le susurré al oído—, y tengo muchas ganas de experimentarlo contigo.

Le devolví el vestido a Claire y le di un beso más. Recorrimos el resto de la exposición de la mano, abrazados, discutiendo sobre qué nos gustaba y qué no.

Cuando llegamos a la última pieza, una enorme X de plástico cubierta de lunares y grafitis, vi a mi madre en la puerta. Se acercó y cogió la mano de Claire.

—Ha sido un placer conocerte más esta noche, cariño. Quizá pudiéramos repetir la semana que viene.

Claire le estrechó la mano y asintió.

—Claro que sí, sería genial.

—Jonathan, Greg me llevará a casa, le he enviado un mensaje durante la cena. He pensado que querías pasar más tiempo con Claire esta noche.

«¿Quién es esta mujer y dónde coño está mi verdadera madre?».

—Gracias. —Le di un abrazo—. Muchas gracias —susurré—. Siento haberte dicho eso en el coche. —La solté y la miré mientras se acercaba al coche.

En cuanto el vehículo desapareció, cogí a Claire entre los brazos y la besé como si mi vida dependiera de ella, apretando su cuerpo contra el mío mientras deslizaba la lengua profundamente en su boca.

—Ven a casa conmigo esta noche —gemí contra sus labios.

CLAIRE

Iba a romper con Jonathan. Hoy mismo.

No podía seguir soportando esta mierda. Era demasiado estresante y me había cansado de llorar a solas. Necesitaba poner fin a este asunto para no volverme loca, por mi salud. Sabía que, de todos modos, él y yo acabaríamos dejándolo de todas formas aunque nuestra relación hubiera sido increíble. Así que había llegado el momento de cortar con él.

Él no tenía ni idea de lo que había estado pasando durante las últimas semanas, y yo no iba a decírselo. Juntaría las piezas con el tiempo, y, para entonces, esperaba que hubiera encontrado a alguien mucho mejor para él.

Llevaba un tiempo sopesándolo, pero una noche que me puse a llorar entre sus brazos mientras él dormía, supe que había llegado el final.

No había almorzado con él, y había respondido con evasivas tipo «Aquí andamos muy ocupados, pero te prometo que nos veremos más tarde» a sus cariñosos mensajes de texto.

No me había molestado en abrir ninguna de las notas que llegaron con las flores y los bombones; no quería cambiar de idea.

Esperé hasta el final de la jornada de trabajo, ensayando mi discurso una y otra vez mientras me preparaba para su reacción. En cuanto me saltó la alarma que había puesto en el móvil cogí el ascensor hasta su despacho.

—Buenas tardes. —Me detuve ante el escritorio de su secretaria y me aclaré la garganta—. ¿Está disponible el señor Statham?

—Señorita Gracen —dijo sonriente—. Sabe tan bien como yo que siempre está disponible para usted.

Me dio un vuelco el corazón.

—Lo sé, pero no estará ocupado con algún cliente, ¿verdad? No me gustaría interrumpir nada importante...

—¡Oh, no! En absoluto. La última cita fue hace una hora. —Cogió el teléfono—. ¿Señor Statham? La señorita Gracen ha venido a verlo. —Me hizo una seña para que entrara.

Suspiré y cerré los ojos antes de girar el pomo de la puerta.

«Concéntrate y hazlo rápido... No montes una escena. No llores. Haz lo que

debes sin llorar...».

En el momento que entré, me encerró en sus brazos y me besó.

—Eres lo mejor del día. —Me llevó a su escritorio y me dejó en el suelo—. ¿Te encuentras bien? Pareces enferma...

«Creo que debemos romper... Creo que debemos romper... ¡Dilo!».

—Estoy bien.

—Mmm... —Se acercó al gabinete y cogió una botella de agua. Me la ofreció y, cuando la cogí, me puso la mano en la frente como si comprobara si tenía fiebre—. ¿Seguro que estás bien?

Asentí con la cabeza.

Se metió la mano en la chaqueta para sacar del interior una cajita rectangular de joyería.

—Iba a dártelo ayer, pero la reunión del consejo se alargó tanto que me olvidé. Quiero que la abras luego.

—No puedo aceptar...

Puso los ojos en blanco y la dejó caer en el bolso. Luego fue detrás del escritorio para empezar a recoger sus cosas y guardarlas en el maletín.

—¿Sigue en pie la cena de esta noche? Ashley y Caroline han previsto cocinar ese pastel de manzana tan...

—Creo que debemos romper.

Levantó la cabeza de golpe.

—¿Qué?

Sentí un nudo en la garganta, pero me obligué a tragarlo.

—No deseo seguir saliendo contigo... —Se me secó la boca mientras contenía las lágrimas.

Pensé que diría algo... Lo que fuera, pero solo hubo silencio. Un silencio ensordecedor. Se acercó a mí con los ojos entrecerrados, lo que me obligó a retroceder hasta la pared.

—¿Es algún tipo de broma? —siseó—. Porque será mejor que...

—No es ninguna broma... —Mi voz era un susurro—. Ya no puedo seguir haciéndome esto a mí misma.

—¿Qué? ¿De qué mierda hablas?

Ignoré su pregunta. Empecé a recitar el discurso que había memorizado.

—Creo que es mejor que nuestros caminos se separen, Jonathan. Sé que para ti puede ser difícil entender por qué ahora, pero de todas formas no íbamos a durar demasiado tiempo más. Te agradezco mucho todo lo que...

—¡Deja de hablar! —Apretó su pecho contra el mío y me miró directamente a los ojos, haciendo que mi cuerpo reaccionara contra mi voluntad—. Lo que dices no tiene ningún sentido y lo sabes...

Me puso la mano con firmeza en la parte baja de la espalda y me pasó la otra por el pelo.

—Has tenido un día muy duro... —murmuró—. Déjame arreglarlo...

Casi me eché hacia delante para besarlo, casi cedí al calor que corría por mis venas, pero incliné la cabeza a un lado y lo empujé.

Me miró durante mucho tiempo, en un estado entre confuso y excitado, y supe que debía atacar con todas mis armas si realmente iba a poner punto final a esto.

—Claire... —suspiró—. No sé qué te ha pasado hoy, pero pareces fuera de ti. Sea lo que sea, dímelo para que pueda solucionarlo... Ven, sentémonos en el sofá y podremos...

—No. Ya no te deseo. ¿Qué parte no entiendes, Jonathan? ¿Cuántas veces necesitas que te lo repita?

Sus pupilas se dilataron mientras daba un paso adelante.

—¿Es una manera de dar pie a una sesión de sexo salvaje? Porque estoy a punto de hacerte entrar en razón a la fuerza...

—Hemos terminado. —Noté que se me rompía el corazón, pero continué—. Tú y yo no somos el uno para el otro, y estoy cansada de fingir que sí. Por mucho que me gustaría seguir adelante con esta fantasía, es necesario que vuelva a la realidad. Y mi realidad no te incluye a ti. Los últimos meses han sido divertidos, pero esto ha terminado, hemos acabado. —Me dirigí hacia la puerta y giré el pomo, pero me cogió por los hombros y me hizo dar la vuelta.

Aunque sus ojos ardían de furia, su voz siguió siendo suave.

—Te voy a dar una oportunidad para que me digas cuál es la causa de todo esto.

—Ya te he dicho que...

—Tonterías, Claire. Hace doce horas estábamos en la cama y no delirabas de la misma manera que ahora. Así que dime la verdad. —Hizo una pausa y luego continuó en voz más baja—. Solo quiero saber qué está pasando... ¿Has conocido a otra persona?

—¿Qué? No. No...

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Qué te lleva a pensar que voy a dejar que te alejes de mí? ¿Crees que vas a salir por la puerta y que no te voy a seguir?

—Jonathan, por favor, escúchame.

—No llegarás ni al vestíbulo.

Sabía que lo que estaba haciendo no tenía sentido, pero debía seguir adelante como pudiera.

—Lo que tenemos es imposible... Y lo has sabido desde el principio porque...

—No sé de qué hablas. No sé nada...

—Déjame terminar. —Noté que me cogía de las manos, y casi me rendí—. Por raro que te pueda parecer, los sentimientos que tengo por ti no los había desarrollado nunca por nadie, ni siquiera por mi marido... —Eché la cabeza a un lado cuando se inclinó para besarme—. Pero hace poco me di cuenta de que... Es difícil para mí explicarme, pero...

—Inténtalo.

Se me quebró la voz.

—Desde que empecé a salir contigo he sabido que esto iba a terminar fatal para mí.

—Es que no tiene que terminar.

—No tiene por qué continuar. No quiero...

Me aprisionó los labios con los de él y me besó hasta que no pude respirar.

—Te amo, Claire... —murmuró contra mi boca—. Te necesito, deja de actuar así.

Me separé, jadeando, haciendo que se sintiera más confundido que nunca.

—Esta es la segunda relación seria que he tenido en mi vida, y creo que eso es parte del problema... Cuando estaba casada con Ryan...

—Tu ex era un idiota que no te merecía. —Se puso rojo—. No te atrevas a compararme con él.

—La cuestión es que...

—Que no quieres ser feliz. —Me soltó las manos—. Que no te importa que yo te ame porque tú no me amas a mí. Y me da igual, porque puedo esperar a que lo hagas. Sé que eres obstinada y que en tu mundo todo es negro o blanco, correcto o incorrecto, apropiado o inapropiado. Vale. Lo entiendo. Pero no debes de haber prestado atención a cómo funcionan las cosas en mi mundo, porque estás loca por completo si piensas que esa excusa idiota que me acabas de dar justifica que rompamos.

Me acarició la mejilla con una mano antes de suavizar el tono.

—Iré a tu casa a las siete. Después de cenar, tendremos una charla sobre lo que te ocurre de verdad. Sea lo que sea, podremos...

—Pensaba que habías dicho que harías cualquier cosa para hacerme feliz.

—Y es cierto. Lo repito. —Encerró mi cara entre sus manos y me besó— Lo que quieras que haga...

—Entonces, deja que me vaya, y no me sigas.

Respiró hondo y apretó los dientes.

—No.

—Eso es lo que quiero... —murmuré sin saber si me había oído.

—Si te hicieras a la idea de lo que siento por ti... Si pudieras percibir exactamente lo que significas para mí... —Hizo una pausa, y vi que empezaban a hincharse las venas del cuello—, no te atreverías a pedirme eso.

Lo miré durante varios segundos; ansiaba decirle que tenía razón, que olvidara esta escena y que me hiciera el amor, pero no pude.

—Que me dejes marchar, que me dejes en paz, me haría muy feliz. —Me apresuré a decir las palabras lo más rápido posible, tratando de no fijarme en la expresión de dolor de su rostro. Me temblaba el labio inferior y, aunque me había obligado a contener las lágrimas, algunas se me habían escapado y me corrían por las mejillas.

—¿Eso es lo que deseas de verdad? —Sus ojos, llenos de sufrimiento, se clavaron en los míos y su voz se volvió ronca—. ¿Que terminemos así?

—Sí.

Respiró hondo y soltó el aire. Por primera vez desde que lo conocía, no parecía tranquilo y controlado, sino completamente impotente.

Se acercó y giró el pomo para abrir la puerta. Me miraba como si acabara de destrozar su alma.

—Adiós.

—Lo siento mucho, Jonathan... Es que creo que...

—Adiós.

Tragué saliva. Me aparté de él y corrí por el pasillo hacia el ascensor. Apreté el botón para ir al vestíbulo, rogando que las puertas se cerraran lo más rápido posible y que él no me siguiera en el último momento.

No lo hizo.

Yo era libre.

25,5

CLAIRE

OCHO SEMANAS ANTES...

Entré en Dutchman's, una pequeña tienda de regalos en el embarcadero, y seguí a Caroline y a Ashley entre los pasillos. Habían insistido en venir conmigo para ayudarme a elegir un regalo de cumpleaños para Jonathan, a pesar de que todavía no lo conocían.

Habíamos recorrido el muelle todo el día, pero no habíamos tenido suerte.

—Si nos presentaras a ese tipo, todo esto sería mucho más fácil.

Ashley cogió un pez de plástico y sonrió.

—¿Le gusta el pescado?

—¿Un paquete de cajas de sardinas? —Caroline se encogió de hombros.

«Aggg...».

—Voy a echar un vistazo... —Fui a la parte trasera de la tienda, pero me paré cuando vi una vista del océano desde las ventanas.

—Impresionante, ¿no? —Una mujer morena de mediana edad se detuvo a mi lado, sonriente. Iba vestida totalmente de blanco, lo que sentaba como un guante a su cuerpo delgado, y llevaba recogido el pelo en un moño. Tenía los ojos muy azules, matizados con tonos grises, y por alguna razón me resultaban familiares.

—Mucho... —convine—. Sin embargo, ¿qué ocurre cuando llueve? —Me había dado cuenta de que la ventana estaba rota y de que el suelo necesitaba un buen arreglo.

—Bueno, la semana que viene nos pondrán una ventana nueva, pero el suelo... No sé. Nos gustaría que la gente siga viendo la vista, ya sea que llueva o brille el sol.

—Deberíais utilizar tonos bambú, no amarillos, que se desvanecerán en solo seis meses. Un fondo marrón con un acabado liso parecerá más auténtico y hará destacar los tonos tierra del local.

Le brillaron los ojos mientras me tendía la mano.

—Soy Denise.

—Claire.

—De acuerdo, Claire; estaba pensando más bien en un blanco básico de

plástico que sea sobre todo barato, pero lo tendré en cuenta si este lugar llega a dar beneficios. —Se rio—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Estoy buscando un regalo de cumpleaños para el hombre con el que estoy saliendo, y no sé muy bien qué comprarle...

—¿A ese hombre le gustan los yates?

Asentí con la cabeza.

—Ven, cariño. —Me llevó hasta el mostrador—. Aquí hay muchas cosas para alguien a quien le gusten los yates, pero tienes que elegir bien. ¿Vais en serio?

Me sonrojé.

—No lo sé. Es que...

—Ya veo, es algo serio. —Sonrió—. Tengo un regalo perfecto. —Desapareció en la trastienda durante varios minutos y regresó con una caja marrón que deslizó hacia mí por encima del mostrador—. Esto.

—¿Un colgante?

Se rio.

—No, querida. Son anclas, que simbolizan que vas en serio con él, que estás, hablando figuradamente, amarrando su nave. Sin embargo, puedes personalizarlas, y si él conoce bien el significado, acabará soldándola al ancla de su nave. Es un regalo perfecto.

Busqué en la caja y saqué algunas de oro. Pasé los dedos por los extremos puntiagudos.

—Lo compraré.

—¿El qué?

—¿Qué es eso, mamá?

—¿Le vas a regalar a tu novio unas anclas de juguete?

—¿Qué clase de regalo es ese?

Denise negó con la cabeza.

—Chicas, os prometo que tiene su lógica. Claire, ¿cómo te gustaría personalizarlas?

—Bueno..., ¿qué tal mi nombre en los ganchos y el suyo en la parte inferior?

—Me parece bien. —Cogió un bolígrafo y una libreta—. ¿Cómo se llama tu novio?

—Jonathan.

—¡Oh! Tengo un hijo que se llama Jonathan. ¡Es un nombre precioso! —Se rio—. Escribe tu número de teléfono para que pueda llamarte cuando esté, ¿vale? Y créeme, le encantarán.

SEIS SEMANAS ANTES...

Salí del ascensor y me acerqué a la secretaria de Jonathan.

—Buenas tardes, Angela. ¿El señor Statham está disponible?

Me miró como diciéndome por qué le preguntaba eso, pero descolgó el teléfono.

—Señor Statham —puso los ojos en blanco—, tiene una... Se trata de la señorita Gracen, señor... Sí, señor, enseguida. Puede entrar, señorita Gracen.

—Gracias.

Me alisé el vestido azul marino y abrí la puerta para entrar lentamente. En cuanto los ojos de Jonathan se encontraron con los míos, sonreí y sentí mariposas en el estómago.

—Buenas tardes. —Se acercó para besarme en la mejilla—. Estás maravillosa... —Me llevó hasta la mujer morena de mediana edad que me había atendido unas semanas antes en Dutchman's—. Te presento a Denise Statham, mi madre. Mamá, ella es...

—Claire. —Sonrió y me tendió la mano.

Estaba a punto de decir que me alegraba de volver a verla, pero ella se me adelantó:

—Es un placer conocerte al fin. —Supuse que él le había hablado de mí, y, probablemente, no se acordaba de mi paso por la tienda—. Eres preciosa —me halagó—. Jonathan tiene mucha suerte contigo.

—Gracias, señora Statham.

—Hasta la semana que viene, hijo. —Abrazó a Jonathan y salió de la oficina.

En cuanto se oyó el timbre del ascensor, él me cogió entre sus brazos.

—¿Te pasa algo? ¿Estás enferma? Si has venido aquí en un momento en el que alguien puede verte, tiene que haber pasado algo horrible.

Hice una mueca.

—Acabamos de terminar la campaña de la sTablet, así que el señor Barnes nos ha dejado irnos a casa antes. El teléfono se me ha quedado sin batería, así que he pensado que sería mejor que te lo explicara todo antes de que pensaras que te estaba ignorando.

—Bien pensado. Te llevaría a almorzar para celebrarlo, pero tengo una reunión a las seis. ¿Cenamos juntos? Han abierto un italiano en...

—¿Señor Statham? —La voz de Angela sonó por el intercomunicador—. Odio

molestarlo de nuevo, pero la señorita Griffin ha aparecido con una emergencia. Dice que no puede esperar ni un segundo.

Suspiró y dio un paso atrás.

—Espérame aquí —me dijo—. No vayas a ninguna parte. —Me señaló una silla y me senté antes de que saliera de la estancia.

Me recliné en la silla mientras cerraba los ojos. Estaba encantada de que hubiera terminado ya la extenuante campaña de la sTablet, y me moría de ganas de pasar a algo más divertido: el sPhone Rojo.

Estiré las piernas, pero oí el ruido de las llaves y abrí los ojos. Denise entró de nuevo en el despacho.

—Lo siento, Jonathan. Me he olvidado... —Se quedó callada—. ¿Y Jonathan?

—Lo han llamado para una emergencia.

—Mmm... —Se acercó al sofá y cogió unas gafas de sol—. Dime una cosa, Claire... ¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta.

Abrió mucho los ojos mientras inclinaba la cabeza a un lado.

—Bueno, ahora entiendo de verdad que le digan a alguien que no aparenta su edad. ¿Mi Jonathan es el Jonathan para el que has comprado las anclas?

«Evidentemente».

—Sí.

—Bueno, aquí entre tú y yo, no perdería el tiempo regalándole eso. No es algo que represente relaciones a corto plazo.

—¿Perdón?

Suspiró.

—Cuando su amiga Vanessa me dijo que su novia tenía cuarenta años y dos hijas, no me lo creí... Me dije a mí misma que Jonathan no iba a salir con alguien mucho mayor que él. Puede aspirar a más. Incluso me imaginé qué le diría a esa mujer si llegara a conocerla en algún momento. Y creo que la idea concreta fue mandarla a la mierda.

«¿Qué?». Me quedé con la mente en blanco.

—Esa relación vuestra no va a durar ni dos telediarios, y tú lo sabes. —Siseó—. ¿Qué millonario joven y atractivo va a querer vivir su vida con una mujer mayor con dos hijas adolescentes? ¿De verdad piensas que podríais vivir felices para siempre?

No estaba segura de qué le pasaba a esa mujer, pero estaba empezando a cabrearme, y me daba miedo lo que podía llegar a decirle.

—Ya he visto antes esto, Claire. —Entrecerró aquellos helados ojos azules mientras los clavaba en mí—. Una mujer divorciada, con hijos, que quiere empezar de nuevo y elige un hombre más joven. El centro de rehabilitación estaba lleno de ese tipo de mujeres. Las maduras piensan que se trata de algo emocionante y nuevo; que es una afortunada y que durará para siempre, pero no es así, en especial cuando se trata de alguien como Jonathan. Está acostumbrado a salir con *top models* y actrices más jóvenes que él, no con *cougars* sedientas de sangre fresca que le hacen creer que están enamoradas cuando solo quieren su dinero.

—Señora Statham, no sé qué...

—Y antes de que se te ocurra pensar en la forma en la que va terminar esta mal llamada relación, deja que te dé algunas pistas: no llegará a conocer a tus hijas, porque solo está contigo por el sexo. Y, si lo ha hecho ya, ha sido solo una charada para que pienses que le importan otros aspectos de tu vida, aunque no es cierto. Pero..., ¡oh...! ¿Qué me dices? —Frunció el ceño de forma sarcástica—. ¿No las ha conocido todavía?

Mi expresión de indiferencia comenzaba a resquebrajarse por culpa de la tristeza que me embargaba.

Sonrió.

—Ni siquiera se ha interesado por ello, ¿no? Pobre *cougar* Claire... En realidad no me sorprende en absoluto, pero debe de ser muy desalentador para ti. La verdad duele, ¿no crees?

—Señora Statham...

—La gente de nuestra edad no es necesario que se trate de usted, Claire. Deberías llamarme Denise. Por otra parte, en realidad no deberías estar aquí, así que...

—No creo que odiarme a mí vaya a conseguir que esté más próxima a Jonathan —dije con toda la firmeza que pude reunir.

—Tienes razón. Es necesario que se deshaga de ti.

Puse los ojos en blanco. Iba a hablarle a Jonathan sobre este encuentro tan esclarecedor en cuanto regresara.

Denise negó con la cabeza y se dio la vuelta, pero luego se detuvo.

—Por cierto, si se te ha ocurrido contarle algo de esto, si le repites lo que te he dicho, me aseguraré de que te arrepientas de ello.

—Ya me dirás cómo. —Mi carácter comenzaba a aparecer.

Se rio.

—No me subestimes, Claire. Te sorprendería saber qué clase de gente termina acudiendo a rehabilitación: jueces, celebridades y muchos periodistas; algunos siempre están buscando una historia nueva con la que recuperar su puesto de trabajo.

—No tienes nada contra mí.

—Yo no. Pero hay alguien en la junta directiva que sí. Debes de haberla cabreado a base de bien, porque lleva fraguando esto durante mucho tiempo. Recuerda: una noticia no es necesario que sea verdad, solo tiene que existir. Por tanto, piénsalo bien antes de abrir la boca. Mientras tanto, encuentra una forma rápida y limpia de cortar con mi hijo. Te quedan dos semanas. O actuaré. —Se puso las gafas de sol y salió de la habitación.

Me senté en la silla y estuve pensando durante un buen rato lo que podría tener ella contra mí. Nunca me habían arrestado, nunca había ido a rehabilitación, nunca había hecho nada de lo que me arrepintiera.

—Lamento la interrupción —dijo Jonathan al regresar a la habitación. Me hizo levantarme de la silla y sonrió—. ¿Qué estábamos diciendo...?

—Hablábamos de la cena —murmuré. No pensaba ir con él. Necesitaba tiempo para pensar sobre lo que su madre me había dicho y asegurarme de que no sabía nada con lo que pudiera hacerme daño. Así que se me ocurrió utilizar a mis hijas de excusa; era algo que colaba siempre.

—Cierto. Hay un italiano nuevo en Fisherman's Wharf y me gustaría...

—Vamos a tener que posponerlo. Les he prometido a las niñas que haría pasta esta noche. Quizá podríamos...

—Me encanta la pasta.

—Ah... Mañana te traeré las sobras. ¿Te gusta con parmesano?

—¿No puedo ir a cenar a tu casa?

—Mmm...

—¿Mmm...? —Me miró con los ojos entrecerrados—. ¿Qué clase de respuesta es esa?

—¿Quieres conocer a mis hijas?

—¿Saben que existo?

Asentí con la cabeza.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Ninguno... —Decidí que su madre podía irse al infierno—. Cenamos a las siete.

CUMPLEAÑOS DE JONATHAN...

Miré a Jonathan a los ojos mientras él me contemplaba. Estábamos sentados en una mesa en el Sierra Mar, compartiendo ese silencio tan especial en el que nos hablábamos sin decir palabra. Aunque Hayley estaba sentada con nosotros, me daba la impresión de que éramos las únicas personas presentes en la habitación.

—¿Has vivido siempre en San Francisco? —Oí que me preguntaba—. ¿Tus hijas vendrán esta noche? ¿Cómo has logrado guardar la cena en secreto para mi hermano durante tanto tiempo?

Pero yo solo podía responder de forma escueta.

—No siempre. No esta noche. Mmm...

No podía concentrarme más que en el atractivo hombre que había sentado a mi lado. Todavía estaba encantado por el momento «trayecto largo» que habíamos tenido antes de la cena, y ambos deseábamos que no hubiera terminado.

—Perdone. —Una camarera me tocó el hombro, arrancándome de mi ensimismamiento. Puso un *cupcake* en el centro de la mesa y encendió la vela, que emitió chispas estrelladas de la llama.

—Feliz cumpleaños, Jonathan. —Sonreí.

—¿Vas a apagar las velas o vas a esperar a que se queme la tarta? —Hayley le dio un codazo—. ¿Hola? ¿Dónde estás?

—¿Qué? —Apartó los ojos de mí y miró el *cupcake* de tres pisos que me habían puesto delante. Apagó las velas y volvió a observarme—. No sabía que aquí servían *cupcakes*.

—Y no lo hacen. Pero cuando les dices que tu cita es Jonathan Statham, se desviven por complacerte.

—¿En serio? —dijo sonriente.

Sentí que me vibraba el móvil en el regazo y miré la pantalla: Ashley.

—¿Me perdonas un momento? —Miré a uno y luego al otro—. Tengo que atender la llamada.

—Claro. —Jonathan me ayudó a levantarme y me besó en la mejilla antes de ir al cuarto de baño.

—¿Qué deseas, Ashley? —Cerré la puerta—. ¿Ha pasado algo?

—A Caroline le toca el coche esta noche. Va a estar por ahí con el grupo de animadoras...

—¿Y?

—Quiero tomar pizza.

—Las entregan a domicilio.

—¡Con mis amigos! Por favor, ¿no puedo usar tu coche esta noche? Te prometo que no lo estropearé ni nada...

—No, Ashley. Ya hemos hablado de esto un montón de veces. Tenéis que aprender a compartir vuestro coche. El mío no podéis usarlo, ¿vale?

—Agg... —Y me colgó.

Sonó de nuevo el móvil y supe que era Ashley. Siempre que me colgaba me volvía a llamar para pedirme perdón y rogarme que le dejara mi coche.

—Ashley, acepto tus disculpas. —Pegué el móvil a la oreja—. La respuesta sigue siendo no. Y, en el caso de que te lo preguntes, le he entregado a Jonathan la tarjeta que me entregasteis Caroline y...

—Oh, es verdad... —La voz gangosa de Denise hizo que me interrumpiera—. Tienes hijas...

—¿Qué pasa, señora Statham?

—Ya te he dicho que no es necesario andarnos con esos trámites. ¿Existe alguna razón para que no me hayas invitado a mí a la cena de cumpleaños de mi hijo?

«Porque eres una bruja...».

—No, pero no parece que nadie te eche de menos.

—Quiero hablar con él.

—Pues llámalo. —Y colgué.

El móvil volvió a sonar, y vi su número en la pantalla. Sabía que no debía responder, que era mejor que su llamada fuera al buzón de voz como los últimos días, pero no pude reprimirme.

—¿Qué? —contesté.

—Es de muy mala educación colgarle a la madre de tu novio. Con tu edad deberías saberlo. ¿Acaso no recibiste ayer mi paquete? No me has dado las gracias.

No respondí. Me mordí la lengua para no decirle las palabras más sucias que sabía.

Había recibido su «paquete» ayer por la tarde en casa. Era una caja roja con un lazo de seda con corazones bordados, que tenía mi nombre escrito en los cuatro lados con una letra muy recargada.

Me había sentado en el sofá, sonriendo por lo que había tomado por otro detalle de Jonathan. Pero en cuanto lo abrí, me di cuenta de que no podía estar

más equivocada.

Dentro había un papel: allí venía anotada la cita que había cancelado con el doctor Tate Robinson cuatro años atrás. Era un médico especializado en rejuvenecimiento vaginal, y en aquel momento había pensado que era lo que necesitaba para sentirme joven de nuevo, pero había llamado para cancelarla cuando empecé a ir a terapia en la clínica de Sandra.

Debajo de ese papel, había más documentos, más visitas a las que no había acudido de varios especialistas en bótox, en *lifting* facial y tonificación de la piel. Era algo que había pensado que necesitaba cuando me había mudado a San Francisco para empezar de nuevo, cuando mi autoestima estaba en un punto muy bajo.

—Sin duda elegiste de forma adecuada cuando cancelaste esas citas. —Se rio—. No necesitas nada de eso; al menos *ahora* no lo necesitas. Quizá dentro de unos años las cosas cambien... Bueno, será una historia diferente, y conozco a un especialista que puedo recomendarte. Hace de todo. Incluso ha patentado un proceso para que tardes diez años más en tener canas. ¿No te gustaría que...?

—Lo que me gustaría, Denise, es que dejaras de decir esas estupideces. No te funcionarán.

—¿No? Entonces ¿debo concentrarme en tu pasado? ¿Debo mencionar a tu hermana gemela, Caroline? Estaría viva si no hubieras sido tan estúpida como estás siéndolo ahora.

—¿Qué has dicho? —Me comenzó a hervir la sangre.

—Jamás vacilo, Claire. Tu familia fue muy lista al ocultar el hecho de que tú cambiaste el vuelo en el último segundo. No puedo ni imaginar qué clase de historia lacrimógena habrían publicado los medios de comunicación. Casi lo paso por alto. Es como si la aerolínea hubiera enterrado todo sobre ese accidente. Supongo que es una ventaja que en 1991 los periódicos todavía no fueran digitales. Dificulta que se averigüen ciertas cosas... Aunque, por supuesto, el investigador privado ha dado con todo y me lo ha pasado.

«¿Esta loca está investigándome?».

—Señora Statham, le voy a decir esto lo más educadamente que puedo: ¡Déjeme en paz! No he hecho nada malo...

—No pararé hasta que tú te detengas también, hasta que te des cuenta de que lo que estás haciendo no está bien, aprovechándote de alguien más joven que tú para volver atrás en el tiempo. ¿Cuántos años tenías cuando te casaste? ¿Veintiuno? ¿Al terminar la universidad? Y, por desgracia, tu matrimonio fracasó.

Así que ahora quieres absorber la juventud de otra persona sabiendo muy bien que no vas a seguir a su lado a largo plazo, que en cuanto aparezca alguien de tu edad, alguien que te parezca más seguro, dejarás plantado a mi hijo, después de haberle hecho perder el tiempo y el dinero. ¿Crees que es justo eso?

—No vuelvas a llamarme. No pienso tolerar que...

—¿Cómo te sentirías si tus hijas de dieciséis años empezaran a salir con un tipo once años mayor que ellas? ¿Te quedarías tan pancha? ¿Les permitirías continuar con esa relación a pesar de que podría considerarse que es con un pedófilo? ¿O encontrarías la manera de separarlas de ese hombre como estoy haciendo yo?

—No es lo mismo, y te agradecería que...

—¡¿Cómo?! ¡Sí que lo es! —Resopló—. Dime una cosa: ¿usas todos los días esa crema antiarrugas que pides por correo? Se llama Age-Away, ¿verdad? ¿Te va bien?

Colgué y apagué el teléfono.

Me senté encima de la tapa del inodoro y respiré hondo varias veces. No le había contado a Jonathan lo de mi hermana Caroline, ni siquiera se me había ocurrido, pero haber oído su nombre en labios de Denise me había revuelto el estómago.

Sabía que no debía mencionar a Jonathan esta conversación el día de su cumpleaños, pero cuando llegara el momento adecuado hablaría con él. Independientemente de que aquella mujer estuviera acosándome, era evidente lo que había detrás de todo eso; las sesiones de terapia no estaban dando los frutos que debían, y él debía saberlo.

Respiré hondo y solté el aire, y luego me levanté con idea de mirarme en el espejo. Me obligué a sonreír y a repetir mi mantra mentalmente.

«No aparentas tu edad... No aparentas tu edad...».

Cuando salí del cuarto de baño, Jonathan venía hacia mí, mirándome como si supiera que algo iba mal.

Al clavar los ojos en la mesa, me di cuenta de que su hermana no estaba allí.

—¿Y Hayley? —pregunté.

—Al parecer, estaba cansada de ver que nos comíamos con los ojos. ¿Ha pasado algo?

—Nada grave... —«Es su cumpleaños... Miente, Claire, miente»—. Es que Ashley y Caroline me están volviendo loca otra vez con la historia del coche... Me han hecho tres llamadas para preguntarme si les dejaba el mío.

—¿Te has negado?

—Claro. Tienen que seguir unidas y compartir lo que tienen.

—Vale. ¿Nos vamos?

—Después de que abras los regalos. En cuanto lo hagas...

—Prefiero abrirlos en casa. —Le hizo una seña al camarero para indicarle que nos íbamos y recogimos sus regalos—. ¿Estás segura de que estás bien?

Asentí y puse mi mano en la suya mientras nos dirigíamos al coche. Cuando entré, vi a Hayley en uno de los asientos.

—¡Pensaba que te habías marchado! —Me incliné para abrazarla—. Jonathan me ha dicho que te habíamos ahuyentado.

—¿Sin despedirme? No soy tan maleducada. —Se rio—. Solo deseaba dejaros unos minutos a solas. Las miradas de enamorados lánguidos que os lanzáis son vomitivas. ¿Podríais conteneros hasta que Greg me lleve al aeropuerto? No quiero devolver.

Me sonrojé.

—Lo siento.

—No pasa nada. Lo he pasado muy bien, pero no me invitéis a otra cena a menos que venga alguien con quien hablar.

—La próxima vez llamaré a mamá. —Jonathan entró y cerró la puerta.

—Por favor, no lo hagas —gruñó Hayley—; me gustaría disfrutar de la cena.

Jonathan me besó la mejilla y me sentó en su regazo.

—Creo que está loca de verdad... Necesita ayuda profesional; durante las últimas sesiones de terapia he visto un lado muy diferente de ella. Es como si algo la estuviera carcomiendo por dentro.

«Si tú supieras...».

CUATRO SEMANAS ANTES...

Leí el último correo de Denise y puse los ojos en blanco.

Había creado otra cuenta falsa para enviarme noticias sobre *cougars*. En esta ocasión se trataba de un artículo reciente sobre una pareja de Hollywood que estaba pasando por un divorcio tumultuoso: la actriz tenía cincuenta y el actor, treinta y cinco. Todos los medios aseguraban que no duraría, que era una relación destinada al fracaso; era lo que se conseguía por salir con un hombre más joven.

En el asunto, Denise había puesto:

«Si ella, que es rica, famosa y guapa, no ha podido hacer que funcione, ¿por qué piensas que tú sí lo harás?».

—Rita, ¿podrías bloquear otra dirección de correo? —pregunté a mi secretaria —. Te la envío ahora mismo.

—Sí, claro. Ah..., y ha recibido un envío. ¿Quiere que se lo lleve?

—¿Una caja?

—No, vino y dos ramos más de su admirador secreto. —Se rio—. ¿Sabe si tiene amigos?

En cuanto corté la comunicación, entró con una botella de vino y dos jarrones con rosas. El vino era uno de mis favoritos, un Merlot incunable de más de treinta años. Y, como siempre, mi nombre estaba grabado en los jarrones de las flores junto a las palabras «para alguien muy especial».

Cogí el pequeño sobre blanco de entre los tallos y lo abrí.

«Claire:

Tengo ganas de pasar tiempo contigo, con Ashley y con Caroline esta tarde. No te olvides de decirles que hay piscina a bordo.

Jonathan.

P. D. 1: Ven por mi despacho después de la última reunión.

P. D. 2: No traigas las bragas puestas».

Me reí y abrí el otro sobre, el de la botella de vino.

«Claire:

El vino es una de las pocas cosas que envejecen bien con el tiempo. Algunos incluso argumentan que cuando más años cumplen, mejor saben. Algunos de los mejores pueden durar décadas si se guardan de la forma adecuada y se guardan en un lugar frío y oscuro. Sin embargo, ni siquiera los mejores vinos añejos duran más de un día una vez que se descorchan y se exponen al aire. Eso es su kriptonita, lo que hace que te des cuenta de su verdadera edad.

Este Merlot fue embotellado el año que tú naciste, hace cuarenta años.

Abrí ayer la botella, así que no le queda mucho tiempo...

¡Disfrútalo!».

Por supuesto, no la había firmado.

Rompí la tarjeta en pedazos y los tiré a la basura. Ahora lamentaba con todas mis fuerzas haber alentado a Jonathan para que le diera a su madre una segunda oportunidad: era evidente que estaba reconduciendo su adicción a la droga, y la había convertido en una enfermiza obsesión por hacerme daño. Y, si era sincera, cada vez lo conseguía más.

No me importaba cuántas veces me dijera Jonathan que era preciosa, ni cuántas

veces me hiciera el amor y me asegurara que le parecía perfecta. Un mezquino y desagradable mensaje en el buzón de voz o en el correo electrónico de parte de Denise hacía resurgir mis inseguridades.

DOS SEMANAS ANTES...

Las olas golpeaban contra las ventanas del camarote, y el yate se balanceaba lentamente de un lado a otro.

Jonathan me había hecho el amor por segunda vez esa mañana, y yo trataba de volver a la realidad, intentando enviar al fondo de mi mente aquellas escenas de sexo increíble, y decirle que a su madre se le iban las payasadas de las manos.

—¿En qué estás pensando ahora? —Me estrechó entre sus brazos mientras estábamos cara a cara.

—En nada...

Me trazó el contorno de los labios con la punta de los dedos y sonrió.

—Tus ojos te delatan. Sé cuándo estás mintiéndome.

—Puedo hablar contigo sobre cualquier cosa, ¿verdad?

—Claro que puedes. —Me besó—. No quiero que haya límites entre nosotros.

«¿Cómo puedo decirte: “Tu madre es una bruja y quiero que la mantengas alejada de mí”? ¿Lo tomará en serio? ¿Qué puedo...?».

—¿Esa pregunta no daba pie a otra? —Jonathan arqueó una ceja.

—En realidad no..., solo quería saberlo. —Hice desaparecer el espacio entre nosotros y hundí los dedos en su pelo espeso, sonriendo. Por la expresión de sus ojos, supe que no se creía mi excusa—. Solo quería saberlo, en serio... —Pero él sabía que pasaba algo.

Suspiré.

«Claire, es ahora o nunca. Díselo. Uno... Dos... Tr...».

—Mmm..., ¿te apetecería venir a cenar conmigo y con mi madre el próximo fin de semana? —preguntó.

«¿Qué?».

—¿Ahora os lleváis bien? —Traté de controlar la sorpresa.

—No lo sé... Es algo que salió en la última sesión de terapia, así que no quiere decir que ahora seamos íntimos ni nada...

—¿No estás seguro de poder ir a cenar con ella sin discutir?

«Por favor, no me pidas esto...».

—Me sentiría más cómodo si vinieras. —Me miró a los ojos, y sus pupilas

gritaban «Por favor, ven» antes de que me besara de nuevo—. Nada más.
—Vale. Iré.

EL VIERNES PASADO...

Mientras borraba otro largo mensaje de texto de Denise, me juré que cambiaría de número. Me había estado enviando mierda todo el día: fotos antiguas de Jonathan cuando salía con *top models*, fotos trucadas en las que aparecía yo con el pelo gris sentada en una silla de ruedas que empujaba su hijo y enlaces a artículos sobre cómo enfrentarse a las crisis de mediana edad.

Lo último que quería esta noche era sentarme en una mesa con ella y fingir que no habíamos estado hablando durante las últimas semanas. De hecho, no pensaba fingir; pensaba permitir que Jonathan la viera justo como era.

Apagué el ordenador y empecé a recogerlo todo, deseando poder hacer que volaran las próximas dos semanas. Había estado pensando que quizá Jonathan y yo debíamos tomarnos un descanso: si íbamos a poner fin a nuestra relación, mejor ahora que dentro de unos meses.

—¿Señorita Gracen? —me llamó Rita por el intercomunicador—. Ha llegado la cita de las cuatro. ¿Le digo que pase? El señor Barnes necesita que le eche una mano arriba con los del equipo.

«No tengo ninguna cita a las cuatro...».

—Te había dicho que iría temprano a casa hoy. ¿No te acuerdas? No tengo...

Denise entró en mi despacho y cerró la puerta. Se sentó ante el escritorio y sonrió mientras deslizaba hacia mí una caja amarilla.

No dije ni una palabra; seguí guardando mis cosas. Ella podía quedarse allí sentada todo el día si era su deseo. Incluso se me ocurrió salir corriendo del despacho y dejarla encerrada en su interior durante toda la noche.

—¿No me vas a saludar? —preguntó—. ¿Ni un hola?

«Los archivos del equipo Beta en la carpeta roja... Las notas para el señor Barnes en la carpeta amarilla... Tengo que volver a organizar las notas del jueves pasado para el departamento artístico... ¿Dónde están...?».

—¿Claire? —Se aclaró la garganta—. Quiero que sepas que nada de lo que te he dicho durante las últimas semanas es personal. Solo trato de ser la mejor madre posible.

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees? Jonathan te necesitaba a los nueve años, no a los veintinueve.

Puso los ojos en blanco.

—No soy el monstruo que quiere dar a entender. Y no sabes nada de lo que yo estaba pasando cuando él tenía nueve años... Salvo que en ese momento tú tenías veinte.

—Como no salgas de mi despacho, llamo a seguridad.

—Hoy estás muy susceptible, ¿verdad?

Cogí el teléfono y marqué el siete...

Se levantó y retrocedió hacia la puerta.

—Quería entregarte ese detalle. Puedes considerarlo como un regalo previo a la cena. Estoy deseando verte esta noche... Será divertido. —Me lanzó una sonrisa maligna, que hizo que tuviera que contenerme con todas mis fuerzas para no saltar por encima del escritorio y tirarla al suelo.

Cerró la puerta de golpe y me senté en la silla. Ni siquiera me molesté en abrir la caja. La tiré a la basura y marqué el 9 para llamar a seguridad.

No me podía creer que en realidad hubiera llamado a Jonathan para cancelar la cena de esta noche y que al final le hubiera dicho que necesitaban seguir tratando de resolver las cosas, que yo estaría apoyándolo todo el tiempo.

«¿En qué demonios estaba pensando?».

—¿Claire? —Jonathan había irrumpido en el despacho con dos guardias de seguridad—. ¿Qué ha ocurrido?

—¿Eh?

—Has llamado a seguridad...

—Ah, ya... —Observé a los guardias mientras recorrían mi despacho, abriendo y cerrando puertas y archivos—. Ha sido un error... Lo siento. Luego he marcado el nueve para cancelarlo.

—Muchas gracias, señores. Falsa alarma. —Esperó a que salieran de la estancia—. Estás muy pálida. ¿Seguro que te encuentras bien?

«No...».

—Sí, estoy bien. ¿Estás controlando las llamadas que hago?

—Recibo notificación de todas las llamadas de emergencia, mensajes de texto de mis empleados y llamadas telefónicas, pero solo si son tuyas.

—Oh... —Me recliné en la silla—. ¿Te has cruzado con alguno de mis compañeros de trabajo? ¿Te han visto subir?

—No. —Hizo una mueca y se acercó—. ¿Qué me estás ocultando?

—No sé de qué hablas.

Encerró mi cara entre sus manos.

—Has estado muy nerviosa últimamente...

«Tu madre me está acosando. ¡Díselo! ¡Díselo ya!».

—Me abruma tener tanto trabajo. Eso es todo.

—Mmm... Estoy seguro de que puedo solucionarlo. ¿Quieres que cancelemos la cena de esta noche? No es necesario que vayamos.

—Pero la psicóloga ha dicho que...

—Mi madre sigue actuando como si no recordara nada de lo que hizo cuando éramos pequeños... Ha venido para una sesión a solas y ya se ha marchado. No creo que nuestra relación sea solución.

Suspiré. Se me ocurrió decirle que no, que no había arreglo posible, que yo también la odiaba y que debíamos cancelar la cena con ella, contarle todo. Pero fue mi instinto maternal lo que ganó la batalla. Podían reparar su relación, necesitaban intentarlo.

—Dale tiempo. No canceles nada... Es posible que tenga una forma extraña de demostrarlo, pero creo que está dispuesta a hacer lo necesario para ser un pilar en tu vida.

—¿En qué te basas?

«En lo que me está haciendo...».

—Créeme. No anules la reserva para la cena... Allí estaré.

EL VIERNES PASADO POR LA NOCHE...

Me quedé ante el amplio ventanal del restaurante con vistas al mar y contemplé cómo las olas golpeaban las rocas de la bahía una y otra vez. Temía tanto lo que podía ocurrir en esta cena que me sentía tentada de correr a la playa y sumergirme en el mar.

Cuando Jonathan me había dejado en casa unas horas antes, me había encontrado otro regalito de Denise. Lo había lanzado a la papelera sin abrirlo, pero no había encestado y el contenido de la caja se desparramó por el suelo: eran fotos, y no antiguas. Se trataba de imágenes recientes de Ryan y Amanda disfrutando de su increíble vida juntos, recorriendo la orilla del río con sus dos hijos pequeños, besándose mientras paseaban por el parque de la mano, sin hablar. En una estaban sentados en una roca que siempre había sido nuestro lugar favorito del parque. En otra, recorrían una de las calles adoquinadas de Disneyland, con Ashley y Caroline no demasiado lejos de ellos.

«¿Cómo ha conseguido esto?».

Solté las fotos y me estremecí. Me sentía cabreada y herida a la vez. Me dije que no iba a llorar, que no pensaba leer las anotaciones que aquella chiflada había hecho en la parte de atrás de cada foto, pero me desplomé en el suelo y las leí todas.

Me recreé en cada palabra mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas.

«Catorce años a la mierda...».

«¿Crees que Ashley y Caroline respetarán a un padrastro que tiene solo trece años más que ellas?».

«¿Piensas que él nunca querrá tener hijos propios? ¿En serio? Ryan los ha querido. Y Jonathan también lo hará... Quizá sea cuando tenga algunos años más, pero así será. Y lo sabes».

«Amanda y Ryan están envejeciendo juntos. Ella tiene canas y él también. ¿Vas a ser capaz de teñirte el pelo todas las semanas? ¿Fingir que tienes menos años no consume demasiado tiempo?».

«Solo trato de ayudarte... Puedo concertarte una cita con alguien más adecuado sin problema...».

Comenzó a vibrar el móvil, y me centré en el presente. Se trataba de un mensaje de Jonathan.

«Ya estoy en camino. Me muero de ganas de que termine la cena :-))».

Sonreí, pero al instante vi otro mensaje de Denise.

«Sé que no tienes ninguna razón para creerme en este momento, pero lamento mucho la forma en la que te he tratado durante las últimas semanas... Jonathan y yo vamos camino del restaurante ahora y... no, no me había dado cuenta de cuánto significas para él. Pensaba que solo eras una cougar detrás de su dinero, lamento haberlo pensado, y haberte insultado así. ¿Podemos ser civilizadas la una con la otra durante la cena de esta noche? Lo siento mucho».

No respondí. Era demasiado tarde para disculpas. Muy tarde.

El móvil me vibró de nuevo, y vi otro mensaje de ella.

«Sé que no me debes nada y que tienes todo el derecho del mundo a estar enfadada, pero ¿podemos cenar con tranquilidad? No me volverá a hablar si le dices lo que está pasando o montas una escena... Haré lo que sea necesario para reparar lo que he hecho. Olvida todo lo que he dicho... ¿Podemos empezar de nuevo? Creo que podríamos llegar a ser amigas si lo intentamos».

No había respondido.

Seguí mirando cómo las olas se atropellaban unas a otras, tratando de prepararme para la horrible cena que me esperaba.

Cuando Jonathan llegó finalmente con su madre, había tenido tiempo de sobra para pensarlo todo, para decidir que una relación entre nosotros era imposible... Sin embargo, había decidido pasar la cena sin incidentes. Sería amable con Denise y me aseguraría de que Jonathan no supiera nada por mí, aunque después de esta noche habría terminado con él.

15 DE AGOSTO

Querido diario:

Hay dos maneras de escribir un preaviso de dos semanas.

Si quieres la forma tradicional, rancia, barata y terriblemente pelotera, que incluye una fiesta de despedida y todo, es necesario incluir las siguientes líneas en la carta:

«He aprendido mucho mientras trabajaba en esta empresa, y espero aplicar estos conocimientos en mi nuevo puesto. Gracias por haberme permitido pertenecer a su equipo durante estos años; espero que mi contribución haya sido tan significativa para ustedes como para mí».

Si te importa una mierda la empresa que dejas atrás y pensar en irte de copas con tus compañeros hace que quieras saltar por la ventana, solo necesitas resumir tu parecer en dos cortas frases:

«A partir de [insertar fecha] ya no seguiré trabajando para ustedes. Esta notificación tendrá efecto inmediato».

La semana pasada recibí una propuesta de Signature Advertising, la agencia de publicidad más importante de la Costa Oeste. Habían archivado mi currículo cuatro años antes, ya que pensaban que mis pretensiones económicas eran demasiado altas. Pero ahora estaban dispuestos a «gastar lo que fuera necesario» por disponer de mis servicios, así que me habían ofrecido el trabajo por teléfono, sin que fuera necesaria siquiera una entrevista.

Me había sentido muy emocionada por la propuesta, pero les había dicho que necesitaba cuarenta y ocho horas para pensármelo.

Lo cierto era que mi intención era rechazarla. Decirles que me gustaba el trabajo que realizaba en Statham Industries y que tendría su oferta en mente para el futuro. Sin embargo, justo antes de que pudiera hacer esa llamada, uno de mis

subordinados puso la primera idea sobre el sPhone Rojo sobre mi mesa:

*«PRIMERO FUE AZUL, COMO EL CIELO...
AHORA ESTÁ LLENO DE AMOR IMPERECEDERO...
PRÓXIMAMENTE TENDREMOS EL SPHONE ROJO».*

Se acabó. No puedo más con esta mierda.

Claire.

26

CLAIRE

UN MES DESPUÉS...

Me sequé los ojos con las mangas y lancé otro montón de pañuelos de papel usados a la papelera. Estaba sentada en mi amplio despacho de Signature Advertising —que ocupaba una esquina del edificio—, aburrida como un hongo.

Como directora regional, mi única misión era asegurarme de que los directores de departamento llevaban a cabo su cometido correctamente y organizar una reunión semanal con algunos de los subordinados. Había pensado que al menos me lo pasaría bien en esas juntas, pero aquí la gente era muy diferente de Statham Industries: sabían lo que estaban haciendo.

Sus ideas eran increíbles, a pesar de sus años. Podían tener listo el guion de un anuncio en cuestión de minutos, algo que a mis antiguos subordinados les llevaba horas. Casi nunca me pedían ayuda, y cuando llamaban a mi puerta era para mostrarme otra idea notable.

De hecho, eran tan perfectos que me había pasado toda la semana en el despacho con la puerta cerrada, viendo películas.

«Tanto desear más responsabilidades, pues toma...».

Como tenía mucho tiempo libre, solo podía pensar en Jonathan, y no podía evitar llorar. Lo echaba de menos, con toda mi alma.

Cada vez que me sonaba el teléfono, cada vez que oía el timbre, cada vez que llamaban a la puerta esperaba que fuera él, pidiéndome que volviera, diciéndome que no iba a permitir que saliera de su vida tan fácilmente.

Incluso me había despertado por la mañana buscándolo, pues había soñado que habíamos dormido juntos.

«Ha sido lo mejor, Claire... Has hecho lo mejor...».

—¿Señorita Gracen? —llamó mi secretaria.

—¿Sí?

—Ha venido alguien que exige verla. Ya he dicho que no le quedan huecos libres en todo el día, pero...

«¿Sería Jonathan...?».

—Deja que pase. —Me sequé los ojos de nuevo y me levanté para alisarme el

vestido. Me preparé para lo que iba a decir; en cuanto atravesara la puerta, empezaría por lo mucho que lo sentía todo, que no había querido decir nada de lo que solté y que... podríamos retomar las cosas donde las dejamos.

La puerta se abrió y entraron Sandra y Helen.

«Ohh...».

—¡Bueno, nosotras también nos alegramos de verte! —Helen se echó a reír—. ¿Podrías intentar no parecer tan decepcionada al ver a tus dos mejores amigas?

—Lo siento, no era mi intención. —Suspiré—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Hemos preferido no bombardearte durante los primeros días. Parece que has estado llorando.

—No, no es eso... Solo es una...

—¿Alergia? —Sandra puso los ojos en blanco—. Por favor... ¿Lo has llamado ya?

Negué con la cabeza, y las dos intercambiaron una mirada.

—¿Sabes? No es que sea una gran admiradora de las relaciones monógamas —dijo Helen al tiempo que se sentaba en el borde del escritorio—, pero, dejando eso a un lado, creo que deberías llamarlo y contarle el acoso al que te estaba sometiendo su madre... Creo sinceramente que estáis hechos el uno para el otro, y pasando de la diferencia de edad. Jamás había visto unas chispas tan intensas como las que emitíais vosotros dos, y eso es mucho decir viniendo de mí. Es decir, se podía sentir vuestra química cuando estabais en la misma habitación, así que debes arreglar eso lo antes posible. Oh, y por cierto, ¿cómo se llama el tipo que está sentado en la recepción?

—¿Ashton?

—Pelo castaño oscuro y ojos verdes.

—Exactamente. —Asentí con la cabeza.

—¿Está soltero?

—Tiene diecinueve años.

—Entonces es legal. —Se apartó del escritorio y fue hacia la puerta—. Vuelvo enseguida.

Sandra negó con la cabeza.

—¿Por qué seguimos aguantándola? —Se acercó a mí y me dio unas palmaditas en la espalda—. Sin embargo, estoy de acuerdo con ella en todo lo que ha dicho sobre Jonathan y tú... Nunca te había visto tan feliz hasta que empezaste a salir con él. Tienes que hablarle de su madre.

—¿Y de qué serviría? Es posible que se equivocara al manejar la situación,

pero el mensaje era el correcto. Nuestra relación no funcionaría. Soy demasiado mayor para él, y lo supe desde el principio.

—Vale, mira, piensa que...

—Ella adivinó qué decirme exactamente para hacerme daño... Sabía que lanzarme mi edad a la cara me destrozaría. Sabía que eso haría que lo dejara.

—No deberías haberlo permitido... Tenías que habérselo dicho a Jonathan en cuanto empezó.

—Es que... —Suspiró—. Él afirma que no le importa su madre. Que a veces la ve como una carga, pero no es cierto... Jonathan está deseando tener una buena relación con ella. Lleva queriéndolo toda su vida. Por eso le paga siempre las estancias en las clínicas de rehabilitación. Por eso espera que por fin lo haga bien..., y creo que esta vez Denise lo ha conseguido. No quería interponerme en su camino, no habría sido justo para él... Me sigo diciendo a mí misma que he hecho lo más correcto, que me he librado de sufrir angustias mucho mayores, pero... —Las lágrimas resbalaron por mi cara.

—¿Le has dicho que lo amas?

Negué con la cabeza.

—¿Por qué iba a hacerlo? Me gustaba mucho, pero no lo amaba.

—Claire... —Hizo un mohín al tiempo que me miraba como diciéndome que a otro lobo con ese cuento.

—Quería... Iba a decírselo, pero... —Me levanté y cerré los ojos—. Sabía que rompería con él al día siguiente, así que no lo hice.

—Todo se solucionará... Deja de llorar...

—¡Buenas noticias! —dijo Helen entrando de nuevo en el despacho—. Parece que Ashton podría ser el tipo que rompiera mi racha de pollas decepcionantes. Definitivamente está bien dotado. Además, me ha dado cinco paquetes de pañuelos de papel... —Me los lanzó—. Venga, vamos a almorzar. Será el primer paso para volver a la normalidad.

Anduve hasta la orilla del mar en Ocean Beach; estaba tan cerca que podía ver la casa de la playa de Jonathan en la distancia. Se me ocurrió que podía correr hacia allí y ponerme a golpear la puerta, pero me detuve.

Había hecho esto mismo cada fin de semana desde que nos separamos: ir a la playa desierta, tumbarme en la arena y pensar en todas las cosas que habíamos realizado juntos.

Cogí el bolso y saqué la cajita que me había dado el día que terminamos. La llevaba siempre encima, pero no había llegado a abrirla, porque no quería que nada me recordara lo tonta que había sido al romper con él.

Incapaz de reprimir la curiosidad por más tiempo, me senté en la arena y retiré la tapa. Dentro había un hermoso collar de oro con un solo colgante en forma de ancla. Además, había otra gargantilla, plateada y con colgantes de brillantes que formaban unas banderas blancas y rojas que, al unir las, formaban las palabras «Claire y Caroline» en la parte de atrás, un yate de plata, un ancla con las palabras «Tuyo, siempre», una botella de vino con nuestras iniciales en la etiqueta y luego una M y una A entrelazadas. La A era más llamativa que la M y estaba cubierta por brillantes.

¿M y A? ¿Qué significaba?

No podía pensar en nada que respondiera a esas iniciales, ninguna conversación...

«¿Mi amor? ¿Mi amante? Sí, seguramente...».

—Señorita Gracen, ¿va todo bien? ¿No le gusta mi idea?

—¿Qué? —Volví a la realidad—. No, Tiffany... Tu idea es perfecta. —«Como de costumbre».

—¡Bueno, gracias! Eso significa mucho viniendo de usted. Gracias por habernos citado en la cafetería; al antiguo director nunca se le ocurrió algo así.

Sonreí.

—El gusto es mío, disfruta del resto del día. —Le estreché la mano y la miré mientras salía.

Había pasado toda la mañana reuniéndome con mis subordinados en el Starbucks. Les había dicho que tenían que mostrarme sus ideas, hacer una breve exposición y, cuando estuviéramos de acuerdo en todo, podrían tener el resto del día libre.

¿Tiffany era la última de hoy? ¿Cuántos habían sido? ¿Quince? Dios, estaba perdiendo la cuenta...

Estaba tratando de hacer todo lo posible para romper con la rutina, para empezar a superar lo de Jonathan y todo lo que me recordara a Statham Industries. Había organizado reuniones de personal en cafeterías y había cambiado la rutina de mis entrenamientos; incluso iba a una playa diferente cuando quería relajarme.

Había llegado al extremo de pedirles a Helen y a Sandra que me apuntaran a fiestas para solteros durante los fines de semana para no quedarme en casa enfurruñada. Pero por muy amables que fueran algunos hombres, ninguno podía compararse con Jonathan. Ninguno.

Me levanté para pedir otra taza de café, aunque me detuve al ver la portada del *Wall Street Journal*. El título era «DEMASIADO BUENO PARA IGNORARLO», y debajo había una foto de Jonathan, sonriente, con un esmoquin a medida, de pie en el escenario, hablando para sus empleados en el baile de la celebración de la salida a bolsa.

«No lo cojas. No lo leas. Tienes que superarlo... Tienes que superarlo...».

Pedí un café *latte* y volví a sentarme. Lo que más deseaba en ese momento era enviarle un mensaje de texto para felicitarlo o preguntarle qué sentía. Pero no sabía si me respondería. Y si lo hiciera, acabaría olvidándome de todo y escribiéndole «Te echo de menos».

Abrí la carpeta y empecé a mirar las propuestas mientras anotaba comentarios aquí o allí. A veces negaba con la cabeza ante lo perfecto que era su trabajo.

—¿Esta silla está ocupada? —preguntó una voz profunda.

Pasé una página y no me molesté en levantar la cabeza para mirar.

—No. Puedes cogerla.

—No pensaba cogerla. Quería saber si podía sentarme a tu lado.

Levanté la cabeza y abrí mucho los ojos en cuanto vi la cara del hombre.

«Dios...».

Aquel tipo era la perfección hecha carne. Hasta el último detalle. Profundos ojos castaños, espeso pelo oscuro, piel bronceada que se adivinaba por debajo de la camisa con el cuello desabrochado... Me hizo olvidarme de mi trabajo.

Calculé cuántos años podía tener; parecía joven, pero no tanto como Jonathan. De hecho, parecía más bien de mi edad o quizá... Se humedeció los labios, y dejé de pensar.

—Entonces... —Se apartó unos mechones oscuros de la frente—. ¿Puedo sentarme contigo?

Asentí moviendo la cabeza.

—Gracias. —Se sentó, sonriente, y miró mi cuaderno—. ¿Trabajas en Signature?

Volví a decir que sí.

—Mi compañía utilizó sus servicios para una campaña el año pasado. Hacen un buen trabajo.

Me aclaré la garganta.

—¿Para qué empresa trabajas?

—Para Apple, en el diseño de iPhones, pero no trabajo para la empresa. Todos trabajan para mí. —Le brillaron los ojos.

—¿Eres Damien Edwards?

—Sí, y tú eres impresionante.

Me sonrojé.

—Gracias...

—¿Cómo te llamas?

—Claire. Claire Gracen.

—Bonito nombre... —Volvió a sonreír—. ¿Interrumpo algo importante?

Cerré la carpeta.

—En absoluto.

JONATHAN

Mi vida se estaba desmoronando, y no podía evitarlo. Primero, Claire rompía conmigo, de repente, y me rogaba que la dejara en paz, lo que me había obligado a irme de vacaciones en Los Cabos para no correr detrás de ella.

Entonces, cuando regresé a Estados Unidos, tan pronto como entré en el departamento de recursos humanos para ayudar en el plan de reestructuración, me había enterado de que ella había enviado un preaviso de dos semanas.

Pensé en asistir a la fiesta de despedida, para taladrarla con la vista desde un rincón y forzarla a admitir que no hablaba en serio sobre lo de abandonarme, pero me quedé en mi despacho.

Pensé que me llamaría o me mandaría un mensaje de texto según pasaran las semanas, que me felicitaría al menos por la salida oficial a bolsa, o que todavía estaría dispuesta a acompañarme a la fiesta de celebración, pero no lo hizo. No dio señales de vida, y fui el único ejecutivo sin pareja en el baile.

—¿Jonathan? ¿Estás aquí? —Corey se aclaró la garganta—. ¿Hola? ¡Hola!

—¿Qué?

—Tengo las fotos de la semana pasada. —Las deslizó por encima del escritorio—. ¿Durante cuánto tiempo más vas a pedirme que haga esto?

—Hasta que descubra qué coño le ha pasado... —Abrí la carpeta y ojeé las fotos: Claire de compras, de copas con Sandra y Helen, animando a las gemelas en los concursos de animadoras, sentada en la playa con mi collar en el cuello mientras miraba fijamente el horizonte.

—Se va a Florida la semana próxima. Irá con sus amigas a dar una vuelta por las Islas Vírgenes y luego regresará.

«¿Qué?».

—¿Va a subir a un avión?

—Uno de los billetes está a su nombre, así que supongo que sí...

—¿Cuándo lo compró?

—El viernes pasado. Sandra, Helen y ella fueron al aeropuerto para adquirirlos *in situ* por alguna razón. Eso me recuerda que ha asistido a una clínica para tratar fobias durante martes y jueves todo el mes pasado. Lo he comprobado: las sesiones son de tres horas e individuales, pero debido a la privacidad entre

médico y paciente no sé de qué se trata.

«Ya. Yo sí lo sé...».

—Muchas gracias, Corey. No... No va a ser necesario que sigas haciendo esto mucho tiempo más.

—Lo que necesites, hombre. —Me dirigió una sonrisa de medio lado—. No es que me moleste. —Me dio una palmada en el hombro y salió del despacho.

Todavía no era capaz de asimilar que Claire y yo habíamos hecho el amor una noche y habíamos roto al día siguiente. No tenía sentido...Le había dado miles de vueltas para entenderlo: ¿Habría conocido a alguien de su edad? ¿Alguien le habría dicho algo que hiciera que se sintiera mal por nuestra relación? ¿O quizá había reflexionado y llegado a la conclusión de que no me quería?

Sin embargo, nada de eso tenía sentido: por las imágenes, su vida era la misma, solo que yo ya no formaba parte de ella. Nunca salía con nadie, y revisaba sus registros telefónicos una y otra vez. Había algún número nuevo aquí o allí, pero las conversaciones eran siempre de un minuto o menos, así que se me ocurrió que seguramente eran cambios de impresiones rápidos con sus subordinados. Y a lo último, a lo más hiriente, tampoco le veía pies ni cabeza, porque ella casi me había dicho que también me amaba cuando yo le había confesado mi amor, la noche antes de que rompiéramos.

Lancé las fotos a la basura y llamé al departamento de informática.

—¿Podrías enviarme de nuevo los registros informáticos? Y, si es posible, tened en cuenta los tres últimos meses, por favor. Sí..., eso estaría bien..., sí, la semana de mi cumpleaños. Muchas gracias.

JONATHAN

—¿Señor Statham? ¿Señor Statham? —La terapeuta dio unos cuantos toques con el bolígrafo en el cuaderno.

—¿Qué?

—¿No ha oído lo que acaba de decir su madre?

—No.

—Ha dicho que ahora está empezando a recordar algo del pasado. ¿Está preparado para sentarse con nosotras y hablar al respecto?

Me quedé de pie junto al ventanal y suspiré.

—Señorita Tate, ¿podríamos reprogramar la sesión? Lo siento, pero no estoy centrado.

—Sin problema. Le diré a mi ayudante que llame a Angela por la mañana.

—Gracias. —La oí recoger sus cosas y salir. Al sentir una mano en el hombro, me volví hacia mi madre, que me miraba con atención.

—¿Estás bien? —Inclinó la cabeza a un lado—. Nunca te había visto así... Llevas semanas muy raro.

—No. No estoy bien.

—¿Qué te ha pasado?

—Pues...

—¿Señor Statham? —Angela entró en el despacho—. Lamento interrumpirlo, pero me ha prometido que podría irme a casa temprano, ya que es mi cumpleaños y... Bueno, no ha dicho nada más al respecto.

—Lo siento mucho, Angela. Me había olvidado por completo. —Me acerqué al escritorio para abrir un cajón, y saqué una bolsa roja de regalo—. Feliz cumpleaños. Aprecio muchísimo todo lo que haces por mí. He dicho en recursos humanos que tienes libre hasta el lunes; disfruta del fin de semana.

—¿Qué? ¡Gracias! ¡Muchas gracias! Me aseguraré antes de irme de que le mandan una secretaria temporal. Ah, y señora Statham... —Se metió una mano en el bolsillo y sacó un sPhone nuevo—. Esto llegó ayer para usted. Les he pedido que me dieran un número nuevo.

—¡Oh! Bueno, al final no necesito más sPhones; voy a mantener el número que tengo ahora.

—Vale... Lo cierto es que siete números son más que suficientes. —Se rio—. Señor Statham, le veré la semana que viene. Gracias de nuevo.

—De nada. —Volví a acercarme a la ventana y suspiré.

Mi madre volvió a ponerme la mano en el hombro.

—¿No vas a decirme qué te ha pasado?

—Claire me ha dejado...

—¿Qué? —jadeó—. ¿Cuándo?

—El día después de la cena.

—¿Y no te ha dicho por qué?

—No.

Me dio una palmadita en la espalda.

—Lamento oírlo. ¿No has intentado llamarla?

No respondí. Todos los días quería llamarla para preguntarle si se había vuelto loca, pero había prometido dejarla en paz, así que eso hacía.

—Lo tomaré como un no —suspiró mi madre—. Todo pasa por alguna razón, hijo. Quizá deberías salir con alguien de tu edad. Debías saber que una relación con una mujer mayor no iba durar demasiado tiempo... Estoy segura de que quedaba con más hombres y tú no lo sabías.

Retiré su mano de mi hombro y la miré.

—Gracias, mamá. Tus palabras son de gran ayuda.

—¡Oh, vamos! Sé que te gustaba mucho, pero...

—Pero ¿qué?

—Nada... Es una mujer mayor. Estos romances así no suelen funcionar a largo plazo. Es decir, Claire me cayó muy bien cuando la conocí. La consideré muy guapa, encantadora y..., francamente, jamás hubiera adivinado que tenía cuarenta años, pero es algo contra lo que no se puede luchar. Al final, es mejor que lo hayáis dejado, acabarás aceptándolo. ¿Te gustaría comer conmigo hoy? Podemos hablar si es lo que necesitas...

—Claro. Pero no tengo ganas de salir del despacho. ¿Podrías decirle a Angela que nos pase la carta del nuevo italiano antes de que se marche? Podemos pedir algo por teléfono.

—Claro. —Se puso de puntillas y me besó en la mejilla. Me dio más palmaditas en la espalda antes de ir a la puerta.

En cuanto oí el pomo de la puerta, noté que se quebraba algo en mi interior.

—Mamá, espera un segundo —le pedí, dándome la vuelta.

—¿Qué? ¿Prefieres comida china?

—El día que os presenté, ¿cómo sabías el nombre de Claire?

No me había dado cuenta antes. Había estado recordando la ruptura y las semanas anteriores mentalmente durante días. Estaba seguro de que no era nada importante, pero necesitaba estar seguro.

—¿De qué estás hablando?

Me acerqué.

—El día que os presenté, Angela se refirió a ella como «señorita Gracen» por el intercomunicador, y me preguntaste que a quién se refería. Te dije que era mi novia, pero antes de que pudiera decirte que su nombre era Claire, te acercaste a ella y lo pronunciaste tú. ¿Cómo es posible?

—No lo sé. Supongo que me la mencionaste antes y me acordé de ello, así que...

—No. No lo hice. —Me di cuenta de que cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro con nerviosismo—. Jamás te había mencionado a Claire por tu nombre. Nunca.

—Quizá piensas que no, pero lo hiciste...

—No. Respóndeme.

No dijo nada, solo se limitó a mirarme.

—Res-pón-de-me.

—Jonathan, cálmate... Creo que te estás confundiendo porque estás dolido y cabreado. No debes pagarlo conmigo. Iré a por ese menú para que podamos...

—Quieta. —Puse las manos sobre la puerta para impedir que escapara. La miré directamente a los ojos y lo vi: la misma mirada de culpa que mostraba cuando no quería admitir algo.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué coño has hecho?

—¡No me hables así! ¡Soy tu madre! Tienes que...

—¿Qué-coño-has-hecho?

—Nada. ¿Puedes apartarte para que vaya a por la carta?

—No.

Negó con la cabeza y pasó junto a mí para sentarse en el sofá. Dio una palmada en el asiento, para que me sentara a su lado, pero me quedé junto a la puerta.

—La conocí en la tienda de regalos hace un par de meses. Me compró esas anclas que te regaló por tu cumpleaños.

—¿Y?

—Y nada... No sumé dos y dos hasta que nos encontramos en tu despacho ese

día y recordé que se llamaba Claire. ¿Pasa algo? ¿Me convierte eso en un monstruo?

Parpadeé, confundido. Estaba a punto de abandonar el tema, pero luego me acordé de algo más.

—¿Por qué Angela ha dicho que has tenido siete números de teléfono diferentes? Me has llamado desde el mismo número desde que saliste de rehabilitación.

Se puso roja y jadeó.

—Por nada. Es que...

—Dime la verdad.

—No es lo que tú...

—¡Deja de jugar conmigo! Le has dicho algo a Claire, ¿no? —¿Por qué no me lo había imaginado antes? ¿Cómo no me había dado cuenta?

—Es que...

—Voy a cerrar la puerta. No saldrás de aquí hasta que me lo cuentes todo.

Suspiró.

—Le dije que se equivocaba al salir contigo..., que debía hacerlo con alguien de su edad... Desde el día que me la presentaste en tu despacho, le dije que lo que hacía estaba mal cada vez que pude...

—Dame los detalles.

—Por favor, no hagas que...

—Ya.

Tragó saliva.

—Al principio, solo la llamaba, luego... —Me contó de forma entrecortada que llamaba a Claire todos los días y le dejaba mensajes amenazantes en el buzón de voz, que le había enviado mensajes de correo electrónico con fotos retocadas, que le había pedido a Angela que le diera un teléfono con un número nuevo cada lunes para que no localizaran las llamadas en su propio teléfono.

—Vanessa y yo...

—¿Vanessa estaba al tanto de esto? —Apreté los puños.

Asintió.

—Fue ella la que me dijo que Claire solo estaba detrás de ti por tu dinero, así que... Contratamos a un investigador privado para rebuscar en su pasado algo que usar contra ella... Incluso pagué a alguien para que siguiera a su exmarido y a su nueva esposa en Pittsburgh y poder echárselo en cara... Pensaba que ella se estaba aprovechando de ti. Pensaba que...

—¿Alguna vez te he preguntado qué pensabas? ¿Alguna vez te dije «¿Qué piensas de Claire?»?

—No...

—¿No? ¿Estás segura? —Ya no iba a contenerme más—. ¿O es algo más que no recuerdas?

Se puso a llorar.

—¿Quieres saber por qué la respuesta es no? Porque me importa una mierda lo que piensas, y siempre será así. No te necesito...

—¡Solo trataba de protegerte! No sabía que...

—Hay muchas cosas que no sabes, un montón de mierda que parece que últimamente no puedes recordar. Pero ya que estamos compartiendo intimidades, déjame ayudarte a refrescar la memoria. Deja que te diga por qué nunca me va a importar lo que piensas: jamás estabas allí cuanto te necesitaba. Nunca. Me dejaste solo, con una niña pequeña, mientras salías con mi padre para hacer Dios sabe qué. Te presentaste drogada en la escuela, y me obligaste a conducir el coche hasta el supermercado cuando solo tenía ocho años. Pero de eso no te acuerdas, ¿verdad? No recuerdas que nos dejabas encerrados, que te suplicábamos que nos trajeras comida, que casi nos morimos abrasados en la caravana. No te acuerdas de nada porque te avergüenza lo mala madre que eres.

—¡Estaba drogada! Me he disculpado por ello una y otra vez, pero sigues sacándolo a colación cuando...

—Vete.

—Por favor, escúchame.

—Ve-te. —Desbloqueé la puerta antes de acercarme al escritorio. No quería saber nada más de ella.

Hipando, se colgó al hombro la correa del bolso y fue hacia la puerta, donde giró el pomo lentamente.

—Espera —suspiré.

Me miró con lágrimas en los ojos.

—¿Sí?

La fulminé con la mirada, tentado de decirle que no quería volver a saber nada de ella, que se mantuviera alejada de mi vida, pero no fui capaz.

A pesar de lo cabreado que estaba con ella, todavía lo estaba más con Claire. Ni siquiera se le había ocurrido contarme lo que estaba pasando; se había limitado a usar el material que le daba mi madre para coger la salida más fácil.

—Siéntate.

—No... —Se secó la cara y resopló—. No me importa lo enfadado que estés, no pienso permitir que me trates como a una...

—Mamá, siéntate.

Se alejó de la puerta en dirección al sofá, donde se dejó caer en el asiento.

Respiré hondo.

—Vamos a hablar tú y yo, sin nuestra terapeuta. Vamos a ser completamente sinceros el uno con el otro. Una vez que hayamos terminado de hablar, si no sale nada bueno, iremos por caminos separados... Quiero que sepas que siempre me ocuparé de ti y que te daré lo que necesites, pero no es necesario que finjamos que nuestra relación vale la pena cuando no es así. Puedes...

—Deseo ser parte de tu vida sin importar el resultado de esta conversación. No creo que sea justo que me trates como si fuera una especie de...

—¿Has sido tú imparcial con Claire?

—No... —Suspiró—. Y lo siento, pero...

—Te he dicho que solo seguiremos caminos separados si no vale la pena intentar otra cosa, así que será mejor que seas completamente sincera conmigo. ¿Estás dispuesta a ello?

—Sí...

—Vale, dame un segundo y empezamos. —Cogí el móvil y llamé a asuntos internos—. Milton, quiero que actives el papeleo para echar a un miembro de la junta. Lo quiero tener listo dentro de una hora, y te advierto de que voy a ejercer la cláusula diecisiete para que sea efectivo de inmediato.

JONATHAN

DOS MESES DESPUÉS...

Stacy me pasó los dedos por el pelo y me besó en los labios. Trató de abrírmelos con la lengua, pero no los moví. Cuando me desabrochó lentamente los botones de la camisa para deshacerse de ella, le alejé la mano.

Suspiró.

—Debería haber imaginado que no estabas a favor de esto... —Cogió el sujetador de la silla y me lo tendió—. ¿Me ayudas a ponérmelo?

—¿Qué?

—El sujetador... ¿Puedes ayudarme con él?

—Oh, por supuesto.

—En la tercera fila de corchetes, por favor. Y, para que conste, quiero quitarle a nuestra amistad la etiqueta de «con derecho a roce». No vamos a volver a follar.

—Genial —dije enganchando el último corchete.

—Estoy muy preocupada por ti. —Se dio la vuelta y me cogió la cara entre las manos—. Empiezas a asustarme.

—¿Porque no me apetece acostarme contigo? —Puse los ojos en blanco.

—Porque no eres el Jonathan que conozco. ¿Por qué no llamas a Claire? No eres de los que se mantienen alejados cuando te gusta alguien. No eres así.

—¿Estás aconsejándome que llame a la mujer que rompió conmigo y me rogó que la dejara en paz?

—Solo quiero que...

—Ese no es mi estilo.

—Vale. ¿Cuánto tiempo deseas que me instale en la ciudad? —preguntó—. Tengo que avisar al dueño de mi apartamento.

—No mucho, pero eres más que bienvenida aquí o en una de las casas de la playa. —Me volví a abrochar la camisa—. Pero necesito que me acompañes al congreso de Juniper dentro de dos semanas. Necesito que alguien mantenga alejadas a las mujeres; no quiero que piensen que estoy disponible.

—No tendré que acompañarte a las sesiones de la mañana, ¿verdad? Sabes que me saca de quicio madrugar.

—No, a menos que quieras.

—¡No, gracias! Solo bailes y fiestas, e intentaré actuar como si fuera tu novia. Por cierto, dado que he venido a hacerte un favor y me has dejado con las ganas otra vez, me pienso ir de compras a tu cuenta. Mañana. En realidad, lo haré todos los días de la semana.

—Me parece justo. —Me puse en pie—. ¿Pasarás aquí la noche?

—Mmm... En realidad pensaba...

—¿Podrías, por favor?

—¿Por qué?

Suspiré.

—Necesito estar con alguien... —No tenía ganas de volver a ponerme a pensar en Claire.

—Claro. —Se puso la camiseta y me besó en la mejilla—. Dormiré en el salón. ¿Quedamos para desayunar juntos?

—¿No podemos compartir la cama?

—No.

—¿Por qué? Solemos hacerlo.

—Jonathan... —Suspiró—. Hoy no me has llamado Stacy, sino Claire... Y desde que me recogiste en el aeropuerto. Ni siquiera me has preguntado qué tal estoy hasta que estábamos cenando. De hecho, después de que te lo dijera, me has preguntado sobre Ashley y Caroline... No quería decirte nada porque nunca te había visto así y no había necesidad de molestarte. —Me puso la mano en el hombro—. No quiero dormir contigo porque, de forma inconsciente, pensarás que soy Claire, y no me parece bien. Quiero que arregles tu vida y que sepas a dónde quieres ir. Si me necesitas, estaré en el salón, ¿vale?

—Vale... Buenas noches, Stacy.

—Buenas noches, nos vemos por la mañana. —Me brindó una sonrisa tranquilizadora antes de alejarse.

En cuanto salió de la habitación, me acerqué al tocador y cogí las últimas imágenes de Claire: corriendo por el Golden Gate, reunida con algunos subordinados en Starbucks, tumbada en la playa con un bikini negro precioso que le había comprado para que usara en el yate.

Las revisé una y otra vez, escudriñando cada milímetro. Luego me di cuenta de que todas las fotografías en las que aparecía corriendo habían sido hechas por la noche, y que no eran las últimas imágenes, sino que tenían ya dos semanas.

Llamé a Greg inmediatamente.

—Greg, ¿puedes...?

En ese momento sonó el timbre y supe que era él; siempre estaba cerca.

Bajé apresuradamente las escaleras para dejarlo pasar. Luego lo conduje a un salón para reuniones. Me serví una copa de whisky y nos sentamos frente a la chimenea.

—Me alegro de verte, Greg... —Tomé algunos sorbos de mi bebida y me recosté en la silla, preguntándome por qué él no hacía lo mismo.

—Señor Statham, ¿me ha llamado en mitad de la noche para que tome un trago con usted? —Dejó el vaso y arqueó una ceja.

—¿Han encontrado al sospechoso que está atropellando a gente en el Golden Gate?

—No, señor. No lo han hecho. Dudo que aparezca durante el día. Si le preocupa por el rodaje del anuncio que se va a rodar mañana, puedo arreglármelas para...

—No, no es por eso. Es que...¿podrías asegurarte de que haya alguien de seguridad en el puente por las noches para vigilar la carrera de la señorita Gracen? Corre los miércoles y jueves por la noche, entre las ocho y las nueve. No es necesario que ella lo sepa, solo quiero que no le pase nada.

—Por supuesto, señor, me aseguraré de ello.

—Y ya que me quedo mañana en casa, ¿podrías pedirle a Corey las últimas fotos de ella? Ya sé que está de vacaciones esta semana, pero no he recibido ninguna de la anterior.

—Las tengo yo. —Metió la mano en la chaqueta y sacó un sobre color crema —. Corey no sabía si debíamos dárselas o no, así que me las entregó a mí.

—¿Qué? ¿Por qué? —«¿Y desde cuándo hablan a mis espaldas?».

—Piensa que no va a poder asimilarlo. Francamente, opino igual.

—Greg —dije después de tomar otro sorbo de whisky—, dámelas. No sé por qué Corey y tú sois tan buenos amigos de repente, pero creo que soy más que capaz de...

—La señorita Gracen está saliendo con otra persona.

«¿Qué?». Me hirvió la sangre en las venas.

—¿Qué has dicho?

—Que la señorita Gracen está saliendo con otro hombre.

Traté de no parecer horrorizado.

—¿Con quién?

—¿Importa?

—Claro que sí. Dame el puto sobre. —Puse el vaso en la mesita con un golpe seco.

Suspiró y se acercó a mí como si fuera a ponérmelo en las manos, pero luego pasó de largo y lo arrojó al fuego de la chimenea.

Levantó la mano antes de que yo pudiera reaccionar.

—Me aseguraré de que la señorita Gracen está a salvo en todo momento cuando vaya a correr por el Golden Gate, y también cuando vaya sola a la playa.

—Se aclaró la garganta—. Pero no voy a seguir vigilándola. Con todos mis respetos, señor, esto no lo está ayudando. El equipo de seguridad dejará de hacer fotos hoy mismo, y he cambiado los códigos de acceso a sus oficinas. Ya no seguirán trabajando en esto.

—¿Bajo la orden de quién? ¿Quieres que te despida?

—¿Quiere perder a su empleado más leal?

—Tengo muchos empleados leales que saben hacer exactamente lo que se les pide. Si valoras tu trabajo, volverás al despacho ahora mismo y volverás a imprimir esas fotos o...

—¿O me despedirá?

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—¿Estás poniéndome a prueba, Greg? Claro que te despediré, no eres imprescindible.

Se cruzó de brazos y arqueó una ceja.

Lo miré largo y tendido, mordiéndome la lengua hasta que me hice sangre porque no quería decirle que ya no contaba con él.

Si hubiera sido un guardia de seguridad o un chófer cualquiera, lo habría despedido en el acto, sin vacilar, pero Greg era mucho más. Había estado a mi lado desde el principio, y era mi confidente. Mi mano derecha. Tanto él como yo sabíamos que no podía permitirme perderlo. Nunca.

—Genial.

—Bueno. Hayley le envía saludos. Está con el equipo de Scrabble de camino a Italia en este momento. Cuando regrese, le gustaría que le enviara una edición del sPhone Rojo. Han pillado a los *hackers* que intentaron entrar en la intranet de la compañía la semana pasada; según Corey, no han dañado el sistema interno. Con tantas cosas en la cabeza no estaba prestando atención a lo realmente importante. ¿Me necesita para algo más?

—No.

—Muy bien. Buenas noches entonces, señor Statham.

Me quedé allí sentado hasta medianoche. Intenté beberme mi dolor, pero solo pude con una copa. Únicamente podía pensar en Claire besando a otro, con las manos de otro hombre sobre su cuerpo, follando con otro...

Cada amargo pensamiento me impulsaba a conducir hasta su casa y exigirle que me dijera quién era su nuevo novio para interrumpir su relación de inmediato.

«¿Cómo puede haber pasado página tan pronto? ¿Cómo es posible?».

Después de recordar algunos recuerdos, decidí dar una vuelta alrededor de mi casa hasta que estuviera demasiado cansado para pensar. Empecé recorriendo los jardines, la terraza de la piscina, pero solo podía pensar en las veces que había hecho el amor con Claire debajo de los árboles.

Volví a entrar y deambulé por los pasillos, tratando de ignorar todos los lugares en los que había estado con ella, aunque no me sirvió de nada. Habíamos estado en todas partes.

Me arrastré hasta el salón y suspiré. Cubrí a Stacy con otra manta antes de darle un beso en la frente.

—Eh... —Abrió los ojos—. ¿Estás bien?

—No.

Se movió en el sofá y me hizo un gesto para que me acostara a su lado.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás como si acabara de morir tu mejor amigo?

—Está saliendo con otro.

—¿Qué?

—Claire... Está saliendo con otro.

—Ah... —Frunció el ceño—. Bueno, seguramente no sea nada serio. Será...

—El hecho de que sea capaz de salir con alguien tan rápido es...

—Jonathan, han pasado tres meses...

«¿Solo?». Me sentía como si hubiera sido un año.

Me rodeó con sus brazos y suspiró.

—La quieres de verdad, ¿eh?

No respondí. Solo cerré los ojos intentando ignorar los terribles dolores que atravesaban mi pecho. No entendía cómo había llegado a este punto, todavía no podía entender cómo era posible que no me hubiera contado el acoso al que la había sometido mi madre, ni por qué estar separados le parecía la solución para ello.

No tenía sentido, porque ella me amaba. Lo sabía. Lo había visto en sus ojos

cada vez que hacíamos el amor, cada vez que iba a su casa y pasaba tiempo con sus hijas, cada vez que estábamos toda la noche lanzándonos pullas.

«Quizá ella no me ama... Quizá solo la ame yo...».

Justo cuando estaba a punto de cerrar los párpados, oí que me sonaba el móvil en la otra habitación.

No era el tono especial que tenía asignado a Greg, Claire o cualquier otra persona importante, así que dejé que siguiera sonando. Y siguió... y siguió... y siguió...

Me levanté del sofá y fui a mirar el número. Era del área de San Francisco, pero no me parecía familiar. Me sentí tentado de silenciarlo, pero esta persona ya me había arruinado la posibilidad de dormir.

—Será mejor que sea algo importante —gruñí.

—¿Jonathan? —Era la voz de una jovencita—. ¿Eres Jonathan?

—¿Quién eres?

—Ashley... —Y se puso a llorar.

«¿La Ashley de Claire?».

—¿Qué te ha pasado? —dije con más suavidad—. ¿Algo grave? ¿Estás bien?

—Necesito... Necesito tu ayuda, por favor.

—¿Qué ha pasado? —insistí mientras cogía la chaqueta y me calzaba.

—No puedo... En serio, necesito tu ayuda...

—¿Dónde estás? —Corrí hacia el garaje.

—Estoy en... en Tim Street... en Haven Foods... y estoy...

—¿Estás herida?

—No... Pero es que... —dijo algo indescifrable entre sollozos—. ¿Puedes venir a buscarme?

—Estaré ahí dentro de un minuto. —Encendí el motor—. No te muevas.

—Por favor, no llames a mi madre —susurró.

—¿Por qué?

—Por favor...

—No lo haré. —De todas formas, no sabría qué decirle.

Conduje hasta el lugar que me había dicho, y frené al ver cuál era el problema.

«Dios...».

Salí del coche y miré el destrozado amasijo de metal que había sido antes el Audi Q7 de Claire; la parte delantera había chocado contra un poste y el

parabrisas estaba destrozado. El neumático derecho había atravesado el aparcamiento y la puerta del conductor se había visto aplastada de tal manera que parecía que había chocado contra la barandilla antes de estrellarse contra el poste.

Parecía un milagro que Ashley estuviera intacta. La miré, y noté que estaba temblando.

Me quité la chaqueta para ponérsela sobre los hombros.

—Shhh... Todo va a ir bien.

—¿Vas a contárselo a mi madre? —bufó.

—Estoy seguro de que se acabará enterando...

—Ya sé que no estáis juntos y lamento haberte llamado tan tarde, pero no sabía a quién recurrir... Mi madre no es la mejor solución, ya sabes a lo que me refiero.

—Cuéntame lo que ha pasado.

Se secó la cara con la manga.

—Caroline y yo queríamos salir esta noche, pero ella había quedado con ese tipo, Jake, ¿te acuerdas de él? Por fin la invitó después de que le enviara mensajes todos los días. —Se encogió de hombros—. Ese fin de semana le tocaba a ella el coche, pero yo quería ir con Chris... Y no confiaba en él porque la última vez que fuimos juntos llevó el coche él y no volví a casa a tiempo...

—Tranquila. —Le hice un gesto para que sentara en el capó de mi coche.

—Nos reunimos en el cine y todo iba bien, pero luego me dijo que quería pasar un rato a solas conmigo, que lo siguiera... Aunque me llevó a un..., mmm..., un hotel.

«Por favor, cuéntame la versión para todos los públicos».

—La verdad es que pidió una habitación especial, y había alquilado algunas pelis. Me dijo que me relajara... Bebimos cada uno cuatro cervezas y pensé que eso era todo. Te lo juro, de verdad. No se me había ocurrido que tratara de acostarse conmigo. ¡Era la tercera cita!

—Vale... —Me preparé para el resto.

—Nos empezamos a besar, a tocar y esas cosas, pero luego se puso más violento y trató de quitarme los pantalones. Le dije que no, pero siguió intentándolo, así que lo amenacé con gritar. A partir de entonces, se enfadó de verdad, se puso a maldecir y a reírse de mí. Me dijo que de todas formas no le gustaba. Que ya sabía que era fácil. ¡Fácil! Eso no es cierto. ¡Nunca he estado con nadie! —gritó—. Así que salí corriendo de la habitación, pero al llegar abajo

todos sus compañeros del equipo estaban en el vestíbulo, riéndose de mí y llamándome cosas. Me dijeron que solo me había invitado allí para demostrar lo facilona que era... Corrí al aparcamiento y salí lo más rápido que pude. Al principio estaba bien, pero luego no podía ver por dónde iba y el camino empezó a estar borroso y... Bueno... —Señaló el accidente con la mano.

—¿Le has pedido permiso a tu madre para usar su coche?

—¿Estás de broma? ¡Me lo hubiera prohibido! Siempre me dice que no. ¡Ella quiere que Caroline y yo estemos juntas todo el tiempo, pero cada una tiene su vida. ¡Actúa como si no lo supiera! ¿Cómo puede esperar que compartamos coche? No es justo... —Negó con la cabeza y se apoyó en mí; luego estuvo mucho tiempo sin decir nada.

Cuando sentí que se había calmado por completo, me aclaré la garganta.

—Vale, ¿me has llamado porque necesitas que arregle esto antes de que vuelva tu madre?

—Bueno..., sí. —Se sentó y sonrió—. Creo que te lo puedes permitir.

—¿Y vas a suplicarme que no le diga lo que ha pasado?

—Sí...

Sonreí tratando de no reírme.

—¿Sabes qué? No se lo voy a decir.

—¿En serio? ¿Harás eso por mí?

—Sí, pero a cambio de algo.

—¿De qué?

—Mañana tendrás el coche intacto, pero a cambio debes decirle a tu madre en cuanto vuelva de viaje que lo has usado sin su permiso y que lo has conducido después de beber.

—¡Qué! ¡Eso no tiene sentido!

—Para mí sí.

Se cruzó de brazos.

—¡Me castigaré! ¡Me perderé la fiesta de Charity Lane del próximo fin de semana! Por no hablar de la fiesta del otoño.

—Seguramente.

—Me quitará el móvil. Bueno, no me lo quitará, ¡lo destruirá!

—Podría ser diez veces peor.

—Pero si vas a ocuparte del coche, ni siquiera tiene por qué enterarse de que lo he cogido. ¡Voy a decírselo por nada! Será... Será una tontería...

—Ashley, esta noche podrías haberte matado. —Mi voz era severa—. Tienes

suerte de que no te haya pasado nada. ¿Y por qué has estado bebiendo? Solo tienes dieciséis años.

Frunció el ceño.

—Lo he hecho porque no quería parecer idiota delante de él... Nunca lo había hecho antes, y te prometo que no lo volveré a hacer... ¿De verdad tengo que contárselo a mamá?

—¿Quieres que me ocupe del coche o no?

—Vale... —suspiró—. Voy a tener que despedirme de mi vida social.

—Será solo temporalmente. ¿Quién sabe? Lo mismo te considera muy responsable por habérselo dicho y decide que podéis tener dos coches.

—¿Podrías decírselo, por favor? Sería genial.

—Ya veremos... —Saqué el móvil—. ¿Greg? Necesito una grúa... Sí, es para el Audi Q7. Tenemos que comprar otro igual en las próximas horas, el mismo modelo y todo, y será necesario resolver el tema de las matrículas... Estoy en el aparcamiento de Haven Foods de Tim Street. ¿Podrías traerle a Ashley algo de comer? Sí, de McDonald's vale. —Colgué.

—Gracias por ayudarme. —Ashley miró al suelo.

—De nada.

—¿Sabes, Jonathan? Me gustas de verdad. Y creo que mi madre sigue enamorada de ti, pero seguramente sería más consciente de ello si le dijera que Caroline y yo te echamos mucho de menos desde que rompisteis. Es decir, te echamos de menos. No es mucha la gente que entiende nuestros chistes sobre física, y me gusta más cómo haces tú la pasta que mamá... Así que se me ha ocurrido que... Si quieres que le hable de ti, deberías reconsiderar que...

—Vas a sincerarte con ella, Ashley.

Se rio.

—Valía la pena intentarlo.

30

CLAIRE

—¿Qué tal el viaje, cariño? —Damien me cogió la mano y se la llevó a los labios para besármela.

—Ha sido increíble. Me lo he pasado genial.

—¿Seguro que no quieres ir a la ceremonia de los premios esta noche? Me han prometido que no va a ser tan aburrida como la anterior.

—Seguro. —Me puse el bolso en el regazo y me abroché el cinturón de seguridad—. Esta noche solo me apetece tomar una copa de vino y adaptarme lentamente al mundo real.

Se rio y se inclinó para besarme. Me tiró de las cuentas del collar de conchas que llevaba mientras me pasaba los dedos por el pelo.

—Te he echado de menos.

—Yo también.

Me besó algunas veces más antes de alejarse. Luego aceleró y atravesó entre las terminales del aeropuerto hasta la carretera. Me echaba un vistazo cada pocos segundos, sonriendo cada vez que lo pillaba.

Sin duda era muy atractivo, y sexy, y mis ojos se recreaban cuando lo miraba, pero durante las dos últimas semanas había llegado a la conclusión de que solo existía atracción entre nosotros. A pesar de que era un poco mayor que yo —cuarenta y tres—, de que también había sufrido un divorcio y de que parecía mi pareja perfecta, faltaba algo.

Nuestras conversaciones no eran profundas, el tiempo que pasábamos juntos no podía considerarse memorable y él parecía más pendiente de impresionarme que de conocerme.

«Quizá si le dieras una oportunidad de verdad, cambiarías de opinión... No has sido sincera en eso todavía... Tal vez deberías contarle parte de tu pasado, o hablarle sobre Jonathan...».

Me aclaré la garganta.

—¿Qué tal te ha ido la semana mientras estaba fuera?

—Horrible. Además de no poder ver a la mujer más hermosa del mundo todos los días, Statham Industries nos han avasallado en las preventas.

—¿Qué quieres decir?

—Han vendido un quince por ciento más que nosotros, y eso que todavía no han presentado el sPhone Rojo... No soporto a Jonathan Statham.

«¿Qué?!».

—¿Por qué? —Traté de parecer indiferente.

Se dirigió hacia la salida.

—Vale, no es que no lo soporte... No, lo odio. —Se rio—. Llevamos así desde que fundó su compañía. Es nuestro mayor competidor, y lo sabe. No puedo negar que es un genio, pero a veces hace cosas solo porque puede, para dar espectáculo y que se diga que su empresa es la número uno.

—¿Como por ejemplo?

—Como lanzar un nuevo producto unos días antes de que yo. Tenemos un plan de marketing. Imagínate, hemos hecho anuncios y contratado vallas publicitarias en todo el país para un producto que sale el viernes, y ese idiota va a lanzar la competencia el jueves.

Intenté no reírme.

—¿Es una rivalidad amistosa?

—No.

Se detuvo delante de mi casa y se volvió hacia mí.

—Nos mostramos educados cuando nos vemos, pero no nos llevamos bien... Entre tú y yo, lo respeto, de verdad, pero parece que siempre va con ventaja, como si consiguiera primero todo lo mejor. Me siento como si diera igual lo que yo haga: siempre voy por detrás.

«¡Mierda!».

—Mmm...

—Lo siento mucho. —Me besó en la mejilla—. No debería estar hablándote de mi competidor, sino concentrándome en ti. —Salió y rodeó el coche para abrirme la puerta.

Una vez que pisé el suelo, él sacó mi equipaje del maletero para acompañarme hasta mi casa.

—¿Estás segura de que no quieres venir conmigo? —Se acercó a mí—. No es necesario que nos quedemos todo el tiempo. En realidad, si prefieres, podemos ir solo cinco minutos y luego volver a mi casa.

Sentí mariposas en el estómago al ver sus dientes, blancos como perlas.

«¿Ves? Puedes sentir algo por otro hombre...».

—Estoy segura. —Me incliné para besarlo.

Me rodeó la cintura con los brazos y me acercó a él todavía más. Tanto, que

noté el enorme bulto que había surgido dentro de sus pantalones. Entonces, las mariposas se pusieron a aletear con más fuerza, acompañadas de sonidos.

«Agg... No son sentimientos, es hambre...».

—Gracias por venir a recogerme al aeropuerto, Damien. —Me aparté para respirar.

—De nada. —Retrocedió—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Estamos en la zona de amistad?

—¿A qué te refieres?

—Llevamos un tiempo saliendo juntos y... Siempre te apartas cuando nos besamos, por no decir que jamás me has invitado a entrar. —Parecía preocupado.

—Si solo fuéramos amigos, no te besaría. —Volví a pegar mis labios a los suyos para demostrárselo—. Te aseguro que no vamos a quedarnos en la zona de amistad, es solo que prefiero esperar un poco más antes de profundizar en una relación... —«A menos que sea Jonathan Statham...».

—Entiendo. ¿Puedes venir conmigo al congreso de Juniper la semana que viene? Es un evento de una semana, en un enorme complejo en las afueras. Puedo conseguirte una *suite* aparte si no te sientes cómoda compartiéndola conmigo...

«Quizá eso te ayude a seguir adelante...».

—No pidas dos habitaciones. —Me puse de puntillas y lo besé de nuevo—. Me encantaría ir contigo.

—Vale. Bueno, voy a prepararlo todo y a darte todos los detalles sobre la cena del jueves. Buenas noches, Claire.

—Buenas noches, Jon... —Carraspeé—. Damien. Buenas noches, Damien.

DOS DÍAS DESPUÉS...

Metí el móvil de Ashley en un vaso de agua y lo puse en el congelador. Cuando les ponía un castigo a mis hijas, no era de esas madres que confiaba en que las niñas fueran a acatarlo sin más. Me aseguraba de que «no poder usar el móvil» significara eso realmente.

Vi que se le caían las lágrimas mientras continuaba echándole el sermón, pero no sentí ni pizca de empatía por ella.

—¿Y si hubieras destrozado mi coche? ¿Y si te hubiera pasado algo? Y, para colmo, habías bebido. ¿Y si te hubiera parado la policía y te hubiera ordenado

soplar? ¡Te habrían quitado el carnet! ¿No se te ha ocurrido? —Mi voz era más fuerte que nunca—. Te he educado mejor, Ashley Marie Gracen. Ni siquiera soy capaz de hablarte... —Negué con la cabeza—. Vete a tu habitación. Vas a tener que estar allí mucho tiempo durante los próximos cuatro meses.

—Lo siento de verdad... —musitó mientras se alejaba.

Me apoyé en la encimera y negué con la cabeza, cogiendo el aire a bocanadas una y otra vez. Estaba más que furiosa con ella, y muy confusa sobre lo ocurrido. Jamás me habría enterado de que lo había hecho si no me lo hubiera mencionado, y no era propio de ella contármelo. No, no iba con su personalidad en absoluto.

Antes de que pudiera desconectar de mis vacaciones, me lo había soltado todo: la cita en el cine, el hotel. La cerveza. Y que se había llevado mi coche sin permiso.

Me lo había contado entre sollozos, pero, a pesar de que había insistido en que había traído el coche de vuelta sin un rasguño y de que me había prometido que no volvería a beber, había tenido que castigarla para que no volviera a ocurrir.

«¿Cuatro meses será suficiente?».

Cogí un envase de helado de chocolate y menta antes de ir al salón. Me hundi en el sofá y empecé a hacer *zapping*, buscando algo que me entretuviera. Necesitaba dejar mi mente en blanco.

Por desgracia, no había nada más que *reality shows*; el del Doctor Phil era una reposición, y había visto también los demás programas. Así que empecé a mirar en los demás canales, pero me detuve al ver la primera película de *Harry Potter*.

Suspiré.

No hacía mucho tiempo que la había vuelto a ver con Jonathan, Ashley y Caroline. De hecho, había sido como si yo no estuviera allí. Los tres habían estado hablando durante la mayor parte de la película, discutiendo sobre qué partes eran fieles al libro y cuáles no, qué era lo que más les gustaba a cada uno y qué protagonistas eran sus favoritos. Había sido tan brutal que en un momento dado empezaron a apostar unos contra otros con premios en forma de chocolate para el que acertaba.

Cuando la película terminó y Caroline se erigió como ganadora, estaba segura de que me quedaría a solas con Jonathan, pero decidieron continuar con la siguiente película de la saga.

Apagué la tele y subí a mi dormitorio, donde me tendí en la cama. Habían pasado ya tres meses desde que había roto con Jonathan, y no había habido ni un

solo día que no pensara en él.

Había estado segura de que cuanto más tiempo transcurriera lejos de él, menos lo recordaría, y que salir con otro hombre me ayudaría a borrarlo de mi memoria, pero eso estaba lejos de ser verdad. Llenaba mi mente cada vez que me iba a dormir sola, cada vez que me despertaba sin él a mi lado, y cada vez que entraba en mi nuevo despacho y no había flores.

Sentí un bulto en la garganta y me puse a llorar. No intenté contenerme; dejé caer las lágrimas mientras adoptaba una posición fetal; los recuerdos inundaron mi memoria una y otra vez.

Pensé en nuestra primera cita, cuando me había empujado contra la barandilla y me había rodeado la cintura con los brazos. Justo cuando nuestros labios estaban a punto de encontrarse, me sonó el móvil, interrumpiendo mis pensamientos. Damien.

—¿Hola? —murmuré.

—Hola, cariño. Me he olvidado de concretar la cita de esta noche.

«Mierda, se me había pasado eso...».

—Claro, ¿a qué hora debo estar preparada?

—A las siete. ¿Te encuentras bien? Suenas como si estuvieras mal.

—Oh, sí. —Tosí—. Me encuentro bien. Solo es alergia, ¿sabes?

—Si prefieres nos quedamos en tu casa. Podríamos...

—No, no... Tomaré un antihistamínico o algo. Necesito salir de casa. Es decir, quiero salir esta noche.

—Vale. ¡Genial! Estoy deseando verte.

—Y yo. Hasta luego. —Colgué y miré la hora que marcaba el reloj. Las cuatro.

Decidí tomarme mi tiempo para arreglarme, segura de que eso me ayudaría a mantener a raya mis recuerdos sobre Jonathan.

Me levanté de la cama para prepararme un baño de burbujas. Encendí mis velas perfumadas favoritas y me desnudé con rapidez, deseando meter mi cuerpo bajo la espuma.

—Mmm... —Me recliné, apoyando los hombros en la fría cerámica. Luego sintonicé una emisora de música clásica en la radio del baño. Me estremecí cuando comenzaron a sonar unos acordes familiares. Se trataba de la canción que había bailado con Jonathan en el yate.

«Un paso atrás, un paso adelante... Claire, estás mejorando mucho... Creo que deberíamos terminar la lección abajo...».

Cambié de emisora. Puse una de noticias.

«Las últimas noticias financieras: Statham Industries está lista para alcanzar otro hito histórico, ya que las preventas del iPhone Rojo casi han fulminado...».

La apagué. Me hundí por completo bajo el agua, sumergiendo incluso la cabeza y quedándome allí abajo para luchar contra el ataque de más recuerdos.

Estábamos sentados juntos en la bañera, mirándonos, sonriendo por nada, riéndonos de todo.

—Ven aquí, Claire. —Me tendió la mano para que me moviera en el *jacuzzi*. Puso los ojos en blanco cuando no obedecí, así que se deslizó a mi lado y me rodeó con un brazo—. Lo difícil que eres nunca deja de sorprenderme... ¿Los baños de burbujas no son una de tus cosas favoritas?

—Sí, pero son diez veces mejores cuando estoy sola.

—No me mientas.

—¿Quién dice que estaba mintiendo? —Levanté la mano y me pasé los dedos por el pelo, mirándolo a los ojos mientras él hacía lo mismo. Me incliné para darle un beso, pero él se echó hacia atrás.

—Quieta. —Me apartó la mano y negó con la cabeza, suspirando. Me subió a su regazo, estrechándome contra su pecho antes de besarme—. Te amo, Claire.

Se me detuvo el corazón, y me quedé paralizada. No sabía qué decir.

—Mmm...

—No es necesario que me lo digas tú también. —Me besó el cuello—. Ya sé que eres muy frágil y que no estás segura de qué va esto, pero necesito que sepas que te amo y que haría lo que fuera por ti. Haré lo que me pidas siempre que te haga feliz.

Levantó la mano y me la pasó por el pelo mientras me besaba los labios con suavidad, robándome las palabras.

—Y antes de que me preguntes lo obvio, nunca había sentido esto por nadie. Nunca. Solo por ti.

Volví a subir a la superficie y jadeé para coger aire, inhalando todo el que pude.

Cuando terminé el baño, me sequé las lágrimas, sabiendo que si Jonathan estuviera aquí, no me permitiría llorar; encontraría la manera de hacerme reír.

Apagué las velas al salir de la bañera, retuve el resto de las lágrimas y me puse la bata, la misma con la que él me había visto cuando vino por primera vez.

Abrí el armario para repasar los vestidos, fijándome en los que me había comprado para el baile de celebración de la salida a bolsa.

—Me gusta este... —Giré sobre mí misma con un vestido blanco con un hombro al descubierto que caía hasta el suelo—. No me hace parecer una novia, ¿verdad?

Se recostó en la silla y negó con la cabeza.

—¿Vas a estar así todo el día? No has dicho nada de ninguno de los vestidos que me he

probado. ¿No te importa qué voy a llevar al baile? ¿Estás usando el silencio para decirme que no quieres que vaya contigo?

Arqueó una ceja.

—¿Señorita Gracen? ¿Preparada para el próximo modelo? —preguntó la dependienta—. El señor Statham ha elegido otro mientras se probaba ese.

Puse los ojos en blanco antes de darme la vuelta para seguir a la encargada al probador.

Me quité el diseño blanco mientras la veía desabrochar otro que colgaba en una percha junto a la puerta. Cuando retiró el plástico que lo cubría, jadeé.

—Es impresionante, ¿verdad? —Sonrió y me indicó que levantara las manos por encima de la cabeza. Se tomó su tiempo para colocarlo, cerrar la cremallera y enderezar el forro.

Me miré al espejo negando con la cabeza. El vestido era impecable. Se trataba de un modelo de color *nude* que acentuaba cada curva. Estaba cubierto de cristales que brillaban con la luz, y el corpiño daba paso a una falda que caía en suaves ondas de satén, una falda que parecía flotar a mi alrededor mientras andaba.

—¿Señorita Gracen? —Me abrió la puerta—. ¿Preparada?

Asentí.

Entré en la salita y, al instante, sentí los ojos de Jonathan sobre mi cuerpo con cada paso que daba. Me subí a una pequeña plataforma para situarme ante un espejo de tres cuerpos.

—¿Sobre este tampoco vas a decir nada? —Mis ojos se encontraron con los suyos—. ¿Por qué sigues callado? ¿No te gusta cómo me quedan?

Parpadeó y luego se levantó para acercarse a la plataforma y girar a mi alrededor como si estuviera evaluando cada centímetro de mí.

—Cada uno de los vestidos que te has probado hoy parece diseñado para ti. Cada uno. —Me pasó los dedos por los hombros desnudos—. Voy a comprártelos todos.

—Pero solo puedo usar uno para el baile. Se supone que debes ayudarme a elegir uno...

—Y lo haré —me apretó el dedo contra los labios—, después de que te los pruebes para mí en casa...

Repasé los doce vestidos y elegí uno negro. Era muy sencillo, pero mostraba algunos detalles elegantes en los tirantes que lo convertía en un modelo único.

Me puse un sujetador, y el vestido encima. Mientras me maquillaba, sonó el timbre de la puerta.

«Solo son las seis. ¿Es posible que haya llegado una hora antes?».

—¡Ashley! ¡Caroline! ¡Id a abrid la puerta!

Me puse el rímel y me apliqué un toque de colorete pasando la brocha sobre mis mejillas. Volvió a sonar el timbre mientras extendía una brillante capa color bronce sobre los párpados.

«Aggg... ¿Se habrán quedado dormidas?».

Bajé corriendo las escaleras y abrí la puerta.

«Jonathan».

Llevaba unos pantalones negros y una camisa blanca remangada hasta los codos, con los botones de arriba desabrochados. No parecía muy contento de verme; parecía furioso, como si estuviera a punto de tomarla con alguien.

El corazón se me aceleró y traté de decir algo, lo que fuera, pero no fui capaz de hablar.

—Hola, Claire.

Silencio.

Me miró de arriba abajo con los ojos entrecerrados.

—Estás muy guapa, ¿vas a algún sitio?

—Sí...

—¿A dónde?

—Voy... —Retrocedí un paso—. Tengo una cita...

—¿De verdad?

—Sí...

—¿Estás segura? —Cerró la puerta y avanzó hacia mí.

—Jonathan, voy a... —Sentí sus labios contra los míos, sus brazos a mi alrededor.

Murmuré por lo bajo cuando deslizó las manos por debajo del vestido.

—No vas a ninguna parte —susurró contra mi cuello.

Se me doblaron las rodillas y me cogió entre sus brazos antes de que pudiera caerme. Se apoderó de mi boca con la lengua hasta que no pude respirar, y entonces me llevó a mi habitación.

—Sigues siendo mía. —Me arrojó sobre la cama y se movió sobre mí—. Siempre serás mía. —Me besó una y otra vez, haciéndome gemir con las apasionadas caricias que llevaba tantos meses echando de menos.

—Quería decirte que yo también te amo... —Me ahogué cuando sus labios abandonaron los míos—. También te amo...

Me quitó el vestido y se puso a besarme el estómago.

—Entonces, ¿por qué me abandonaste?

—Ahhh... —Sentí que su lengua se perdía entre mis muslos, impidiéndome contestar.

—No deberías haberme dejado. —Se bajó los pantalones en cuanto se los desabrochó, y luego retrocedió para sentarse a horcajadas sobre mí y mirarme a los ojos—. No deberías haberlo hecho. —Frotó su polla contra mí, tomándose su tiempo antes de hundirse en mi interior centímetro a centímetro.

—Por favor...

—¿Por favor qué, Claire? ¿Que te dé lo que necesitas aunque no te lo merezcas? —Ni siquiera estaba cerca de conseguirlo; él estaba jugando con mis pezones, disfrutando de mi frustración.

—Por favor, quiero... —El timbre de la puerta interrumpió mis palabras— que me folles.

—¿No deberías abrir la puerta? —Arqueó la ceja—. Es posible que sea tu cita. Negué con la cabeza.

—¿Por qué? No está bien que lo hagas esperar.

Antes de que pudiera responder, se hundió profundamente en mi interior y colocó mis piernas alrededor de sus caderas. Me penetró de forma violenta, besándome en los labios para sofocar mis gritos sin apartar los ojos de los míos.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó Caroline desde el otro lado de la puerta—. ¡Es Damien!

Jonathan sonrió y frenó su ritmo. Retiró mis piernas de su cintura y rodó conmigo hasta que estuve encima de él.

—Muévete.

Hice lo que me dijo, arqueando las caderas contra él mientras me inclinaba para besarle los labios. No quería detenerme, pero la puerta se abrió de repente y entró Caroline seguida de Ashley.

—Mmm... Damien está abajo...

—Le hemos dicho que espere en la salita.

Abrí mucho los ojos y jadeé. Cogí una manta para taparme mientras miraba a Jonathan, pero él no estaba conmigo.

Solo había sido un sueño.

«¡Solo un sueño!».

Noté una opresión en el pecho y se me llenaron los ojos de lágrimas. Me moví sobre la cama y me incorporé, mirando adelante.

—¿Quieres que le digamos que no estás?

—Deberíamos decírselo de todas formas.

—Creo que ha quedado claro que no nos gustaba.

—Será mejor que decidamos nosotras, porque ella no lo va a hacer...

—Sin embargo, es muy guapo.

—¿Tanto como Jonathan?

—¡Ja! ¡No! Pero si alguna vez nos lo pregunta, debemos decirle que sí para que se sienta mejor.

—Mmm...

—Bueno, no creo que me permita salir de mi habitación más de cinco minutos, así que probablemente deberías decirle que ella no...

—No, está bien. —Me levanté—. Gracias.

CLAIRE

Cambié la ropa de posición en el armario de la *suite* del hotel por enésima vez y cerré las puertas. Aburrída, entré en la salita para sentarme enfrente de Damien.

—¿Son cinco o seis envíos? —Me brindó una sonrisa de disculpa mientras seguía hablando por teléfono—. ¿Puedes verificarme que los han recibido? Sí... No..., estoy en las jornadas del congreso de Juniper... Siete días, así que te da tiempo para que averigües lo que está pasando. De acuerdo. Quiero que me lo comuniquen. —Soltó el teléfono y suspiró—. Lo siento mucho, cariño.

—No pasa nada. Son vacaciones de trabajo, y lo entiendo.

—Ven aquí. —Clavó los ojos en los míos mientras me acercaba a él, preparada para sentarme a su lado. Él tiró de mi mano con idea de que cayera en su regazo—. ¿Estás bien? No has hablado mucho en el trayecto...

Me quedé quieta. No había creído que se hubiera dado cuenta con la música tan alta. Yo me había limitado a mantener la cabeza vuelta hacia la ventanilla durante las dos horas que estuve en el coche, preguntándome por qué había aceptado venir cuando todavía seguía sintiendo algo tan fuerte por otra persona.

—Me siento un poco estresada —dije—. Imagino que solo necesito relajarme.

—Mmm... —Apretó la cabeza contra mi hombro—. ¿Te apetece que nos relajemos juntos?

—Depende de cómo sea...

Me puso las manos en las caderas mientras me besaba la nuca, lo que hizo que mi cuerpo ansiara más.

—¿Quieres dormir un rato conmigo?

Asentí con la cabeza antes de bajarme de su regazo.

Me llevó al dormitorio de la mano. Una vez allí, abrió la cama y usó el mando a distancia para bajar la intensidad de la luz. Cuando desapareció unos instantes, decidí ponerme más cómoda.

Me quité los pendientes, me descalcé y, de repente, sentí que me desabrochaba los pantalones desde atrás. Se me erizaron las terminaciones nerviosas, pero no fue por deseo o anticipación, sino por ansiedad.

«¿Por qué me siento acorralada?».

Me hizo darme la vuelta, me abrió la blusa y el sujetador lentamente,

deslizándomelos por los hombros mientras me miraba a los ojos. Sonrió antes de tumbarme en la cama.

Me eché a un lado para que se tendiera a mi lado, pero él empezó a desnudarse, hasta que solo se quedó cubierto por los calzoncillos.

Suspiré cuando se acurrucó contra mi espalda y empezó a llenarme de besos la espalda desnuda. Me volví para mirarlo.

—No sé si voy a poder...

Interrumpió mis palabras con un beso profundo y provocativo que me hizo olvidar de lo que iba a decir.

Traté de contenerme, de resistirme, pero no pude; le devolví el beso, sumergiendo más la lengua en su boca mientras le pasaba las manos por el pecho musculoso.

Cuando separó los labios de los míos, se puso a besarme el cuello, la clavícula, los pechos. Me succionó uno de los pezones antes de morderlo con suavidad, con lo que consiguió que gritara de placer.

«Ohhhh... Jonathan...».

Al mismo tiempo, se apoderó de mi otro pecho y lo amasó con una mano, utilizando las yemas de los dedos para pellizcar la parte más sensible. Antes de que supiera lo que estaba haciendo, empezó a bajar por mi estómago, hundiendo la lengua en mi ombligo, lo que provocó que otro recuerdo de Jonathan cruzara por mi mente:

Jonathan apartó la boca de la mía.

—Me encanta besarte los labios, Claire...

—¿Cuáles?

—Los dos. —Me pasó las manos por los muslos desnudos.

—Bien... —Sofiqué un gemido cuando empezó a mover la boca más y más abajo—. ¿Cuáles son mejores?

—Por ahora van empatados, pero pienso hacer una comparativa ahora mismo para asegurarme de que...

Sentí que Damien me intentaba bajar los pantalones mientras me daba otro beso en el ombligo.

—Espera. —Me senté y apreté las rodillas contra el pecho—. No puedo...

—¿Qué? —Volvió a besarme antes de mirarme—. ¿Por qué?

—Es que... —Necesitaba una excusa. Por mucho que deseara negarlo, mi cuerpo ardía, y sabía que él podía notarlo—. Estoy con el período... Siento que

no...

—¿Por eso has estado tan tensa hoy? —Arqueó una ceja—. ¿Crees que solo te he invitado porque quería follar contigo? ¿O que si no nos acostábamos juntos esta semana no me interesarías?

«Mmm... Sí».

—Mmm...

Negó con la cabeza.

—Lo lamento, Claire, normalmente no soy tan ansioso, y tampoco quiero apresurar las cosas contigo. Es solo que... A veces es difícil que me controle cuando te tengo tan cerca. —Sonrió mientras me abrochaba los pantalones—. No sabes el efecto que posees sobre mí.

Se movió para que volviera a tenderme a su lado y me besó la mejilla.

—¿Te molesta que te abrace mientras estás con el período?

Me reí.

—No..., me encantaría.

Me rodeó con los brazos y me pegué a él, aunque no me sentí reconfortada; no era su abrazo el que yo necesitaba.

Salí del cuarto de baño con un largo vestido púrpura, uno de los que me había comprado Jonathan hacía meses. Había pensado usar todos lo que me había regalado: eran demasiado elegantes para usarlos en otras ocasiones.

—¡Guau! —Damien se levantó cuando entré en la salita de la *suite*—. Ahora no estoy tan seguro de querer ir a ese baile.

—¿Por qué?

—Porque alguien podría intentar llevarte lejos de mí... Estás demasiado guapa para ser de verdad. —Me miró de arriba abajo—. Creo que lo mejor de la semana será verte con un vestido diferente cada noche. —Me besó en los labios antes de guiarme al pasillo, que recorrimos hasta el ascensor.

Íbamos al Salón Cielo, en el piso setenta y cinco, para asistir al baile de bienvenida a las jornadas. Me habían dicho que todos los invitados importantes estarían presentes, ya que era una oportunidad para que los directores generales se codearan con los de la competencia.

Si por mí hubiera sido, habría vuelto a la *suite* para rebañar los helados de chocolate y menta que había pedido, pues no sentía la necesidad de tratar con la élite. Sin embargo, lo había convencido para que asistiéramos, y no quería tentar

a la suerte.

Cuando abrió la puerta del salón de baile, me obligué a contener un jadeo.

La estancia era impresionante; parecía lo suficientemente grande como para albergar un campo de fútbol al completo. El techo y las paredes estaban hechas de cristal negro, y conté al menos veinte candelabros de plata colgando por encima de nuestras cabezas. Incluso había un escenario enorme en el extremo opuesto que se extendía de pared a pared.

Damien me sostuvo contra su costado mientras avanzábamos por la sala, y me fue presentando a sus amigos y colegas como «su novia».

—¡Guau!

—¿Dónde has encontrado a alguien así?

—¡Es demasiado guapa para ti!

—Si alguna vez se cansa de él, señorita Gracen, la recibiré con los brazos abiertos.

—Es preciosa, Damien...

Sonreí con cada cumplido, y una vez que Damien comenzó a discutir con el subdirector de la compañía sobre acciones, me excusé para acercarme a la barra que ocupaba uno de los lados de la habitación.

Las luces parpadearon justo cuando me estaban sirviendo una copa, y los presentes comenzaron a aplaudir.

—Damas y caballeros, bienvenidos al congreso de Juniper. —Una mujer avanzó por el escenario con un micrófono en la mano—. Durante los próximos días, todos compartiremos nuestras ideas sobre la dirección que deben tomar los avances tecnológicos al tiempo que nos relajamos en este maravilloso resort. Trataremos de no matarnos unos a otros, ya que todos somos feroces competidores.

Hubo un montón de risas.

—La ceremonia de bienvenida ha sido patrocinada de forma muy generosa por Lowell Enterprises. Por desgracia, el vuelo del señor Lowell llega con retraso, por lo que le he pedido a uno de sus antiguos colaboradores que dé el discurso de apertura.

Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie estaba mirándome y vertí un poco más de vodka en mi copa.

—Damas y caballeros, por favor, demos la bienvenida al fundador y director general de Statham Industries, Jonathan Statham.

La multitud aplaudió mientras se me caía el vaso al suelo y me daba la vuelta

para mirarlo.

Jonathan subió al escenario, sonriendo ante los aplausos mientras miraba a la multitud. Hizo un gesto con la mano para que se detuvieran los que coreaban su nombre, tomándose su tiempo para establecer contacto visual con los que conocía personalmente y saludarlos con una inclinación de cabeza. Un segundo después, su mirada se dirigió hacia la barra de las bebidas y sus ojos se encontraron con los míos.

Se quedó quieto y parpadeó. Abrió la boca como si estuviera a punto de decir algo, pero luego se volvió hacia la multitud y se subió, sonriente, al podio.

—Buenas noches, damas y caballeros —saludó.

—Buenas noches —le respondió la multitud.

—Como ya sabéis muchos de vosotros, esta semana nuestra misión es fomentar las nuevas amistades y reavivar las que podrían haberse perdido en la locura que supone el avance tecnológico. Dicho esto, estoy deseando saludaros a todos... Bueno, en realidad no, solo a algunos...

Hubo más risas.

—El señor Lowell no es hombre de muchas palabras, pero le gustaría que dijera algunas cosas: Debemos asegurarnos de que esta conferencia sea tan inolvidable como las que la precedieron, y de que esta noche, la primera, solo disfrutemos sin hablar de negocios: ya tenemos el resto de la semana para ello. — Le dio la vuelta a una hoja—. Para los nuevos asistentes: tratad de establecer relaciones con aquellos que están en vuestra onda y elegid sabiamente las conferencias a las que asistiréis mañana. Para los que ya habéis venido antes, estoy seguro de que no necesitáis que os informe de cómo funciona esto. Y para aquellos que han venido como acompañantes —dijo mientras buscaba mis ojos—, hay muchas cosas con las que podéis distraeros durante el día si decidís no asistir a ninguna conferencia. Muchas gracias a todos. Disfrutad del resto de la noche. —Mantuvo los ojos clavados en mí mientras la gente aplaudía, y luego se bajó del escenario, momento en el que se puso a estrechar todas las manos que le tendían.

Me di la vuelta para prepararme otra copa. Entonces, sentí un brazo alrededor de mi cintura.

«¿Jonathan?».

—Así que es aquí donde te habías metido —se rio Damien—. ¿Te lo estás pasando bien?

—Sí. —«Tengo que salir de aquí»—. ¿Podrías decirme dónde están los cuartos

de baño? —Sentí que Jonathan se estaba acercando, aunque no lo veía. La corriente eléctrica que corría por mis venas cuando estaba en las proximidades estaba haciendo que se me acelerara el corazón.

—¿Qué dices, Claire?

—Buenas noches, señor Edwards. —La profunda voz de Jonathan nos obligó a darnos la vuelta—. Es interesante verlo de nuevo.

—Bueno, bueno, bueno, si es Jonathan Statham. —Damien se acercó más a mí, lo que provocó que Jonathan apretara los dientes—. Me sorprende que no hayas mencionado el sPhone Rojo en el discurso. ¿Te has vuelto más elegante o te han dado clases para no parecer idiota?

—Por supuesto, voy a clases, del mismo abogado que te lleva los divorcios. ¿Ha impedido que tus ex te demanden como mereces o están esperando? ¿Cuántas ex tienes exactamente? ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Debo contar también a la mujer con la que te casaste en Las Vegas y con la que solo estuviste seis semanas?

—*Touché*. —Damien puso los ojos en blanco—. Claire, te presento al impresentable ese del que te he hablado, Jonathan Statham. Jonathan, esta es mi novia, Claire Gracen.

—¿Tu novia?

—Sí, mi novia. Ya sé que ha sido directora en el departamento de marketing de Statham Industries. Qué pequeño es el mundo, ¿verdad?

—Como un pañuelo lleno de mocos.

—¿Señor Edwards? —Una mujer le dio un toque a Damien en el hombro—. Ha venido Tamisha J. de la sede en el extranjero para verlo. ¿Le importaría que les hagamos una foto rápida juntos?

—En absoluto. —Me besó en la mejilla—. Cariño, enseguida vuelvo. Jonathan... —Se alejó.

Clavé los ojos en Jonathan y nos miramos sin decir una palabra durante lo que me pareció una eternidad. El corazón me palpitaba en el pecho por los nervios, y la química palpable que flotaba entre nosotros me llevaba a acercarme cada vez más a él.

Aunque su expresión era fría y apretaba los labios con un mohín sutil, me parecía más sexy que nunca.

Di un paso adelante sin apartar la vista, e intenté no vacilar.

—Jonathan, estoy muy...

—No te he dejado demasiado tiempo a solas con la competencia, ¿verdad? —Damien me atrajo contra su cuerpo, y vi que a Jonathan le palpitaba una vena en

el cuello cuando su competidor me besó en la mejilla.

—Jonathan, ¿has oído hablar de Hannigan de TruCorp? —No esperó a que le respondiera—. Olvidando nuestras diferencias, creo que está consiguiendo algo grande con su tarjeta de datos. Parece prometedor.

—Lo tendré que investigar —repuso Jonathan secamente—. Gracias, Damien.

—¿Para qué están los rivales si no? De hecho, me alegro de que hayas decidido venir por aquí para variar. Será una semana interesante.

—Sí. —Jonathan me miró con los ojos entrecerrados—. Sin duda va a ser interesante.

CLAIRE

«Venir aquí es la peor decisión que he tomado nunca...».

Estaba sentada cerca de la orilla de la playa privada del resort, fingiendo leer el libro electrónico, pero en realidad me dedicaba a observar a Jonathan, que se paseaba junto al mar con otra mujer. Sin embargo, no era una mujer cualquiera. Era Stacy Rodriguez, una *top model* de fama mundial, además de diseñadora de éxito. Era una de las mujeres más atractivas del mundo, con la piel bronceada y una figura delgada, dotada naturalmente en cuestión de pecho, cabello negro y ondulado y ojos de color gris oscuro con puntitas azules que chispeaban bajo los rayos del sol.

Llevaba estudiándolos todo el día; durante el desayuno, se habían sentado demasiado cerca para que me sintiera cómoda, y habían estado riéndose de pequeñas bromas privadas que había intentado no oír. Mientras recorría la galería de arte con Damien, había mirado por la ventana y los había visto tener un pícnic privado en una manta, justo debajo de mí. Incluso los había visto alrededor del campo de golf, en un carrito, mientras nosotros comíamos.

—¡Jonathan, detente! —chilló ella cuando la arrojó al agua.

Me levanté de un salto, tentada de correr allí y darle una bofetada por permitir que esa mujer se acercara a él, por dejar que lo tocara. Sin embargo, me senté de nuevo con rapidez, consciente de la cantidad de gente que había allí, sin querer dar una escena.

Celosa, cerré el lector y entrecerré los ojos ante la situación que se desarrollaba ante mí.

«¿Cómo puede estar cabreado conmigo por aparecer con Damien cuando está saliendo con una *top model*? ¿Con Stacy Rodriguez, nada menos, la más famosa de todas las *top model*?».

—¿Un daiquiri? —me ofreció Damien deteniéndose delante de mí con un vaso adornado con una sombrilla.

—Por favor.

—Esto tiene un precio...

—¿Cuál? ¿Qué es lo que...?»

Se inclinó para darme un beso lento y apasionado, de esos que derriten. Me subió la barbilla para hundir la lengua todavía más profundamente en mi boca, mordiéndome el labio inferior cada vez que intentaba controlar el ritmo.

No me importaba. Seguí tratando de tomar la iniciativa. Le rodeé el cuello con los brazos, me apreté contra él y me permití explorar cada centímetro de su boca.

—Guau... —Damien se apartó de mí—. Como vuelvas a besarme de esa manera, acabaremos encerrándonos en la *suite* durante el resto de la semana. —Sonrió mientras me tendía la bebida.

Tomé un sorbo notando que Jonathan me miraba de reojo. Supe que acababa de ver cómo besaba a Damien.

Tenía los puños cerrados y la cara de color rojo, por no hablar de sus ojos, que se habían reducido a unas minúsculas rendijas. Dio unos pasos en mi dirección, pero Stacy le cogió la mano y tiró de él hacia la orilla.

—¿Estás bien, Claire? —Damien me rodeó los hombros con un brazo—. ¿Le pasa algo a la bebida?

—No, está muy buena... —Arranqué los ojos de Stacy y Jonathan—. ¿Qué otros eventos habrá hoy?

—Bueno, esta tarde hay unas cuantas sesiones sobre tecnología, pero luego está la noche con beneficios, a medianoche.

—¿En serio hay un baile cada noche de la semana? Pensaba que estabas de broma...

—No, en absoluto. Es algo que sirve para desgravar. —Se rio—. A los que más han contribuido a pagarlo les ofrecen una entrada preferente, así que podemos ir un poco antes.

—¿Qué beneficios tiene la entrada preferente?

—Que habrá un tiempo más íntimo con luces más tenues. Una cena iluminada con velas, y saldrán a subasta los primeros artículos. Si se te antoja algo que esté a la venta, dímelo y te lo compraré.

—Oh, ni hablar.

Me apretó contra él.

—Pues deberías pensarlo. Puedo comprarte lo que quieras. —Me besó los labios con suavidad—. Deseo que te diviertas esta semana, así que no te pongas tímida a la hora de mostrarme lo que te hace feliz.

Se puso a acariciarme la espalda y miré por encima de mi hombro para ver si Jonathan estaba observándonos, pero Damien volvió mi cabeza hacia él. Cuando me metió la lengua en la boca, se me quedó la mente en blanco, por lo que me

sentí perdida una vez más.

«Muy bien, Claire. Dos pasos adelante, uno para atrás... Muy bien...».

Damien me soltó y se separó con rapidez.

—Eres una bailarina estupenda, Claire. ¿Has recibido clases o es un don natural?

—He aprendido...

—Bueno, quienquiera que te enseñara fue muy buen maestro. Estoy impresionado. —Me puso las manos alrededor de la cintura y me apoyé en su pecho.

Mientras recorríamos la pista de baile, comencé a preguntarme si podría llegar a sentir algo por él con el tiempo, si después de todo podríamos tener una oportunidad.

Había sido muy atento desde que nos marchamos de la playa; se había saltado uno de los seminarios de tecnología para ir conmigo a un masaje, me había apuntado a una lección de equitación por la tarde e incluso me había ayudado a elegir qué vestido debía usar para el baile.

Recliné la cabeza en su torso mientras observaba la estancia. Estaba oscura, con algunas velas como única iluminación. En el otro extremo del salón, en un rincón envuelto en una bruma amarilla, había un grupo de violinistas tocando una hermosa canción que reverberaba en todo el espacio.

—Señoras y señores —dijo el violinista principal mientras sus compañeros seguían deleitándonos con su música—, esta noche vamos a poner muchas más canciones para ustedes, pero queremos que sepan que están a punto de incrementar la intensidad de la luz, ya que la primera parte del baile ha terminado.

Las pocas personas presentes aplaudieron cuando las luces se volvieron más brillantes. Busqué a Jonathan, porque percibía que estaba mirándome, pero no se encontraba entre la gente que veía.

«¿Por qué siento que está aquí?».

Oí un suave chasquido cuando se abrieron las puertas del fondo y permitieron la entrada de un enorme grupo de hombres con esmoquin y mujeres con vestido de gala.

—Como es tradición, los quince primeros minutos de la danza serán con alguien que no conocen. Una vez que hayan entrado todos, mis compañeros y yo

tocaremos tres acordes para indicar que deben buscar otra pareja para el baile, y las luces volverán a oscurecerse.

La sala se llenaba cada vez más con el resto de los asistentes, y Damien me abrazó con fuerza, como si quisiera protegerme.

—No sé si permitir que bailes con otro esta noche —susurró.

—No...

Me besó en la frente con una suave carcajada.

—Vale, pues no lo haremos. Te protegeré de todos. No quiero que...

—¿Señor Edwards? —dijo una mujer, y ambos nos volvimos hacia ella—. Lamento interrumpirlo, señor, pero el envío por el que me preguntó el otro día... —Me miró y luego clavó los ojos en él—. ¿Podemos hablar de esto en privado?

—¿No puede esperar?

La joven se encogió de hombros.

—Claro, han extraviado un envío de veinte millones de dólares y el tema debe... esperar.

Suspiró y me miró.

—Cariño, ¿me disculpas? No tardaré. No bailes con nadie. —Se llevó mi mano a los labios para besármela antes de alejarse.

En ese momento, los violinistas hicieron la señal convenida para indicar que comenzaba el baile a ciegas, y luego atacaron una hermosa melodía.

Las luces empezaron a oscurecerse de nuevo, casi tanto como antes, y oí más instrumentos: flautas, trompetas y saxofones se unieron a la serenata de los violines.

Me acerqué a la mesa que había compartido con Damien en la cena, bajo la luz de las velas, avanzando entre las parejas que bailaban, pero antes de que me sentara alguien me agarró por la cintura.

Traté de zafarme de las fuertes manos, pero no sirvió de nada, puesto que me sujetaron con más fuerza, y me sentí atrapada contra un pecho que conocía muy bien. Jonathan.

No dijo una palabra. Me hizo girar y nos quedamos mirándonos fijamente. Le rodeé el cuello con los brazos mientras él me envolvía la cintura con una expresión que no supe identificar.

Luego se puso a bailar conmigo, pero no de forma suave y tierna como antes, sino con dureza.

Se apoderó de mis costados con demasiada firmeza, me dio la vuelta sin

delicadeza y me empujó cuando tocaba acercarme.

Cuando noté que me apartaba de nuevo, supe que debía decirle algo antes de que me hiciera caer al suelo.

—Debe de ser muy guay llevar del brazo a una *top model* de fama mundial. — Intenté no parecer celosa—. Apuesto lo que sea a que os lo habéis pasado muy bien en la *suite* desde que llegasteis...

—Pues sí.

«¿Qué?».

Traté de zafarme de sus brazos, pero me inclinó hacia el suelo y me sostuvo allí mientras me miraba, como desafiándome a añadir algo más.

Apreté los labios.

Me levantó y continuó bailando con el ritmo brusco que había elegido, como negándose a soltarme. De repente, dejó de bailar.

—¿Te has acostado con él? —Me preguntó con los ojos entrecerrados.

—¿Con quién?

—No juegues conmigo, Claire. ¿Te-has-acostado-con-él?

—Define «acostar».

Me pegó a su cuerpo al tiempo que me apretaba tanto los costados que apenas pude respirar.

—¿Habéis follado?

—Tú te has tirado a Stacy Rodriguez. ¿Qué más te da lo que haga yo?

Me soltó.

—No es cierto. —Pero por la expresión de sus ojos supe que solo quería, que necesitaba que le dijera que no era cierto—. No voy a hacerme esto. —Me soltó las manos y negó con la cabeza—. Perdóname por interrumpirte esta noche, Claire. Te deseo lo mejor, y...

—No he follado con él.

Parpadeó.

—Al parecer, estoy demasiado colgada por alguien para estar con él... Pero esa persona ha pasado página, así que quizá esta noche debería seguir adelante y...

—Stacy solo es una amiga.

—Creo que sois mucho más que amigos. Los amigos no están todo el día abrazándose y jugando como vosotros.

Puso los ojos en blanco.

—Solo es una amiga. —Me colocó los brazos alrededor de su cuello y retomó el baile donde lo habíamos dejado—. ¿Por qué coño, de todos los hombres que

podías haber elegido, has salido con Damien Edwards?

—No sabía que tenía que pedirte tu aprobación para elegir con quién salgo.

—Se suponía que solo ibas a salir conmigo; estoy seguro de que te das cuenta de por qué me molestan las malas decisiones que has tomado. Puedes aspirar a alguien mucho mejor.

—¿Debo seguir los consejos de un exnovio? Qué apropiado...

—Jamás se presentó la oportunidad de comprarte el diccionario... —Me tiró del borde posterior del vestido—. ¿Sabe tu novio que fui yo quien te compró este vestido?

—No sabe nada de ti.

Me obligó a girar.

—¿Te hace feliz?

No dije nada. Seguí bailando con él, tratando de leer la expresión de sus ojos y de obligarme a decir algo.

—Jonathan..., lamento... haber roto.

Se quedó inmóvil.

—¿Perdona?

—Lamento haberte dejado...

Suspiró antes de volver a hacerme girar, sin responder. Siguió ondulando con el ritmo, actuando como si yo no hubiera dicho nada importante.

Noté que se me llenaban los ojos de lágrimas, y me intenté escabullir.

—¿No me crees? De verdad que lo siento... No quería hacerte daño...

—Pues me dejaste destrozado. Rompiste conmigo por una razón de mierda y ni siquiera se te ocurrió explicarme qué estaba pasando con mi madre. —Sus ojos volvieron a convertirse en rendijas—. Y la siguiente vez que te veo, estás entre los brazos de mi mayor competidor y su lengua está hundida en tu boca. ¿Crees que decir «lo siento» va a arreglar eso? No he sido capaz de pensar en otra mujer, ya no te digo salir con ella, desde que me abandonaste. Sin embargo, estás aquí con Damien Edwards. A punto de follar con él en la playa.

—No es lo que piensas... —Intenté no llorar—. Todo el tiempo deseaba que fueras tú.

—¿Entonces sí te lo has follado? —siseó—. Porque si hubiera sido yo, eso es exactamente lo que habríamos hecho.

—No.

Puso los ojos en blanco.

—Me he reprimido con todas mis fuerzas para no sacarte del salón en el baile

de inauguración, Claire. Tienes suerte de que algunos de mis inversores estén presentes, porque si no lo estuvieran, te juro por Dios que te habría agarrado por los...

—Jonathan...

—Tu temple es increíble, ¿sabes? Si no estuviera tan enfadado contigo, te follaría aquí mismo para que pudieras sentir exactamente cómo...

—Te amo, Jonathan. —Me eché hacia delante y apreté el dedo contra sus labios—. No siento nada por Damien, y no quiero estar con él. Solo lo estoy usando para darte celos. Lamento haber roto..., de verdad... No espero que esto sirva para que olvides lo que he hecho como por arte de magia, pero es la verdad.

Se quedó en silencio durante un rato.

—¿Por qué has venido con él? Sabías que existía la posibilidad de que yo estuviera aquí.

—No...

—¿Qué excusa pones para besarlo delante de mí? Sabías de sobra que estaba mirándote.

—Estaba enfadada porque permitías que Stacy se acercara a ti. Quería ponerte celoso.

—Ya estaba celoso... —Me cogió las manos y empezó a bailar conmigo de nuevo, mirándome a los ojos. Mientras nos movíamos, me acarició la parte baja de la espalda y suspiró—. ¿Qué tal están Caroline y Ashley?

—Bien... Caroline está saliendo con un chico, y Ashley está castigada por haber usado mi coche sin permiso. Me gustó que estuviera en casa el fin de semana pasado. Me ayudó a no pensar en...

—¿Mí?

Asentí moviendo la cabeza.

—Te he echado mucho de menos... No sé qué debo hacer para que me creas, pero...

—Demuéstramelo.

—Vale —susurré—. Bésame.

—¿En público? —Sus ojos se iluminaron. Parecía que no creía lo que acababa de decir—. Que esté a punto de besarte no cambia lo enfadado que estoy. —Sonrió mientras se acercaba—. Me has empujado a unos límites que no sabía que tenía.

—No me había dado cuenta de lo mucho que significas para mí, Jonathan. —Nuestros labios estaban a unos milímetros—. ¿Podemos irnos ya? Podemos

desaparecer antes de que Damien regrese, de que las luces se enciendan para que la gente no sepa lo que está pasando. Solo quiero estar contigo y...

—Tres putos meses... —Dejó caer los brazos con los que me rodeaba y dio un paso atrás.

«¿Qué?».

—Yo...

—No me has dicho ni una palabra en tres meses ¿y sigues preocupada por que nos vean? ¿En serio? Todo lo que acabas de soltar sobre que me echas de menos y que me quieres de vuelta..., pero sigues dando la murga con esa mierda de que no nos vean juntos en público.

—Lo siento... Había pensado que...

—¿Que iría corriendo detrás de ti como un perrito faldero como siempre? ¿Que me obligaría a formar parte de tu vida cuando tú has dejado perfectamente claro que no es eso lo que deseas? ¿Qué coño has pensado?

—Jonathan, estoy...

—¿Has considerado en algún momento mis sentimientos? ¿Pensabas acaso que no te creería si me contabas lo de mi madre? Lo habría hecho. Y le habría puesto fin en el momento en que lo hubiera sabido.

—Es que...

—Ya he terminado de jugar contigo, Claire. Hay muchas cosas que puedo superar rápidamente, pero esta mierda no es una de ellas. Quiero que elijas.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Si realmente deseas estar conmigo como dices, si realmente estás enamorada de mí como yo de ti, es necesario que me elijas a mí en vez de a Damien.

—Ya lo he hecho. Lo acabo de hacer. ¿Es que no puedes...?

—Delante de él, con la luz encendida. —Me miró con los ojos entrecerrados—. Creo que todavía te da miedo que nos vean juntos en público, como ha pasado desde el principio. En el pasado no me importaba, porque soy sensible a cosas de esas, pero... Ya no me vale nada a medias, y no lo pienso soportar más. He hecho de todo para demostrarte que te amo, y que te deseo. Es tu turno. Elige.

Como si fuera una señal, se encendieron las luces del salón y Damien me rodeó con sus brazos desde atrás.

—Lo siento mucho, cariño. —Me besó en la nuca—. No te he dejado sola demasiado tiempo, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—No.

—Oh, ya veo que te has encontrado con mi persona favorita. Una vez más. — Damien se encogió de hombros—. ¿Has venido solo al congreso, Jonathan? ¿Dónde está tu pareja?

—No estoy seguro. —Jonathan me miró a los ojos fijamente—. Señorita Gracen, ¿ha visto a la mujer con la que debería estar?

De repente, se hizo el silencio. Parecía que las únicas personas presentes éramos Jonathan, Damien y yo.

—¿Ha dicho algo, señorita Gracen? —Jonathan arqueó una ceja—. ¿Ha visto usted a la mujer con la que debo estar? ¿A la que necesita estar conmigo y solo conmigo?

El corazón se me aceleró y me empezaron a sudar las manos. Tragué saliva mientras miraba el resto de la estancia.

—Sí... —Estaba al borde de un ataque de pánico—. La he visto en el bar...

Asintió con la cabeza muy despacio mientras me decía con los ojos que habíamos terminado.

—Muchas gracias... Supongo que no me había dado cuenta de que ha pasado ante nosotros. Pelillos a la mar —le dijo a Damien, tendiéndole la mano—. La conferencia de esta tarde ha estado genial. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí antes esa conexión inalámbrica.

Damien le estrechó la mano.

—Muchas gracias. Eso significa mucho viniendo de ti. Espera..., no vas a hacer nada por robármelo, ¿verdad?

—No. Ya he intentado robarte lo que quería de verdad. —Me cogió la mano—. Ha sido muy agradable verla de nuevo, señorita Gracen. Os deseo lo mejor. —Y se alejó.

—Mmm... Quizá está volviéndose más educado. —Damien se rio—. ¿Quieres seguir bailando?

—Sí... —Se me quebró la voz.

Cuando él me estrechó y empezamos a movernos al ritmo de la música, enterré la cabeza en su pecho, conteniendo las lágrimas.

«¿Por qué no le he dicho “Aquí está. Lo siento, Damien, pero estoy enamorada de Jonathan... Quiero estar con él”? ¿Por qué no se lo he dicho?».

Había rebobinado esa escena en mi mente durante toda la noche, deseando

poder retroceder en el tiempo y retirar mis palabras. Incluso fui en busca de Jonathan después de que terminara el baile para tratar de hablar con él, pero sus guardias de seguridad no me dejaron acercarme.

Ahogué los sollozos en la almohada y sentí que Damien me rodeaba con los brazos.

—¿Claire? —Salió de la cama y encendió las luces—. ¿Por qué estás llorando?

—No estoy... No estoy llorando... —Ahogué otro sollozo—. La alergia me afecta a veces de repente...

—¿Llamo al servicio de habitaciones?

—No.

—Puedo pedir té. —Se sentó en el borde de la cama y me acarició la mano—. ¿Quieres algo?

Solté un bufido.

—Claro... Mmm, ¿te importaría que bajara a la tienda del resort un segundo?

—¿Qué necesitas? Puedo pedirlo.

—Un antihistamínico. Pero lo iré a buscar yo misma, así doy una vuelta...

Se acercó a mí con unos pañuelos de papel que había cogido de la mesilla de noche.

—Ven aquí. —Me agarró los brazos y tiró para que me sentara derecha—. Cuando regreses, quiero que me digas de verdad por qué estás llorando, ¿vale? Sea lo que sea, necesito saberlo. Si me dejas, puedo solucionarlo.

«No, no puedes...».

—Vale —murmuré mientras me besaba en la frente—. No tardaré.

Salí de la cama y cogí la bata. Esperé hasta que lo vi desaparecer por la cocina y salí de la *suite*.

Cuando cerré la puerta, corrí por el pasillo, hacia los ascensores. Sabía que Jonathan ocupaba la *suite* presidencial —se lo había oído mencionar en el baile—, así que esperaba pillarlo antes de que se fuera a dormir.

Presioné el botón en cuanto pisé el ascensor y traté de calmar mis manos temblorosas mientras subía.

Cuando las puertas se abrieron, estaba preparada para correr por el pasillo, pero me recibió un botones vestido de blanco.

—Buenas noches, señorita; ¿en qué puedo ayudarla?

—Necesito ver a Jonathan Statham.

—¿Tiene permiso para acceder a esta planta?

—No...

—Bueno, pues mucho me temo que no puedo dejarla pasar. Este piso es de acceso reservado. Quizá debería llamar a su secretaria y pedirle que la añadiera a la lista de gente a la que se le permite el paso... —Se le apagó la voz.

—Es preciso que lo vea. Es importante.

—No está en mis manos, señorita. No puedo permitir que nadie traspase esa puerta. —Señaló la puerta que ocultaba el resto de la planta—. Solo los huéspedes de la *suite* presidencial y los visitantes autorizados tienen permiso. Nadie más.

Me puse a llorar.

—Por favor, solo... Sé que no me conoces, pero necesito que hablar con él. Es un asunto de vida o muerte...

—¿Quiere que lo llame? —El hombre parecía preocupado.

Asentí con la cabeza, y sacó un móvil del bolsillo.

—Señor Statham, soy el señor Collins, el botones de su planta, y lo llamo porque... Sí, a mi hija le encantaron los bombones que le envió ayer. Muchas gracias... Ah, sí, lo llamo porque aquí hay una mujer que desea verlo. Dice que es muy importante, pero tenemos una política estricta con respecto a los visitantes de la *suite* presidencial... —Me miró—. ¿Cómo se llama, señorita?

—Claire Gracen.

—Señor Statham, se llama Claire Gracen... Sí... Oh, ya veo. Bueno, gracias. Discúlpeme por haberlo interrumpido. Lo veré por la mañana. —Guardó el móvil—. Me ha dicho que no la conoce, señorita Gracen. Me temo que debo pedirle que se vaya. El señor Statham es un cliente al que apreciamos mucho y no vamos a molestarlo.

—¡Claro que me conoce! Soy su...

—Me acaba de decir que no había oído nunca su nombre, señorita. Esas han sido sus palabras, textualmente. Ahora, váyase antes de que llame a seguridad.

Se me rompió el corazón.

Me quedé sin palabras. Ni siquiera podía pensar. Regresé al ascensor y pulsé el botón del vestíbulo, más decidida que nunca a conseguir una medicación que me permitiera dormir a pesar del dolor.

«¿No me conoce? ¿Cómo puede decir eso? ¿Es que está enfadado por lo de antes?».

Dejé que se me cayeran las lágrimas mientras salía e iba a la tienda. Vi a Greg con un grupo de personas, así que me dirigí hacia él.

—Necesito hablar con Jonathan, pero no me permiten el paso en la *suite*

presidencial —dije.

—Perdóñenme unos minutos, señores. —Me apartó del grupo y arqueó una ceja. Se metió una mano en el bolsillo para sacar un pañuelo, que me ofreció—. ¿Quiere que le entregue algún mensaje, señorita Gracen?

—No..., en realidad es un mensaje personal. ¿Puedes llevarme allí? Estoy segura de que si el guardia me ve contigo, podré...

—El señor Statham no quiere que le moleste nadie durante el resto del congreso, señorita Gracen. Esas han sido sus palabras exactas.

—Por favor, Greg... Necesito...

—Desea estar solo. —Su voz fue seca.

—¡Por favor! —grité—. Ya sé que llevamos separados tres meses, pero él significa mucho para mí. Tienes que creerme; por favor, ayúdame.

Suspirando, me cogió la mano y me llevó a la recepción, donde saludamos a todos los gerentes. Allí me mostró un ascensor privado. Presionó el botón y las puertas se abrieron al instante. Entonces, se volvió hacia mí.

—Cuando salgamos, vaya a la izquierda; el dormitorio está delante. Esta es la entrada de servicio, así que tendrá que ser silenciosa, o el guardia que está en el otro ascensor me llamará a mí o a la seguridad del hotel. ¿Lo entiende?

Asentí. Las puertas se volvieron a abrir en la *suite* presidencial poco después.

—A la izquierda, señorita Gracen.

Salí corriendo del ascensor y volé a su habitación.

Me quedé parada ante la puerta unos segundos, y pasé los dedos por la placa dorada donde estaba escrito su nombre.

Di un golpe. No obtuve respuesta.

Otro más. Nada.

Llamé una y otra vez, cada vez con más fuerza.

—¡Un segundo! —gritó una mujer desde el otro lado. Se oyeron algunos movimientos más y luego se abrió la puerta.

—¡Ah, eres tú! —Stacy Rodriguez estaba justo delante de mí con un picardías azul y el pelo despeinado.

«¿Acaba de follar con ella?».

Frunció los labios al tiempo que negaba con la cabeza.

—¡Jonathan! —Me miró antes de entrar—. Te va a echar, Claire.

Comencé a contar los segundos dando golpecitos con el pie en el suelo. Estaba al borde de las lágrimas otra vez cuando me di cuenta de que habían pasado cinco minutos.

Me adelanté un paso, tentada de entrar para enfrentarme a él, pero lo vi atravesando la habitación. Tomó un largo sorbo de un vaso y luego lo dejó sobre la mesa. Solo entonces se volvió hacia mí.

Se acercó a la puerta y me miró a los ojos, inexpresivo. Abrió la boca para decir algo, pero luego negó con la cabeza y se limitó a cerrar la puerta.

—¡Espera! —Traté de detenerlo cogiendo el pomo de la puerta—. ¡Por favor, escúchame, Jonathan! Lo siento mucho... ¡No sabía qué decir! Me has pillado desprevenida, y sabes cómo soy... Ya sabes que no soy de efusividades en público, pero eso no significa que no te quiera. Te amo. Y deseo estar contigo. Por favor... Iré a buscar a Damien, lo traeré aquí y le diré que...

—Señorita Gracen, no tengo tiempo para imprevistos. Esta semana está llena de seminarios y conferencias de tecnología. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta de visita, que me ofreció—. No dude en intentar concertar una reunión con mi secretaria. Sin embargo, no quedan huecos hasta final de año, así que no espere una cita pronto.

—¿Qué? Jonathan, no puedes estar hablando en serio. Por favor, déjame...

—¿Seguridad? —dijo acercándose el móvil a la oreja—. Se ha colado una persona molesta en mi *suite*... No, no sé por dónde ha llegado ni de dónde ha salido.

Jadeé.

—Señorita Gracen, que disfrute del resto del congreso. —Me cerró la puerta en las narices.

—¡Espera! —Llamé de nuevo, con todas mis fuerzas—. ¡Abre la puerta, Jonathan! ¡Estoy segura de que no querías decir eso! ¡Vuelve! ¡Vuelve aquí! —Empecé a dar patadas y a girar el pomo mientras gritaba a pura voz.

Antes de que supiera qué pasaba, Greg me cogió y me llevó de vuelta al ascensor de servicio.

—¡Greg, déjame! ¡Tengo que hablar con él! ¡No permitas que haga esto! Ha dicho que no me conoce, y sabes que no es cierto. —Nunca me había comportado así en mi vida—. ¡Por favor! Debo decirle de nuevo que lo siento. No me ha entendido. ¡Por favor! ¡Por favor!

Me dejé en el suelo en cuanto se cerraron las puertas y presionó el botón del piso cincuenta y dos, el de Damien, ignorando mis súplicas con un rostro completamente estoico.

Cuando las puertas se abrieron de nuevo, me agarró con suavidad por los hombros y me acompañó por el pasillo hasta mi habitación.

Sacó otro pañuelo de la chaqueta y, como si supiera que estaba demasiado destrozada para hacer otra cosa que llorar, me secó las lágrimas cuando cayeron, esperando a que cesaran. Luego se metió la mano en el bolsillo y sacó un antihistamínico.

—Le sugiero que le diga al señor Edwards que se ha perdido y que ha terminado en la tienda del otro lado del resort. Ha llamado dos veces a recepción, preguntando si había comprado ya la medicina.

Me temblaron las manos mientras cogía la cajita.

—Gracias, Greg... Mmm, sé que no me debes nada, pero... ¿podría pedirte un favor?

—Usted dirá, señorita Gracen.

—¿Podrías decirle a Jonathan que te he dicho que lo amo? ¿Y que lo decía en serio?

Me miró con simpatía.

—Por supuesto, señorita Gracen. Que pase buena noche. —Me dio una palmadita en el hombro y se alejó.

CLAIRE

Mi reflejo me mentía. De nuevo.

Me mostraba a una mujer feliz con los labios pintados de color rojo brillante y los párpados cubiertos de sombra de ojos bronce, una mujer que parecía controlar su vida, no una mujer rota con el corazón quebrado que se había pasado todas las noches de la semana llorando y sin poder dormir.

«Puedes hacerlo... Puedes hacerlo...».

Volví a cerrar el tubo de rímel y lo metí en el neceser. Me aparté del espejo para girar sobre mí misma mirando el vestido; se trataba del vestido color *nude* que había elegido Jonathan hacía unos meses, el que debería haber lucido en el baile para celebrar la salida a bolsa de la empresa.

Esperaba que, al usarlo esta noche, fuera consciente de mi existencia.

Desde el día que había subido a su habitación, unas noches atrás, se había esforzado en evitarme; Stacy y él no se habían sentado cerca para desayunar; se suponía que debía entregarle a Damien un premio dos noches antes, pero se disculpó con una emergencia y grabó un vídeo para los presentes.

Lo vi algunas veces por los pasillos, aunque cada vez que me aproximaba a él, tratando de llamar su atención, los guardias de seguridad me impedían acercarme demasiado.

—Es nuestra última noche aquí, cariño. —Damien entró en la habitación y me sonrió—. Ya veo que has reservado el mejor vestido para la ocasión.

«Odio que me llamen “cariño”. ¿Por qué no se lo he dicho?».

—¿Es obligatorio que nos quedemos todo el banquete? —pregunté. Sabía que Jonathan iba a recibir un premio, y aunque quería que me viera, en el fondo sabía que no lo iba a hacer. No iba a quedarme sentada y sufrir mientras todo el mundo le hacía la rosca.

—Claro que no. Podemos marcharnos justo después de los discursos.

«Genial...».

Me cogió de la mano y salimos de la habitación hacia el ascensor.

—¿Te has divertido esta semana? —Damien apretó el botón.

—Sí.

—Bueno, si ya no estás con... —El ruidoso silbido de los ascensores lo

interrumpió.

—¿Qué estabas diciendo? —Al entrar en el ascensor vi que dentro estaban Jonathan y Stacy muy juntos.

Jonathan clavó los ojos en mi vestido, y, si no me equivocaba, maldijo por lo bajo.

—Estaba diciendo que, si quieres, podemos ir a otro resort el próximo fin de semana. Te prometo que apagaré el móvil y concentraré mi atención en ti. —Me puso un brazo en la cintura—. Y ya no estarías con... Ya sabes... ¿Te apetece?

—Mmm... —Sentí el calor de la mirada de Jonathan en la espalda—, lo pensaré.

—Bien, pues piensa rápido. Es un sitio maravilloso y hay muchas actividades acuáticas. Además, es muy privado.

—Lo privado es, definitivamente, lo que más le va —murmuró Jonathan.

Damien no debió de oírlo, porque siguió hablando.

—Hay un claro precioso en la montaña al que me gustaría llevarte. Podríamos pasar allí el día. También hay un *loft* muy cerca.

—Jonathan, quieto —susurró Stacy, y me pregunté de qué estaban hablando.

—Suena tentador —dije cuando se abrieron las puertas del ascensor.

Damien me hizo un gesto para que saliera primero, y luego se volvió hacia Jonathan.

—Felicidades, Jonathan. Realmente te mereces el premio a «La mejor innovación tecnológica del año». Recuerda bien ese cumplido, porque sabes que, en cuanto termine el congreso, volveré a odiarte.

Jonathan sonrió.

—Gracias, Damien. Ya somos dos.

Me quedé sentada en la mesa de la cena, sin tocar la comida, demasiado dolida para comer nada. Jonathan estaba sentado frente a mí y no me había mirado ni una sola vez.

Cada vez que él cogía algo de la mesa —la mantequilla, la cesta del pan, la pimienta— le preguntaba si podía pasármela, pero era Stacy la que me entregaba lo que fuera con un «Por supuesto que sí».

Supuse que ya que el protocolo no les permitía cambiar de sitio en este evento, habrían acordado la manera de tratar conmigo.

Incluso le envié algunos mensajes de texto, desesperada por que me mirara,

aunque solo fuera una vez.

«Jonathan, por favor, mírame».

«No puedes seguir evitándome siempre...».

«Te he dicho que estoy enamorada de ti. ¿Es que no significa nada? ¿Sigues enfadado conmigo?».

Lo vi mirar el teléfono, leer los mensajes, pero siguió con la vista en otro lado. Incluso lo intenté de la forma más descarada:

«Sé que te gusta cómo me queda este vestido. Me apuesto lo que quieras a que estás deseando quitármelo...».

Lo observé mientras leía el último mensaje, sin una sola emoción en el rostro.

—¿Deseas que te pida comida de otra parte? —Damien miró mi plato—. No has comido nada, y no quiero que te pongas enferma.

—Estoy bien. Supongo que no tengo apetito. —Suspiré cuando Jonathan y Stacy se intercambiaron unos susurros.

—Por lo menos prueba las patatas —me animó Damien—. Están de muerte.

Cogí el tenedor y pinché un trozo, asintiendo con la cabeza para indicarle que tenía razón.

Luego, Damien me dio una palmada en el muslo.

—¿Cuándo quieres marcharte?

«AHORA».

—¿Qué tal si...?

—¿Señor Edwards? —Una mujer asomó la cabeza entre nosotros—. Estamos preparándolo todo y estaremos listos dentro de unos veinte minutos. ¿Listo para la presentación?

—Sí. —Asintió—. Enseguida voy.

Cuando la mujer se alejó, cogí la mano de Damien.

—¿Qué presentación?

—El Premio a la innovación tecnológica del año. Jonathan me dio mi premio el otro día, así que hoy soy yo quien le entrego el suyo. Aunque no nos traguemos, ambos sabemos que somos los más grandes en lo que a tecnología se refiere.

—Entonces, ¿no podemos irnos ahora?

Frunció el ceño.

—¿Qué es lo que te ha molestado durante toda la semana? Y no me vengas con

lo de la alergia, porque no me lo creo.

—Nada... Es...

—¿No vas a decirme por qué estabas llorando la otra noche?

Suspiré.

—Sí... Pero ¿no podríamos...?

—Señor Edwards... —Era la misma mujer—. Vamos a empezar un poco antes. ¿Podría acompañarme ahora?

—Nos vamos justo después de entregar el premio. ¿Vale, cariño? —Me besó en la mejilla y se levantó para seguir a la organizadora.

Me volví hacia Jonathan, pero fruncí el ceño porque se las había arreglado para no mirarme todavía. Se me ocurrió que sería mejor que me fuera a la *suite* y que Damien ya me recogería allí, pero, por alguna razón, me quedé sentada mirando cómo Jonathan y Stacy se reían de algo que comentaban entre susurros.

—Damas y caballeros, ¿podrían prestarme atención, por favor? —Una hermosa morena tocó el micrófono en el escenario—. Antes de entregar el premio más prestigioso, quiero darles las gracias por conseguir que el congreso de Juniper haya sido un éxito un año más. Gracias a todos ustedes hemos recaudado más de diez millones de dólares para treinta organizaciones benéficas distintas.

La presentadora esperó a que se dejaran de oír los aplausos antes de continuar.

—Esperamos que los seminarios a los que han asistido a lo largo de la semana les hayan enseñado algo valioso y que las personas que han conocido les hayan inculcado una nueva camaradería y competitividad entre sus respectivas compañías. Por lo general, hacemos las declaraciones al cierre de la noche, el último día, pero debido al inmenso interés provocado por los desayunos del chef Roer durante la semana, hemos decidido reservarlos para entonces. El chef Roer se ha mostrado muy amable al prestarse a cocinar un desayuno extra para todos.

La multitud lo ovacionó, y el chef Roer se levantó del asiento y saludó con la mano. Cuando se sentó de nuevo, la gente comenzó a calmarse.

—Y ahora, antes de dar pie al último baile, me gustaría presentarles a alguien a quien todos conocemos y respetamos. —Leyó las palabras que llevaba anotadas en una chuleta—. Este hombre ha cambiado la forma en que la tecnología influye en nuestra vida cotidiana. Es un pionero en el campo, y su empresa, Apple, está valorada en este momento en ciento cincuenta y cuatro mil millones de dólares. Damas y caballeros, por favor, den la bienvenida a Damien Edwards, que recibió el premio al «Mejor desarrollador del año» hace once años.

La multitud se levantó, aplaudiendo de forma enfervorizada. Me puse también

de pie, intentando planear mi salida.

—Si este es mi recibimiento, no quiero imaginar el tipo de respuesta que recibirá el hombre que voy a presentar. —Damien se rio e hizo un gesto a la multitud para que se sentara—. Hace once años, mi compañía era la número uno de *software* del mundo. Como joven que era, me mostraba engréido, y sinceramente, no pensaba que mi reinado pudiera terminar. Estábamos por delante de todos nuestros competidores con diferencia, y nuestros beneficios cuadruplicaban los de la siguiente empresa en aquel momento. Un día, recibí a un selecto grupo de universitarios recién llegados de Harvard para completar un curso de verano. Uno de ellos, uno al que he aprendido a odiar... —Hizo una pausa para dejar que la gente se riera—. Uno de ellos se acercó al finalizar la visita y me dijo lo siguiente, literalmente: «Señor Edwards, con el debido respeto, sus ordenadores consumen mucho. Es posible que deba centrarse en rediseñar la placa base y construir un disco duro más potente antes de que lo consiga yo». Por supuesto, me reí de aquel chico, porque en ese momento en el diseño de los ordenadores primaba la funcionalidad frente al estilo, y ofrecíamos los discos duros más potentes del mercado... Sin embargo, justo un año después, se fundó Statham Industries, y llevo muchos años lamentando no haber escuchado a aquel chico. —Se rio—. Damas y caballeros, ese hombre va a subir ahora al escenario por haber sido seleccionado como el «Mejor desarrollador del año» por décimo año consecutivo, aunque sea la primera vez que está presente.

Me reí igual que el resto de la multitud.

—Ahora, su compañía está valorada en doscientos mil millones de dólares, y desarrolla las mejores ideas día tras día y siempre es el primero en todas las innovaciones. Si alguna vez piensas que estás a punto de lograr algo, es probable que él lleve años desarrollándolo antes de que a ti se te pasara la idea por la mente. —Sonrió—. Por favor, demos la bienvenida a mi más feroz competidor, Jonathan Statham.

La respuesta de la gente cuando él se acercó al escenario fue una locura; los gritos y aplausos resultaban ensordecedores, y todo el mundo se puso de pie.

Subió con su paso firme, sonriendo a la multitud, para estrechar la mano de Damien y aceptar la placa de cristal.

—Muchas gracias a todos —dijo al micrófono—. Este premio significa mucho para mí, y siento haber tardado tantos años en venir. Prometo no faltar los años venideros.

Bajó la vista al discurso.

—Quiero dar las gracias a algunas personas por inspirarme. En primer lugar, al señor Lowell, el único profesor que anima abiertamente a sus alumnos a alejarse de los caminos pautados por la docencia —dijo, riéndose—. También a mis padres, que dejaron dispositivos viejos por casa, lo que me ayudó a darme cuenta de cuál era mi verdadero talento. A mis empleados, que consiguen que trabaje cada día con más ahínco; a mi buen amigo y jefe de seguridad Corey Walters; a todas las demás empresas que me han llevado a esforzarme tanto y a mi peor enemigo, Damien Edwards. Y lo más importante, a la mujer que ha conseguido... —Hizo una pausa mientras miraba el papel que sujetaba en las manos, como si no pudiera creerse lo que había escrito allí. Se aclaró la garganta—. Me gustaría darle también las gracias a mi buena amiga Stacy Rodriguez, que se las ha arreglado por aguantarme siempre. Muchas gracias a todos.

La multitud aplaudió y se puso en pie cuando él dejó el micrófono para empezar a hacerse *selfies* con la gente en el escenario.

—Es tan sexy...

—¿Verdad?

—Ojalá fuera Stacy Rodriguez esta noche.

Todo eso lo comentaban las mujeres que tenía detrás.

Me tensé cuando lo vi rodear la cintura de Stacy con el brazo mientras sonreían y posaban para las fotos.

Se me empezaron a caer las lágrimas, y no hice ningún gesto para secármelas. Continué deseando que se diera la vuelta, que viera mi rostro entre la multitud y que se acercara a mí. Pero él seguía haciendo de modelo, riendo y estrechando manos como si yo no le importara lo más mínimo.

Apretó a Stacy contra su costado para otra foto. El *flash* se iluminó tres veces antes de que ella se pusiera de puntillas para darle un beso en la mejilla.

«Ya he tenido suficiente...».

Arrastré la silla hasta la mesa y me acerqué al escenario, abriéndome paso a través de todos los hombres trajeados y de sus admiradoras. Subí las escaleras del lado derecho del escenario y me detuve para ver cómo Jonathan se inclinaba para recibir otro beso de Stacy.

—¿Claire? —Damien me cogió por la muñeca—. ¿Estás bien? ¿Preparada para marcharnos? ¿Estás enferma...?

Me zafé de sus manos para avanzar hasta el centro del escenario.

—Gracias por su generoso regalo, señor Statham. Mi compañía se siente muy honrada de que usted...

—Perdón. —Me puse delante del hombre que hablaba con Jonathan.

—¿Sí, señorita Gracen? —Jonathan arqueó una ceja.

—Kyle, llama a seguridad —oí que murmuraba alguien—, es la décima vez esta semana que...

Di un paso hacia Jonathan y lo miré a los ojos. Quería decir algo, pero las palabras se me habían quedado atrapadas en la garganta mientras todo el mundo me miraba fijamente, por lo que no podía concentrarme.

Así que hice desaparecer el espacio que había entre nosotros y le rodeé el cuello con los brazos para besarlo como si estuviéramos solos en la sala. Escuché que la multitud contenía el aliento de forma colectiva, y vi por el rabillo del ojo que Damien nos miraba boquiabierto, pero me dio igual.

Cerré los ojos y pegué mis labios a los de él, apretándome contra su pecho al tiempo que intentaba separarle los labios con la lengua. No fue hasta que entreabrí los ojos que me di cuenta de que no me devolvía el beso.

Bajé los brazos y retrocedí, notando que Jonathan continuaba mirándome con la ceja arqueada, presa de la confusión. Cambié la vista hacia la muchedumbre silenciosa, notando que toda mi piel se ponía roja mientras las mujeres comenzaban a susurrar.

—Esto... Lo siento mucho... —tartamudeé—. Pensaba que querías que yo... —Se me cayeron las lágrimas—. Lo lamento... —Miré a todas las personas que había en el escenario y vi la expresión de enfado que había en la cara de Damien.

Me volví para mirar Jonathan de nuevo y negué con la cabeza.

—Me voy. No volverás a verme, lo lamento mucho...

—No. —Me envolvió entre sus brazos y apretó los labios contra los míos, ahogándome con un beso largo y apasionado. Percibí su sonrisa mientras me acariciaba la lengua con la de él, mientras me besaba como si no existiera un mañana.

—Señor Statham... —Greg se aclaró la garganta, pero Jonathan no dejó de abrazarme y besarme.

—¿Señor Statham? ¿Señor Statham? —La voz de Greg era más firme, y consiguió que Jonathan se alejara por fin.

—¿Sí, Greg? —Me sonrió.

—Hay un montón de personas que quieren hacerse fotografías con usted, podrá hablar con la señorita Gracen esta noche. Si quiere, la acompañaré a...

—No, yo me ocuparé de ello. —Me besó una vez más y se acercó a los que lo esperaban al otro lado del escenario.

Solo pude oír fragmentos sueltos de lo que estaba diciendo.

—Primero mañana... Tengo que ocuparme de esto ahora... Sí, firmaré lo que sea mañana... Donaré el doble... Muchas gracias...

La orquesta comenzó a tocar en el fondo de la sala, adonde una de las organizadoras había corrido cuando me puse a besarlo, y la gente dejó de mirarnos para concentrar su atención en la pista de baile.

Lo vi acercarse a Stacy y decir unas palabras, y luego sentí que Damien me cogía de la mano.

—Claire, ¿es una broma o qué? —Su mirada era muy dura—. Te traigo aquí conmigo ¿y te dedicas a liarte con mi enemigo?

—¿Qué?

—¿Es eso lo que has estado haciendo durante el día mientras yo estaba en las conferencias? ¿Follar con Jonathan Statham a mis espaldas? —Parecía más enfadado que dolido—. ¿Sabes en qué me ha convertido ese numerito tuyo? ¿Se te ha ocurrido pensarlo?

—Damien, lamento que lo hayas descubierto de esta forma, pero... estoy enamorada de Jonathan desde hace algún tiempo... No ha estado bien que saliera contigo mientras no estaba con él. Es decir...

—Por eso salgo solo con jovencitas. Debería haber sabido que alguien como tú, con lo que llevas auestas...

—¿Perdón? —Jonathan me envolvió la cintura con un brazo—. ¿Algún problema por aquí?

—No... —Damien pareció apagarse.

—¿Estás seguro? —El tono de Jonathan era amenazador. No se lo había oído antes—. ¿Algo que tú y yo debemos discutir fuera? Podemos arreglarlo de...

—Vete a la mierda, Jonathan. —Damien me miró con los ojos entrecerrados—. Y tú también, Claire —dijo en un tono algo más bajo antes de alejarse.

—¿Ves como no te mentía? —intervino Jonathan—. No era adecuado para ti. —Me besó en el pelo y me llevó fuera del escenario, lejos del salón de baile. Mientras nos acercábamos a los ascensores, no dejó de mirarme sonriente.

Quería preguntarle por qué sonreía, pero me sentía feliz al ver que lo hacía de nuevo, daba igual la razón que fuera.

Subimos a su habitación en silencio, mirándonos el uno al otro cogidos de la mano, hablando solo con los ojos.

Ansiaba que volviera a tocarme, que me besara; sin embargo, él parecía feliz solo con tenerme a su lado.

—Señor Statham, señorita Gracen —nos saludó el botones cuando llegamos—. Buenas tardes.

—Gracias —dijimos al unísono.

Lo seguí hasta la *suite* y tiró de mí hacia dentro para empujarme contra la pared en cuanto la puerta se cerró.

—No puedo creerme que hayas hecho eso... Ha sido bastante impactante...

—Me quitó una horquilla del pelo mientras me besaba el cuello.

—¿Por qué? —Gemí al notar que me rozaba la piel con los dientes.

—La Claire Gracen que conozco jamás se subiría a un escenario para besarme así, en especial con todo el mundo mirando...

—El Jonathan Statham que yo conozco no se pondría a analizar nada que hubiera hecho Claire Gracen.

—Ese beso no va a conseguir que te perdone que me hayas alejado durante tres meses. —Me quitó otra horquilla—. Todavía sigo enfadado contigo...

—Yo también te amo.

Sonrió mirándome a los ojos.

—Repítelo.

—Ahora mismo no. Primero necesito quitarme el vestido, y luego me voy a pensar si te lo vuelvo a decir o no.

—¿Estás poniéndote difícil a propósito, Claire? —Me pasó una mano por la espalda, rozando la cremallera del vestido—. Repítelo.

—Después de que me quite el vestido.

—No vas a desnudarte. —Se desabrochó los pantalones y me apretó la erección contra el muslo.

—¿Por qué?

Metió una mano por debajo del vestido en busca de mis bragas, aunque sonrió al no encontrarlas.

—Porque te voy a hacer el amor con él puesto, y no pienso parar hasta que se te caiga. —Me dibujó la mandíbula con la yema de los dedos—. Y porque siempre tardas media hora en desnudarte, así que no pienso esperar más, ya ha sido suficiente. —Me levantó entre sus brazos para llevarme al dormitorio, donde me depositó en la cama.

Se quitó la camisa por la cabeza y se bajó los pantalones. Luego se tendió lentamente sobre mí.

—Ya sabes lo poco que me gusta andar repitiéndome; es algo que no ha cambiado desde que me dejaste, así que te voy a dar una última oportunidad

para...

—Te amo, Jonathan.

Él sonrió mientras se inclinaba para dibujar la forma de mis labios con la lengua.

—Yo también te amo, Claire.

Abrí los ojos y le brindé a Jonathan una sonrisa. Me acurruqué contra él en el enorme *jacuzzi*, relajándome mientras me frotaba el champú en el pelo.

Estaba segura de que habíamos batido algún récord mundial por el número de veces que habíamos follado esta noche, y si no lo habíamos hecho todavía, lo haríamos mañana.

Suspiré cuando me vertió un poco de agua sobre la cabeza para enjuagarme el pelo. Tenía cuidado para que no me cayera la espuma por los ojos, recogiendo el agua necesaria para que el jabón me resbalara por la espalda.

—Claire, necesito que me prometas una cosa —me pidió, besándome la nuca.

—¿Qué?

—No vas a volver a abandonarme de nuevo. Una vez ha sido suficiente.

—Te lo prometo.

—Vale... Porque como faltes a tu palabra e intentes, solo intentes, dejarme, te garantizo que no voy a permitir que te alejes durante otros tres malditos meses. Tendrás suerte si te pierdo de vista tres minutos.

—¿Te he dicho alguna vez lo romántico que eres?

—Es parte de mi encanto.

Sonreí.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Estás bien ahora con tu madre?

Se quedó paralizado.

—¿Casi nos perdemos el uno al otro y te preocupa la persona que nos separó?

Asentí.

—Estamos bien —dijo con un suspiro—. Va a una terapia personal y almorzamos juntos una vez a la semana. Quizá con el tiempo lleguemos a más, pero es lo único que puedo ahora mismo. No me gusta la forma en la que te trató, y voy a tardar en olvidarlo.

Se me hinchó el corazón.

—Me pregunto si...

—Sí, te habría creído. —Me cogió por las caderas y me giró para ponerme frente a él, a horcajadas sobre su regazo—. Deberías habérmelo dicho: entonces no habría pasado nada de esto.

—Lo sé...

—No vuelvas a ocultarme nada así. No debemos ocultarnos más secretos, ¿vale? —Me besó en los labios mientras asentía.

Cogió la esponja del borde de la bañera y empezó a pasármela por los brazos. Cuando me dio un masaje en las muñecas, subió la derecha a la altura de sus ojos.

—¿Qué te ha pasado aquí? —Pasó el pulgar por un moratón oscuro.

—Una noche, al correr por el puente, había cristales en la acera, y resbalé. Me apoyé en esa mano, pero casi me rompí la muñeca. Me corté por todas partes.

Apretó los dientes.

—¿Cuándo?

—Hace tres o cuatro semanas. ¿Sabes lo más extraño? En cuanto me caí, aparecieron dos chicos como por ensalmo y me curaron todos los cortes. Incluso me acompañaron de vuelta al coche. Me dijeron que eran sanitarios y que estaban haciendo *footing*, pero que siempre llevaban material por si pasaba algo así... Menuda coincidencia, ¿verdad?

—Sí, muy extraño. —Relajó la expresión y me siguió lavando hasta que consideró que había terminado—. Tu turno, cariño...

Puse los ojos en blanco antes de coger otra esponja, pero vi unos anillos en la repisa. Eran de plata y tenían las mismas iniciales que el collar que me había regalado, incluso las banderas rojas y blancas. La única diferencia era que la M y la A entrelazadas se repetían dos veces y que nuestros nombres estaban grabados en cursiva dentro de cada letra.

—¿Has diseñado el anillo a juego con mi collar?

Asintió.

—Te lo iba a enseñar el día que me dejaste... Te iba a pedir que abriéramos las cajas a la vez.

—Mmm... —Le pasé la esponja por el pecho—. ¿Y qué significan la M y la A?

—¿No te lo dije nunca?

—No... —Negué con la cabeza.

—Bueno, pues adivínalo.

—¿«Mi amor»?

—No. —Me besó en el hombro.

—¿«Mi amante»?

—¿«Mi amante»? —Arqueó una ceja—. ¿De verdad crees que te regalaría algo con ese mensaje?

—No, pero... —Me encogí de hombros—. No se me ha ocurrido otra cosa. Dime qué significa...

Suspiró y me quitó la esponja. Me apretó contra su pecho para besarme el pelo mientras me recorría los labios con la yema de los dedos.

—Mi alma.

AGRADECIMIENTOS

Bueno, ¿por dónde empiezo? Antes de nada, permíteme decirte que este libro nunca hubiera sido posible sin las lectoras cero más increíbles del mundo.

Tamisha Joiner, muchas gracias por animarme a convertir mis páginas en una novela larga; cuando volví a revisar los borradores del principio casi me desmayo: ¡Jonathan Statham no era tan sexy entonces! Y, lo más importante, gracias por animarme a tomarme mi tiempo y escribir el mejor libro posible para mis lectores. No sé cómo lo habría logrado sin ti, sin las llamadas eternas, los mensajes de texto, las incesantes divagaciones sobre nada en especial. Este libro es tan tuyo como mío. ¡Gracias, gracias, gracias! Ahora que no tenemos abiertos millones de hilos en el correo electrónico sobre *Mi jefe*, debemos concentrarnos en tu boda. ¡Estoy deseándolo!

Tiffany Downs, eres maravillosa. Punto. No puedo recordar cuántas veces tuvimos que releer esa escena épica. ¡Dios mío, acabo de darme cuenta de que estabas leyendo el libro mientras planificabas los últimos detalles de tu boda y te casabas! (Sin duda me quieres...). No puedo darte las gracias lo suficiente por haberme soportado, a mí y a mis ataques de pánico, por ser el equilibrio que necesitaba entre yo y la señorita Tamisha, que estaba demasiado centrada en los personajes. Tus sugerencias, tus críticas —incluso las más blandas— y la voluntad de escucharme decir lo mismo una y otra vez me ayudaron mucho. Ahora ayúdame a encontrar un Jonathan Statham real.

Nadir Williams, quiero que sepas que tengo los siguientes mensajes guardados en el móvil: «En serio, necesito ese puto libro ya» y «¡Es buenísimo! No te preocupes por nada». No me quedan palabras para agradecerte que lo hayas leído con esa dedicación, que me hayas exigido más capítulos y que hicieras las correcciones precisas. Aprovecho esta oportunidad para reanudar el debate sobre quién es el más inteligente de los dos, pero no pienso rendirme... Te agradezco que me animaras a ser fuerte cuando era necesario y a dejar de centrarme en lo que estaban haciendo otras personas. «¡Estoy encantada con este libro, Dios mío!». Prácticamente acabas de enviármelo. ¡Gracias!

Alonna Grigsby, tus comentarios críticos en la edición me hicieron reír a carcajadas, y los he guardado todos: «Me desperté en un Bugatti», «Espera, este hombre es posible que esté loco...», «¡Está loco!», «Espera un momento, ¿no se van a casar?». Gracias por leerlo cuando acabaste el grado y por ayudarme a dar

más realismo a algunas partes. ¿Cuenta como una de nuestras lecturas de verano? ¡Creo que debería! Todos los derechos reservados.

Antoine Neal, gracias por encontrar todos esos fallos, por ayudarme a mostrar las personalidades de los personajes en los diálogos del principio, y, sí, tenías razón: aquel polvo no habría funcionado, y el pelo de Jonathan no podía cambiar de color de una escena a otra. Gracias. :-)

Jennifer Williams, sigues siendo la mejor hermana del mundo, y siempre lo serás. Te agradezco que creas en todos los libros que escribo, aunque no lo hicieras en este.

Jay Williams y Willian Ray Edwards II, gracias por respetar mi espacio e irrumpir en él con bailes nocturnos y vídeos de YouTube.

A mis padres, espero que solo compren el libro y no lo lean, porque eso sería horrible. Es decir, me parece bien que leáis cosas más blancas, pero ¿esto? ¡¡No!!

A mis amigos, que admiro desde lejos: Aster Teclas, Ashley Warren, Tanisha Hill, Sherbrina Shepherd, Christina Royster, Courtney Johnson, Angelica Harris, Vince Cunningham y Karleic Ellison.

Al compañero que se cree Justin Timberlake, gracias por poner *The 20/20 experience* justo en esos momentos. ¡Has conseguido que mi escritura fluyera! Por favor, inténtalo con *Spaceship coupe* y *Strawberry bubblegum* en noviembre.

A Colleen Hoover, a Jamie McGuire, a Abbi Glines, a Arianne Richmonde, a Theresa Ragan, a Mimi Strong, a Shanora Williams, a Abria Mattina, ya muchas más autoras *indie* que admiro y leo. Las sigo religiosamente y aprendo de ellas todos los días. Sí, soy idiota, pero qué le vamos a hacer...

A todos los *bloggers*, usuarios de Goodreads y primeros críticos que me dieron una oportunidad y escribieron una reseña, ya fuera buena o mala, gracias por su tiempo y generosidad. :-)

Y, lo más importante, gracias a ti, increíble lectora, por leer este libro hasta el final.

Estimada lectora:

¡Muchas gracias por dedicarle tiempo a la lectura de este libro! Espero que te

hayas entretenido y disfrutado leyéndolo tanto como yo escribiéndolo.

Si tienes un poco de tiempo, por favor, deja una reseña en Amazon, Goodreads o demás plataformas, o envíame un correo electrónico a whitgracia@gmail.com para que pueda agradecértelo personalmente.

Si no te ha gustado, puedes guardártelo. Noo, era una broma. Dímelo; así sabré cómo hacerlo mejor la próxima vez.

Muchas gracias por tu tiempo. Espero que sigas leyendo mis libros.

Con cariño.

Whitney Gracia Williams

CONTENIDO EXTRA:
BIOGRAFÍA DE LA AUTORA
Y FICHA DE *MI JEFE*

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



WHITNEY G. (1988, Tennessee, Estados Unidos) es una optimista de la vida obsesionada con los viajes, el té y el buen café. Es autora de varias novelas best seller incluidas en las listas de *The New York Times* y de *USA Today*, y cofundadora de The Indie Tea, página que sirve de inspiración para autoras de *indie* romántico.

Cuando no se encuentra hablando con sus lectores a través de su página de Facebook, la podremos encontrar en su web, en su Instagram, en Twitter... Pero si no la vemos en las redes, es porque está encerrada trabajando en una nueva y loca historia...

Mi jefe es la cuarta novela de Whitney que publicamos en nuestra colección Phoebe, después del éxito de *Una noche y nada más* (2017), *Turbulencias* (2017) y *Carter y Arizona* (2018)

Web: whitneybooks



FB: [@AuthorWhitneyG](https://www.facebook.com/AuthorWhitneyG)



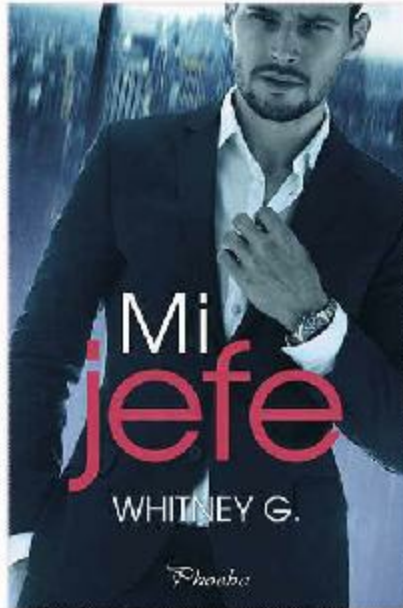
TW: [@Whitgracia](https://twitter.com/Whitgracia)



IG: [whitneyg.author](https://www.instagram.com/whitneyg.author)



MI JEFE WHITNEY G.



La carrera de Claire Gracen como directora de marketing no podía ser más meteórica, y, además, estaba felizmente casada con el hombre del que había estado enamorada desde la adolescencia; su vida era perfecta...

Espera... ¡No! Era satisfactoria y asombrosa, pero un día se dio cuenta de que todo era mentira, una mentira en la que su mejor amiga y su marido la habían engañado de la peor forma posible.

Para superar la ruptura y la decepción, Claire se obliga a hacer un cambio de aires: nuevo trabajo, nueva ciudad, nuevas amigas...

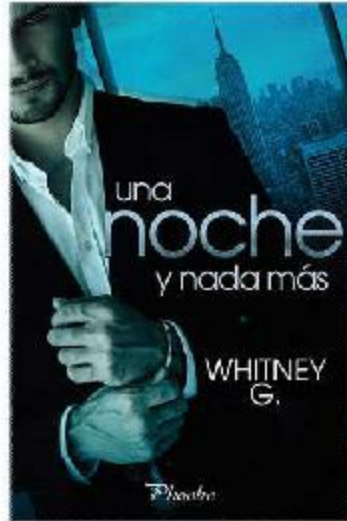
Es entonces cuando capta el interés del hombre más sexy que haya conocido nunca, Jonathan Statham. Jonathan es diferente a todos los hombres que han pasado por su vida: es dominante, está acostumbrado a conseguir lo que quiere, cuando quiere y como quiere, y no está dispuesto a aceptar un no por respuesta... Pero, a pesar de la innegable química que hay entre ellos, Claire lo intenta rechazar... porque es más joven que ella.

Sin embargo, la vida da muchas vueltas, y poco después descubre que Jonathan es el fundador de la empresa donde ella trabaja.

Su jefe.

**OTROS TÍTULOS
DE LA AUTORA
EN PHOEBE ROMÁNTICA**

UNA NOCHE Y NADA MÁS WHITNEY G.



Me llamo Andrew Hamilton y soy uno de los mejores abogados de Nueva York. No puedo perder mi tiempo con relaciones románticas, por lo que cubro mis necesidades saliendo con mujeres que conozco de forma anónima a través de una web de ligues.

Tengo un gusto muy particular: rubias y curvilíneas, que a ser posible no sean unas jodidas mentirosas (aunque eso es otra historia).

Mis reglas son muy sencillas: una cena. Una noche. Sin repeticiones.

Se trata solo de sexo. Ni más. Ni menos.

Por lo menos se trataba de eso hasta que conocí a «Alyssa». Yo pensaba que era una abogada con la que intercambiaba opiniones jurídicas a altas horas de la noche, alguien con quien hablar...

Pero, de repente, se presentó en mi bufete para una entrevista...

Y todo cambió.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Una noche y nada más



TURBULENCIAS WHITNEY G.



Poséeme...

Bésame con fuerza...

Tómame una y otra vez...

Al principio fue lo de siempre: chico conoce chica, chico conquista chica, chico se acuesta con chica.

Nuestra historia debería haber terminado justo después de la primera vez, cuando cada uno se fue por su lado.

Pero nos volvimos a encontrar... en otras circunstancias. Unas circunstancias prohibidas.

Y ninguno de los dos fue capaz de resistirse.

Las reglas eran sencillas, la pasión puro escándalo, y nuestros corazones estaban a salvo...

Sin embargo, cuando algo lo consume todo, algo que es tan seductor como irreprimible, arriesgas todo lo que tienes para seguir disfrutándolo, incluso aunque esté destinado a estrellarse y arder.

Pero así somos nosotros.

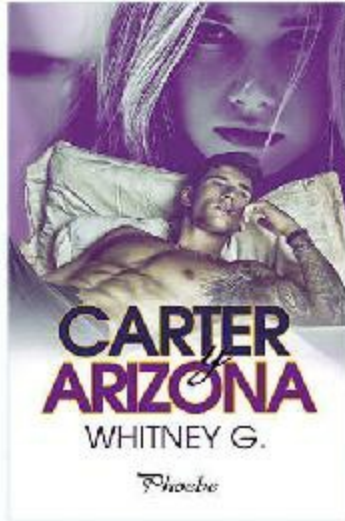
Así es nuestro amor imperfecto.

Lleno de turbulencias...

Captura en el código
los primeros capítulos de
Turbulencias



CARTER Y ARIZONA WHITNEY G.



Solo amigos.

Solo somos amigos.

No, en serio. Arizona es solo mi mejor amiga...

Arizona Turner y Carter James son amigos inseparables desde los nueve años. Se lo han contado siempre todo el uno al otro y se han apoyado en todas sus «primeras veces». Y, por supuesto, han sido mutuo paño de lágrimas cuando las relaciones que han mantenido con otras personas han fracasado...

Pero a lo largo de los años, a pesar de todo lo que han pensado los demás

sobre ellos y su amistad, jamás han traspasado la línea.

Nunca se les ha ocurrido.

Nunca han querido...

Hasta que una noche todo cambió.

Así que quizá ahora...

Solo amigos.

Solo somos amigos.

O eso seguiré diciendo hasta que averigüe si Carter sigue siendo «solo» mi mejor amigo.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Turbulencias

